

El pez de los sueños

Wilfredo Machado



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

El pez de los sueños

Wilfredo Machado

El pez de los sueños



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

El pez de los sueños

© Wilfredo Machado

DIAGRAMACIÓN:

Odalís C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,

urbanización El Silencio, municipio Libertador,

Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 482.8989

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.º DC2022001596

ISBN 978-980-01-2348-5

*A la memoria de
Gregoriana Porteles,
quien me mostró los animales
que habitan en las nubes.*

Solo vinimos a soñar...

TOCHIHUITZIN COYOLCHIUHQUI

Pero, si no hay historia
¿qué final puede haber, qué principio?
Quizá la vida no sea apta para el
tratamiento que le damos,
cuando intentamos contarla.

VIRGINIA WOOLF
Las olas

¿Lo ven? ¿Ven la historia? ¿Ven algo?
Me parece que estoy tratando
de contar un sueño...

JOSEPH CONRAD
El corazón de las tinieblas

Nota del autor

En el verano de 1969 viajamos a una pequeña isla del archipiélago de las Comoras en el océano Índico (11° 52' 30" S — 43° 52' 20" E). Nuestro padre, marino mercante y pescador experto, había sido contratado por una empresa japonesa, la Seppuku Fish Company, para pescar tiburones en aguas internacionales. Vivíamos en una vieja casa frente al mar, cerca de oscuros acantilados donde anidaban millares de aves marinas que hacían un ruido ensordecedor durante el día. El clima en la isla era una cosa demencial: de días calurosos y soleados se podía pasar, casi en un abrir y cerrar de ojos, a las más feroces tormentas. Detrás del patio de la casa se extendía un paisaje desolado de dunas semejante a lomos de camellos, cuyas jorobas prominentes se inundaban en la temporada de lluvia. Más allá de las dunas se erguía una selva impenetrable y verde como una esmeralda misteriosa. La veíamos con un telescopio instalado en la parte alta de la casa. Era una selva extraña que infundía temor: los graznidos de las aves a medianoche, el grito de los monos en la espesura, o el rugido

de algún animal merodeando en los alrededores, nos ponía la carne de gallina. Por las noches temíamos lo peor de ese mundo extraño y perdido. Durante ese largo año asistimos a un colegio regentado por el Gobierno francés de ultramar. La casa era grande y ruinoso, pintada de blanco, con dos plantas rectangulares y un inmenso patio en el que florecía un almá-cigo a la buena de Dios. Un alto cimborrio de ladrillos coronaba la construcción. Desde allí podía divisarse buena parte de la isla. Los primeros días de clases los niños del poblado nos hostigaban: «*kigeni, kigeni!*»*, nos gritaban en swahili durante el recreo. Pero éramos fuertes, igual a rocas contra las que se estrella el viento. Allí escuchamos por primera vez de la boca de un profesor de literatura francesa, la historia de otros niños que habían habitado en aquel recinto hacía más de cincuenta años, cuando era conocido con el nombre de El Santuario. «Es una historia apasionante. De seguro, les va a interesar. Todo el material para reconstruir sus vidas se encuentra aquí, en la isla», nos advirtió. Por último, antes de abandonar la biblioteca nos dijo que la vida era un extraño y singular rompecabezas, al que, de seguro, le faltaban piezas.

El conquistador portugués Afonso de Albuquerque arribó a sus costas hacia 1514, luego de saquear las *Islas de la Luna*, cuando una feroz tormenta en el canal de Mozambique los arrastró fuera del curso, donde estuvieron a punto de perecer entre los peligrosos arrecifes y bajíos que bordean la costa, convirtiéndola en una fortaleza inexpugnable. Ya en tierra, la tripulación enfermó y sufrió de terribles alucinaciones. Él mismo tuvo una sorprendente revelación. Un día, hurgando en una playa rocosa, encontró lo que supuso eran los restos de una sirena varados en los arrecifes bajo el sol refulgente. La cola escamosa pudriéndose a la intemperie no le dejó duda

* *Kigeni*: extranjero.

alguna. Luego de esto, no fue difícil llegar a una conclusión: «la isla estaba encantada». Una copia de la bitácora del viaje, hallada en la Dirección de Manuscritos Antiguos y Mapas de la Biblioteca Nacional de Portugal, hace referencia a aquellos días terribles e interminables en la isla.

Los viejos pobladores cuentan una leyenda. En una de las montañas más elevadas de la *corniche*, oculta entre los árboles y la hierba amarillenta que bordea las laderas, aún puede verse una antigua inscripción grabada por los primeros habitantes del lugar sobre la superficie de una roca —cuya forma achatada semeja un altar de sacrificios—. Dicen: «aquel que la descifre, jamás podrá abandonar la isla».

EL AUTOR

I

De niño fui educado en un riguroso y disciplinado amor por el conocimiento en todas sus formas y manifestaciones. Me levantaba al amanecer cuando la primera claridad alumbraba sobre los árboles amarillentos del patio y la ronca sirena de los remolcadores llegaba desde el otro lado de la bahía, como los lejanos aullidos de una jauría cazando en medio de la niebla. Luego de veinte flexiones de pecho sobre las losas heladas de la ducha, me bañaba saltando como una rana de piel lisa, desesperada y verde, para no congelarme. Me vestía temblando entre las sombras, donde un olor a alcanfor iba y venía en el aire calmo de la mañana. Yo era una hoja húmeda en la penumbra de la recámara: los labios morados, casi azules, casi el beso frío de un cadáver, tratando de adivinar el color de las ropas que me obligaban a vestir en las sombras de la habitación. Bajaba la escalera en silencio, sin hacer el menor ruido; contando los peldaños, 1, 2, 3, 4, 5... (¡Papá murió de un brinco!), hasta el viejo salón oloroso a madera, donde desde muy temprano, aguardaban todos en silencio. Mientras iba a

su encuentro, cogía un mango, que era como un sol luminoso del cesto de las frutas, y lo iba frotando contra mi pantalón, hasta el comedor, arrastrando los pies, dejándolo brillante antes de hincarle el diente y saborear su extrema dulzura, la dorada miel salpicando la comisura de mis labios, mientras el roce afelpado de la alfombra se deshacía bajo mis pies. Ensayaba esos primeros pasos con los ojos cerrados, como un dios invidente que aguarda las bondades del sol para renacer con las primeras luces de la mañana, semejante a una antigua deidad de las mitologías primitivas de la isla. A esa hora, padre ya habría encendido su primer cigarrillo de la mañana, y como todos los días de su vida, miraría la prensa, mientras saboreaba el café negro, después leería detenidamente las noticias nacionales, los anuncios de las próximas subastas de arte y los clasificados, antes de percatarse de nuestra existencia. Permanecíamos en silencio, recién bañados, vestidos pulcramente y perfumados, a la espera de su aprobación para pasar a la mesa. En algún momento de la mañana, una luz imprecisa, pálida, comenzaría a trepar desde la difusa línea del horizonte como una diminuta hoguera que crecía alimentada por un sol rojizo que comenzaba a despuntar bajo un cielo cubierto de nubes violetas. Nadie parecía percatarse del arribo inminente de la luz desde el océano, arrastrándose entre la blancura de las gaviotas y las olas que estallaban en la playa con un ruido repetido y distante. Nadie vería el ligero movimiento de los rayos ascendiendo entre las piedras y los árboles, trepando por ventanas y muros, subiendo los techos y las torres de ladrillos, donde se desgañitaban los gallos y las campanas del nuevo día, hasta dar al centro del comedor y posarse sobre la mesa cubierta de viandas; era irresistible el aroma del pan recién horneado que traía un aldeano en una vieja motocicleta. Tomábamos un desayuno frugal de monjes. A ninguno se nos permitía hablar durante las comidas.

Cualquier interrupción era castigada con severidad. Ni siquiera podía escucharse el tintineo de un cubierto o el leve crujido de una servilleta fuera de lugar. Solo oíamos el viento barriendo las grandes hojas de plátanos, la sombra ondulante de la luz cruzando frente a nuestros ojos para desaparecer más allá del patio, en la vasta extensión de las dunas. Cada mañana, padre parecía enfrascarse en un secreto duelo en nuestra contra. Nos escrutaba por encima del periódico, buscando la más leve falta, la más pequeña falla en el comportamiento, en la higiene, o en la vestimenta, para castigarnos con una vara de bambú, colocada sobre la mesa de caoba para amedrentarnos. «*Mehr Deutschals die Deutschen!*». Aprendimos las duras lecciones del amor y el poder a fuerza de reprimendas y castigos. Sin embargo, a pesar del riesgo acarreado por el incumplimiento de las normas, nos comunicábamos a través de una compleja red de gestos, señales, movimientos, miradas, que no requerían del artificio de las palabras. Inventamos un lenguaje secreto de silencios, gestos, leves movimientos de los ojos y manos, tan perfecto, que pasaba desapercibido para los adultos. Eran señales breves, imperceptibles, difíciles de notar, que habíamos aprendido de los pájaros y las lagartijas que correteaban asustados por el patio de ladrillos. Allí aprendimos algo importante: el silencio era también una forma de decir, y lo perfeccionábamos con los visitantes que acudían a casa a darle un vistazo a la colección de arte. Detrás de la biblioteca había un corredor de paredes estrechas y altas, al que trepábamos haciendo presión con brazos y piernas, para ascender hasta el techo y observar los diminutos huevecillos de las arañas eclosionando en cientos de patitas sobre el vientre de la araña. Pero, por lo general, pasábamos desapercibidos a los ojos de visitantes y extraños, quienes nos observaban de reojo, indiferentes, como seres venidos de otro mundo. Nuestro padre nos quería estoicos, formados en la

austeridad y en un total desapego por los placeres de la vida y su misteriosa caja de sorpresas. Aún conservo las marcas del castigo en mi cuerpo, aunque sé que a él no le agrada verlas, ni que cuente esta historia llena de crueldades. Solo que ahora están allí, sobre la piel, como la señal ignominiosa de un tiempo cuando fuimos marcados como bestias de feria; castigados por desobediencia, capricho, o quizás, por ese extraño placer que sienten los adultos en infligir sufrimiento a los de su propia especie. ¿Acaso todo no pierde su esencia, su más oscura y deliciosa fragancia al paso de los años? Luego del ritual del desayuno nos abandonaban en la biblioteca, donde la imagen de un *Capricho* de Goya, Guadalupe lo llamaba Gallo, nos recibía junto a la luz dorada de la mañana, entre el polvo de los libros y anaqueles donde reposaban estatuillas, mapas y globos terráqueos apolillados; reproducciones cartográficas de los antiguos sabios del mundo que conducían sin saberlo a un callejón sombrío o, más bien, al infierno dantesco de las desilusiones. Nuestros padres formaban parte de esa exquisita fauna de gente adinerada y excéntrica que había venido a vivir a la isla, pero se aburría de hacer siempre lo mismo en ese espacio hostil, y que, en algún momento vio posibilidades de invertir en el mercado local de arte. Padre había hecho dinero comprando y vendiendo antigüedades en tierra firme y en subastas de la ciudad donde se exhibían obras de dudosa procedencia, aunque a los compradores parecía no importarles. La casa de la playa se había convertido en una especie de museo de arte rodeada de infranqueables dunas y de un mar inquieto que imponía su poderosa presencia todos los días. En ocasiones dábamos fiestas para celebrar la adquisición de una importante pieza, o la venta de una reliquia de la que mamá hablaba como experta en arte antiguo. Todo iba a pedir de boca hasta que, cercano a la medianoche, los invitados parecían enloquecer con las bebidas, transformándose

en una especie de faunos salvajes que correteaban desnudos por la playa bajo las estrellas, persiguiéndose unos a otros como ligeras sombras en las dunas. De lejos parecía un ejército fantasmal moviéndose en rebeldía contra el diseño perfecto de la noche. Tamaña algarabía nos mantenía despiertos —casi sin pegar un ojo— hasta el amanecer. Íbamos en puntillas hasta el salón de la segunda planta y nos asomábamos, sigilosamente, por las ventanas para ver una de las escenas inconfundibles del infierno del *Jardín de las delicias* de Hieronimus Bosch, cuyas pinturas nos habían asombrado en una vieja enciclopedia de arte que padre atesoraba en la biblioteca. Imágenes grotescas cruzaban la playa desierta. Apenas alcanzábamos a ver sus siluetas dibujadas por la luz del patio donde luchaban como una cofradía de bestias salvajes. Luego regresábamos a la cama apenas iluminados por la luz parpadeante de antorchas y banderolas que brillaban entre las sombras de la playa: el claroscuro de las capas, los gestos corteses de los vencedores, las luces envueltas por la niebla: los ojos llenos de oscuridad, los gritos de las mujeres riéndose bajo las estrellas, mientras los hombres, en estado de ebriedad, luchaban como gladiadores sobre la arena de la playa, hasta caer vencidos por la borrachera. Al día siguiente despertaban cubiertos de inmundicias, mientras mamá arrojaba baldes de agua sobre sus cuerpos desnudos. Algunos demoraban en volver en sí, luego de la escandalosa celebración que nadie quería recordar. Despertaban apenados y confusos, como si regresaran de otro mundo, de otra época, entre cangrejos ermitaños y chacales que merodeaban en la playa al amanecer. Luego tocaban a la puerta apenados, y después del café negro y la resaca huían avergonzados en sus autos de lujo. Despertábamos más tarde, cuando el sol comenzaba a calentar y ya no conseguíamos seguir holgazaneando en las camas. Nos estirábamos entre las sábanas aguardando la llegada de mamá

que, más tarde, aparecía arrastrando un aroma de flores muertas. Guadalupe se paraba sobre la cama revuelta y se quedaba observando la imagen de una Anunciación temprana de Mantegna, cuyo ángel parecía observarnos con una expresión severa, como si estuviera a punto de expulsarnos del paraíso. Mamá hacía su aparición y nos rescataba del mundo celestial. Luego bajábamos al patio, detrás del vuelo de sus enaguas que se enredaban entre los arbustos espinosos del jardín. El sonido del mar llegaba a través de los grandes ventanales, donde la hiedra florecía en silencio. Más allá de la playa, se elevaban árboles centenarios de tallos arrugados y duros como piedras que cambiaban el color de sus hojas al paso de las estaciones, balanceando sus copas de dragones alados, cabalgando en la quietud de las cosas que siempre habían estado allí: una piedra, los huesos blanquecinos de una lagartija y el mar, siempre lejano, como un lienzo de Turner. Alcanzábamos a ver la sombra de las aves que cruzaban veloces entre el muro y el cielo. Pero la mayor parte del día vivíamos encerrados en la casa. Conocíamos cada habitación, cada espacio, cada umbral donde ladraba el viento, la brisa fría que se arrastraba debajo de las puertas y nos ponía la carne de gallina, pero la verdad, la biblioteca era nuestro verdadero refugio, nuestro verdadero hogar. La habíamos bautizado con el nombre de Santuario y hacíamos una ligera reverencia frente a los muebles de cuero rotos cargados de libros, estatuas de santos y ángeles lisiados a los que les faltaba una pierna o una mano, relicarios de la fe, cuadros y cacharros amontonados en las esquinas; viejas esculturas copiadas por maestros anónimos se alineaban en los umbrales como un silencioso ejército de piedra. Roy era el hermano mayor y lo imitábamos en todo como a un dios de las islas. Nos enseñó a leer mirando las ilustraciones de las enciclopedias, la ruta secreta emprendida por las estrellas en el firmamento, los grandes tomos de historia y

zoología, los tratados de anatomía donde dormían cuerpos desnudos, desollados, músculos, huesos, corazones sangrantes, tejidos y órganos con cortes, laceraciones, dando un parte detallado de la vida minuciosa del hombre que había habitado ese cuerpo: el color de sus ojos, la talla, el peso, sus gustos, la fortaleza del carácter, su espíritu indomable, todas aquellas cosas que lo convertían en un ser humano, y que surgían como las más terribles iluminaciones de las obras que nos mantenían despiertos y con el alma en vilo hasta el día siguiente. Los ojos del insomnio soñaban con monstruos, serpientes marinas surcando los océanos en busca de embarcaciones perdidas; la sombra de los bajeles en una ciudad sitiada frente al mar, los mayores inventos de la humanidad ocultos en libros de cubiertas doradas, las constelaciones que guiaban el desordenado esplendor de los astros en la bóveda celeste, y que admirábamos a través de las ventanas por donde se asomaba la noche. Cada vez que las pesadas puertas del Santuario se cerraban frente a nuestros ojos, comenzábamos la temible aventura de vivir como pequeños animales arrojados al mundo. Hurgábamos en libros forrados de cuero buscando una historia que nos ayudara a sobrevivir al tedio infinito del mundo. En invierno los días eran grises y húmedos como paquidermos, paisajes arrasados por la marea que se elevaba hasta el borde de la carretera y depositaba una mancha verdosa de algas sobre la línea de la arena. Mirábamos la lluvia afuera golpeando la playa, sintiendo la humedad del otro lado del patio como un hongo gris y silencioso. Había un lenguaje secreto en los objetos que intentaba hablar nuestra lengua: un decir sin palabras, abandonadas a la deriva de los días, como si un profundo vacío soplara desde el mar, tomando posesión de todo lo existente en la isla. Solo había que detenerse un momento y escuchar el sonido de las cosas que poblaban la tierra: el canto de antiguas sirenas surgía desde las profundidades en una ebullición de

burbujas. A veces era un silencio sagrado, incomprensible; pero otras, una melodía serena se desprendía del aire, donde una rama, o la sombra desesperada de un insecto sobre las hojas agujereadas, hacían de la brisa un lamento infortunado. Pasábamos los días acostados sobre viejos tapices con motivos clásicos, donde el fino tejido de la trama nos hacía descubrir el paso fugaz de los astros y el temblor de las aves en el cielo. Roy nos ayudaba a subirnos a las ventanas para contemplar el río luminoso que dibujaba su extraña caligrafía de luces en el cielo, bajo la tormenta. Era como una radiografía secreta de nuestras vidas; aquella isla misteriosa nos sorprendía cada día. Existía un lenguaje en todas las cosas y era necesario descubrirlo; ya no con el intelecto, sino más bien con la clara intuición de la cieguera, aquello que se oculta y puede ser visto de otra manera. Observábamos al gallo de bronce de la veleta girando como un pájaro extraviado en medio de la tempestad; el ave temblorosa sosteniendo en lo alto de la casa sus plumas metálicas, iluminadas por el resplandor de los relámpagos, mientras el viento las hacía girar enloquecidamente. Nos abandonábamos a la nostalgia por el conocimiento, la intuición de un mundo presentido más allá del muro de piedra, ese muro que se convertía en la frontera irrisoria de nuestras andanzas. La tempestad extendía sus tentáculos a lo largo y ancho de la playa desierta. Nos íbamos a la cama con el temor de no despertar al día siguiente, hundidos bajo esa extraña naturaleza que nos miraba detrás de los cristales, como un enigma inescrutable. Parecíamos condenados a observar un paisaje inmutable que no cambiaba. La vida era el espejismo de los hombres. Siempre había sido así, un sueño recurrente atascado en una misma escena, repetida hasta el cansancio. Pero éramos incapaces de modificar los giros del carrusel dantesco. ¿En qué círculo del infierno nos encontrábamos? ¿En cuál de los paraísos perdidos? Ninguno podía

saberlo. Y aunque cada uno tenía su propia habitación, dormíamos juntos en la misma cama, apretujados, temerosos, oyendo latir nuestros corazones bajo la tormenta, junto al aullido del viento. Nos dormíamos escuchando el roce persistente de la rama de un árbol rasguñando la ventana. Y era como si una bruja de dedos flacos y afilados quisiera venir a jugar con nosotros.

En aquella época éramos tres: Roy, la pequeña Guadalupe y yo, Benjamín, y aunque asistíamos a la escuela local del poblado, no nos permitían acercarnos a los pescadores que vivían del otro lado de las grandes dunas. «Es mejor desconfiar de los extraños», decía mamá. Habíamos crecido igual a pequeñas criaturas marcadas por el abandono. Ninguno de nosotros había sido formado en las buenas costumbres y modales que se esperaría de un grupo de niños. Muy por el contrario, éramos desarrapados, risueños, curiosos, inocentes y vengativos, a quienes el interés por el mundo de los libros y el arte había tomado por sorpresa. Roy solía decir: «Todo existe en el mundo para que se escriba sobre ello. Cualquier buena historia de seguro ya ha sido escrita en un libro». Ni siquiera necesitábamos movernos de la isla para conocer el mundo. Vivíamos encerrados en el salón de la biblioteca, donde nos abandonaban cada mañana a la buena de dios. Era un espacio enorme cubierto de alfombras mohosas, anaqueles atestados de libros y lámparas antiguas colgando del techo abovedado que infundía el mayor respeto. Cada mañana cruzábamos frente a un ejército de esculturas hieráticas, cuyos rostros ceñudos parecían juzgarnos desde las sombras. Guadalupe apretaba mi mano con fuerza como si temiera que, de un momento a otro, una de las estatuas de piedra despertara de su letargo y se abalanzara sobre nosotros. Con el tiempo aprendimos que no era a las esculturas a las que debíamos temer, sino a nosotros mismos. Alcanzaba a cruzar los barrotes

de las ventanas y echar a volar mi imaginación por un mundo tan vasto y extraño como el que intuía afuera. Solo bastaba abrir las pesadas cubiertas de un libro y sumergirnos en sus páginas para ser transportado, casi de inmediato, a mundos desconocidos, cuyas reglas debíamos aprender a medida que avanzábamos en la lectura. Leer se había convertido en una forma sublime de aventura, una forma de perderse en los confines de otros mundos, solo para encontrarnos más adelante, pretendiendo ser otros. «Era como tener vidas diferentes y secretas, decía Roy. Hoy un rey, mañana un bandolero, aunque en el fondo fueran lo mismo». Guadalupe gustaba de disfrazarse y saltar entre las flores del jardín hasta el cansancio. Luego trepaba los árboles con el catalejo que habíamos encontrado en un baúl, para ver las embarcaciones entrando al puerto en medio de la niebla, haciendo ulular sus sirenas en el aire frío de la mañana.

Padre era estricto y nos había prohibido acercarnos a la gente del pueblo, pero por esa rebeldía de los primeros años, habíamos logrado obtener —con los inocentes artilugios de la infancia— un vínculo secreto con el mundo exterior a través de un agujero que habíamos cavado cerca del muro de piedra, bajo la verja del jardín, y que tenía el tamaño justo para cruzarlo sin ser vistos. Por allí nos colábamos en la noche, cuando todos se habían ido a la cama. Dábamos largas caminatas por las dunas frente al mar, solo para comprobar con un viejo astrolabio encontrado en el jardín, la altura y posición de los astros en la bóveda celeste. Una noche, mientras usábamos la linterna para guiarnos entre las sombras, vimos a un grupo de niños en la playa. No distaban mucho de ser iguales a nosotros. Se quedaron observándonos durante un instante que nos pareció eterno. Conocíamos a algunos en la escuela, pero percibían algo diferente en nosotros. Saludamos desconfiados, sin permitirles acercarse. Luego los vimos alejarse

gritando obscenidades en la noche, convocando a los espíritus, hasta que desaparecieron entre las sombras de la playa, sin dejar rastro, como si nunca hubieran estado allí. Después de un tiempo los encuentros nocturnos dejaron de ser casuales. Conversábamos sentados en la arena, escuchando el eterno rumor de las olas, mientras encendían los cigarrillos de kif que nos invitaban acostados en la playa, mientras sentíamos la espuma de las olas en la espalda, como si por primera vez fuéramos sometidos a un ritual de iniciación, un bautismo de sal, cuyo testigo eran las impredecibles mareas. Algo diferente se había iniciado en nuestras vidas y no podíamos prever sus consecuencias. Ellos parecían más interesados en Guadalupe, pero de eso nos dimos cuenta mucho tiempo después, cuando ya era demasiado tarde. Al amanecer regresábamos exhaustos, luego de haber nadado desde los islotes cercanos, donde las olas arrastraban enormes bancos de algas y peces. Era difícil nadar en la superficie. Debíamos sumergirnos y bucear a pulmón entre el fondo arenoso y pequeños crustáceos que brillaban por un segundo frente a nuestros ojos bajo el resplandor del plancton. Descansábamos tendidos en la arena, mientras contemplábamos un cielo sereno cubierto de estrellas. Luego nos despedíamos. Cruzábamos el agujero que habíamos cavado en el muro durante el verano y nos deslizábamos en el interior de la casa, como si regresáramos a una tibia placenta protectora. Éramos pequeños duendes retornando a las grutas silenciosas; húmedos, ateridos, tratando de hacer el menor ruido. Los tres nos metíamos bajo la frazada de la misma cama para calentarnos. Yo me dormía escuchando el castaño de los dientes de Guadalupe que temblaba como un pez herido entre las sábanas tibias.

Aprendimos a nadar imitando a los peces que se deslizaban en el fondo arenoso. Era un placer infinito sumergirse en los arrecifes bajo el impulso de las olas. Nos dejábamos

arrastrar por las corrientes, mientras las estrellas repetían su marcha de orugas infinita por el cielo. Roy decía: «Si tres cuartas partes de nuestro organismo están constituidas por agua; entonces, ¿cómo luchar contra nuestra naturaleza acuática?». Éramos pulpos estirando sus tentáculos para atrapar a los huidizos cangrejos de duras tenazas que hacían un ruido sordo de huesos rotos cuando los devorábamos con fruición de bestias hambrientas, malolientes a sal vieja. La noche se reflejaba en el agua aceitosa del puerto donde, en ocasiones, encontrábamos los restos de un cachalote llegado hasta aquí desde los helados mares del sur, arrastrados por la corriente, tal vez perseguidos por la silueta fantasmal del capitán Ahab. Sus temibles arpones perforando la piel de los cetáceos que despertaban asustados y hambrientos de un insaciable sueño de calamares rosados bajo la sombría eternidad del océano.

II

Si la luna no hubiera surgido al borde del acantilado, igual a la esfera luminosa de un mago, nadie habría visto las pequeñas cabezas detrás de las dunas, subiendo y bajando como lomos de camellos que tenían la sincronía y precisión de un crótalo. En ocasiones perdían el rumbo y caminaban en círculos, volviendo al punto de partida, para luego, recuperar el camino y avanzar siguiendo una línea imaginaria que iba de la playa a las montañas cruzadas por un azul tempestuoso y bañadas por una luna que —a esa hora— tenía un resplandor helado. Marchaban en silencio, sorteando el laberinto de ensenadas que convertía la costa en una peligrosa trampa de arena con la llegada de las lluvias. Licuefacción llamaban a ese proceso. Cada año, los viejos pescadores recorrían las playas al final de la temporada de lluvias, para desenterrar el cadáver de algún vagabundo perdido, un auto atascado, o los restos de algún animal enterrado bajo la arena. Las muecas de horror tatuadas en los rostros eran dignas de cualquier museo de cera. Nos enterábamos cuando los viejos llegaban

y cruzaban las dunas detrás de la casa para desenterrar un animal o algún objeto de valor que las olas hubieran arrojado a la playa. A veces tenían suerte y encontraban los restos de una embarcación, cuyo maderamen, construido y labrado por expertos artesanos de otras latitudes, aún se conservaba en buen estado. En esa ocasión trabajaron durante varios días con sus noches, para dejar al descubierto a una ballena y a su cría, encallados durante la última tormenta. Ambos ejemplares yacían cubiertos de una delgada capa de barro que modelaba sus enormes aletas, mientras se abrían paso a través del laberinto de lodo. Algunos pescadores recordaban haberlas visto llegar desde el sur, cruzar la costa accidentada para encallar en los bajíos de arena, donde quedaron atascadas. El proceso de licuefacción de la arena y el agua a lo largo de la playa acabó engulléndolas, para ser devueltas, tiempo después, como figuras de terracota. La composición del lodo había mantenido los cuerpos intactos; tanto así, que parecerían vivas, si no fuera porque los ojos habían sido devorados por los cangrejos. La arena alrededor copiaba las formas de la barba, las láminas elásticas y córneas, sus enormes aletas detenidas durante esos segundos finales, cuando toda vida se convertía en espuma y oscuridad. Atrapadas, en el lodo, cantaban una última melodía. Era entonces cuando comenzaba la labor de taxidermia de la naturaleza, como si el tiempo estuviera a cargo de elaborar discretos capullos y ocultarlos en lugares recónditos de la isla. Pero una vez desenterrados, comenzaba el verdadero proceso de descomposición. Durante ese tiempo la pestilencia de los cuerpos podía olerse a kilómetros de distancia. Cuando salíamos de la escuela, subíamos a las dunas para verlas. Bajo el cielo grisáceo, las gaviotas se daban un suculento festín con los restos. Eran cientos de aves revoloteando durante semanas, hasta que una mañana lluviosa, solo encontramos los costillares sobre una alfombra de

algas, como un enorme laberinto de huesos blanqueados por el sol y el salitre donde nadie, a ciencia cierta, quería perderse.

Las tres cabezas subieron trepando sobre la arena en franca competencia por ver quién llegaba primero a lo alto del promontorio. Desde allí se divisaba la inmensidad del océano; el lomo acerado de sus olas que venía a romperse en la playa. Un discreto parpadeo de luces lejanas llegaba desde el otro lado de la noche. A veces podía ser una señal o una advertencia de lo duro de vivir en las islas. Habían cruzado pocas veces por ese lugar. No era el camino acostumbrado. La brisa cargada de presagios cabalgaba sobre la playa desierta. El cielo cargado de nubes parecía ajeno a la humedad de la arena bajo sus pies. Guadalupe frotó sus manos y sopló para calentarlas. Luego miró el velo grisáceo de nubes. Tomó la brújula y apuntando con su pequeño dedo, señaló: «Es por allí», dijo, y avanzó con temeridad internándose en las dunas. Los demás la seguimos sin cuestionar su liderazgo. Era como seguir a una sombra, aunque el brillo de la linterna sobre su impermeable ayudara a mantener el rumbo. Parecíamos fantasmas perdidos en un desierto acuoso. El invierno era turbulento en la isla. Nadie se aventuraba a salir con el mal tiempo. Los pescadores se recogían en las rancherías a preparar sus redes para la siguiente temporada. Se tendían en hamacas a escuchar las emisoras locales y a beber un alcohol fermentado de una fruta llamada *jaca*. Nadie se aventuraba a navegar esos días, a riesgo de poner en peligro la vida. La isla se convertía en una roca oscura cubierta de espesa niebla. Las mansiones de la zona montañosa quedaban vacías durante la temporada de invierno. Los dueños zarpaban en sus yates para recogerse en tierra firme a la espera de un tiempo más benigno. Esa noche, cuando todos se fueron a dormir, salimos de casa bien abrigados y caminamos durante casi una hora por un laberinto de dunas hasta llegar a la carretera. Marchábamos en fila

india. A veces alguno se hundía hasta las rodillas en el lodo espeso, pero enseguida ayudábamos a sacarlo. No era fácil reconocer el camino bajo la lluvia. Todas las dunas parecían iguales. Cuando finalmente llegamos al borde de la carretera, respiramos aliviados. Esperamos unos minutos, hasta que llegaron los otros. Venían cubiertos de barro. Saludaron como de costumbre. En ese momento vimos las luces lejanas de un vehículo dando tumbos en la carretera, avanzando entre la niebla. Luego escuchamos el motor de la camioneta que era como música para nuestros oídos. Cuando estuvo cerca, los faros encendidos iluminaron un trecho del camino de tierra azotado por la lluvia que nos hacía cerrar los ojos. En ese instante vimos la sonrisa de Marcela oculta tras el volante, como un hermoso y tímido animal a punto de saltar sobre nuestro desamparo.

—¡Suban rápido o el mar nos tragará a todos si no se dan prisa! —dijo.

Entramos a la camioneta. Los demás se acomodaron en la parte trasera, ocultándose bajo una lona descolorida. Ella nos observó unos segundos por el retrovisor, sin decir palabras, mientras pisaba el acelerador. A Marcela y al resto del grupo los conocíamos del colegio y, aunque no tenía licencia de manejo, era la única de la clase que sabía conducir. La había enseñado su abuelo para que ayudara con el cargamento de pescado que todos los días, al amanecer, transportaba desde la fábrica hasta el muelle, donde era recogido por un pesquero africano. Mientras avanzábamos, vimos cómo la marea se elevaba por encima de la línea de la playa. Cuando finalmente salimos de allí, las olas grises y espumosas inundaban la carretera. Dejamos la costa atrás y nos internamos en las colinas. El camino serpenteaba sobre una ligera estribación del terreno, internándose en las montañas, donde nunca habíamos ido. Parecíamos andar buscando lo que no se nos había

perdido. Pero solo teníamos en mente una cosa: recuperar la copia de un Perseo en miniatura elaborado por un antiguo orfebre italiano del siglo XVI. La pieza había sido vendida días atrás. Y aunque padre no lo imaginara, cada vez que un objeto valioso del Santuario se vendía, era un golpe mortal en nuestros corazones. No queríamos asistir impertérritos a la expoliación y el saqueo de nuestras vidas. En nuestras manos, aquella pieza se había convertido en un símbolo de perfección y belleza. No nos importaba su precio en monedas, sino lo que representaban en nuestra existencia. Su verdadero valor estaba más allá del tiempo; su capacidad de susurrarnos al oído el misterio de la belleza, cuando se erguía como una breve sombra desde los anaqueles de la biblioteca, para atesorar el espíritu de las cosas hechas para durar toda la vida y que no podían ser destruidas por el tiempo. Aquellos objetos habían sido tan importantes en nuestras vidas, que no nos resignábamos a verlos desaparecer en manos extrañas.

La camioneta avanzaba dando tumbos en lo alto de la colina. Desde la pendiente vimos la casa rodeada de árboles oculta por la niebla. Cuando llegamos Marcela apagó las luces. Todo quedó sumido en tinieblas. La lluvia caía como un manto húmedo sobre las montañas. Aguardamos unos minutos. Luego saltamos la verja de piedra y nos escabullimos en silencio dentro del jardín. Roy rompió una de las ventanas laterales. Afuera, en una casa lejana, los perros comenzaron a ladrarle a la noche. Pero no nos importó. La sala estaba en penumbras. Las esculturas, cubiertas de paños blancos y telas olorosas a lavanda, yacían desperdigadas por todas partes. Las luces de los relámpagos iluminaban el salón. Las ventanas estaban alineadas en dirección a la playa; nubes grises cargadas de electricidad alumbraban en ocasiones el movimiento lejano del mar. Recorrimos el largo corredor en penumbras. Oía a humedad de trastos viejos mezclada con aceite de rosas; esa

combinación perfecta y letal en el cuello de una mujer. Guadalupe entró a la biblioteca, acarició el busto de un Homero ciego, cuya silueta se dibujaba bajo las sábanas; un dragón vigilante precedía al escritorio inglés de madera labrada, donde se amontonaban tiques de subastas, estampillas antiguas, miniaturas de plata y estatuillas africanas de hierro para la buena suerte. Fue entonces cuando lo encontró. Quedó enmudecida frente al brillo de la pieza colocada en una vitrina sobre una bandeja de plata de ley, cerca de la ventana. La imagen resplandecía bajo la luz de la linterna. A un lado, un pez muerto flotaba entre las aguas dormidas de una botella aguamarina. Encontrar la miniatura de nuevo le llenó el corazón de una extraña felicidad. La envolvió en un paño y la guardó en su bolso. Marcela también entró, pero estaba más interesada en las cañas de pescar y los equipos de buceo encontrados en un armario del desván. Los demás curioseaban en la cocina y se entretenían clavando cuchillos afilados sobre las puertas de madera. Subí a las habitaciones superiores por una escalera de mármol. Tenía curiosidad de saber cuánto dinero podía despilfarrarse en decorar una mansión tan ruinosa. Pero nada más entrar en la habitación sentí el olor, aunque no atinaba a reconocer su procedencia, porque la muerte huele igual en todas partes. Era un olor como el de las ballenas, que enajenaba los sentidos hasta el desvarío. Fui hasta la cama. El cuerpo de la mujer flotaba en un lago rojo. Había toallas perfumadas en la habitación para minimizar el olor a sangre. Las señales de lucha estaban por todo el lugar. Sobre la alfombra podía adivinarse la mancha de un cuerpo que había sido arrastrado hacia la terraza. Avancé en silencio. Tal vez la casa no estaba tan sola como pensábamos. Tomé un bate del dueño en sus tiempos de deportista. Cuando me disponía a abrir las cortinas para asestar un golpe fulminante a quien estuviera allí, encontré a Guadalupe en la terraza danzando, los

ojos desorbitados, en pleno paroxismo de un ritual sangriento contra el paisaje oculto de la noche. Sus manos cubiertas de sangre ofrecían lo que parecían ser los restos de un cuerpo a un grupo de gaviotas que volaban frenéticamente a su alrededor. Los demás llegaron después: rostros asombrados, boquiabiertos, que no atinaban a pronunciar palabras frente al atroz espectáculo. Ninguno salía de su asombro. Todos habíamos hecho cosas terribles, pero nada se comparaba con esto. La visión de una niña alimentando a las aves con despojos humanos era demasiado. Agarré a Guadalupe y la llevé hasta la regadera de un baño. Marcela me ayudó a lavarla. Ella permaneció en silencio, ajena al mundo que la rodeaba, como si no fuera capaz de entender la dimensión de sus actos, como si la vida no fuera otra cosa que un juego perverso. Comenzamos a limpiar la habitación, pero estaba tan llena de sangre que decidimos prenderle fuego para no dejar ningún rastro que pudiera comprometernos. Cuando nos alejábamos, vimos desde la montaña cercana cómo la casa ardía hasta sus cimientos. Las llamas purificaban el cielo de un nuevo día que velaba por nosotros, sus hijos predilectos. Sabíamos, en el fondo, que debíamos tener la fortaleza y la fe de los monjes durante el tiempo de la fe. Habíamos decidido emprender una especie de cruzada para recuperar el sentido de la belleza que nos había sido arrebatada. Sin ella no existíamos. Sin ella cualquier rastro humano en nosotros carecía de sentido.

Durante el retorno dormimos en la camioneta unos encima de otros. Apenas llegamos a tiempo para el desayuno; pero padre, viejo y decrepito, trastornado por la locura senil, ni siquiera reparó en las ojeras de Guadalupe, ni en los besos de arena tintineando sobre la taza de café, ni los bostezos de Roy sobre la mantequilla y las tostadas, ni que nos fuéramos quedando dormidos sobre la mermelada y el jugo de naranjas, el pan y el tocino, los huevos y las frutas, como si

estuviéramos posando para la representación de una naturaleza muerta de Holbein, donde las formas que componían la obra jugaban a ser una representación ideal del mundo real, inundado de sombras y objetos que desaparecían bajo la luz de los bananos, cuyas hojas alargadas movía la brisa marina.

Antes de caer vencido por el sueño aquella mañana, recordé sus palabras llenas de horror ante la sórdida confesión de Guadalupe, a quien Roy había colocado en broma el apelativo de guadaña: Guadalupe Guadaña.

—Yo no lo hice —dijo, con lágrimas en los ojos. Yo solo lo ofrecí como un presente generoso a los dioses de la isla para que pudiera continuar el ciclo de las transformaciones.

—Te diste cuenta, hermano —señaló. Las aves nunca vuelan a esta hora, pero tampoco iban a desaprovechar una ocasión como esta. La naturaleza también tiene sus necesidades de rendir culto a los ciclos de la vida y la muerte. Tal vez podríamos refutar al viejo Darwin después de todo, sobre la evolución de las aves en la isla; aunque, a decir verdad, la ornitología no esté muy de moda en estos días. ¿No te parece?

Yo no prestaba mayor atención. Permanecía ensimismado tratando de cargar una pistola de la época de independencia que padre había comprado en una subasta; pero cada vez que intentaba martillar el gatillo apuntándole al corazón, donde de seguro habitaba la más oscura inocencia, solo escuchaba el ruido seco del percutor sobre la pólvora húmeda, sin que se produjera la anhelada explosión. He debido matarla cientos de veces aquella noche, pero Marcela me detuvo.

—Aún es joven —dijo, tomando mi rostro entre sus manos. Ya aprenderá el verdadero sentido de nuestros actos.

La vida en la isla era como una cadena de hechos repetidos hasta el cansancio. A veces, sin querer, perdíamos la noción del tiempo; porque la noción de tiempo en la isla era ilusoria. El día vivido hoy volvía una y otra vez como si estuviera

anclado en nuestras cabezas. La rueda de los días giraba sin detenerse. A veces volvíamos a la casa, una y otra vez, y veíamos a Guadalupe de nuevo alimentando a las gaviotas, pero esta vez no eran los restos del hombre lo que arrojaba a las aves, sino su pequeño corazón palpitante como ofrenda a los dioses de la isla.

De nuevo Marcela tomaba los aparejos de pesca y los arpones para sus incursiones submarinas y arrastraba los equipos hacia la vieja camioneta estacionada afuera. —¿No van a ayudarme? —preguntaba una vez más, molesta. «Pesan una barbaridad». Volvíamos a bañar a Guadalupe una y otra vez, para limpiarla de tanta sangre, mientras permanecía ensimismada en la bañera viendo cómo el agua enrojecida entre sus dedos desaparecía por el drenaje.

Cuando nos marchábamos, Roy encendió una vez más el bidón de gasolina desde el jardín y lo arrojó por una ventana. En cuestión de segundos volvimos a ver la casa arder. La oscura columna de humo se elevó como un enorme cuervo oscuro surcando el cielo. La verdad, estábamos agotados luego de esa larga noche sin pegar un ojo. Una vez más Guadalupe dormía en el asiento trasero durante el viaje de vuelta, enrollada en una toalla limpia. Aún parecía soñar con las gaviotas bajo la luz del amanecer. Mientras recorríamos, una y otra vez, el sendero infinito de lo que habíamos vuelto a vivir, dando tumbos, esquivando charcos; volvimos a ver entre sus manos, apretadas con la terquedad de la infancia, la pequeña pieza de la más delicada orfebrería italiana brillando bajo los rayos de un pálido sol naciente que las bañaba de un breve resplandor inmaculado.

III

En invierno la isla era sometida al inusitado oleaje de feroces tormentas, cuyos signos llegaban como una tromba desde el fin del mundo. Las frías corrientes traían consigo el vigoroso impulso de nueva vida marina. Eran los meses en que llegaban los carpinteros desde tierra firme para asegurar ventanas y puertas, reparar techos, encalar paredes, calafatear embarcaciones, fortalecer los contrafuertes de la iglesia y los muros del molino de viento. Era la época de barnizar las maderas de la casa para que la lluvia no las destruyera, talar los árboles podridos, quemar la maleza alrededor y abrir zanjas para almacenar el agua de lluvia. Todos teníamos trabajo por hacer. Hasta los más pequeños ayudábamos a mover las cosas de un lugar a otro, recoger la ropa del tendedero y los juguetes abandonados durante semanas en el patio; reforzar los columpios con cuerdas enceradas, darle de comer a las bestias del cobertizo y llenarnos de barro mientras construíamos puentes levadizos de juguete para que los sapos y las iguanas del jardín nunca perdieran el camino a casa. Pero así como

un buen día llegaba todo ese laborioso ejército, otro día se marchaba y solo quedaba la casa solitaria en mitad de la nada, a merced de las tempestades que azotaban la isla. Eran los tiempos de arriar velas, guardar arpones y aparejos de pesca, para regresar a los hogares y sentir en el viento una humedad de almejas que las viejas atesoraban para hacer sus pócimas secretas, mientras embarcaciones de todo calado venían a refugiarse en el puerto a la espera de un clima propicio. Desde las ventanas veíamos oscurecerse el cielo. Más tarde llegaba la lluvia sucia y pegajosa, acompañada de truenos que cortaban el aliento de las gaviotas en el aire salobre de la mañana. Las aves se detenían por unos segundos en el aire como un presagio del mal tiempo que se avecinaba. Toda la isla se rendía al clima implacable de la naturaleza. En esa época salíamos poco de casa. Nos refugiábamos en el Santuario. Solo de estar allí, acostados sobre muebles despatarrados, durmiendo en alfombras persas, sin hacer otra cosa que leer y soñar como los alucinados duendes de una historia fantástica —entre armarios llenos de libros antiguos y ángeles con enormes espadas flamígeras que hacían girar sus alas igual a molinos de viento—. Teníamos la sensación de falsa seguridad que nos ayudaba a sobrevivir al tedio infinito del mundo. Roy trepaba entre los anaqueles para coger un libro con cubiertas de cuero y leernos en voz alta hasta el amanecer, cuando caíamos desfallecidos de sueño. Nos íbamos a la cama con la cabeza llena de fantasías. Soñábamos con la historia que más nos gustaba: la del gigantesco caballo abandonado a orillas del mar, frente a las imponentes puertas de una ciudad amurallada. Podíamos ver la sombra de los muros flotando en el polvo dorado de la mañana, remontando el tiempo de la historia. Por un instante, éramos capaces de sentir la guerra en las habitaciones contiguas, donde se escuchaban gritos de soldados, relinchos de bestias, junto al ruido atronador de los carros de

guerra que cruzaban vertiginosos la noche. Bastaba descorrer el cerrojo y espiar por la cerradura, para ver a las bestias galopando en la playa, estremeciendo la tierra con sus cascos. El rumor de las olas golpeando las rocas. Más allá de los campamentos, se elevaba el humo acre de las hogueras y el olor de la carne arrastrado por el viento. La brisa ondeaba banderas en el aire. Guadalupe se quedaba absorta en sus pensamientos. A veces preguntaba con sus grandes ojos de lechuza ¿a quién pertenecía la sangre derramada en las guerras?, ¿cuántos hombres ofrecidos a la muerte en el campo de batalla?, ¿acaso la sangre de los enemigos era la más roja de todas? La guerra avanzaba arrasando todo, dejando cadáveres tendidos sobre el polvo a lo largo de la playa; las lanzas hendiendo el aire fresco de la mañana, mientras una cortina de flechas hería desde lejos, volando hacia las divisiones que se cubrían con círculos de escudos. El olor de los cuerpos carbonizados se tornaba insoportable. Sentíamos los primeros rayos del sol en los rostros, junto al sudor de las bestias, la espuma blanca en los ijares, el barro endurecido en las patas de las bestias al amanecer. Veíamos al sol naciente dibujar un tibio arco de luz sobre las camas, en el preciso instante cuando la luz que cruzaba la ventana sustituía al cortejo de sombras que lentamente iba desapareciendo entre las sábanas.

Pero en invierno, las ventas apenas alcanzaban para cubrir los gastos de la temporada, aunque siempre aparecían compradores de última hora que salvaban la semana. En esa ocasión, el hombre entró y dio una vuelta por el amplio salón curioseando entre las obras y, sin siquiera presentirlo, selló con un fuerte apretón de manos la compra de un objeto que marcaba su inmediata sentencia. Guadalupe siempre era la primera en bajar el pulgar condenándolo. El viejo había llegado en un flamante carro con chofer. Cruzó el sendero del jardín, junto a la verja, usando el bastón para espantar a los

perros. Venía del continente, donde tenía un próspero negocio de antigüedades. Luego se encerraron durante horas a hablar de negocios, mientras paladeaban un ron que padre solo servía a las visitas inoportunas. En ocasiones iban a fumar a la biblioteca. El hombre salió a fumar al amplio corredor de mayólica y, mirándonos extrañado, nos sonrió y nos acarició la cabeza como a perros falderos. Luego se encerraron a tratar sus asuntos. Guadalupe sonrió en su interior como si pudiera acariciar todo lo que iba a suceder más adelante. Pero en aquella ocasión, el hombre no venía a comprar, sino a vender. En algún momento de la tarde, padre se acercó entusiasmado a mostrarnos una colección de monedas antiguas pertenecientes al viejo; herencia de un antiguo pariente de origen desconocido. Guadalupe las observó con detenimiento a contraluz. Allí estaban los rostros impávidos y serenos de reyes que miraban el mundo desde la antigüedad, cuando el oro alimentaba las intrigas del mundo y podía ser comprada con sangre. Era una colección tan valiosa como la que padre atesoraba en la caja fuerte: hermosas monedas gastadas por el tiempo con un pálido brillo de herrumbre, troqueladas con cabezas de reyes, búhos de grandes ojos que veían desde la noche infinita de los tiempos; otras habían sido grabadas con racimos de uvas de Tracia, espigas de Siracusa, o alguna deidad de las vendimias. En aquel entonces, mientras las admirábamos contra la luz moribunda de la tarde, pensamos que su verdadero valor era la quimera inútil del poder cuando enfrenta el hacha del verdugo. Más allá del portentoso prodigio de los metales, la codicia infinita iba aniquilándolas a lo largo de la historia. Pero la cruel paradoja del poder reposaba siempre en la penosa humanidad viviente, cuya venganza habría sido acabar, sin la más mínima misericordia, con el hombre que había inventado el dinero. Allí estaban las cuantiosas fortunas de los poderosos acumuladas durante siglos de

guerra y latrocinio, los tesoros saqueados a pueblos más débiles, aguardando durante siglos por una señal que los lanzara a la hoguera de la historia donde arderían por los siglos de los siglos, hasta ver al último de los soberanos desvanecerse entre gritos de dolor en un amasijo de metales retorcidos que ardería vigorosamente en las fraguas de la historia bajo las llamas eternas, como una amalgama cenicienta de estrellas deformes.

IV

En su sueño había monedas, cientos de monedas brillando como remotas constelaciones caídas desde la bóveda celeste, iluminándolo todo. Las había de cobre, toscas y deformes; de bronce, oscuras, grisáceas; de hierro, con una capa de pátina rosácea en los bordes gastados; amalgamas de oro y plata llamadas electros, aleaciones de estaño en los cofres de los reyes, porque las apariencias eran más convincentes que la realidad. Había monedas de todo tipo y valor. Su precio variaba a través de los siglos y la codicia de los hombres, el valor de las cosechas, el humor de los avaros, las estrategias de la guerra y las intrigas palaciegas. En ocasiones, el amor las convertía en polvo dorado que cubría los cuerpos; pero en otras, se transformaba en arroyos sangrientos. Había quien había vendido a su maestro por treinta monedas, para luego colgarse de una higuera; los que murmuraban palabras mágicas a la entrada de una cueva para esconder los tesoros ocultos de reinos expoliados; otros procuraban con frenesí la piedra capaz de transformar los metales en oro. Su belleza se

mantenía imperturbable en los brazos del tiempo; su valor de cosa baladí, que bien podría servir para forjar una daga o contratar a las plañideras. Los hombres mataban o se hacían matar por monedas, pero Guadalupe no era capaz de entender el porqué. Allí, dormidas sobre la superficie del metal, descansaban siluetas de reyes, emperadores, jerarcas, dictadores, guerreros, generales, a quienes solo bastaba mover un dedo para hacer su voluntad y decidir sobre la vida de todos, mientras su seño lucía imperturbable en su trono magnífico. ¿Acaso esta era la gloria? Una moneda acuñada bajo el fuego implacable, troquelada con un rostro soberbio para la *aeternae gloriae* de la historia. Solo para que más tarde, otros rostros, en esencia iguales en codicia, continuaran aquel linaje con el que podía comprarse la vida o la muerte de un esclavo, un arado. También eran buenas para apostar en las salas de juego o en las tiendas de campaña junto al fuego de las hogueras. Había montañas de monedas: para los matarifes que destazaban ovejas en los mercados, entre el vuelo de moscas y el olor de las pieles curtidas a la intemperie; para los idólatras, que se prosternaban a los pies de ídolos de piedra cuando no respondían sus plegarias; monedas dulces para los niños apostados a la entrada de las tiendas; monedas para los mendigos, arrojadas con asco al muñón amputado de una mano; monedas para los ciegos que recitaban las sagradas escrituras e imploraban al cielo la esperanza de su divina gracia. Habitábamos en el interior de monedas gastadas, rotas, con marcas de dientes, que pasaban de mano en mano, de país en país, en transacciones de alcobas que revestían su valor más allá del lucro y la avaricia; monedas destinadas a envejecer entre el polvo y la gloria de antiguas civilizaciones que marchaban con paso firme hacia el ocaso. La palidez rojiza del sol también desaparecía al final de la tarde, como una moneda acuñada de la era augusta, con una breve inscripción:

«*Humanitas, Felicitas, Libertas*». El rostro bifronte de Dios iluminando a un mundo en ruinas. Y aunque amábamos la colección de monedas de padre, siempre creímos que habría sido más útil forjar un puñal, cuyo brillo sombrío mostrara las razones del fuego, su canto lúgubre llegando a la cita vestido con las indumentarias de la muerte. Gustaba de observar con atención la trayectoria de las armas blancas al ser arrojadas como proyectiles que penetraban la carne, cruzándola de un lado a otro, cortándola en pedazos.

Desde que el hombre gordo con la colección de monedas se había marchado, Guadalupe soñaba con ellas en las tardes inquietas. Durante un tiempo se sintió intranquila, como si presintiera el giro inesperado que podía tomar la vida cuando se lanzaba una moneda al aire. Uno podía tentar al azar y al destino: cara o cruz, águila o sol, vida o muerte. Aquellos rostros acuñados a golpes de martillo y fuego no pertenecían a nadie, porque su valor iba más allá de las transacciones hechas en lupanares de lujo donde las lámparas de aceite brillaban hasta el amanecer, y donde el resto dormía a la espera de un nuevo día que demoraba en llegar. Cuando Roy entró a la casa supimos todo lo necesario. El viejo se alojaba en un pequeño hotel del poblado a la espera de embarcarse a tierra firme, pero la tormenta lo había retenido más de la cuenta. La colección de monedas yacía en un pequeño bolso de cuero, que no abandonaba nunca. Iba a ser tan fácil como timar a un niño, porque nadie se resiste al encanto de la juventud: al aleteo de unas pestañas sobre los ojos almendrados, la mirada inocente de una ninfa, a la boca carnosa y fresca de dientes muy blancos que invitaban al juego y al deseo. Nadie podía resistirse, menos un viejo decrepito y calvo, que solo buscaba un poco de placer, antes de embarcarse al continente.

Se sentía bien abrir la carne, rasgarla hasta hacerla sufrir. Toda tibia, toda húmeda. Las manos del viejo intentando

desvestirla, doblando el vestido rosa de algodón, el lazo azul que sostenía un cabello sedoso que caía hasta los hombros, la pequeña pantaletita rosada, olorosa a inocencia; alisando todo con el mayor cuidado, sobre la poltrona, para que al girar sobre la cama, encontrarse con el inesperado brillo de una navaja que cortaba su cuello con un ligero y rápido movimiento de la mano acostumbrada a destripar animales. Su padre la había enseñado a destazar peces y moluscos, pero cortar a un anciano que la duplicaba en tamaño era diferente. El viejo se llevó ambas manos al cuello, por donde se escapaba la vida en un suspiro. Pero solo fue un acto reflejo de quien ya se sabía fiambre.

«Maldita ninfa», dijo en un último estertor, mientras se derrumbaba sobre la alfombra. Guadalupe aún sostenía la navaja ensangrentada en la mano, evaluando el corte limpio y discreto que le había propinado. Luego tomó la pequeña bolsa de cuero y volcó su contenido sobre la cama. Respiró aliviada. Las monedas brillaron en la habitación como los rostros de antiguos dioses olvidados. Por un momento pensó en darle un beso de despedida, pero la dentadura postiza la hizo desistir. Desde el piso, el viejo parecía no salir de su asombro. La boca mantenía el rictus cínico de los ancianos que descreen del amor y sus virtudes. Sintió el olor del enjuague bucal. Un hilo sanguinolento de espuma descendía por el cuello bajo la luz de la lámpara. Nosotros aguardamos afuera, frente al callejón del hotel. Cuando llegó Guadalupe, huimos en veloz carrera por la playa, saltando sobre las dunas de arena. Nos manteníamos en movimiento, porque detenernos significaba correr el riesgo de ser engullidos por las dunas. El viento soplabla con fuerza a esa hora borrando cualquier rastro de nuestra incursión. Éramos como fantasmas, duendes de la noche. Las monedas, atadas en un pañuelo, tintineaban en la penumbra como un sombrero cascabel. El cuerpo

del viejo apareció días después frente a la costa despedazado por los peces, desfigurado por completo. Cuando lo hallaron era una piltrafa irreconocible llena de cangrejos pegados a la ropa. Todos en el poblado sabían que, en ocasiones, las olas arrastraban cuerpos mutilados hasta la orilla, llenos de lodo, que parecían haber estado allí desde el principio de los tiempos: peces rosados con torso de mujer, retorciéndose sobre los montículos de arena como gusanos bajo el ardiente sol. Alguien, vaya a saber quién, tenía la caridad de arrojarles un balde de agua para humedecerlos y así recuperar sus fuerzas para retornar al mar. Alcanzábamos a ver sus ojos en la oscuridad de los sueños a los que tanto temíamos. Un buen día un pescador escuchaba un canto lejano y era la señal de que algo estaba por suceder. Las noches eran extrañamente claras. Los aullidos de perros lejanos, o coyotes, y la inmensidad de la luna en el cielo. Roy llamaba a las dunas *mare serenitatis*, cuando nos llevaba a recorrer largas extensiones de arena, bajo la sombra de nubes plomizas envueltas en la bruma. A veces el aullido lejano de los chacales era respondido por otro, y luego uno más, como un triste rosario de ladridos llenando la noche de quejidos lastimeros. Las estrellas parecían monedas inalcanzables, tan distantes, que no lográbamos ver los rostros acuñados en ellas. Quizás eran los rostros de un universo solitario y distante. Nadie poseía las estrellas, aunque en ocasiones alguna de ellas lograra romper el orden estelar y cruzar el firmamento envuelta en llamas. Durante ese breve resplandor imaginábamos su rostro, semejante al nuestro, quemándose frente a nuestros ojos.

Corríamos a casa bajo el viento indetenible, dejando un rastro invisible en la arena. Pero apenas cruzamos la puerta del Santuario, Guadalupe desató el pañuelo y vimos de nuevo las monedas bajo la luz de las lámparas. Fue entonces cuando pensamos que la belleza no era más que una ilusión de

los sentidos, por la cual no valía la pena matar o morir. Allí estaban las monedas refulgentes y hermosas, utilizadas ahora como fichas de una partida de damas en la madrugada, cuando el cansancio y el aburrimiento nos rendían y caíamos exhaustos sobre las blandas almohadas de los muebles. Los días siguientes encontrábamos las monedas regadas por toda la casa: en la jaula de los pájaros, en la caja de cereal, en la pecera y hasta tuvimos que purgar al perro para rescatar las restantes. Padre las reunió de nuevo y las guardó en la caja fuerte. Pero Guadalupe conocía la combinación y, cada noche, las traía de vuelta para jugar toda la noche y devolverlas al amanecer, antes de que padre despertara. Pero un buen día las olvidó y padre las encontró tiradas como baratijas por todos lados. Solo dijo: «¡Hagan lo que quieran!». Luego se fue de nuevo a la cocina, con más rabia que nunca, a preparar el desayuno. En esa época encontrábamos monedas en el temblor de la gelatina, en las tazas de café, en la mermelada, en los platos de frutas y hasta en la jaula del loro que imitaba con voz gangosa todas las mañanas los noticieros radiofónicos: «Señor Jano, le pica la mano o la pica el ano». Nosotros escuchábamos detrás de la puerta, con las orejas pegadas a la pared, sonriendo con la complicidad de Guadalupe y Roy, cuando la emprendía en contra del pobre pajarraco que no tenía la culpa de nada y solo repetía su nombre en una alegre algarabía de silbidos y plumas: «¡*Truuuuuu* lorito!». Por las noches, luego de recoger la casa, junto con la señora que había contratado para cuidarnos, se iba a la soledad de su alcoba a emborracharse con ginebra barata y llorar en silencio sus desgracias, hasta quedarse dormido, todavía trajeado con la ropa del domingo: la corbata negra de pajarita, la fina camisa de algodón perlada, sus anteojos de carey, el tricófero de Barry, el agua de colonia perfumando la habitación, mientras escuchábamos su llanto trasnochado, igual a un quejumbroso monólogo teatral.

Aguardábamos en la cama, observando cómo las arañas tejían sus invisibles hilos de seda. Hasta que, finalmente, escuchamos su respiración intranquila, acompañada de potentes ronquidos. Entramos a su habitación en puntillas, llegando hasta el borde de la cama revuelta y olorosa a estiércol y, con el mayor respeto —pues era nuestro padre y lo amábamos—, colocamos un par de monedas de plata sobre sus ojos cansados, todavía húmedos de tanto llorar, para que pudiera pagar al inefable barquero que, tarde o temprano, lo ayudaría a cruzar el tenebroso río.

V

En la madrugada, Guadalupe vino a nuestra habitación. Entró de puntillas, sin hacer el menor ruido, para no despertar a nadie.

—¡Roy! —llamó con suave voz, que flotó por unos segundos en la penumbra de la habitación.

—¿Estás despierto? —dijo casi en un susurro.

—No, Guadalupe —respondió molesto, mientras se despepezaba entre las sábanas tibias. Luego se acercó en silencio a la cama de Benjamín.

—¡Benjamín! —dijo, volviendo a la carga y halándole los pies—. ¿Estás despierto? —preguntó desde las sombras amontonadas como fardos en la habitación.

Benjamín bostezó y se frotó los ojos como si regresara del país de los sueños:

—¡Por Dios! ¿Qué quieres? ¿Acaso no sabes qué hora es? —respondió molesto. Pero a ella pareció no importarle. Luego, en ese afán de hacer notar la más extraña de las paradojas, se plantó entre las dos camas en medio de la habitación, con

mirada dubitativa, como si estuviera a punto de revelarnos un secreto.

—Ahora díganme algo —continuó—, si no existe la más mínima duda de que los tres estamos aquí, despiertos en esta habitación en penumbras, en medio de las sombras. Entonces, ¿quién está soñando esta historia?

VI

Marcela vino temprano en la camioneta de su abuelo para ir de pesca. El viejo le había regalado para su cumpleaños un pequeño bote con una tela descolorida de lona que servía de vela y ayudaba a navegar cuando hacía buen viento. Entre todos cargamos los aparejos y los equipos de buceo: las máscaras con esnórquel, las aletas, los sedales, los arpones de liga. Marcela se había empeñado en revisarlos la noche anterior. Su abuelo nos dio carnada fresca y nos empacó una cesta con comida y agua. Cuando salimos, remamos con fuerza para vencer la corriente que nos empujaba hacia la playa. Algunos pescadores nos observaban desde el puente riéndose de nuestras maniobras. Finalmente, cortando las olas de forma sesgada, logramos avanzar contra la corriente y cruzar los bajíos, las boyas anaranjadas cubiertas de cangrejos y las algas que flotaban dormidas más allá de las embarcaciones de mayor calado, bajo los primeros rayos de luz. El sol surgió en la línea del horizonte como un pálido insecto luminoso ascendiendo con sus pesadas alas entre nubes deshilachadas bajo un cielo

violeta. Cuando dejamos atrás las últimas embarcaciones ancladas en el muelle, vimos el poblado solitario, sin un alma, y recordamos que era domingo. Roy y Marcela remaban al mismo ritmo remontando las olas que venían ligeras y azules a nuestro encuentro. En poco tiempo, el mar pasó del verde de las esmeraldas al azul oceánico de las profundidades, semejante al acero. Había traído la cámara fotográfica y me esmeraba en hacer imágenes de nuestra primera expedición en alta mar. Cientos de gaviotas volaban sobre nuestras cabezas, graznando y picoteándose entre ellas, en un intento por robarse la carnada. Pero luego de la inútil algarabía, emprendieron el vuelo hacia la costa, donde llegaban los últimos botes de pescadores de la mañana. Pero ahora solo escuchaba el golpe de los remos hundiéndose en el agua, dejando un rastro de espuma burbujeante que desaparecía en remolinos blancos. Cuando llegamos a los arrecifes que bordeaban la isla, oscuros y cubiertos de algas que prosperaban bajo la luz inclemente, encontramos un mar agitado y turbulento bajo las condiciones del día. Contemplamos la costa accidentada, desdibujada a lo lejos. Tomé algunas fotografías del puerto que desaparecía bajo el sol: grúas anaranjadas oxidándose desnudas en el muelle, donde apenas alcanzaba a ver la cúpula de la iglesia semejante a un inmenso huevo de pascuas en medio de la plaza. Más allá, las montañas se convertían en vagas formas azuladas bajo la intensidad de una luz que las hacía lucir como espejismos. Cuando finalmente llegamos al lugar, arrojamos el ancla y la vimos descender hasta marcar casi treinta brazas de profundidad. El agua estaba helada. Echaron a la suerte el uso de los equipos de buceo, pero preferí no participar. Iba a quedarme en el bote por precaución y, por qué no decirlo, por un saludable temor al océano. En una ocasión, hace un tiempo, estuve a punto de ahogarme; si no hubiera sido por Roy, hoy no lo estaría contando. Desde niño siempre sentí una

ligera aversión al mar. Navegué y nadé tantas veces con mis hermanos y, sin embargo, esa aprensión nunca desapareció. El océano parecía un cruel enemigo en el que no se podía confiar. Hay quienes experimentan fascinación por el continuo movimiento de esa enorme masa líquida. El agua nunca se da respiro en su eterno desplazamiento. A veces en forma de ligero oleaje avanzando sin saber hacia costas desconocidas; pero otras, arrastrando el furor huracanado de vientos y olas gigantescas capaces de arrasar con todo. Nunca tuve dudas. En el mar convivían dioses implacables que confundían a los navegantes con sus artes engañosas y los hacían naufragar en mares remotos. Ulises no era sino el vivo ejemplo de alguien que se había confiado a los dioses, para ser traicionado luego. ¿Quiénes eran las sirenas si no unas abominaciones nacidas del vientre fecundo del océano? Cuando acabaron de vestir los trajes de hule, todos nos reímos, les quedaban tan grandes que parecían más bien muñecos de goma. Pero lo importante era protegerse del frío de las profundidades. Roy y Marcela saltaron al agua y se sumergieron durante unos segundos para aclimatarse. Guadalupe tomó mi mano y me sonrió.

—¡Calma, Benjamín! ¡Todo va a estar bien! —dijo mirando el miedo en mis ojos— Esta vez los dioses del océano van a ser pacientes contigo —finalizó mientras se ajustaba la máscara para entrar al agua.

Miré hacia los arrecifes y vi a Roy y a Marcela tomar una profunda bocanada de aire antes de sumergirse entre las olas dejando un breve remolino de burbujas. Me quedé un momento observando el lugar por donde habían desaparecido. Luego tomé la caña de pescar y me dispuse a matar el tiempo. El día era luminoso y calmo: el sol ascendía en el cielo como una moneda de oro lanzada al aire para hipnotizar a las aves. El bote se mecía suavemente en esa hora imprecisa en que la vida comienza a despertar bajo la intensa radiación solar. Un grupo

de albatros se elevó desde los arrecifes, giró sobre el bote y luego se dirigió mar adentro. De pronto y sin ningún aviso, un cardumen de salemas emergió a la superficie para alimentarse de las coronas de algas que flotaban alrededor del bote. Podían distinguirse sus lomos plateados y brillantes cruzados de franjas amarillentas. Sabía, por lo que nos había contado el abuelo de Marcela, que los pescadores de la isla lo llamaban el *pez de los sueños*. Los nativos apreciaban sus carnes más que nada en el mundo; pero sobre todo, las sopas cocidas con sus cabezas en marmitas de barro, que tenían el poder de hacerlos soñar durante días. Eran sueños profundos: sueños dentro de sueños, como si caminaran por un laberinto de peces que conducía a nuevos laberintos infinitos. Cada vez que cruzábamos la rancharía para ir a la escuela, veíamos a los viejos balanceándose en sus hamacas, con la lentitud de tortugas, mecidos por la brisa. Pero solo los viejos eran llamados a soñar y a compartir sus visiones premonitorias. Aunque en secreto, algunos jóvenes que asistían al colegio se aventuraban —rompiendo la regla— a experimentar los efectos producidos por su consumo.

Comencé a pescar y en apenas una hora tenía una veintena de salemas saltando sobre el piso del bote. A ratos veía a Guadalupe asomándose entre las piedras del arrecife con un pulpo adherido al traje, tratando de zafarse con un chorro de tinta para luego desaparecer en las profundidades, donde no podrían encontrarlo jamás. Guadalupe los llevaba hasta una cesta de juncos que había dejado sumergida entre los salientes de las rocas para mantenerlos frescos. Me lanzó un beso y volvió a sumergirse. Aproveché los peces más pequeños y los corté en trozos para usarlos como cebo. Las historias en torno al pez de los sueños siempre me habían intrigado. Mientras cortaba la carnada, vi las cabezas en el fondo del bote: los ojos brillantes sin vida, redondos y negros, parecían observarme desde abajo. Las aplasté con el mazo y observé sus cerebros gelatinosos

deshacerse entre mis manos. Intenté sorber uno, pero era asquerosamente salado y de textura repugnante; y aunque escupí innumerables veces, su sabor se quedó impregnado en mi boca, hasta que sentí la lengua dormida. Tomé un largo sorbo de agua, pero el sabor ya me llegaba a la garganta. Sentí temor de acabar envenenado en medio del mar, así que intenté no pensar en ello. Continué pescando hasta que el cardumen desapareció y el mar volvió a calmarse. El sol estaba alto. Los arrecifes bañados por la intensa luz de cobalto parecían animales antediluvianos: serpientes marinas, dragones, krákenes, petrificados por algún dios iracundo. La costa se veía tan lejana. Yo estaba solo en medio de la nada. La radiación sobre el agua desdibujaba los contornos de un mundo aniquilado por la luz. Me sentía a punto de emprender un viaje al país de los lestrigones. Los dioses del océano llamaban soplando enormes caracoles, y yo acudía al encuentro, entre olas refulgentes que saltaban por todas partes. Navegué como un pez ciego en la oscuridad de las profundidades, buscando el huidizo brillo de lo desconocido.

Cuando emergimos del agua, el bote no estaba. En un principio pensamos: «Benjamín quiere jugarnos una broma». De seguro escondió el bote detrás de los arrecifes para asustarnos. Nadamos hasta el lugar, pero no lo encontramos. Luego vimos con temor las cabezas de salemas flotando entre las algas y nos estremecimos. Cuando logramos subir a una de las rocas, vimos, contra la mancha azul del océano, la pequeña embarcación siendo arrastrada por la corriente, mar adentro. Gritamos con todas nuestras fuerzas, pero el bote se alejaba cada vez más. Permanecemos en el arrecife todo el día bajo el sol, hasta que el abuelo de Marcela vino a buscarnos en una lancha y nos encontró deshidratados, ateridos de frío, aferrados a las rocas, como si el agua nos hubiera convertido en estatuas de piedra que no lograban reponerse de su pesar. Lo buscamos hasta el anochecer, pero no lo encontramos. Guadalupe lloró durante

el viaje de regreso. Dimos aviso a las autoridades portuarias para que iniciaran la búsqueda. Esa noche nadie pudo dormir. Pasamos las horas mirando la cama vacía de Benjamín: las sábanas limpias, su colección de insectos y conchas marinas, las fotografías de los grandes trasatlánticos colgadas de las paredes de su habitación, sus juegos de azar. Cada vez que oíamos un ruido afuera corríamos a la ventana con la esperanza de que hubiera regresado, pero era el viento triste de la isla trayendo voces lejanas desde el mar; voces profundas que venían desde lugares remotos, arrastradas por un viento que aullaba entre los árboles donde dormían las lechuzas. Como si no fuera suficiente su desaparición, nos dejaron castigados en casa, conternados por la suerte del pobre Benjamín y sus miedos atávicos al océano. Papá estaba furioso con nosotros y se contuvo para no golpearlos, pues nos culpaba de su desaparición. La siguiente mañana se organizaron partidas de búsqueda entre los pescadores locales, pero al final de la tarde, cuando un sol tibio de naranjas comenzaba a ocultarse en el horizonte, los guardacostas encontraron un remo flotando en las aguas turbulentas, mordisqueado por tiburones. Una semana después, lamentablemente, las autoridades dieron por concluida su búsqueda, aunque nosotros no perdíamos las esperanzas de encontrarlo. Aquel día nos reunimos con otros niños del colegio para tejer coronas mortuorias de flores. Escribimos poemas con la mejor caligrafía y los mensajes más esperanzadores del mundo, para que nuestro dolor no se ahogara entre las olas, y lo alcanzara en cualquier lugar del océano donde estuviera, de seguro, añorando con infinita nostalgia el mundo de los vivos. ¡Cómo lo echábamos de menos! A veces nos daba por pensar en él como un joven e inexperto tritón, nadando sigilosamente al lado de los grandes peces y pulpos que lo miraban confundidos, mientras extendían sus largos y rosados tentáculos para abrazarlo en el silencioso abismo de las profundidades.

VII

Esa mañana padre vino temprano a nuestra habitación. Lucía desolado y triste. Así que se acercó a nosotros y nos pidió acompañarlo al continente. El día había amanecido gris. Afuera los vientos cruzados soplaban con ráfagas de lluvia y el gallo metálico de la veleta giraba enloquecido apuntando en todas direcciones.

—Hoy no va a ser un buen día —dijo—. Necesito que se den prisa.

Nos vestimos y desayunamos en silencio como siempre, mientras padre le daba un vistazo al periódico, absorto en su penosa burbuja de problemas. Escuchamos la bocina del auto tocando afuera y nos preparamos para un viaje inesperado en medio de un día de tormenta. Algo sí sabíamos: esos eran los viajes que nunca auguraban nada bueno. Roy y yo nos miramos instintivamente, pero ninguno se atrevía a preguntar. Cruzamos el patio bajo el paraguas negro del chofer, que semejaba el ala protectora y tibia de un cuervo, llevándonos a saltos al vehículo entre charcos de agua sucia y barro. Ya

en el interior del vehículo, respiramos aliviados. Parecíamos sanguijuelas pegadas a los cristales, mirando cómo la nubosidad del cielo mezclada con la lluvia sobre el parabrisas, desdibujaba el paisaje en fragmentos irreconocibles. El invierno lavaba el color terroso de los árboles a un gris melancólico. El auto descendió con lentitud por el camino resbaloso de hierbas pisoteadas en dirección a la carretera principal. Tomamos una vía en dirección al puerto. El trayecto se hizo eterno, pero cuando menos lo pensábamos, entramos al ferri, cuya puerta oscura parecía la boca de un lobo. Luego sentimos el movimiento del transbordador zarpando del muelle, como si tuviéramos los pies llenos de burbujas que estallaban por todas partes. Estuvimos encerrados en el auto un tiempo, mirando la sombra de la plataforma metálica tornarse grisácea, hasta que padre nos dio permiso para salir a estirar las piernas. «No se alejen mucho», fue su única advertencia. Caminamos entre camiones cargados de mercancías, hasta que divisamos al fondo la luz de una escotilla. Subimos por una escalerilla metálica al piso superior. Cuando me asomé a cubierta, una ráfaga helada de viento me golpeó de lleno en el rostro y casi me hace caer, pero Roy me sostuvo. La embarcación se tambaleaba entre las olas buscando una ruta favorable en las corrientes. Por primera vez contemplábamos la isla desde mar abierto. La tierra se hacía más pequeña y frágil, casi insignificante. Las montañas amarillentas donde apacentaban las cabras desaparecían en la distancia, a medida que la embarcación se alejaba rumbo al continente. Vimos bandadas de aves acercarse en busca de alimento, pero había poca gente en cubierta por el mal tiempo, y nadie estaba dispuesto a enfrentarse a una bandada de gaviotas hambrientas. Una de las aves se abalanzó sobre una mujer y le arrebató el sombrero. La mancha rojiza cruzó el cielo seguida por otras aves que se turnaban para picotearlo en el aire. Luego

la tierra desapareció y ya no supimos dónde estábamos, ni a dónde íbamos. Era como si la vida se hubiera detenido por un momento a tomar un respiro. El mar se convirtió en una masa oscura coronada de olas espumosas que golpeaban la embarcación; en ocasiones oíamos crujir las planchas como si les estuvieran retorciendo las entrañas. Teníamos miedo, pero el mar revuelto y turbulento nos atraía con su enorme y húmeda boca como si estuviera a punto de engullirnos. Apreté con fuerza la mano de Roy, mientras se reía de mí. Pero en el fondo sabía que también tenía miedo. Padre nos buscó en cubierta y fuimos a beber un chocolate caliente y espumoso. El clima parecía empeorar, pero padre dijo que siempre era así en esta época del año. Permanecemos la mayor parte del tiempo sentados, mirando a través de los cristales las ráfagas de lluvia y el viento golpeando con fuerza la cubierta. Dormí durante unos minutos, pero cuando desperté, el mar se había calmado y la bruma apenas permitía ver afuera. En ese momento escuchamos el sonido de la sirena del puerto que anunciaba la cercanía de la tierra. La embarcación se deslizó con lentitud junto a otros barcos, cuyas sombras fantasmales flotaban en la niebla como inmensas ballenas varadas en el muelle de un puerto invisible. Y aunque no lográbamos ver el movimiento de las cosas en el exterior, escuchamos las voces de marineros negociando los precios de la pesca, el olor de las tabernas y hasta el dulce perfume de una mujer que fumaba sentada en algún lugar del muelle. Justo en ese instante, la embarcación disminuyó la velocidad y apagó el motor al tiempo que alcanzaba un espacio seguro entre los buques para atracar. Luego de una prolongada espera, conseguimos abandonar el ferri. Papá nos llevó almorzar a un restaurante cercano donde podía pescarse lo que se iba a comer, pero a mí eso me pareció siempre una práctica deleznable. ¿Qué oportunidad tenía un pez luchando en condiciones tan adversas?

Por mi parte, prefería no interactuar con los alimentos más allá de devorarlos. Aquellas formas húmedas, gelatinosas, que hacía unos minutos se deslizaban en la frialdad de un tanque iluminado artificialmente, yacían ahora tendidas sobre un plato de porcelana. De seguro eran deliciosas, pero a mí me atraían poco las anguilas de mar. ¿Y si fuera una anguila eléctrica y nos electrocutara a todos? La verdad fue que el viaje arruinó mi estómago. Roy se burlaba de mí, mostrando sus grandes dientes de conejo devorando las carnes de su plato, hasta dejarlo limpio. A través de las ventanas veíamos las luces de los autos cruzando la avenida. La lluvia se convertía en una gasa húmeda que cubría el cielo de una bruma semejante al sueño. Las siluetas grises de las embarcaciones ancladas semejaban bestias dormidas bajo la lluvia. Cuando regresamos al carro, el tráfico había disminuido. La lluvia golpeaba con un lento y fugaz tamborileo de gotas el capó, creando un ritmo de abejorros atrapados en una botella. Era una única y solitaria nota repetida hasta la saciedad. Enfilamos por una avenida cubierta de árboles, cuyas copas se esfumaban entre la niebla en una interminable línea de nubes verdosas, hasta que desembocamos en una pequeña edificación con un discreto cartel y una cruz roja en lo alto: Hospital São Sebastião. Bajamos del auto acompañados por el chofer. Papá nos tomó de la mano y fuimos hasta un quiosco cercano a comprar flores. Lo que siempre me perturbaba de los hospitales era su olor. Detrás de la más pura limpieza siempre se esconde toda la podredumbre del mundo. Algunas dolencias se adherían al cuerpo igual a ventosas que, poco a poco, te iban sorbiendo la sangre. Cruzamos el largo corredor de mayólica adornado de plantas artificiales. El recinto tenía un aire desolado. Las enfermeras hablaban en voz baja, mirándonos con rostros compungidos de aquellas que han hecho de su oficio una larga parodia de la muerte. «¡Pobrecitos...! Tan jóvenes y ya deben

enfrentarse a la muerte», le escuché decir a una de ellas. Bajo sus pieles blancas y transparentes, casi podían adivinarse las venas azules que recorrían un delta de diminutos ríos donde la vida navegaba en silencio. Realizaban sus labores con la eficiencia de autómatas adiestrados para el tormento. No eran mujeres, sino más bien momias destinadas a servir de transición entre la vida y la muerte. Cuando entramos a la habitación, encontramos a mamá tendida en una cama blanca y fría, pegada a una serie de tubos, mangueras y extraños aparatos que medían las funciones vitales de su cuerpo, casi a punto de sucumbir. Madre sonrió apenas y nos abrazó como si nunca más fuera a hacerlo. Me acarició el cabello, siempre rebelde, peinándolo como cuando iba a la escuela en las mañanas y se acostaba a mi lado para verme despertar.

—Todo va a estar bien, Benjamín —dijo, casi con lágrimas en sus ojos—. ¡Pero vamos! ¡No sean tímidos! ¡Saluden a su hermanita! En ese instante nos dimos cuenta del pequeño bulto al lado de la cama, que se movía como una lagartija atrapada en una caja de cristal.

—Se va a llamar Guadalupe —dijo—. Solo pido para ella la salud que no tuve y la fortaleza de las mujeres que nunca se rinden frente a las adversidades.

Yo sentía que la vida de mamá se apagaba como esos fuegos fatuos que iluminaban el mar por unos segundos con una flama azul y brillante, para luego desaparecer. Toda su vida había sido una mujer metódica y silenciosa, moviéndose por la casa como uno de esos espíritus inalterables que carecen de tiempo y memoria. Siempre ocupada en algo: un proyecto. De joven cursó estudios de arte en una academia, pues soñaba con ser pintora, hasta que un buen día descubrió la verdad. No bastaba solo el deseo. Se supo torpe y sin talento. Fue entonces cuando se dedicó al estudio del arte antiguo, como quien construye desde adentro una cárcel justa a su medida. Después

vinieron el matrimonio, los hijos, la pequeña galería de arte, que iba creciendo y dando un buen dinero que ayudaba con los gastos de la casa, cada vez más ruinoso. Padre viajaba al continente a comprar obras de dudosa procedencia, falsificaciones, copias de libros antiguos vendidas como auténticas, máscaras africanas compradas en el mercado continental y elaboradas para estafar a turistas incautos. Nosotros solo vivíamos para la espera. Lo veíamos llegar de viajes interminables. A veces demoraba semanas, meses, hasta que un buen día, veíamos la lejana nube de polvo en la carretera de tierra y el rugido del motor acercándose. Pero el hombre que abría la puerta era, ni más ni menos, un desconocido. Su silueta se detenía por unos segundos en el zaguán, decorado con relieves de azulejos; los zapatos cubiertos de lodo y polvo, el rostro sin afeitarse, como si fuera capaz de mudar de forma, y ser otro, cada vez que venía a casa; distante, lejano; lo que siempre había sido para nosotros: un perfecto extraño. Alguien a quien era difícil recordar; quien nunca nos besó, ni tuvo un gesto de ternura o compasión hacia nosotros; un extraño a quien aguardábamos sentados en el porche de la casa, como el viento o la noche. Pero el viento y la noche venían todos los días; alguien, hosco, impredecible, que gustaba de cantar y de llevarnos al estuario los domingos para arrojarnos al río y luego rescatarnos, ateridos, vomitando agua, casi a punto de ahogarnos. «Lo que no mata, fortalece» era su consigna. Ahora se había convertido en un viajero impenitente y comerciante de obras de arte entre las islas y tierra firme, aunque en el pueblo comentaran que solo era un estafador viviendo de su mujer. Nosotros nos escondíamos detrás de la falda de mamá y mirábamos con desconfianza, desde la tibieza de la cretona, a ese desconocido que llegaba en un camión polvoriento, se estacionaba en el patio, cruzaba la puerta con la lentitud y el cansancio de los solitarios, y que nos obligaban a llamar papá.

—Saluden a su padre —decía ella con una sonrisa triste. Pero ninguno quería acercarse a ese extraño que aparecía y desaparecía de nuestras vidas. A veces traía presentes de sus viajes, pero siempre confundía nuestras edades, nuestros nombres y hasta quiénes éramos.

Yo tomé sus manos y sentí cómo iban poniéndose frías entre las mías. Sus manos blancas y delgadas, cubiertas de venas azules semejando un mapa de arroyos silenciosos que subían por sus brazos, serpenteando hacia los hombros caídos, desapareciendo entre los músculos y hundiéndose en los huesos blancos, como deltas claros de luz. Detrás de mí, escuchaba el llanto quedo de Roy entre el ruido opresivo de las máquinas en la habitación. Eran sonidos largos y confusos de que lo peor estaba por venir: pulsaciones coloridas en diversos registros imitaban el ruido repetitivo de un mantra; borborigmos y toses, su respiración agitada iba y venía entre jeringas, sondas, vendas, puntos de sutura, que solo servían para detener a medias la hemorragia causada por el alumbramiento. Todos intuimos lo irremediable. Qué más daban algunas horas robadas a la terquedad de la muerte. Pero ¿quién puede predecir su tiempo sobre la faz de la tierra? Todas las noches nos íbamos a la cama desconcertados, sin saber si alcanzaríamos a ver el día siguiente elevándose como un sol negro entre las tinieblas. Mientras tanto, para el asombro de todos, el pequeño cuerpo de Guadalupe —sus ojos negros y profundos—, se retorció dentro de la incubadora. Llegué a pensar que, tal vez, una luz se apagaba para que otra fuera encendida en el firmamento de las cosas posibles. Mamá estaba debajo de una copia de la crucifixión de algún pintor flamenco, prefiriendo como siempre el sacrificio sin sentido, la humildad del polvo esparcido sobre el mundo; ausentándose de la vida con vergüenza, contando con parsimonia las cuentas blancas del rosario: el martirio, las caídas, los latigazos de los centuriones,

los gritos de dolor, el sueño y el calor, el agua con salmuera, las penitencias, la cruz y los clavos, la corona de espinas, la lanza del destino atravesándole el costado, de donde brotaba la luz de un manantial, la hiel, el rugido de los truenos en el cielo, porque se aproximaba una tormenta. Madre tendida en la cama, retorciéndose de dolor, mientras los aparatos silbaban, latían y aullaban enloquecidos, porque su cuerpo se iba poniendo rígido, apagándose como una flama sin oxígeno, sin el azul estrellado de los cielos, sin una palabra de consuelo para el mundo cruel, sin sentido. Hasta que arqueó su cuerpo como si fuera un resorte a punto de salirse de la cama y apretó mi mano con tanta fuerza, aferrándose al vacío, que pensé que iba a fracturarme los dedos. Fue entonces cuando comenzó a aflojarlos lentamente, sin fuerza, sin vida, sin aliento, como si finalmente se entregara al sueño eterno. Los ojos inmóviles, mirando al infinito, hasta que el llanto de Guadalupe nos volvió a la realidad. Roy gritó y salió huyendo, atropellando a todo el que se cruzara en su camino. Papá lo persiguió hasta las escaleras, sin lograr alcanzarlo. Ya en la calle, la densa neblina que venía del mar lo engulló en un santiamén. Yo me quedé allí, abrazado a las manos inmóviles que me habían acariciado tantas veces, sin saber qué hacer, ni qué decir, como si el llanto no fuera suficiente, como si cerrar sus ojos y huir hacia la cruel oscuridad nos condujera a la luz, hasta que sentí los brazos de papá abrazándome con fuerza por primera vez en la vida.

—Vamos a estar bien —dijo con lágrimas en los ojos—. Vamos a estar bien... —repitió compungido. Nunca lo había visto derramar una lágrima, por eso me resultaba tan extraño verlo llorar, con ese llanto ronco y espasmódico de los adultos poco acostumbrados a expresar sus emociones. Sus lágrimas se deslizaban sobre mi cuello con la tibia humedad del desconsuelo. Ahora no recuerdo quién trataba de consolar a

quién. La muerte puede crear lazos imperecederos, o quizás romperlos para siempre. Roy apareció horas después acompañado de varios policías: sus ropas estaban hecha jirones, las manos cortadas y sangrantes le valieron algunos puntos de sutura. Lo habían encontrado en la playa, cerca del rompeolas, sentado sobre las piedras mirando la inmensidad del océano. Parecía confundido y perdido bajo la lluvia. Pero era incapaz de decir una palabra de rabia o dolor. Solo veía con odio la incubadora, donde Guadalupe reposaba como un renacuajo, entre algodones y gasas olorosas a alcohol.

—¿Es su hijo? —preguntó el gendarme—. Estaba a punto de lanzarse al mar cuando lo detuvimos.

Roy permanecía callado. Lucía abstraído, como si hubiera abandonado su cuerpo y dejado de pertenecer a este mundo.

—Gracias —dijo papá con tono apenado—. Es un verdadero alivio que lo haya encontrado. Una muerte por vez es suficiente.

Enterramos a mamá en la isla un día soleado, como a ella le habría gustado. El cielo, limpio y luminoso, estaba lleno de gaviotas que revoloteaban por todas partes. Vino poca gente a sus exequias. Los pescadores trajeron coronas de flores. Entonaron algunos cantos fúnebres en su lengua y luego se marcharon. Escogimos un hermoso lugar en lo alto de la montaña, frente al mar, rodeado de árboles que se mecían con la brisa. Padre plantó brotes de hiedra que, años después, comenzaron a colonizar la tumba y sus alrededores. Las siguientes semanas, Roy la visitaba por las noches. Pensó que, tal vez, podría comunicarse con ella desde ese extraño espacio de la memoria. Se sentaba sobre las piedras para contarle historias. Ahora era capaz de sentir su espíritu en todas las cosas, como si la muerte le diera un sentido nuevo a la vida; más humano, más profundo, más real. Sin embargo, se volvió un tanto huraño. Le gustaba salir de noche para dar largas

caminatas por la playa hasta el amanecer. Se volvió un extraño para nosotros. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en la biblioteca del Santuario, leyendo poesía y libros de alquimia. Durante meses temimos por su salud mental, hasta que un día nos sorprendieron sus palabras.

—Tal vez ustedes no lo crean, pero soy capaz de elaborar una poción milagrosa que puede traerla de nuevo a la vida, a partir del estudio de la obra de Paracelso —dijo, pero nadie en la casa estuvo dispuesto a secundarlo en semejante barbaridad.

Padre contrató a una vieja bantú llamada Miriam para que cuidara de Guadalupe, quien daba signos de poseer un fuerte carácter, cuyo rasgo distintivo era la independencia. Al principio la soportábamos y hasta llegamos a fantasear con la idea de un accidente; pero al final, pesaron más las palabras de mamá: «Cuiden de su hermanita. No la abandonen, protéjanla». Todos los días por la mañana la veíamos colgada de los oscuros pechos de Miriam, quien la nutría con leche de coco cuando recorrían juntas la playa, recogiendo cangrejos y almejas para nuestro sustento. La veíamos crecer y, al mismo tiempo, desarrollar habilidades necesarias para la supervivencia. Además, demostró una inteligencia superior a la de cualquiera. Padre se había derrumbado con la muerte de mamá, mientras sus tres hijos medio locos sobrevivíamos en una isla hostil. Nunca supimos muy bien cómo comenzó todo, pero una noche tormentosa, mientras el cielo se abría como un cráter del que brotaron las cataratas del segundo diluvio, encontramos a Guadalupe en su cuna. Estaba de pie sobre un lecho de algas, y observaba con sus grandes ojos la tormenta de rayos danzando en el cielo. Al siguiente día, cuando entramos al Santuario, un pájaro entró por la ventana y se estrelló contra los cristales. Pensamos que había muerto, pero Guadalupe lo recogió con cuidado y lo frotó entre sus manos. Le habló en secreto como si fuera a comérselo. Sopló,

VIII

Los nativos creen que es de mala suerte hablar de la isla, pronunciar su nombre frente a los extraños, dar su ubicación, sus coordenadas geográficas en los mapas de las antiguas casas de contratación devorados por la polilla y el tiempo; sus dimensiones, su clima, las repentinas tormentas que llegaban sin previo aviso, la fortaleza inexpugnable de sus montañas, habitadas hoy por burros y cabras salvajes, la consistencia suave y cremosa de sus arenas y aguas tornasoladas donde podría aguardarte la muerte. Nadie en la isla habla de la isla. Ha sido así desde el principio; pareciera un pacto secreto entre los habitantes. La mayoría de ellos son de temperamento retraído. La isla parece poseer un rasgo distintivo: la desolación. En el pasado, la plaga de turistas que venía a vacacionar en el verano casi acaba con todo. Tal vez por esa razón, los isleños sienten recelo de los extranjeros que arriban a sus costas, pues, ven en ellos a futuros competidores por los escasos recursos que atesora la isla. En agosto tomé la decisión de cruzar el Canal, con una vieja maleta perteneciente a mi padre. Me embarqué

en un rústico paquebote que parecía vacilar entre las olas. Navegamos por el Canal —donde las aguas son profundas— que separa el continente de las islas. Me dirigía a una de las más lejanas. Desde aquí, solo se podía divisar su silueta uniforme recortada contra el brillo vacilante del mediodía. Los días eran claros y transparentes como si la luz atravesara las sombras del agua. Desde el sur soplaban fuertes vientos que recogían la humedad del océano y la convertían en torrenciales aguaceros intercalados con esplendorosos días de sol. Era el tiempo ideal para nadar o meterse en la selva, bajo un calor tan sofocante que haría sudar a las mismas piedras. Unas semanas antes había recibido mi diploma de profesor de literatura de una universidad de dudosa reputación. Pero si a ver vamos, qué reputación podía mantenerse incólume en estos días. Yo mismo no era exactamente un dechado de virtudes. Un amigo de la universidad, quien conocía a otro amigo que se acostaba con una directora de la Oficina de Educación de Ultramar, me recomendó como profesor para el único colegio existente en la isla. Y aquí estaba yo, joven y fresco, como un róbalo díscolo, lanzado al ruedo de la vida, dispuesto a dar la mejor impresión al sistema educativo local. Además, imaginé que una vez inmerso en la vida sosegada de las islas, tendría tiempo suficiente para concluir el manuscrito de la novela. Allí, seguramente, tampoco faltaría quien me diera clases de buceo, o me llevara a recorrer los lugares más importantes de su accidentada geografía. Dictaría clases en un viejo caserón restaurado del siglo XIX, de dos plantas rectangulares, con un alto cimborrio desde donde se podía ver el océano; salones blancos y espaciosos alrededor de patios cubiertos de árboles centenarios servían de sede a la edificación de un colegio austero que estaba casi en ruinas. Todos los amigos se burlaron de mis planes y apostaron cervezas a mi fracaso: «No aguantarás ni un mes. La vida en las islas es más dura de lo

que imaginas, y no está hecha para debiluchos como tú. Ya te veremos regresar como perro apaleado con el rabo entre las patas», dijeron. La verdad, yo mismo no estaba convencido de aceptar el cargo, pero días más tarde, recibí la carta formal del colegio invitándome a formar parte del cuerpo docente de la institución. Todos se pasaban la misiva de mano en mano, burlándose de mi buena fortuna.

«Vas a un colegio de niños franceses, ¡cabrón!, y no querías decir nada». Pero en el fondo, ninguno pensó que aceptaría. Yo mismo tuve mis dudas, aunque en ese momento ya me encontrara en la cubierta de la embarcación, serio y circunspecto, vistiendo un traje descolorido de mi padre: la camisa blanca manchada de sudor, la pequeña maleta de cuero en una mano, y en la otra, la caja de madera con la máquina de escribir, mientras ellos se atragantaban con las últimas cervezas de la despedida: «¡Adiós... adiós... Que te vaya bien, que te coja un burro y que te pise un tren!», coreaban a viva voz desde el muelle. Mi rostro no podía sino expresar vergüenza entre los aullidos y las rechiflas de mis compañeros que asustaban a las gaviotas y la naturaleza de un mundo desconocido, al que ahora debería enfrentarme como Adán en su primer día en el paraíso. Las cosas se sucedían en una secuencia ilusoria. El ruido de la propela del motor oloroso a humo y gasolina impulsaba lentamente la embarcación sobre las olas. Dejamos atrás las aguas oleosas del puerto, mientras el paquebote parecía avanzar con un ligero ronquido en la claridad de la mañana. A medida que nos alejábamos, la costa desaparecía incinerada por una luz violenta que hería los ojos. Apenas alcanzaba a ver ligeras sombras blancas sobre el paisaje. Cada vez que abandonábamos una parte de nuestras vidas, una memoria incierta venía en su auxilio; pero la memoria también desaparecía en un ligero parpadeo, para ser sustituida por algo nuevo que también desaparecería tarde

o temprano, porque la vida no era otra cosa sino la marcha incesante hacia nuevas experiencias de lo humano: los signos más secretos del cambio no debían ser pronunciados en vano. Ya tendría tiempo de saberlo. Enfrentaba la clara intuición de un espíritu curioso frente a un universo cuyo signo vital estaba regido por el principio de incertidumbre. Todo se desvanecía en ese significativo espacio del abandono: el muelle de piedras mohosas, el reflejo de los mástiles sobre las aguas quietas, parecido a un enjambre de palomas muertas, los albatros sobre el puente bajo el calor de la mañana. A esa hora mis amigos ya habrán regresado al bar y estarán festejando mi partida. La sombra del puerto, las casas de la ribera, el viejo mercado a orillas del río, también desaparecían bajo la luz para convertirse en un vago recuerdo de lo vivido. En ocasiones, la vida podía tener la fugaz consistencia de los sueños de los cuales no conseguimos despertar. Bajo la tiranía de la luz, la costa se volvía un espejismo. Todo el pasado daba paso a una frágil memoria que, poco a poco, se volvía transitoria, semejante a la existencia humana. Solo la oscura columna de humo de la fábrica se resistía a desaparecer. Pensé en la sombra de una parvada de cuervos disputándose los restos de un cielo limpio, sin nubes.

«*Nothing is real*» tarareó una vieja isleña debajo de una sombrilla que la protegía del sol en la barandilla de cubierta. Preferí ignorar la canción y hacerme el desentendido. Ya tenía demasiadas cosas en mi cabeza para ocuparme de la sentencia de una desconocida. La vi de reojo durante unos segundos. De haber tenido oportunidad, la habría arrojado por la borda. Después me fui a sentar en una silla de lona bajo la sombra de un toldo descolorido por el sol. Me pareció que el mundo alrededor crujía bajo mi peso muerto.

El trayecto a las islas fue más bien lento. El paquebote se movía con la pesadez de un paquidermo avanzando sobre un

mar inquieto y lleno de presagios. Las olas batían la proa con un blanco estallido de espuma. En esta ocasión no venían muchos pasajeros. Una vez al mes, la embarcación recorría las islas llevando mercaderías, aparejos de pesca, provisiones, turistas y la correspondencia de los isleños. Apenas llegamos a una estrecha franja de tierra cubierta de cardos, vimos pequeñas lanchas navegadas por niños desnudos y flacos que pescaban en las aguas oleosas de la ribera. Algunos se zambulleron y nadaron hasta la embarcación en busca de monedas. Los turistas, recostados sobre las barandillas, las arrojaban por la borda mientras tomaban fotografías. Una de ellos, la más atrevida, se sumergió durante angustiantes minutos en la profundidad verdosa, donde no alcanzábamos a verla, para luego emerger con una moneda resplandeciente entre los dientes. Después nadó de regreso a la pequeña lancha, donde otros niños morenos la izaron a bordo como a una escurridiza anguila. Todos posaron como estatuas de terracota bañadas por la luz, cuando el paquebote avanzó con entre las olas, frente a ellos, en dirección a la isla.

A medida que nos aproximábamos a tierra podía oírse el fragor de la vida por todas partes. La brisa traía consigo gritos de pescadores, llantos de niños, graznidos de aves sobrevolando la costa, voces de mujeres dormidas en habitaciones donde aún permanecían los restos del sueño. El lamento de las vendedoras de pescado recorría la playa; las cestas atadas a sus cabezas bajo un trémulo resplandor de escamas. Cerca del mediodía atracamos en un pequeño muelle abandonado. Un cortejo silencioso de albatros que dormía con placidez sobre pilotes de cemento agrietados por el salitre y cubiertos de afiladas conchas, nos dio la bienvenida. A las doce del mediodía la sirena del puerto dio un largo quejido. Su sonido estridente se esparció en la quietud del poblado. Una bandada de aves voló con lentitud desde los basureros del muelle,

aleteando perezosamente cada vez que una jauría de perros se acercaba a husmear entre los desperdicios. En las calles aleañas al muelle aparecieron grupos de personas. Las mujeres abandonaron los galpones de la fábrica para ir a almorzar y los operadores de grúas cruzaban las calles soleadas con rapidez, gastándose bromas entre ellos. Después todo volvió a la calma. Hacía un calor infernal. Los pescadores se quedaban bebiendo cervezas durante horas, mientras observaban con añoranza el mar a través de las ventanas sin marco. Los más viejos parecían dormir desde tiempos remotos, adheridos al paisaje marino igual a desteñidas postales de verano.

Hice el viaje sobre la cubierta del barco por temor a marearme y vomitarme encima. Ya me había pasado antes. De niño, quería decir. Así que quise estar prevenido.

Razón tenían los amigos cuando me hablaron de los cambios repentinos del clima en la isla. Vivir allí era estar sometido a una naturaleza que no dejaba de sorprender. Pero en mi interior pensé: «Solo el corazón de los hombres nunca cambia». Cuando bajé a tierra con el equipaje, nadie me aguardaba. Tuve que arreglármelas por mi cuenta. Un tinglado de nubes grises comenzó a oscurecer el cielo. Luego, un fuerte y breve aguacero inundó las calles maltrechas y corrí con los demás a guarecerme en el terminal. Esperé en una estrecha bodega repleta de cajas y sacos de arpillera hasta que escampó. Había otras personas, pero nadie hablaba. El único sonido era el producido por las aspas de un ventilador colgado del techo que hacía un ruido diabólico. Todos, sin excepción, me veían de reojo, con temor, como se observa a los animales peligrosos en el zoológico. Podía ver el mar —a través de una claraboya—, moviéndose con la pesadumbre de una bestia herida. No tenía mucho por hacer, sino aguardar a que alguien viniera a rescatarme. Me senté en una caja de madera y contemplé el mar. Su cuerpo agitado y grisáceo. A veces parecía

sereno, otras nervioso; siempre esquivo. Tan frío e indiferente a la vida que se movía en su interior en una gestación perpetua. En el pasado había sido también fuego, lava y roca ígnea; siempre dispuesto a darnos lecciones, enseñar con sangre si era preciso, para alcanzar lo que siempre había sido suyo. Al tiempo de estar allí, una mujer entró con un paraguas y me escrutó de arriba abajo.

—Disculpe la demora. ¿Es usted el profesor Jonás? —me inquirió como si desaprobara mi apariencia.

—Luce muy joven para mi gusto —agregó—. Pero no soy yo quien lo contrata —Y antes de que pudiera responder, me arrastró hacia la calle.

—Acompáñeme —dijo tomándome del brazo. Me llevó hasta una vieja camioneta desconchada por el salitre, estacionada afuera. Subimos por una calle empinada donde no había un alma. Más tarde descubriría que todas las calles eran semejantes. Uno parecía estar siempre entrando a un laberinto.

—¿A dónde se han ido todos? —pregunté—. Parece un pueblo fantasma —dije riendo, intentando ser gracioso.

—Aún no ha visto nada. Aguarde un poco y verá —respondió complacida.

En cada esquina el mar asomaba una franja azul e infinita; luego cambiaba a tonos grises y verdes debido a la intensa radiación solar. Un resplandor de naranjas trepó al cielo inundando el campo amarillento, como si la luz lo hubiera convertido en los tonos acuosos de un caleidoscopio. La carretera estaba llena de charcos y baches donde la humedad se evaporaba con rapidez. Al fondo, los sembradíos volvían a verse resecos. Una bandada de pájaros negros voló cuando cruzamos el terreno bajo las nubes plomizas; tolvánicas de arena y polvo giraban en remolinos de aire. Subimos por un camino de grava hacia la cuesta plantada de almendros. Al final, la casa del colegio parecía dormir bajo grandes árboles,

cuyas sombras se extendían hasta cubrir la fachada y un patio descuidado, cubierto de hierbas y almácigos.

—Es bueno que haya venido con un mes de anticipación —dijo la mujer—. Así tendrá tiempo de aclimatarse y pensar con calma si va a quedarse en la isla toda la temporada, o si prefiere regresar al continente en las vacaciones, como hacen los demás profesores.

El vigilante abrió con desgano la reja de hierro de la portería donde estaba escrito el nombre del colegio en letras góticas: «*Saint François de la Mer*». Cruzamos el jardín abandonado de plantas trepadoras que abrazaban la humedad de las piedras en un vano intento por sobrevivir al clima. Luego, giró suavemente alrededor de la plazoleta hasta estacionarse frente a una cabaña en lo alto de la pendiente.

—Desde aquí hay una vista maravillosa de las islas más cercanas; incluso, en las noches claras y limpias se alcanzan a ver las luces del continente. Verá que tiene todas las comodidades —agregó con sonrisa maliciosa, como saben hacerlo las mujeres solitarias. Luego me extendió un juego de llaves atado con una espantosa pata de conejo, como si acabara de ser devorada unos minutos antes.

—La directora lo verá mañana —agregó—. Espero que la estancia en la isla sea de su agrado; aunque, para ser honesta, tiene cara de que no durará mucho. Usted es el quinto que acepta venir a trabajar aquí en este último mes. Se quedan unos días y luego huyen despavoridos. Además, la gente del pueblo no es muy amigable que se diga. ¡Es una verdadera lástima! Usted es joven y podría sernos de mucha utilidad. —Estrechó mi mano dándome la bienvenida y deseándome mucha suerte, «¡Va a necesitarla!», dijo mientras desaparecía bajo una nube de polvo.

Vi la camioneta alejarse dando saltos sobre la grava. Me quedé con el feo llavero en una mano y la maleta en la otra.

Por un momento pensé que la diosa fortuna tenía piedad de mí y me sonreía. Estaba a punto de cruzar el umbral hacia una nueva vida, pero ya no estaba seguro de querer hacerlo. Entendía bien que cualquier acción emprendida generaba una reacción en sentido opuesto que, probablemente, empujaría mi vida en cualquier dirección, menos en la correcta. Abrí la puerta al primer intento e ingresé a una sala en penumbras. Lo primero que sentí fue una fragancia de flores secas flotando en el polvo inmóvil. Avancé palpando en la oscuridad hacia donde imaginé estaba la ventana, y en ese preciso instante, tuve el presentimiento de que no estaba solo. Algo entre las sombras me aguardaba desde hacía un tiempo, observando mis pasos de bailarín ciego. Me acerqué a la ventana y descorrí la cortina. La luz entró a raudales como si un río luminoso inundara la habitación. Durante unos segundos quedé ciego. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a la claridad, vi al gato más feo del mundo acostado sobre las sábanas, restregando su lomo como el fuelle de un acordeón. El felino ronroneó observándome, igual que si no existiera o nunca hubiera estado allí. El mundo alrededor parecía aguardar por la confirmación que él le confería a los objetos con un ligero maullido de aceptación. En ese instante percibí que no era normal. Aquel animal viejo, medio ciego, solo buscaba un poco de soledad. La luz o la sombra de todas las islas del mundo le resultaban indiferentes. Algo de sabiduría debía haber adquirido con los años, pues, olfateó que no representaba ningún peligro. El felino permanecía inmóvil junto al reino de la luz. Era la fuente viva de un oráculo vaticinando la buena fortuna o las desgracias por venir. Estuvimos mirándonos con la curiosidad de dos contendores que se reconocen antes de la batalla. Luego giró su cuello buscando mi olor y estiró una de sus patas arañando el aire. Me quedé unos minutos contemplándolo hasta que el rugido de un trueno

lejano lo espantó. Entonces, el gato trepó a la ventana con un ágil movimiento y desapareció en la selva del jardín. Fui hasta la puerta y miré el cielo cubierto de nubes plomizas que se aproximaban desde el mar y prometían una tormenta futura. No había un alma en los alrededores. Ni siquiera un pájaro cruzaba el cielo a esa hora. Las casas más cercanas alargaban sus sombras al final de la tarde. Más allá alcanzaba a ver los acantilados y el mar tenebroso de los navegantes cubierto de bestias y peces monstruosos. A esta hora su olor comenzaba a inundar todos los rincones de la isla. Olía a peces descompuestos. Era un hedor que se metía debajo de las uñas y costaba Dios y su ayuda hacerlo desaparecer. Ya lo había comentado la profesora que amablemente me trajo al colegio.

«Mucho estropajo y jabón» decían las viejas lavanderas del puerto, pero los habitantes de las islas sabían que el olor no desaparecía con nada. Uno descubría a los isleños en la ciudad por ese rasgo imposible de ocultar. Era una peste que se metía en las alcobas, en los secaderos de hierba, en los balcones donde las sombras se escondían al cobijo de la tarde, cuando los cuerpos sudorosos buscaban el agujero nocturno de las valvas, a la espera del ínfimo grano de arena que sería convertido en perla. Desnudos sobre la arena de la playa, solo esperaban el día del arribo de la gran ola. Su conmoción de catástrofe cambiaría el curso de la vida hasta convertirla en frágil estatua desmoronándose con la brisa, elaborando extrañas composiciones geométricas, mudando sus formas naturales cada minuto. Ahora era un faro apagado en las tinieblas pero, en los segundos siguientes, podía ser un arca yéndose a pique. Teníamos arena en los ojos, en las orejas, en las uñas, en la boca, en la lengua grumosa que gritaba obscenidades a la noche, para luego surgir como dioses irascibles de las islas, Poseidón inmisericorde, más atrevido, más hostil, con la firme voluntad de abandonar el océano y mandarlo todo a

la mismísima mierda. En el fondo creíamos que se podía comenzar de nuevo. No una nueva vida, porque eso era imposible. Además, la vida siempre es vieja. Así había sido siempre; desde que era un oscuro estudiante de las catacumbas de la ciudad, pero ahora comenzaba verdaderamente a aprender; a manejar diligentemente sus instrumentos, elevar plegarias y, a veces, una lágrima o un ramo de flores arrojados al agua por las almas perdidas en el mar, sin una queja, sin un grito definitivo que las devolviera a la noche de donde habían partido, y a donde retornarían de nuevo a lo largo de una vida de privaciones y sinsabores.

Estuve recostado en una silla de la terraza, que también parecía funcionar como mirador. Desde allí podía ver los restos de la tarde desapareciendo bajo un manto de oscuras nubes. En ese momento comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Un relámpago iluminó el cielo con un resplandor helado. Fue entonces cuando comencé a escuchar el ruido de un conmutador. El sonido venía desde el fondo de la cabaña. Cuando entré a la sala el teléfono sonaba sin parar. Descolgué el auricular y escuché la voz de una mujer con acento extranjero:

—Es mejor que se resguarde dentro de la casa. El ciclón va a comenzar de un momento a otro y la estación meteorológica ha pronosticado que va a ser uno de los más fuertes del año —finalizó.

Iba a darle las gracias, pero ya había colgado. Por lo visto, hablaba en serio. Así que me dispuse a tomar las previsiones necesarias para enfrentar la tormenta. Aseguré puertas y ventanas con doble cerrojo, reforzándolas con listones de madera, ajusté los postigos, encadené las sillas y mesas de la terraza. Me cercioré de que todo estuviera asegurado. Luego me encerré en la cabaña a esperar la llegada de la tormenta. Si esta era la bienvenida preparada por mi arribo a la isla, no

quería ni imaginar lo que me reservaría para el final. Cuando volví a la habitación, el gato estaba tendido en la cama como sobre un mullido trono. Lo eché amablemente improvisándole cojines al lado de la cómoda. Se quedó allí, buscando en la penumbra el zumbido de un moscardón que chocaba con insistencia contra la lámpara. Lucía indiferente a la tormenta. Muy pronto se abrirían las compuertas del cielo para desatar una nueva edición del Diluvio, pero al felino parecía no importarle. En los últimos minutos, un grave silencio se apoderó de todo. Las aves volaron enloquecidas hacia sus nidos en los acantilados. Una extraña calma se posó sobre la isla. La presión atmosférica descendía rápidamente y la tormenta desató todo su poder destructivo, mostrando sus dientes de rayos y vientos huracanados bajo la intensa lluvia. Por suerte, la cabaña era segura. Llovió durante toda la noche. El ruido ensordecedor del viento hacía crujir los cimientos de la casa bajo la fuerza del temporal. El cielo iluminado de relámpagos cruzaba el firmamento dibujando la caligrafía de un sorprendente y desconocido alfabeto. La noche era un palimpsesto de rayos. El viento batía con fuerza sobre el mar, y aunque no alcanzaba a verlo, lo intuía sucio, revuelto de espuma y feroces olas. Pasé la noche en vela junto al gato. El viejo felino dormía con la tranquilidad y el desenfado de quien se sabe en un lugar seguro y confortable. A ratos ronroneaba como si el mundo afuera no se estuviera cayendo a pedazos. Ahora pienso que la compañía del gato me ayudó a sobrellevar la angustia de esa primera noche solo en la isla. Incluso, llegué a preguntarme si acaso los gatos soñaban. Al amanecer, cuando la tormenta comenzó a declinar, vi la enorme grieta abierta a un costado de la montaña como una herida profunda en el corazón de la isla. Más tarde, el temporal avanzó hacia el interior convirtiéndose en lluvia tropical para alivio de los isleños que veían en la lluvia un respiro para los sembradíos.

Por la mañana me sentí mareado, como si la pesadez de la tormenta aún estuviera incrustada en mis huesos. Cuando fui a levantarme, el gato estaba allí, estirándose como resorte, observando —como solo saben hacer los felinos ciegos— los insectos alados que volaban entre partículas de polvo y rayos de luz, claros y tibios, sobre las sábanas iluminadas.

—¡Bueno! Qué le vamos a hacer. Tú llegaste primero y, en honor a la verdad, es una cama grande. Tal vez podamos compartirla. ¿Te parece? —pregunté, tuteándolo por primera vez; pero ya el gato se desperezaba y cruzaba el patio externo bajo el sol matinal en dirección a la casa grande, guiado por el badajo de la olla de una cocinera que lo aguardaba sacudiendo en el aire un apetitoso pescado. El gato era tolerante y se dejaba consentir por el personal del colegio. Se beneficiaba de su condición de minusvalía para obtener ciertos beneficios. Aproveché su ausencia para ducharme y tomar café. Luego de vestirme, me acerqué al viejo caserón de imponente fachada en la colina. Cuando veníamos en el auto, la profesora ya me había instruido sobre el estricto horario de las comidas, la disciplina, la pulcritud y la importancia de toda aquella bazofia de la moral y las buenas costumbres. «El aire de la isla le hará bien. Mire cómo está de pálido», remató. También me habló del peligro de las dunas en cualquier época del año, pero sobre todo en invierno, donde más de un distraído turista había desaparecido sin dejar rastro. En ocasiones, cuando las noches de luna se tornaban claras y transparentes, se podía distinguir en la lejanía el brillo de luces fantasmales parpadeando en los arenales. Ella pensaba que eran las almas errantes de aquellos que habían perecido devorados por las dunas. Crucé el patio soleado esquivando un desastre de ramas torcidas y quebradas, hojas amontonadas revueltas con tierra húmeda, cristales rotos, muros derruidos, carros volcados. En la calle cercana donde estaban otras cabañas podían

apreciarse los destrozos causados por el ciclón: los árboles derribados mostraban sus largas y oscuras raíces; solo los más fuertes habían resistido. Sobre un estanque cubierto de hojas flotaba el cadáver de un perro. Algunos profesores no salían de su asombro de hallarse con vida en medio del desastre. Luego fui hasta la casa. Cuando recorría el patio, tres niños cruzaron frente a mí, bromeando entre ellos, hasta desaparecer detrás de las columnas del fondo. Habría jurado que la niña me sonrió al verme, como si me reconociera, pero no estaba seguro. Caminé por un largo corredor, cuyas paredes estaban cubiertas de mapas descoloridos, muebles y viejas fotografías de estudiantes que posaban atrevidos y desenfadados frente a la cámara. Me dejé guiar por un olor a especias que esparcían su aroma por toda la casa. Eran los olores de fértiles valles más allá de los campos secos donde solo crecían pobres cultivos de hortalizas que, una vez recogidas, se amontonaban para ser vendidas más tarde. De noche podían verse las hogueras arder hasta la madrugada, semejando el fuego de un infierno lejano y temido.

Cuando entré a la cocina, una mujer de rostro aindiado retorció el pescuezo de una gallina. Las aves permanecían atadas sobre la mesa. La mujer ejecutaba su trabajo con la eficiencia e indiferencia de un matarife, mientras en un inmenso caldero hervía el agua. Las aves, presintiendo su destino, saltaban tropezando entre ellas, golpeando ollas y sartenes colgados de la alacena, dejando un reguero de plumas sobre el piso. Luego, las sumergía en el caldero antes de desplumarlas y dejarlas convertidas en formas adiposas, cuyos cuerpos emergían de la bruma vaporosa como las Venus de un mundo rupestre. Durante algunos minutos contemplé la transformación que era capaz de operar el cuchillo en las aves; la acerada hoja destazaba las carnes blancas que, hasta hace algunas horas, picoteaban en el patio, disputándose las rosadas lombrices

que surgían de la tierra húmeda luego de la tormenta. Sus cabezas decapitadas se me antojaron a una reunión de filósofos disertando sobre la muerte; digamos, una reunión de pollos anodinos que ya no cacarearían sus ideas sobre el *Ser*, ni pasearían sus jugosos muslos por el patio de un colegio en ruinas. Después las arrojaba sobre la mesa. Estuve observando la escena atontado por la sangre, hasta que sentí la mano posándose sobre mi hombro con la fría humedad de un molusco. Cuando giré, vi a la profesora que me había recogido en el muelle, solo que en esta ocasión me miraba confundida. En el fondo, parecía burlarse de mi desamparo.

—No va a decirme ahora que le teme a unas pobres gallinas. Espero que no sea vegetariano. Más le vale —dijo lanzando una feroz carcajada por toda la casa como un trueno lejano. Por un momento nos quedamos contemplando la olla burbujeante donde flotaban las aves—. Acompañeme —indicó, guiándome a través de la penumbra del corredor con su mano extendida entre las sombras como una araña petrificada.

Fuimos por un estrecho pasillo de madera oloroso a desinfectante. Luego subimos al piso superior por una escalera interna donde había una amplia ventana con forma de claraboya que se asomaba al mar. Después entramos a su oficina. Abrió las persianas; sobre una mesa de madera había una máquina de escribir con las teclas gastadas; cerca de la ventana, sobre una poltrona de mal gusto, se amontonaban torres de libros y mapas escolares cagados de ratones que semejabán diminutas islas negras pegadas sobre el mar azul. Me estuvo observando con la desconfianza de una mujer que lo ha visto todo.

—Disculpe el desorden —dijo y recogió algunos libros para moverlos de un sitio a otro—. ¡Voy a ser clara con usted! Solo un vago o un prófugo de la justicia vendrían a trabajar a un sitio tan inhóspito como este por ese miserable sueldo —inquirió mirándome a los ojos, mientras se ocupaba de ordenar

papeles en su escritorio lleno de cartapacios amarillentos que parecían dormir en medio del polvo—. Déjeme decirle algo, usted es joven y aquí es fácil echarse al abandono, perder el rumbo de la vida, olvidarse de todo lo que ha hecho y de todo lo que existe afuera. Una isla también puede ser una prisión, quizás la más cruel de todas. Aquí es fácil creerse dueño del mundo, pero lo más difícil es salir. Ya lo verá usted, mi querido amigo.

—Usted debe saberlo mejor que nadie, ya que trabaja aquí —le respondí un tanto molesto—. También debería incluir en esa lista a los escritores —finalicé.

—Así que nuestro joven maestro es escritor... ¡Vaya... vaya! ¡Qué sorpresa! Quién lo diría. Tal vez lo haga —dijo—. Tal vez... La verdad sea dicha. No es una mala idea —concluyó, sacando un cigarrillo de una gaveta. Sus dedos largos y amarillentos jugaban con las volutas de humo. La luz derramada a través de la ventana le daba una extraña coloración azul a todas las cosas, haciéndolas lucir etéreas, casi irreales.

Ahora me sentía avergonzado de mi respuesta. Eso de confesarle a una extraña mis inclinaciones literarias había sido un desliz imperdonable. Por lo que traté, sin resultado, de encausar la conversación en otra dirección.

—Por cierto, si no han comenzado las clases en el colegio, ¿qué hacían esos niños en el patio hacía apenas un minuto? —Ella me miró sorprendida.

—No es posible. No hay niños en el colegio en esta época del año. Casi todos se han marchado a tierra firme. Tal vez sean hijos de pescadores que merodean por el colegio en busca de comida. No es fácil la vida en la isla. Todo el que llega piensa en ellas como un paraíso, pero luego se da cuenta de que hasta el paraíso es una minúscula porción del infierno. Ya verá usted, somos un colegio extraño. En fin, solo quería hablar con usted para informarle que la directora está

indispuesta y no podrá recibirlo. Probablemente lo llame la próxima semana.

Cuando abandonaba la casa para cruzar el patio en dirección a la cabaña, una cuadrilla de paleadores, hundidos hasta los tobillos en el barro, recogían el desastre aluvial de arena negra, piedras húmedas, ramas quebradas, cables eléctricos y vidrios rotos dejados por el ciclón. Más allá, el sonido de una motosierra inundó el aire como si lo cortara en pedazos. En ese momento sentí que alguien me espiaba desde una de las ventanas de la torre. Cuando volteé a mirar, percibí por unos segundos la silueta de una mujer que se apresuró a cerrar las cortinas. Me quedé en el patio aguardando por si se volvía a asomar, pero no lo hizo. Cuando crucé al jardín, vi al pobre gato sobre un banco de piedra, asoleándose como un bailarín flaco y desgarrado, entre los almácigos y la alfombra de tierra y hojas húmedas que los obreros recogían mientras conversaban entre ellos. Uno de los hombres gritó apuntando con sus dedos sucios al horizonte. Entonces vimos cientos de pájaros que llegaban volando desde el mar, arrastrados por una brisa generosa que hacía remolinos en el aire. Su aleteo parecía una procesión desesperada en busca de cardúmenes de sardinas que subían a la superficie. Luego de todo el desastre vivido la noche anterior, la llegada de cientos de aves me pareció una buena señal de los cielos. Sentí un tibio y delicado aroma de almendras tostadas esparciendo su olor dulce y penetrante a lo largo y ancho de la playa desierta.

—¡Vaya... vaya...! Todo un magnífico recibimiento el que le ha dado la madre naturaleza —expresó uno de los viejos profesores, mientras paseaba descalzo, en bata de baño, por los restos del jardín en ruinas—. El de anoche fue uno de los peores ciclones de la temporada. Hasta llegué a pensar que toda esa furia contenida de la tormenta hubiera sido propiciada por su llegada —agregó sonriendo. Sostenía una taza

humeante de té entre sus manos, como si todo aquello no hubiera sido sino una especie de ritual iniciático en los misterios de la isla— pero «*Chi lo sa?* —dijo, y sorbía complacido el té matinal entre el lodo viscoso y las plantas retorcidas bajo sus pies blancos y desnudos como ratas de laboratorio.

IX

Tenía un mes de plazo para pensar en lo que iba a hacer con mi vida en la isla. Había tiempo de sobra —al menos, eso creía antes de llegar aquí— para tomar una decisión sobre mi permanencia o mi retorno al continente.

—Los primeros días son los más difíciles, los más amargos; luego la vida acaba siendo una costumbre, algo que se acepta con el paso del tiempo, como un traje ajeno demasiado grande para vestirlo. Cuando llegué aquí, casi tendría su edad, y una sed insaciable de aventuras: navegar los mares, viajar a otros países, generar cambios en todo lo que podía y debía ser modificado. Pero ya lo ve, aquí me tiene en medio de la nada, seca como una nuez, en una isla tan minúscula que ni siquiera aparece en los mapas. Solo le pido verse por un momento en ese espejo. No queda ningún rastro de lo que fui alguna vez —finalizó, antes de batir la puerta frente a mis narices. No era con exactitud el recibimiento esperado. «Pero quien espera lo bueno acaba recibiendo lo peor».

Bajé las escaleras en silencio, aguardé a que mis ojos se acostumbraran de nuevo a las penumbras. Ahora la imaginaba

arrellanada en la poltrona de cuero, el cigarrillo en la boca cansada, los ojos mostrando la miopía aguda, el cabello grisáceo recogido con una cinta roja, mientras revisaba documentos con firmas desleídas, manchados de humedad; cartapacios polvorientos, estados de cuenta sin pagar, cuadernos agujereados por la polilla; fumando cigarrillo tras cigarrillo, observando con parsimonia cómo el humo desaparecía en tentáculos azules bajo la luz rabiosa del mediodía. A veces, cuando un sentimiento de tristeza me embargaba, solía pensar en empa-car mis pertenencias: la máquina de escribir comprada con el primer salario, el borrador de la novela, los escasos libros de poesía, la pequeña maleta de cuero, y abandonarlo todo antes de comenzar. La verdad, no estaba seguro siquiera de lo que hacía aquí. Pero algo sabía, no tenía vocación para la enseñanza de una materia que, en el fondo, no podía enseñarse. Los samuráis creen que la verdad reside en el vientre y por eso existía el antiguo ritual del *seppuku*. Abrirse el vientre era una forma de mostrar la verdad. Pero tomar decisiones nunca había sido mi fuerte. Me sentía atrapado en una suerte de limbo inconcluso. La indecisión no me permitía avanzar, ni retroceder, como si la inmovilidad se hubiera convertido en el norte de mi existencia. La verdadera fortaleza de mi vida era más proclive a la soledad, al deseo de mantenerme atento y vigilante frente a un mundo que se desmoronaba en pedazos. Me aferraba con la fuerza de un recién nacido al «sueño de la razón que engendra monstruos», como lo intuyera Goya. Me dejaba llevar por la inmediatez del día a día, avizorando en el horizonte los furiosos signos de la borrasca. Solo que esta vez era la borrasca de la vida. Huir podía ser una forma de destino, el más cruel, por supuesto. Abandonarse al prominente azar. Lanzar una moneda al aire, sin permitirle siquiera tocar el piso. Dejar en las manos de otras fuerzas la conducción del carro del destino. ¿Hacia dónde? Eso no importaba en lo más

mínimo. Solo importaba el camino. Así había sido desde el principio y ya era tarde para dar marcha atrás. Pero si acaso me dieran a escoger ese último deseo concedido a los condenados, señor Ulrich, ¡créame!, al igual que usted, me habría inclinado por *abolir la realidad*. ¿Te imaginas? Un mundo ficticio, hecho solo de palabras, silencios y deseos, donde el lenguaje creara nuevas posibilidades de lo real. ¿Acaso no era esta la premisa fundamental del artista? La creación de una obra llena de vida, capaz de generar sus propios e inquietantes mundos. Por todas partes encontraba caminos, pero ninguno conducía a lugar alguno. Un artista debía huir siempre de la inmediatez de la realidad; huir siempre de todo lo que lo ata al mundo. Porque lo ideal era la vida azarosa, el sobresalto permanente a cada paso, el corazón febril del colibrí palpitando en la palma de las manos; el deseo devorado por la serpiente del paraíso, el golpe de dados detenido durante un segundo infinito, como si el movimiento del mundo pudiera congelarse en el tiempo de la historia. Algo se rompía en mi interior hasta un punto de quiebre. Reproducía sin querer el diálogo de Alicia y el Gato de Cheshire. Imaginé a la pequeña profesora bizca, sonriendo con sus dientes amarillentos, mientras se iba esfumando, bañada por la luz y el humo azulado del último cigarrillo. «Si no sabes a dónde te diriges, entonces tampoco debe importarte el camino escogido». Cuando abandoné el colegio, la isla me pareció irreal. Los rayos caían sobre el mar, cuyo vórtice luminoso hacía desaparecer el espacio frente a mis ojos. Todo era voluble bajo el imperio de la luz: las montañas se derretían hasta casi esfumarse en el horizonte, los barcos se hundían bajo la turbulencia de las olas, las aves marinas parecían quemarse en el aire hasta hacerse pedazos; el paisaje, las dunas, los acantilados, desaparecían bajo la reverberancia de ese espejismo creado por luz. Pensé con alivio: «Me estoy quedado ciego frente al mundo». Eso me convertía, por una cruel artimaña

de la naturaleza que todo lo puede, en el último eslabón de una cadena a quien se le concede una singular gracia: contemplar sin la fatalidad de la tragedia, sin las engañosas máscaras del coro, sin el dolor del amor perdido, el desconcertante inicio del día del juicio final.

Cuando apenas regresaba a la cabaña, ciego de tanto resplandor, vi grandes sombras de nubes sobre la playa, los arbustos, las montañas; viajando al continente en una cadencia interminable. Eran ballenas blancas cruzando el cielo, seguidas de cerca por bandadas de aves. Me recosté en la habitación, solo deseaba que mis ojos descansaran de la luz. Cualquier penumbra bien podía ser un oasis. Dormí algunos minutos. Escuché al gato rondando cerca, como si velara mi sueño: su delicada sombra moviéndose entre las sombras de la casa. Cuando abrí los ojos todavía estaba allí, inmóvil, frente a la ventana, parecido a una estatua fría y vigilante recordada contra el paisaje. Miraba afuera, donde la luz era cruda y violenta. Cuando me asomé, divisé a lo lejos al grupo de niños que corría por la playa. Eran sombras resplandecientes bajo las piedras. Uno los veía huir en diferentes direcciones cuando se sentían amenazados por las olas. «Conque no había niños en el colegio». Decidí mantenerlo en secreto, pero imaginé que ellos ya lo sabían. Había cosas que parecían no tener sentido en la isla. Acababa de llegar y me sentía viviendo dentro de una extraña película; ese tipo de películas que nunca tiene un final feliz. En ese momento, el tañido de la campana de la cocina anunció la hora del almuerzo, y aunque no tenía mucha hambre, me dirigí al refectorio con la intención de conocer al personal del colegio que aún permanecía en la isla en esta época del año. Crucé de nuevo el patio y regresé, a través del estrecho corredor, a la cocina. Sobre el fregadero reposaban los restos de patas y plumas atascados en el drenaje. Desde allí me orienté por el ruido incesante

de las voces hacia un salón al fondo. Al final, lleno de trofeos y fotografías de viejos profesores ceñudos que posaban para el olvido, estaba el comedor. Apenas crucé la puerta me encontré en un salón rectangular de grandes ventanas con forma de ojiva y vitrales coloridos, que miraban en dirección al mar. Por lo que pude apreciar, alguna vez debió haber sido una gran biblioteca con estanterías repletas de libros y viejas esculturas cubiertas de pátina verdosa, distribuidas espacialmente donde la luz era más tenue. Los cuadros de las paredes lucían desvaídos, como si la humedad hubiera decolorado los lienzos; los hongos proliferaban en las paredes tapizadas de oscuras manchas debido a las filtraciones de agua. En el centro del salón, un inmenso espejo con una mancha verdosa había consolidado con el paso de los años una viscosa geografía de mucílago. Sus reflejos lucían inquietantes. Había poca gente en el comedor, salvo por el personal de limpieza, casi todos eran viejos. Algunos de los vigilantes conversaban animadamente entre ellos. Casi podría decir que era el comedor de un hospicio. Cuando entré, los más viejos me observaron con curiosidad. La mayoría vestía de blanco, con la rústica sencillez de la pobreza. Permanecían sentados en una mesa de nogal, rodeados por un grupo de empleados que más bien parecían los discípulos de una antigua cofradía. Charlaban animadamente, hasta que me vieron, entonces guardaron silencio. Me detuve en medio del salón. No sabía si quedarme o marcharme de allí, hasta que la cocinera me indicó la mesa de los profesores. Una joven profesora extranjera estaba sumida en la lectura de un libro sentada en uno de los extremos. La luz que se derramaba sobre ella desde una ventana lateral le daba un aspecto irreal. Pero ni siquiera volteó a mirarme. El lugar tenía la incómoda serenidad de un cementerio. Los viejos parecían ejercer su dominio sobre los comensales. Unos minutos después, alguien bendijo y agradeció con una simple

oración los alimentos. Una de las mujeres se condeció de mi orfandad y me llevó hacia un grupo, donde me recibieron con recelo. El más viejo se dirigió a mí.

—Solo por hoy, y como una deferencia a su primer día en el colegio, le permitiremos almorzar con nosotros. No se diga luego que los isleños no saben ser hospitalarios con los recién llegados —enfaticó—. Ya nos habían informado de su arribo. Usted es el nuevo profesor de literatura. ¡Vaya si está haciendo falta! Ahora no habrá excusas para que esos pequeños bastardo aprendan a leer y escribir como es debido.

—Todos prefieren ir a nadar al estuario que asistir a la escuela. A su edad hacíamos exactamente lo mismo —dijo otro, riendo a carcajadas—. ¿A quién puede interesarle un colegio gobernado por una vieja histérica que vive encerrada en su habitación como una rata en su madriguera, si tienen frente a ellos al más elocuente y virtuoso maestro: el *mare nostrum* de los antiguos navegantes?

El viejo hablaba en voz alta para que todos lo escucharan. Luego de su discurso me tomó por un brazo y me llevó a hacer un breve recorrido por el refectorio. Era alto y robusto, de facciones agradables. Sus ojos grises, cubiertos por una espesa niebla, contemplaban el mundo desde su dilatada experiencia de vida en la isla; sus manos estaban llenas de manchas benignas y venas azules que delataban su cercana procedencia de los antiguos invasores, quienes habían sembrado su simiente en las primeras mujeres llegadas a las islas.

—La mayoría de los profesores no soporta las duras condiciones de vida. Todo escasea en el poblado y apenas se produce lo necesario para alimentarnos. Cada mes llegan víveres y enseres del continente, pero en la temporada de ciclones, perdemos contacto con el mundo exterior —dijo, mientras movía sus manos con la parsimonia de un pájaro viejo—. Cuando vine a las islas no existía nada, todo estaba por hacerse, como

en el primer día de la creación; aunque aquí era peor, porque no había ni siquiera un dios al cual elevar sacrificios que ayudaran a superar las precarias condiciones de vida que enfrentábamos. Las primeras rancherías de pescadores se construyeron en las dunas; luego se fueron extendiendo a lo largo de la playa. No había nada más allá de un paisaje indómito y hostil. Pero con el paso de los años, se abrieron los caminos para la fundación del poblado. Con los años llegó la trata de esclavos, en primer lugar; y tiempo después, el negocio de la conquista y las guerras, las factorías de pescado, los buques camaroneros, la pesca de arrastre y la plaga del contrabando. En esos tiempos, el mar era generoso. El poblado creció de la mano de un mercado floreciente. No faltaban alimentos en las mesas más pobres. El comercio prosperó y las islas se convirtieron en referencia importante de la economía insular. Habitantes de tierra firme llegaban todas las semanas a probar fortuna. Pero de eso hace ya un buen tiempo. Ahora las islas son un cascarón vacío y sin futuro. Ahora solo llegan jóvenes incautos como usted con la absurda idea de torcerle el cuello al destino. Pero la mayoría se marcha despavorida luego de unas semanas. Algo en el aire o en el agua los obliga a huir y, una vez comenzada la estampida, es difícil detenerla. Por las noches, los viejos del pueblo se sientan en las aceras a fumar y a ver el viento haciendo remolinos de polvo entre las sombras. Para ellos, las islas están muertas desde hace mucho tiempo. Cuando llegué aquí, apenas era un niño alucinado por el paisaje salvaje y un mar indómito que se metía debajo de los huesos como una enfermedad contagiosa; hoy en día solo es una fiebre pasajera, como si viviéramos atrapados en el interior de un espejismo. Pero no me haga caso. Soy un octogenario al que le gusta asustar a los jóvenes. Es mejor regresar antes que se enfríe la comida, sino, la cocinera va a molestarse con todos y podemos acabar envenenados. Además, la sopa

ha sido preparada especialmente en su honor. Espero no se decepcione.

Cuando regresamos, todos comían en silencio. Me senté junto al viejo frente a los tazones humeantes. La sopa parecía más bien un caldo gelatinoso e insípido donde flotaban trozos de cebollas, zanahorias descoloridas y unas hojas verdes de acelgas parecidas a coronas de algas flotando sobre un mar grasiento. Todas las miradas se posaron en mi plato, como si aguardaran mi aprobación. Cuando metí la cuchara en el recipiente, alcancé a extraer —con una mezcla de asco y sorpresa— la triste cabeza de una gallina con su cresta escarlata, que me miraba sorprendida desde el caldo. Parecía la cabeza desolada y desnuda de una Venus de Willendorf emergiendo tibia y vaporosa desde las profundidades del líquido espeso y burbujeante. En ese instante sentí cómo la acidez de las náuseas subía desde mi estómago y no pude sino escapar velozmente del refectorio en busca de un baño, antes de vomitarme frente a los comensales, quienes miraban la escena entre sorprendidos y asqueados. Corrí tambaleándome hacia la puerta, seguido de cerca por las carcajadas estruendosas del viejo, cuya risa endemoniada retumbaba como un trueno por todos los rincones de la casa.

X

Apenas tienes unos días en la isla y es como si toda tu vida anterior se hubiera borrado sumergida en la vastedad del océano, sin dejar ningún rastro de lo que fuera alguna vez. ¿Cómo algo tan importante puede desaparecer con tanta rapidez? Ahora te preguntas si en verdad existió o era solo una preparación para lo que estaba por venir. Un buen día te encuentras acodado en el alféizar, mirando con atención la línea lejana, por momentos anaranjada, que se insinúa en el horizonte, confundida entre cielo y océano, igual a un ciego que se abandona a las olas, con un nervioso chapoteo de luces abrazando las sombras. Apenas tienes unos días en la isla y ya sientes esa comezón que conoces tan bien. El deseo de regresar a tierra firme te atormenta. Volver a hacer las maletas una vez más y largarte de todo aquello cuyo significado pudiera ser el de permanecer encadenado a una isla donde espacio y tiempo parecen determinados por la luz. Sin quererlo, esos vendedores de mercaderías en el muelle, esos árabes indolentes de rostros sudorosos arrastrando viejas maletas de

puerta en puerta, «*corti barato... corti barato*», te recuerdan a tu padre, cuando deambulaba de hotel en hotel, de poblado en poblado, por caminos de tierra; de desgracia en desgracia, sin nunca decidirse a permanecer en algún lugar para siempre. Eso aprendimos de sus constantes ausencias. La vida era un viaje al fondo de nosotros mismos. No había lugar donde detenerse. La isla añorada siempre estaba más allá, en ningún lugar, decían los marineros. Pero nadie arroja sus anclas en una isla, porque allí siempre se está de paso. Todos los que habitan en ella lo saben. La memoria de una tierra cubierta de yerbas secas siempre atormentará al viajero. Vagar por el mundo para no recordar siquiera dónde se estuvo ayer. Buscar siempre otro cielo, otro mar: «Otra ciudad encontrarás mejor de lo que esta pudo ser... o anhelar...», habría dicho el viejo poeta. Te sienta bien la idea del abandono, porque nunca aprendiste a quedarte en ningún lugar. Todo en ti siempre fue provisorio. Mejor dejarlo antes de comenzar. Solo la escritura parecía salvarte o, al menos, eso creías. Todos tenían sus dioses y demonios, pero tú solo tenías palabras. Así había sido tu vida desde el principio: un constante cambio de espacio, un movimiento continuo hacia la nada. ¿Por qué deberías cambiar ahora? Nunca te aferraste a las cosas del mundo. Era menos cruel abrir la mano y dejarlas partir hacia el olvido. Por lo menos algo aprendiste. Saber que nada te pertenecía y que solo podías alcanzar ese preciado objeto del deseo por unos segundos, tal vez minutos, horas, para luego verlo alejarse aleteando entre las sombras. Solo te aferrabas a la idea de la novela que te había traído hasta aquí y se había convertido en la razón fundamental del viaje. La otra era el tiempo, la eterna conciencia del transcurrir. Regresar a la ciudad del otro lado del Canal hubiera significado entrar en un nuevo ciclo de penurias. Volver a dar clases en la misma escuela donde te habían acusado de intentar seducir a las jovencitas y donde

debías cuidarte de otros profesores que te observaban como a un animal extraño, solo por ser un espíritu retraído y sensible que escribía poesía. En la isla había espacios por descubrir; tal vez un tanto decadentes, es verdad, pero aquí tendrías tiempo para saber si valía la pena continuar la historia y llevarla hasta el fin, como si eso fuera fácil; o hacerla a un lado, como tantas cosas abandonadas en tu vida. Recuerdas aquella ocasión cuando saliste con tus amigos del bar y una mujer de origen bantú, con dientes muy blancos y brillantes, se acercó como una sombra en medio de la calle a pedirte dinero. Cuando le diste algunas monedas, te miró a los ojos y dijo: «Tu viaje será largo y extraño como un sueño, pero nunca llegarás a ningún lugar, porque no sabes a dónde vas. Además, no te importa». De alguna manera que ni sospechas, te atrae esa vida agreste y salvaje de la isla, llena de cabras salvajes y burros que corretean por las laderas a la puesta del sol. A veces te gustaría ser uno de ellos, sin más responsabilidad que la de ahuyentar a las gallinas alrededor de las dunas y comer las escasas hierbas que brotan entre las piedras al lado de la carretera. Pero ahora te has alejado de la ciudad portuaria y esta nueva oportunidad de hacer cosas diferentes, te agrada, al punto de no pensar en otra cosa desde que llegaste aquí. La posibilidad de dar clases en un colegio por un año te seduce de algún modo. ¿Qué estarían haciendo mis amigos a esta hora? De seguro bebiendo las primeras cervezas de la noche. La cabaña es confortable y tiene todas las comodidades para un profesor recién graduado. No se podía esperar más de la vida, sin contar con una despensa bien surtida y una terraza con vista privilegiada de los alrededores. Si lo piensas mejor, solo de ver las caras de tus amigos, burlándose hasta el cansancio, «¡Te lo dijimos!», muertos de risa y mofándose de ti durante semanas, te hacen pensarlo mejor. Total, un año puede ser un ligero parpadeo o un pegajoso amasijo de legañas. Esa había sido tu vida. Dejar

que el inexorable azar decidiera a través de sus símbolos más predecibles: un lance de dado, un juego de naipes. Quizás algo más simple, una moneda, ¿cara o cruz?, como aquel asesino que ejecutaba a sus víctimas lanzando una moneda al aire y obligándolas a decidir su suerte. Lanzas la moneda al aire, su brillante redondez gira como una diminuta estrella, haciendo una parábola hasta aterrizar en tu mano. ¿Marcharse o quedarse? Huir era una opción bien conocida. Huir estaba en tus genes más recónditos, en tu ADN, en tus ideas estrambóticas del mundo. Te gustaba pensar en la vida como errancia perpetua. Huir estaba escrito en el aire de la isla, igual a esa formación de nubes en mitad del verano, marchando en estampida hacia el mar. A veces era mejor dejarle al azar las decisiones difíciles; la diosa fortuna que a veces te favorecía y otras te vapuleaba. Te viene a la mente la frase de Mallarmé, tantas veces leída, tantas veces repetida como un mantra en las clases de literatura, o en el parque, mientras recostabas tu cabeza sobre las piernas de una amiga mientras observabas los destellos de una luz irrisoria filtrándose entre las hojas de los árboles: «Un golpe de dados jamás abolirá el azar». Así había sido siempre en tu vida, y ahora era demasiado tarde para intentar cambiar la mano. «Cara o cruz». Ya no sabes siquiera por qué decides quedarte. «Es solo un año», te dices. «Pasará pronto. Cuando despiertes ya ni siquiera estarás aquí, en medio de una isla perdida en la inmensidad del océano». Pero también sabes que el verdadero valor de una frase solo existe en el significado que oculta y se opone como el rostro bifronte de Jano: «Toda la eternidad no es más que una sola noche». Y aunque ya has tomado la determinación de quedarte, o, quizás, otros sin saberlo la han tomado por ti. «*Alea jacta est*», te dices a ti mismo. En el fondo de tu corazón sabes que toda decisión presupone siempre un margen de riesgo: el riesgo de arrepentirte toda la vida.

XI

Apenas ha pasado una semana y la vida en la isla se hace interminable. Los días se parecen unos a otros: alternándose de tibios y soleados a fríos y lluviosos. Aquí es fácil perder la conciencia del tiempo, el invisible registro de las horas caídas en el olvido. Seguir la rutina de los minutos, avanzar al ritmo de la melodía del viento, repetida mil veces hasta el cansancio. Los pescadores van y vienen todos los días con sus redes rebosantes de peces. Para ellos no existe el tiempo más allá del ir y venir sobre las olas. Solo el manuscrito te ata a la precariedad del tiempo. El tiempo indescifrable, sin medida, que vas aprendiendo a medir en páginas, en párrafos, en frases, en palabras, como si cada una de ellas emergiera del pozo oscuro de tu conciencia. Pescar las palabras en el océano silencioso. «El mundo es una pecera vacía que debes llenar con palabras», te dices: una hoy, otra mañana, ¿o sería ayer? Bajas a la playa todos los días al amanecer y nadas hasta el agotamiento, hasta que tus fuerzas desfallecen y apenas si alcanzas a ganar la orilla. Te tiendes en la arena a mirar el cielo

limpio y sereno de nubes. En ocasiones nadas mar adentro sintiendo cómo el agua tibia de la orilla se transforma en la gélida frialdad de las profundidades. El color del agua varía a cada brazada: de un verde sereno de algas, al azul oscuro del acero. A medida que te alejas de la costa, el mar se convierte en un desierto plomizo, donde navegan peces silenciosos. ¿Y si no regresaras?, te preguntas. ¿Y si nadaras hasta agotar tus fuerzas y te fuera imposible regresar? Te dejas arrastrar por esa sensación de libertad plena del océano, como si tú mismo fueras un habitante de las profundidades. En el mar, la noción de tiempo es implacable; hasta los pescadores que zarpan jóvenes y vigorosos, para arrojar sus redes y anzuelos, retornan como viejos decrepitos de piel arrugada. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido entonces? Sabes: «La vida se va en un respiro... en un abrir y cerrar de ojos». Han pasado apenas unos días desde que tomaste la decisión de quedarte, aunque la directora aún no te recibe, y eso, en el fondo te inquieta. ¿Quién se creará la maldita vieja? Has ido varias veces a su oficina y la respuesta siempre es la misma. «La directora está indispuesta y no puede recibirlo. Lo llamaremos cuando se sienta mejor». En una ocasión, pensaste en irrumpir por la fuerza y plantarte frente a su escritorio, desafiante. La imaginas vieja y desquiciada, sacando cuentas, escondiendo el dinero entre sus senos marchitos, espionando a los alumnos por la celosía de la torre, entre compresas de árnica y sal marina para mitigar el dolor. Preguntas a los empleados, pero ninguno recuerda haberla visto. Eso te intriga. Por las tardes, luego de almorzar en la cabaña, te encierras en la biblioteca a leer cualquier información de la isla que pueda ayudarte a sobrellevar el tedio de la espera. Una de esas tardes, cuando el calor era más intenso, encuentras entre los libros una colección de anuarios del colegio. Soplas sobre la cubierta y una nube polvosa flota en la luz indecisa de la tarde. El Santuario está vacío.

Solo a un tonto como tú se le ocurre visitar una biblioteca en vacaciones. Hojeas con gesto aburrido los álbumes más viejos, sin mayor interés que el de matar el tiempo y conocer la historia del colegio. Bajo la escasa luz, las imágenes adquieren una nueva dimensión. Estás a punto de colocarlos de nuevo en su lugar, cuando una fotografía llama tu atención. En ella, hay tres niños sentados en el patio del colegio, en una tarde semejante a esta, hace cuarenta o cincuenta años. Los nombres se han borrado al paso del tiempo; la imagen luce deteriorada, casi sepia. Solo alcanzas a leer una fecha, octubre de 1919, y unas iniciales G.G., pero los rostros infantiles aún pueden reconocerse. Hay otra fotografía de todo el curso. Las niñas de la primera fila están sentadas sobre un largo banco de madera, otras están en el piso. Detrás de ellas, los varones de pie, miran fijamente a la cámara, como si supieran que ese momento perdurará en el tiempo hasta que el papel se deteriore y desaparezca en una mancha cobriza. La verdadera pregunta es ¿quién durará más? ¿La fragilidad del papel expuesto al aire, a la corrupción del clima, o sus vidas expuestas a las miserias de la isla? Te cercioras de estar solo. Tomas la fotografía y la escondes en tu cuaderno. Luego sales en silencio. En el pasillo encuentras al viejo profesor, quien te saluda con deferencia quitándose el sombrero y haciendo una reverencia burlesca que deja ver sus cabellos blancos. Cuando llegas al patio, la tarde ha comenzado a declinar. La luz se ha transformado en un halo de violetas marchitas. Respiras el olor del mar en esa breve transición que antecede al inicio de la noche. Algunas estrellas asoman su brillo pálido en el firmamento, mientras te diriges a la cabaña. El mar a lo lejos se convierte en un espejo sin reflejo, donde se mecen las olas. Por la noche, antes de irte a la cama, vuelves a mirar la fotografía bajo la luz de la lámpara, como si los niños hubieran remontado las dunas del tiempo y ahora te observaran desde

un lugar secreto. Sabes que la soledad puede jugarle bromas pesadas a la razón. A veces dudas, incluso, de tu propia existencia en la isla, como si alguien más viviera tu vida, convirtiéndola en una presencia etérea. Deambulas sin rumbo por la playa desierta en busca de respuestas. Pero ya ni siquiera recuerdas las preguntas. La esencia de la noche siempre será el misterio, la forma de confrontar el destino que escogiste al venir acá. Antes de apagar la lámpara y sumergirte en el sueño profundo, ves de nuevo a la niña. Sostiene entre sus manos un gato, y ahora te preguntas si es el mismo felino que has visto en tu habitación. En ese instante tienes la extraña sensación de que alguien te observa a través de la ventana; una presencia ajena, una presencia que ronda expectante con la timidez de quien posa para la eternidad de un mundo, cuyo rasgo más relevante es irse desvaneciendo entre las sombras.

XII

A veces los oía por las noches cuando escribía, pero nunca supe si era un sueño, o si en verdad estaban allí, en las habitación contigua, ocultos entre las sombras, cuchicheando en la penumbra, haciendo ruidos extraños con sus bocas y sus diminutos dientes de ratón rechinando como resortes mal ajustados; revolviendo la alcoba, vistiendo las ropas de los adultos como disfraces sobre sus pequeños cuerpos semidesnudos; los pantalones vestidos hasta el cuello, las camisas blancas colgando fantasmales bajo los percheros, las serpientes negras de las corbatas ocultas bajo el sombrero Panamá, mientras calzaban zapatos cubiertos de barro, demasiado grandes para ellos, que arrastraban por todo el salón y se salían de los pies quedando regados por todas partes: pasillos, escaleras. Guadalupe se maquillaba con esmero, usando el rubor de mamá y la pintura de labios de tonos claros, vistiendo el vestido blanco de organdí con la mancha de sangre frente al enorme espejo del Santuario. ¿Acaso eran ellos, o había otros niños? El hallazgo de la fotografía en la biblioteca los mostraba

risueños, como si sus voces de felicidad, su aleteo de pájaros que iniciaban el vuelo antes de tiempo, trepando a los árboles y balanceándose entre las ramas altas, la silueta de sus sombras contra la claridad del atardecer, se quedara flotando por un momento en el patio, cuando los estudiantes —más fuertes y rudos— hacían una pausa para finalizar por ese día las sesiones de lucha corporal, la rutina de golpes y patadas a los más jóvenes: rompiendo una que otra boca, hasta hacerlas sangrar, los dientes torcidos, en improvisadas sesiones de boxeo que pronosticaban expulsiones; el rodillazo en la entepierna de un contrincante, quien vería las estrellas, para luego derrumbarse aplastado por un rayo doloroso, que subiría desde la ingle y lo mandaría al reino de los analgésicos y las compresas de hielo. ¿Acaso no había en el santoral cristiano un santo dedicado a las vicisitudes del dolor? *Ora pro nobis* San Drogón, San Dragón. Todo estaba allí, en el tiempo de la historia de un vetusto colegio de ultramar, donde asistían niños de todas las edades. Las riñas estaban prohibidas entre los estudiantes; por esa razón las diferencias siempre se resolvían fuera del colegio. *Paix et amour* pregonaban los maestros, sin mucho interés en la educación de los niños locales: árabes y africanos, descendientes de antiguos pobladores, a quienes consideraban salvajes, mientras los maltrataban en el coro del colegio, en las clases de religión, de las que nos fugábamos para ir a nadar al estuario. En esa época comenzamos a organizar las peleas. Nos citábamos en la playa al terminar las clases, frente a la soledad de las dunas, para que nadie interrumpiera las batallas, ni escucharan los gritos de guerra, las obscenidades, las órdenes yendo y viniendo con el viento de los arenales, los sollozos en la oscuridad, el zumbido de piedras cortando el aire, arrojadas con fuerza para romper las cabezas más duras. Luego desaparecían en los montículos de arena. Nos abríamos paso a puñetazos, apoyados por una artillería de piedras.

El bando contrario retrocedía llevándose con ellos dos o tres heridos. Corrían hasta el improvisado hospital de campaña, que armábamos cerca de playa como territorio neutral para recibir a quienes llegaban maltrechos, seguidos de cerca por unas aves que revoloteaban alrededor llamadas tijeretas, que parecían enloquecer con la sangre y eran capaces de lanzarse en contra de los más pequeños.

En esa época, Roy fabricaba potentes tirapiedras con las horquetas que encontrábamos en las montañas cuando salíamos de excursión, y cuya madera endurecíamos con fuego. Las ligas las robábamos de las bicicletas de los otros niños, pues, eran flexibles y duraderas y podíamos dispararlas desde lejos, sin siquiera ser vistos. Eran armas temibles en nuestras manos. Hasta los más fuertes huían temerosos, sin saber dónde ni cuándo caería sobre ellos la siguiente andanada de piedras como una lluvia de asteroides en llamas descendiendo desde la noche. Antes de la batalla, practicábamos cazando lagartijas que se escondían como diminutos relámpagos entre las piedras. Teníamos una puntería prodigiosa que habría sido la envidia del David bíblico, del que habíamos leído en las clases de religión. Aunque en el fondo de nuestros corazones, preferíamos al pobre Goliat, quien era un gigante fuerte e ingenuo, que no tenía la más mínima oportunidad de vencer en la lucha, no contra David, sino contra dios (así, en minúscula), que a fin de cuentas era un ser abusivo como todas las deidades que luchaban con ventajas a su favor. No existía honor en una lucha cuyo resultado sabíamos de antemano, porque los derrotados siempre eran la inmensa mayoría, los débiles, la legión de los pobres, los que enfrentaban el poder supremo y no se rendían ante nadie; los que se mofaban frente a la locura, los olvidados por la historia, los derrotados, los mancillados, los humillados, los que tenían sed de justicia en el más injusto de los mundos, los que se sentaban en la noche

con sus estómagos vacíos a contemplar las estrellas frente al fuego, y ver cómo las luces del mundo se iban apagando alrededor. Seguíamos a los heridos, porque no queríamos que fueran carnada de las aves. Cuando todo finalizaba, regresábamos a la casa por un camino de arena brillante bajo nuestros pies. La noche era una caja de sorpresas. En la oscuridad, adivinábamos dónde se escondía el enemigo, detrás de cuál duna, de cuál matorral, donde también podía oírse el siseo de una serpiente cazando entre las sombras, mientras sobre nuestras cabezas llenas de arena y piojos, la noche derramaba su espesa y negra cascada.

Al regreso, cuando dábamos por finalizada la batalla y los enemigos se habían rendido agitando trapos blancos, abandonábamos el campo de enfrentamiento, dejando detrás a los heridos. Guadalupe marchaba adelante, llevando la linterna en sus manos, guiando nuestros pasos en las sombras. La luz que emergía de su cuerpo era como el ojo redentor de una diosa en lucha constante contra las tinieblas. Bastaba seguir su resplandor de mariposa, como si viajáramos hacia un peligroso abismo, profundo y luminoso. Avanzábamos con la debida precaución, descendiendo por una pendiente que parecía no tener fin; guiados solo por el brillo de la linterna. Su luz nos atraía como insectos desesperados atrapados por el resplandor. La caída era siempre una posibilidad. Nos tomábamos de las manos y echábamos a correr colina abajo. «¡Nos vemos en el infierno!», gritábamos en la inmensidad de la noche. Pero el demonio que seguía nuestros pasos jamás respondía. Su respuesta era un tesoro en el fondo del mar. En ese instante nos asaltaba el miedo. Ninguno quería ser el primero en saltar.

—Debimos haber traído el paracaídas de Altazor —decía casi en un susurro que apenas alcanzábamos a escuchar, como si nos hablara desde el más allá. Todos en el fondo lo

sabíamos. Nuestro tiempo de redención en la isla se había detenido, y lo peor, ya era demasiado tarde para echarlo a andar.

A veces creía escuchar sus voces, sus risas diáfanas en la oscuridad de la terraza, viajando con el viento fresco y sereno de la isla, antes de quedarme dormido frente a la máquina de escribir, como si soñara esta historia desde la ventana, por donde se cuela la respiración de la noche. Por la mañana, cuando despertaba, tenía la extraña sensación de que alguien había estado espiándome en la cabaña, tal vez velando mi sueño. Encontraba montoncitos de arena por toda la casa, pero no alcanzaba a darle una explicación lógica a ese acontecimiento tan trivial. Solo tomaba la escoba y barría hasta el último grano de arena. El gato permanecía en silencio mirándome desde la cama, como si observara la aparición de un fantasma. La luz derramada a través de la ventana era una bendición. Continuaba con la rutina de nadar todas las mañanas con buen o mal tiempo. El mar era mi fortaleza. En ocasiones, cuando regresaba a la cabaña, luego de nadar hasta el cansancio, subía el trecho de escalinatas de piedra hasta la terraza, donde, para mí sorpresa, encontraba dibujos infantiles con mensajes ininteligibles pegados a la puerta con goma de mascar. Sin duda parecían líneas trazadas por manos infantiles que intentaban decirme algo: pequeños secretos garabateados por niños desconocidos que rondaban en secreto la cabaña, quizás advirtiéndome con la debida antelación de los peligros futuros que podría correr mi vida en una isla extraña y misteriosa.

XIII

Cuando vimos el viejo y destartado carro a lo lejos, dando tumbos en la carretera de tierra, esquivando los charcos, saltando por todas partes, dejando atrás una nube de polvo, supimos que algo inesperado había sucedido. Padre llegó al garaje, frenó frente a la casa y estuvo a punto de atropellar al gato; el minino salió huyendo por el jardín de almácigos donde apenas florecía la yerba sobre la tierra negra. Casi siguió colina abajo, hacia la playa donde estaban los tendedores de ropa limpia ondeando al aire como banderolas en un día festivo. Luego subió a trancos los escalones de la casa abrazándonos a todos. «¡Está vivo!», dijo, «¡está vivo!». Acababa de recibir una llamada de las autoridades de un puerto llamado Quissanga en la costa oriental de Mozambique, donde le informaron que unos pescadores habían encontrado al pequeño Benjamín, deshidratado, insolado, pero con vida. Todos lloramos de alegría. La verdad no habíamos visto a nuestro padre tan feliz. Corría de un lugar a otro abriendo las ventanas, cerradas durante los días de luto, dejando entrar

la luz y el aire fresco de mar. La tristeza parecía haber huido de nuestras vidas. Conectó el fonógrafo y bailó con nosotros como nunca lo había hecho. Estuvimos oyendo música todo el día; brincábamos por toda la casa celebrando la resurrección de Benjamín como si fuera el aniversario de una efeméride y estuviéramos a punto de recibir en casa al soldado desconocido, un sobreviviente de las tempestades, los tifones, los maremotos, las calamidades, el hambre y las inclemencias del mar; ahora regresaba del más allá convertido en héroe insular, después de haber batallado incansablemente contra los dioses del océano. Padre viajó a buscarlo. Los días siguientes preparamos el más digno de los recibimientos con carteles de bienvenida pintados por los niños del poblado, discursos pomposos y aburridos de autoridades que habían venido del continente y se aburrían entre el calor, las moscas y los juegos florales, donde los poetas se disputaban los premios y el corazón de las adolescentes. Sirvieron ponches y tizanas. Los alumnos del colegio organizaron un desfile con bandas marciales y carrozas tiradas por bueyes desde donde las reinas de belleza lanzaban flores y serpentinas. La marcha recorrió el pueblo de las dunas hasta la playa, lanzando fuegos artificiales que estallaban en el aire y asustaban a las pobres gaviotas que volaban atormentadas con el ruido de los petardos. Pero cuando Benjamín regresó a casa, era otro, tan diferente y callado a quien habíamos perdido hacía apenas una semana. Estaba más delgado; su piel se había curtido por el inclemente sol y ahora lucía como la de un pescador de las islas. Sin embargo, lo que más nos impresionó fueron sus ojos, que de castaños y alegres, se tornaron tristes y desolados, como si todas las lágrimas del mundo no hubieran alcanzado para hacerlo sonreír. Su rostro parecía cansado de ese largo viaje al más allá. Definitivamente era otro, más viejo, vencido por el salitre y el aire seco de mar. Cuando llegó ni siquiera lo

reconocimos. Guadalupe se acercó y lo abrazó en medio del fragor de la fiesta.

—No te preocupes, hermanito —le dijo al oído—: La muerte nos cambia a todos.

Todavía llevaba colgada al cuello la cámara fotográfica que padre le había obsequiado. Benjamín se dejaba conducir de un lado a otro por los adultos. Las autoridades de la isla se acercaron a saludarlo y a fotografiarse con el niño que había vencido al océano. Al final de la tarde, cuando la fiesta terminó y el último de los borrachos cruzó el patio haciendo saludos militares a la ropa colgada en los tendederos, lo llevamos a su habitación y lo desvestimos en silencio. Tenía el cuerpo de una salamandra calcinada por el fuego: sus labios estaban resecos y agrietados, sus manos enrojecidas, las piernas flacas y torcidas de flamenco triste, el pecho hundido. Lo untamos de grasa de ballena para combatir la resequedad del alma, lo masajeamos con aceite de coco para limarle las asperezas del espíritu, pero nunca volvió a ser el mismo. Los siguientes días le llevábamos la comida a su habitación y pasábamos horas a su lado, esperando que dijera algo. Pero su silencio era lo más implacable. Por la noche lo visitábamos y le leíamos historias del pasado para ver si se animaba a revelarnos las peripecias de su travesía: los días vividos en la más pura soledad, alejado del mundo como un anacoreta a la deriva, con sus noches sedientas bajo un cielo poblado de astros enloquecidos, los grandes peces reunidos alrededor del bote a la espera de que saltara para devorarlo; pero él parecía haber olvidado todo, como si los recuerdos le dolieran en algún lugar del alma, y el olvido no fuera sino una forma profunda y lacerante de la memoria. A veces, cuando dormíamos, lo escuchábamos rondando por la casa, arrastrando la cámara fotográfica, llamando a gritos por su nombre a las antiguas sirenas: Parténope, Leucosia, Teles, Ligeia, como si la invocación de sus nombres pudiera

salvarlo de la soledad donde se hallaba sumergido. Una mañana lo encontramos dormido tan profundamente, que Guadalupe procedió con el mayor cuidado a desatar la cámara de su cuello para llevarla al rudimentario laboratorio instalado en el garaje. Cuando finalmente logramos limpiar la película y revelar los negativos, surgieron para nuestro asombro las más inverosímiles imágenes de su inesperado viaje. Con las primeras copias, vimos surgir desde la humedad de los fijadores los más hermosos y desolados paisajes que habíamos visto en nuestras vidas, el vuelo de bandadas de cormoranes congelados por un segundo bajo un cielo sin nubes, olas espumosas saltando por todas partes, coronas de sargazos florecidos como tumbas alrededor del bote, y lo más extraño de todo, decenas de manos escamosas y húmedas, aferradas al bote con sus cuerpos de bestias marinas, enormes colas de pez golpeando la superficie espumosa del agua, convirtiéndola en un infierno lechoso de burbujas que la fotografía había congelado para la eternidad. Regresamos a su habitación en silencio y discretamente dejamos la vieja cámara con un nuevo rollo de películas abandonada sobre la cama, escondimos los negativos y las copias de papel en un viejo armario en el desván. Ya no queríamos saber de sus historias marinas, ni de sirenas o aves, ni de noches estrelladas que enloquecían a los navegantes. El mar era también una ilusión de los sentidos. Si los dioses quisieran que fuéramos criaturas marinas, nos habrían dado branquias y aletas. Así que preferimos no hablar del asunto, y ayudarlo a olvidar todas aquellas historias tan parecidas a los libros que Roy nos leía por las noches en el Santuario. Salimos de puntillas, sin hacer ningún ruido, para dejarlo descansar de ese circo en que se había convertido su vida luego de la resurrección. Ahora era una estrella con agenda llena de entrevistas, programas de misterio, revistas y fotógrafos profesionales que apuntaban las lentes, clic; a su

rostro envejecido, pulsando los obturadores, clic; el relámpago de los *flashes*, clic; a sus ojos tristes y perdidos en medio de la noche, clic.

Nos quedamos en silencio, frente a las ventanas del Santuario. Escuchábamos a lo lejos el rugido del mar, convertido a esa hora en un penoso llanto que se arrastraba en la oscuridad como una bestia insensata que lamía las heridas del mundo. Cuando giramos, cegados por la explosión de un *flash*, vimos a Benjamín que sonreía con su sempiterna cámara, apuntándonos para inmortalizarnos frente al paisaje luminoso de rayos cruzando el cielo nocturno sobre nuestras cabezas.

—Es tarde —dijo—. Es mejor irnos a dormir, clic. Todos sonreímos complacidos. En la oscuridad lo tomamos de la mano y lo guiamos a su habitación. Esa noche nos acostamos todos juntos. Mientras velábamos su sueño, vimos cómo su cuerpo brillaba ligeramente entre las sombras cuando un rayo de luna se posaba delicadamente sobre sus garras brillantes y escamosas.

XIV

Había llegado hasta aquí, brazada a brazada, nadando en el abismo profundo y azul del océano. Era un renacuajo lleno de temores sintiendo cómo las nubes sobre su cabeza se convertían en el presagio de una tormenta que comenzaba a formarse a lo lejos, más allá del horizonte. El tiempo no auguraba nada bueno. Sentía el agua helada saltar por todas partes, semejante a una lengua húmeda desprendiéndose del cielo del paladar para orbitar alrededor de una estrella gelatinosa que lo devoraba como un apetecible pez nocturno. Pensó en los calamares gigantes del mar de Cortés, aturdidos y temblorosos, luego de ser heridos por los arpones de pescadores en mitad de la noche. Tenía la sensación de haber perdido los brazos y, en su lugar, le habían crecido tentáculos con ventosas, cuyos movimientos desesperados intentaban asirlo a la vida de cualquier forma. Se sentía como un pulpo decapitado; en la oscuridad no alcanzaba a ver la mancha de tinta diluyéndose en la superficie. Sus hombros eran aspas, remos sin control, cada vez que emergía para tomar una bocanada

de aire. Sentía la corriente arrastrándolo cada vez más lejos. No alcanzaba a ver a los otros que, al principio, nadaban a su lado en una formación compacta. La muchacha también había desaparecido entre las olas, pero aún lograba oír sus gritos, semejantes al canto desesperado de una sirena, diluidos en un lamento distante. Mas, después de un tiempo ya no la escuchó. Ahora, el único sonido lo hacía el viento silbando con fuerza sobre las aguas. Se persignó y trató de orientarse. Cuando una ola lo elevó sobre el nivel del mar, alcanzó a ver las luces lejanas de la costa. No llegaría nunca nadando contra la corriente. Así que trató de calmarse y pensar: «Un buen nadador se encuentra suspendido por los hilos del azar y la buena fortuna», pero ahora era una marioneta al vaivén de la turbulencia de las olas, cuyas crestas blancas y espumosas, llegaban de todas partes golpeándolo con fuerza. Cuando menos lo esperaba, un remolino lo hundió varios metros de profundidad durante segundos que le parecieron minutos, y minutos que le parecieron horas, hasta que logró zafarse y, con un último aliento, volvió a subir a la superficie en procura del preciado aire. Cada vez se alejaba más. Había aprendido de los viejos pescadores, mientras cosían sus redes en la soledad de la playa, y él era apenas un mocoso que nadaba con otros muchachos entre los arrecifes. «Nadie en su sano juicio debería enfrentarse al océano. Lo mejor es no oponer resistencia y reconocer el movimiento de las corrientes para tener, al menos, alguna oportunidad de sobrevivir». Luchar contra el mar es una batalla perdida. Nadie —por muy buen nadador que sea— puede ganarle al océano, quien es un contrincante formidable jugando con sus criaturas como lo haría un perro con un hueso. Por un segundo cruzó por su cabeza la idea de rendirse; tomar una última bocanada de aire y abandonarse a esa paz precedida a la muerte. Pero algo en su interior lo animaba a mantenerse a flote. ¿Acaso el mar sería la tumba

silenciosa que le reservaba el destino? Aun así, continuaba flotando como una botella con un mensaje en su interior. Qué decía el mensaje y a quién estaba destinado eran unas totales incógnitas, pero la vida siempre había sido eso: una gran incógnita. A través del vidrio translúcido, pudo ver el papel amarillento atado con una cinta. Tal vez no decía nada; tal vez solo mostraría el grotesco dibujo del corazón de un niño. Las luces se veían cada vez más lejanas. Y aunque se sabía solo, en mitad de la nada, gritó con todas sus fuerzas para saber si alguno de los nadadores estaba allí, en un lugar cercano, aferrado a la vida como lo hacía él. Pero solo el mar le respondió con un rugido. Con el último aliento que le daban las ganas de vivir, de no rendirse frente a las adversidades, giró su cuerpo y se tendió boca arriba flotando sobre las olas. Las aguas parecían arrullarlo, antes de propinarle el zarpazo certero y definitivo. Las luces de la costa cubierta por una densa niebla tenían un resplandor lejano. Arriba, sobre el cielo sereno y espumoso, habían tendido su campamento las estrellas. Sirio, el astro más brillante de la constelación del Can, brillaba en todo su esplendor. Vio otras estrellas parpadeando frías y lejanas como ojos de felino, y sintió que su suerte había sido echada de antemano. Era cuestión de tiempo antes de sentir sus fuerzas desfallecer. No tendría la más mínima oportunidad de sobrevivir en mar abierto. El agua lo congelaría; y si no lo mataba la hipotermia, bien podía ser devorado por un escualo o, en el mejor de los casos, morir ahogado. Se sintió un minúsculo planeta abandonado en la inmensidad del universo. Flotaba a la deriva, sin oponer resistencia, tratando de mantener la calma. Miraba el cielo, sereno, insondable. Lo había visto tantas veces desde su infancia, pero nunca había sido tan hermoso y puro como hoy. Mientras flotaba, aferrado a la idea de sobrevivir, pensó que el universo de constelaciones girando sobre su cabeza, era la corona de un antiguo

rey, que le enviaba un obsequio, el último de sus días sobre la tierra: las noches más serenas y hermosas de su vida antes de sucumbir. No sabía cuánto tiempo más podría soportar. Elevó una oración a los dioses, pero ninguno respondió sus plegarias.

Ardentía llamaban los viejos pescadores a esa extraña luminiscencia de organismos microscópicos que subía junto con el plancton desde las profundidades, dándoles un brillo espectral a las olas. Esa noche de verano, el mar se hallaba cubierto de una fosforescencia que alcanzaba a verse desde muy lejos. Elevó sus manos sobre la línea de flotación y las vio brillantes. Se sabía capaz de flotar durante horas antes de sucumbir y dar con sus huesos en el fondo. El fin también podía llegar bajo la forma de un escualo, cuyas aletas rozarían sus pies con indiferencia, o una barracuda de ojos muertos. Apenas tomaría unos minutos ser devorado por cualquier pez de las profundidades. Desaparecería en un torbellino de burbujas, dientes, branquias, huesos, espuma, ojos, sangre, aletas, oscuridad y escamas. Pero no iba a darse por vencido sin luchar. Se abandonaba al movimiento de un mundo que los antiguos comparaban con una gigantesca bestia antediluviana. Era Jonás atrapado en el vientre de la gran ballena, tan grande como el cielo iluminado sobre su cabeza. Trataba de no pensar; cediendo al destino, cualquiera que fuera. Solo el tiempo se demoraba en colocar el punto final. ¿Acaso no era también el punto de inicio, desde donde no habría retorno posible? Todo terminaba para comenzar de nuevo. Bastaba perforar la delgada membrana para penetrar en otro mundo. El mar era un laberinto sin puertas por dónde escapar; sin veredas, sin salidas de emergencia. Pero no había escapatoria, más allá del muro frío, el espejo implacable donde flotaba el detritus del fondo y donde Narciso habría contemplado su rostro por vez primera. Desde allí también podían surgir

peces gigantescos, temibles cazadores que jugaban con el destino de los hombres. Todos le debíamos la vida, la muerte, los sueños, las pesadillas de aguas profundas al mar. El reflejo del cielo temblaba en el agua como un manto luminoso.

Esa noche, como todas las noches desde su llegada a la isla, recogió algunos troncos esparcidos en los alrededores dejados por la última tormenta. Luego procedió a juntarlos y a encender una hoguera en la playa. Las llamas atraieron a un enjambre de insectos que llegó arrastrado por el viento; otros venían volando desde las dunas, atraídos por la luz parpadeante que los guiaba como un faro. El fuego comenzó a avivarse en llamas rojas y azules que iluminaron un trecho de playa, cuando vio llegar a la muchacha arrastrando los pies por el sendero de arena, cubierto por una ligera alfombra de hierbas esparcidas a uno y otro lado de la carretera. Venía alegre y borracha, cantando incoherencias, corriendo como loca sobre las dunas. Escuchó su risa franca y abierta cuando apenas era una silueta bajo el resplandor de las estrellas. Venía murmurando entre dientes una canción desconocida: «La noche era un dragón dormido en la inmensidad, cuando te conocí. El movimiento lento de una oruga subiendo al árbol del paraíso». Lo que había comenzado como un juego, o una tonta apuesta entre adolescentes, se había convertido en una feroz batalla por mantenerse con vida en medio del océano.

Ni siquiera lo pensó cuando la muchacha pasó a su lado y se acercó con su mejor sonrisa:

—En el pueblo me contaron que eras el mejor nadador de la zona —dijo, enfrentándolo, mirándolo a los ojos.

—Eso dicen. Pero no se puede creer mucho en el comentario de los viejos —respondió, devolviéndole el gesto, mientras atizaba el fuego con una barra oxidada. La barra removió una amplia estela de chispas luminosas que el viento arrastró a lo largo de la playa desierta como la refulgente cola de un cometa.

—Es un hermoso lugar para venir a morir —dijo la muchacha, mirando las sombras dibujadas por el resplandor de las llamas.

—Es una hermosa noche —repitió, como si hablara consigo mismo o con la noche—. Pero nadie quiere morir hoy. No vienen muchos extraños por aquí. Por eso me gusta.

Durante un tiempo guardaron silencio, como si solamente escucharan el estallido de los troncos crepitando bajo el fuego.

«Nada es tan bueno como parece», se dijo a sí mismo, cuando minutos después vio aparecer al resto del grupo surgiendo desde las dunas que rodeaban la casa de la playa. Venían borrachos, tropezando entre sí; cayéndose en la arena, riendo a carcajadas, mientras descendían por la pendiente que daba al patio, donde colgaban sábanas que ondeaban como banderas sobre el polvo. La brisa soplaba sobre sus cabezas risueñas. Se acercaron a la hoguera resplandeciente en mitad de la noche. Luego se sentaron alrededor del fuego, riendo entre ellos, como a punto de revelar una nueva aventura que los ayudara a sobrevivir al tedio infinito de unas vacaciones en esa isla perdida, que, para colmo, ni siquiera aparecía en los mapas. Siguieron bebiendo y bromeando durante un tiempo. Fue entonces cuando la muchacha se levantó como un fantasma en mitad de la noche, saltó en medio de la hoguera y comenzó a bailar de manera primitiva y salvaje entre las lenguas rojas y amarillentas del fuego. Llevaba tatuados los hombros desnudos. En seguida pateó la pila de troncos enrojecidos como esos faquires que caminan sobre las brasas y miles de chispas se levantaron en la brisa. Aprovechó ese instante para tomar la cámara y hacerle una fotografía. Tal vez podría vendérsela más tarde. «Turistas», se dijo a sí mismo. «Son una verdadera plaga. Creen que pueden hacer lo que les venga en gana». La marea comenzó a subir. Los jóvenes aullaban tendidos sobre la arena como lobos enloquecidos por el alcohol y el

resplandor de la luna. En ese momento, la muchacha se detuvo por unos segundos y elevó su voz desde la antigüedad del fuego. Las llamas esculpían sombras sobre su torso desnudo. Más allá de las dunas se elevaban las siluetas de las montañas. Las más altas cortaban el paso del viento. La brisa danzaba en salvajes remolinos de arena.

—Detrás de los acantilados hay una playa de aguas tibias y cristalinas que pocos conocen. Solo se puede acceder a ella través del mar. Los antiguos pobladores de las islas hicieron sacrificios frente a sus aguas. Ahora, quienes estén dispuestos a seguirme, les aseguro que la recompensa valdrá su peso en oro, —dijo, sacando su pequeña lengua rosada como el fuego de otra hoguera que prometía avivarse en la boca del ganador. Luego corrió hacia la playa dejando un rastro de piezas de ropa íntima sobre la arena y se sumergió en el mar. El grupo de adolescentes aulló en un clamor general. Muchos de los que nadaban desde la más tierna infancia, saltaron al agua, entre la fosforescencia de la ardentía que desprendía un brillo espectral sobre la superficie. Delante de ellos la muchacha aparecía y desaparecía cabalgando entre las olas. Al principio nadaron en un mar liso parecido a un espejo. Una ligera brisa venía desde el sur, moviéndose con la corriente, y encrespando las olas de espuma brillante. Nadaban lejos de la costa para no correr el riesgo de ser empujados por las olas contra las rocas de los acantilados, pero al mismo tiempo podían ser atrapados por las corrientes de las islas que, en ese caso, los arrastraría mar adentro. Ya no alcanzaba a ver a la muchacha por ninguna parte, así que decidió flotar para ahorrar energía. El grupo había desaparecido como si la noche los hubiera devorado en silencio. Fue entonces cuando vio el arrecife a mitad de camino entre la isla y mar abierto. Como pudo se dirigió hacia las piedras para tomar un respiro. El lugar apenas sobresalía entre las olas con la marea alta; marcado con

boyas y banderas rojas para prevenir a las embarcaciones del peligro que ocultaban sus aguas. En ese momento comenzó a oír el canto. Vio una silueta tendida sobre las grandes piedras, pero no era la misma muchacha que había saltado al agua, desafiándolos. Ahora era una criatura cubierta de escamas, rematadas por una cola de pez. Pasó toda la noche escuchando su canto en el viento salobre. Hacía frío. Tenía la piel cuarteada por el salitre. Al amanecer, las luces de un pesquero lo avistaron entre los arrecifes e hicieron sonar la sirena. Entonces, supo que se había salvado y lloró de felicidad. Estuvo a punto de fallecer de hipotermia cuando lo subieron a bordo y lo reanimaron con toallas calientes y un horrible aguardiente de caña. Cuando bebió la primera taza de café, sintió que había estado en las fauces de la muerte y ahora regresaba de un largo y penoso viaje. Fue el único sobreviviente de esa noche. Todos los demás desaparecieron devorados por los peces o tragados por las olas. Mientras yacía acostado en la litera del camarote, pensó, si acaso un ángel lo había guiado en medio del océano. La embarcación se dirigía al puerto haciendo ulular la sirena con las primeras horas del amanecer, preparándose para atracar en un puerto, donde flotaba la niebla: manchas grises del paisaje apenas iluminado. El muelle permanecía cubierto de mástiles y aves marinas dormidas en las embarcaciones cercanas a la playa: las banderas semejaban sombras, formas ilusorias de vida advirtiéndole a los viajeros que el mundo no terminaba ni empezaba allí, en ese lecho desolado y tranquilo como una antigua tumba visitada por el viento y las aves. Algo despuntando más allá de la monotonía del paisaje y del sol floreciendo en el horizonte, nos recordaba que la vida era un largo viaje hacia ninguna parte. Siempre había sido así; ir a la conquista de nuevos espacios y misteriosos territorios. Pasó la mañana en el hospital. Un policía gordo y jovial vino a tomar su declaración en una pequeña

libreta amarillenta, que más bien parecía una lista para hacer las compras del mercado. Le mintió. Dijo que había caído al agua y la corriente lo había arrastrado mar adentro, hacia los arrecifes. El gordo pensó que era un suicida arrepentido en el último momento. No se esforzó mucho en tomar su declaración. Le extendió una tarjeta arrugada con desgano, advirtiéndole: «No se aleje del pueblo». Luego se marchó. Cuando se quedó solo, pensó en la muchacha de la playa, hasta que el doctor lo dio de alta. Durmió el resto del día. La mañana siguiente salió a la calle y compró el periódico local, pero ninguna información daba cuenta de lo sucedido, ni de ningún desaparecido. Por un momento pensó que encontraría en la primera plana del diario local la fotografía de jóvenes destrozados, restos humanos amontonados en la playa bajo la mirada de la policía y de los curiosos, pero era como si no hubiera sucedido. El noticiero de radio local tampoco registró los hechos. Ese mismo día por la tarde regresó a la playa y vio los restos de la hoguera sobre la arena quemada; la mancha del fuego era una oscura herida donde, esa noche, la muchacha había bailado y ofrecido su oculto tesoro a la jauría de adolescentes desaparecidos. Al atardecer, el sol descendió hacia la línea del horizonte dando ligeros golpes como un pájaro herido. Observó las huellas en dirección a la playa, pero eso no significaba nada. Por la noche retornó a la habitación. Se sentó frente al televisor a esperar alguna noticia, pero nadie dijo nada durante el noticiero. Después se fue a dormir. Cuando más tarde, despertó en medio de la oscuridad, solo escuchó el sonido monótono de las olas que golpeaban el muelle de madera y una radio cercana tocando una melodía triste de *koras*. Afuera el viento barría las hojas como insectos sobre la calle de tierra. A veces, de madrugada, despertaba con el ruido del motor de un auto que cruzaba velozmente las llanuras polvorientas bajo la noche estrellada.

Entonces sabía, con el infortunio y la inocencia de los niños, que no conseguiría pegar un ojo esa noche, y que el amanecer lo encontraría despierto, con los ojos enrojecidos del insomnio, viendo a través de las cortinas las primeras nubes violetas en el horizonte, aun pensando en los cuerpos destrozados apenas días atrás, bajo la indiferencia del océano. Los restos anclados a un fondo rocoso que nadie recordaría, a excepción de los cangrejos y de esos anélidos que viven y se reproducen en el lecho marino. El tiempo transcurrido entre el ir y venir de las olas a la playa se medía por la sombra de las aves planeando sobre las aguas somnolientas.

XV

Durante un tiempo regresé con frecuencia a la misma playa tratando de entender todo lo que había sucedido en realidad. Buscaba alguna prueba, una pista, más allá de los troncos renegridos desperdigados en la arena y que, más tarde, desaparecerían arrastrados por la marea. La playa era igual a cualquier playa: una larga extensión de arena cortada por inhóspitas montañas de arenisca donde anidaban las aves marinas. Habría podido ser cualquier lugar, solo que allí se había iniciado aquella noche la persecución de la muchacha entre las olas. A un lado, la casa pintada de blanco cuyas maderas crujían bajo el sol, lucía desierta; en el patio, una enredadera abrazaba el tendedero de alambres donde venían a posarse los pájaros viajeros. El viento arrastraba enormes remolinos de arena. Más allá, un muro de piedras funcionaba como rompeolas a donde venían los pescadores por las noches a coger cangrejos. En el día me aventuraba hasta el antiguo faro que, por las noches, se transformaba en un cíclope que iluminaba las tinieblas; jóvenes parejas deambulaban por la playa en

busca de soledad, pero nunca llegué a encontrar mayores evidencias de lo ocurrido aquella noche. Tampoco me animé a contar la historia. Tenía miedo de ser tildado de mentiroso, o, peor aún, de loco desquiciado. Sin embargo, la imagen de la muchacha danzando entre las llamas me seguía a todas partes. La experiencia vivida en altamar era tan real como el pueblo de pescadores a donde había llegado en busca de paz. «El mar curará todas tus heridas», habían dicho los amigos. «¡Ya lo verás!». «Regresarás como nuevo». Pero el sol implacable, la fuerte brisa y los recuerdos no habían hecho otra cosa que ahondar la herida, hasta mostrar su lado más frágil. En ocasiones, despertaba a medianoche y sentía la herida latiendo como un corazón solitario a punto de sucumbir. El sentimiento de soledad se fortalecía en la adversidad de las islas. Pensé con inquietud que muchas cosas no tenían cura. Por las noches, me sentaba en la cama a frotarme la herida como un perro triste y solitario. En algún momento, cuando todo iba en camino de convertirse en vaga memoria, encontré en la gaveta de la mesa de noche la tarjeta del agente de policía que me había interrogado ese día y a la que no había dado mayor importancia en su momento. La arrugada tarjeta de presentación era real: «Inspector José Castro, Departamento de Policía Insular». Había un número de teléfonos desleído, que apenas se alcanzaba a leer. Preferí irme a la cama y acercarme a la Comisaría del puerto al día siguiente. Pero en el preciso instante en que fui a dormir, supe que iba a ser una larga noche de insomnio. La muchacha estuvo danzando en mi cabeza toda la noche. Sus movimientos parecían estar hechos de la misma materia que los sueños. En la habitación, tenía el brillo inmóvil, sereno, de una llama protectora. La sombra de la muchacha estuvo presente hasta el amanecer, cuando las primeras luces apagaron su resplandor. Luego de lavarme y mirarme al espejo, me asomé a la ventana. El cielo

era de un tono grisáceo semejando un campo yermo, lleno de nubes pedregosas que anunciaban el inicio de la temporada de tormentas. Había sido un desperdicio venir a la isla con este clima, pero ya era demasiado tarde para lamentarse. Ninguna embarcación saldría hasta dentro de una semana. Una lenta fila de albatros cruzaba el cielo sobre la línea lluviosa de la costa. Pensé que mi vida también desaparecería junto a las aves en la borrosa bruma de la mañana. Cuando salí a la calle, caían las primeras gotas de lluvia. Una bandada de loros cruzó sobre mi cabeza como una sombra verde y voló a ocultarse entre las hojas de las palmeras.

El Departamento de Policía Insular era una vieja casa de madera con techo de tejas a dos aguas. Frente a ella una patrulla inservible yacía sobre cuatro bloques de cemento. En su interior, entre cojines rotos y resortes oxidados, jugaban algunos niños a policías y ladrones. Cuando me vieron llegar, dispararon una andanada de balas imaginarias y salieron huyendo por las ventanas del vehículo a toda prisa. Me detuve a mirarlos cuando cruzaban la calle en dirección al muelle. Ahora pensaba si no habría sido una mala idea venir hasta aquí. ¿A quién podía interesarle mi historia, cuando ni siquiera tenía certeza de que hubiera sucedido en realidad? Crucé la calle de tierra y fui a sentarme bajo el toldo de un bar, más allá se erguían unas palmeras raquíticas. La presión atmosférica volvió a descender bajo el calor endemoniado. Un mesonero de rasgos asiáticos me trajo una cerveza helada.

—No hay nadie —me dijo, antes de que preguntara, mientras limpiaba las mesas con una toalla sucia, olorosa a detergente—. Y no va a llegar sino hasta dentro de una hora. Si va a esperar lo será mejor que entre. Aquí afuera se va a derretir.

Cuando apenas crucé las puertas batientes, vi el cartel descolorido con grandes caracteres pintados de rojo colgando en la entrada: «Bar Restaurante Dragón de Oro. Ambiente

Familiar». Antes de entrar, pensé: «La verdad, nunca se me ocurriría traer a mi familia a un lugar como este». Luego recordé que no tenía familia. Afuera el aire se tornó denso y el cielo se oscureció cuando comenzaban a caer las primeras gotas sobre la calle. Adentro olía a cigarrillos baratos, a comida china y a sudor de pescadores taciturnos acodados en la barra. En una esquina, un viejo chino frente a la caja registradora me hizo un gesto de bienvenida con una leve inclinación de cabeza. Me senté cerca de la ventana. Tenía tiempo para pensar en lo que iba a decir. Comenzó a llover con fuerza. La lluvia era empujada desde el mar por vientos monzónicos que hacían que los árboles de la calle se tambalearan. Traté de recordar la última vez que había visto llover de ese modo y me pareció que había sido hacía tanto tiempo que mi memoria no alcanzaba a atrapar los recuerdos. «En las islas el clima siempre es una exageración», había dicho el hombre de la recepción, cuando arribé con mi equipaje al hotel. Un viaje placentero de un fin de semana se había convertido como por arte de magia en una pesadilla. Las condiciones del clima en las islas habían cancelado la salida de las embarcaciones, y con ella, la posibilidad de regresar al continente en el tiempo previsto. Al cabo de unos días, me sentía un prisionero a quien no se le ofrece ninguna posibilidad de redención. En la lejanía, el horizonte se había convertido en una mancha acuosa y deforme donde desaparecían el cielo y el mar. La línea ilusoria se había esfumado bajo una cortina de agua que caía inmisericorde sobre el poblado. Me disponía a pedir otra cerveza y algo de comer, cuando vi a través del cristal empañado al viejo policía con el sombrero Panamá, saltando sobre los charcos; mojado hasta los huesos, cubriéndose con un maltrecho paraguas que chorreaba agua por todas partes. Cruzó la calle frente a la patrulla abandonada, y, luego de unos segundos, entró al bar. Era más gordo de lo que recordaba, pero aún conservaba el

aire grave de aquellos que se creen destinados por la divina providencia a salvar al mundo. Lo observé mientras saludaba a los pescadores acodados en la barra. Luego tomó un trago para entrar en calor. El mesonero se acercó y le habló al oído. Señaló en mi dirección, como si hablara de un animal enfermo a quien separan de la manada. Me observó con curiosidad a través de sus gruesos anteojos y sonrió. Cruzó esquivando el desorden de mesas y sillas desperdigadas por el salón y vino a sentarse a mi lado.

—Ni siquiera Noé debió haber visto tanta agua junta como la que cae en esta maldita isla —masculló, mientras limpiaba sus lentes con un pañuelo sucio—. Me dijeron que quiere hablar conmigo. Espero, por lo menos, pueda invitarme un trago. Vamos a estar aquí un buen rato.

Vestía un saco de dril a cuadros, oloroso a sudor de caballos y unos pantalones demasiado estrechos para sus piernas voluminosas. El sombrero aún goteaba sobre la mesa cuando se sentó. La tarde se había vuelto pesada bajo la lluvia; sobre el mar grisáceo y lejano, una tormenta de rayos eléctricos iluminaba el cielo.

—La verdad, no sé por dónde comenzar esta historia —respondí.

—¡Bueno!, yo lo ayudaré. Puede comenzar por invitarme un trago —insistió sonriendo, mientras le hacía una seña al mesonero—. No se preocupe, después del tercer trago comenzará a hablar tanto que voy a tener que cerrarle la boca, se lo aseguro.

El mesonero se acercó con una botella de ron, cambió los vasos y continuó su rutina de limpieza.

—No sé por qué, pero su rostro me resulta familiar. ¿Acaso lo conozco? —me interrogó. Pero luego de hurgar en su memoria, sonrió—. ¡Ah! Ahora lo recuerdo, mi amigo el aprendiz de suicida. Espero que no esté pensando en matarse de

nuevo. Sí, ya lo sé, la vida no es fácil en las islas, pero no se puede andar por ahí haciéndole favores al demonio.

La verdad, era un hombre jovial y simpático. Luego de un rato conversábamos animadamente. Fue entonces cuando comencé a contarle la historia de por qué había venido a buscarlo. Durante un tiempo me escuchó impasible, saboreando a breves sorbos su trago. Al principio sin prestarme mayor atención; pero, luego de unos minutos, su actitud cambió. Ya no era el hombre alegre y jovial haciendo chistes de todo. Ahora se tomaba mi historia con la seriedad y el asombro venidos al caso. Le hablé de la muchacha que había aparecido esa noche en la inmensidad de las dunas, cerca de la casa de la playa, de su enloquecida danza junto al fuego y de cómo habíamos acabado en mitad del mar luchando por nuestras vidas. Cada vez parecía más sorprendido. Cuando acabé de contar la historia, pareció dudar de su veracidad. Nos quedamos en silencio durante unos minutos, mirando caer la lluvia convertida en una especie de marcha fúnebre que se adueña de nuestros sentidos. Me miró a los ojos confundido.

—De veras es una gran historia —comentó—. Se ve que es escritor. ¿Quién se la contó?

—Nadie me ha contado nada —respondí molesto—. Fue lo que viví esa noche y he soñado todos estos días. La verdad, ya no estoy seguro de nada.

—Es extraña la percepción del tiempo en las islas. Los que viven aquí lo saben bien. Yo mismo me he levantado una mañana con la sensación de repetir, una y mil veces, algo que ya había hecho en el pasado. Pero aquí uno acaba acostumbrándose a lo que no tiene explicación. Las islas son como una larga noche interminable—. Y aunque todavía llovía con fuerza, se levantó de su silla de cuero y apuró un último trago.

—Venga conmigo —dijo, sin dar mayores explicaciones.

Pagué la cuenta y salimos. El chino de la caja registradora se había dormido con el cigarrillo entre los labios. El humo flotaba sobre su cabeza rapada. Cruzamos la calle por donde corría un arroyo de lodo maloliente. Luego vimos el esqueleto oxidado del carro hundido en el fango y entramos a la comisaria seguidos por una lluvia incesante que parecía no iba a acabar nunca. Un trueno estremeció el cielo espantando a los murciélagos escondidos en las cornisas que volaron asustados por el estruendo. En el pasado la casa había sido una oficina de correos de dos plantas rectangulares con muchas ventanas y claraboyas por donde se colaba la luz. Los pisos de azulejos habían perdido el brillo pero, a pesar de los años, aún conservaban su antigua belleza de vejestorio incólume. Me senté en la oficina, frente al escritorio, mientras buscaba una carpeta en el fondo de un viejo armario. Cuando la encontré soplé sobre ella para quitarle el polvo y vino a sentarse a mi lado. Durante breves segundos me observó como si estuviera a punto de revelarme un secreto. La carpeta estaba atada con una cinta negra de difuntos coronada por un doble lazo. La abrió con una parsimonia de la que no lo creía capaz, como si aún dudara en mostrarme su contenido.

—¿Puede jurarme que no le ha contado esta historia a nadie más? —me interrogó mirándome a los ojos.

—Le juro que usted es la primera persona a quien le cuento esta historia —respondí. Acto seguido pronunció unas palabras en otra lengua que no alcancé a entender.

—*Alea jacta est* —murmuró, como un conjuro del pasado. Entonces extrajo un atajo de viejos documentos clasificados que habían reposado allí durante años y comenzó a mostrarme su contenido. Era un viejo maestro guiando a su joven aprendiz en los misterios de Eleusis. Al principio no entendí muy bien de qué se trataba; pero cuando comencé a sumergirme en la lectura de los documentos mimeografiados, ráidos y amarillentos,

todo se iluminó. Había un minucioso reporte policial de un acontecimiento pasado: notas periodísticas, cuadernos desvaídos de entrevistas, declaraciones acuciosas de funcionarios sobre la muerte trágica de una veintena de jóvenes, cuyos cuerpos fueron rescatados en alta mar; otros, sus cuerpos habían aparecido en las playas cercanas, totalmente destrozados. El informe de la medicatura forense venía acompañado de innumerables fotografías de cuerpos mutilados, torsos desnudos, extremidades amputadas, arrancadas violentamente y que la marea había arrastrado a las playas la siguiente mañana. El material gráfico era espeluznante. Las fotografías descoloridas mostraban un espectáculo dantesco de cuerpos fragmentados flotando en la orilla, mecidos por las olas. Se supo que los jóvenes, en franco estado de ebriedad y quizás bajo los efectos de sustancias psicotrópicas, se habían metido al agua por la noche y habían sido arrastrados por las corrientes mar adentro. Pero en ninguno de los documentos se hablaba de la muchacha. Nadie la mencionaba, ni aparecía por ningún lugar; como si una diosa furibunda los hubiera arrastrado a todos esa noche. Revisé los documentos una y otra vez hasta que me dolieron los ojos. Miré las fotografías hasta el cansancio. En algunas de ellas se veían perfectamente los restos de la terrible masacre, pero otras, se habían convertido en imágenes descoloridas por las pésimas condiciones de conservación, que las habían deteriorado hasta hacerlas irreconocibles. Las pobres condiciones de almacenamiento hicieron el resto. Solo algunos documentos habían logrado sobrevivir a los estragos del tiempo. Durante un rato permanecimos en silencio. La secuencia de imágenes atroces, grotescas, espeluznantes; —aún no existía un adjetivo que pudiera calificarlas—, revoloteaban sobre nosotros como una danza de murciélagos en la oscuridad de una caverna. Sólo me vino a la cabeza la serie de grabados de Goya de *Los desastres de la guerra*, que tanto me habían inquietado durante mi época de

estudiante universitario. Llegué a pensar en la muerte como el sello final que, tarde o temprano, debemos romper para develar el verdadero secreto de nuestra existencia. Pero solo una miel amarga nos aguardaba al final del camino. Tomamos un trago sin proferir palabras.

—Es asombrosa la precisión y los detalles con que usted ha contado la historia —señaló—. Es como si de verdad hubiera estado allí—, agrego con escalofrío.

—Yo estuve allí. No sé cómo pasó. Pero estuve allí. Tiene que creerme —repetí de nuevo.

El inspector no se inmutó en lo más mínimo. Mantuvo la entereza y la serenidad mientras guardaba las carpetas y devolvía el cartapacio al armario. Parecía buscar en su mente una explicación de lo sucedido.

—Eso, mi joven amigo, es francamente imposible. Como pudo ver, el informe forense y todo el material clasificado sobre la muerte de estos jóvenes datan de 1964. Probablemente, usted ni siquiera había nacido para ese entonces. ¿Cómo podría explicarlo? La muchacha de la que usted habla sería el único eslabón faltante de la cadena.

—Le juro que no lo sé. Pero usted mismo ha dicho que en la isla suceden cosas extrañas, fisuras en el tiempo... ¿Quién puede saberlo? Tal vez esta sea una de ellas. En ocasiones pienso que alguien en la isla juega un ajedrez perverso con nosotros, sus oscuros peones. La verdad sea dicha, por lo pronto, no tengo la más mínima idea de lo sucedido. No atino a pensar en otra conjetura.

—Solo una última cosa, le pido no abandonar la isla hasta que encontremos una explicación lógica para este extraño suceso. Le juro que voy a descubrir la verdad así tenga que ir al fondo del mar con todos esos jóvenes.

El inspector me acompañó amablemente hasta la puerta y me pidió mantener en secreto nuestra conversación.

—Vaya con cuidado —dijo, antes de cerrar la puerta—. La isla no es complaciente con los extraños.

Afuera la lluvia había finalizado y la noche era una bandada de cuervos dormidos bajo el cielo cubierto de estrellas. Hacía un poco de frío. El viento soplaba en ráfagas excitantes. Las luces del Dragón se habían iluminado y podían escucharse música de fiesta y las voces ruidosas de los pescadores, pero no estaba para fiestas luego de las fotografías. Mientras regresaba al hotel, me preguntaba qué sería lo último que vería antes de que la muerte arrojara su afilada guadaña. Me alejé de la plaza hasta que la música desapareció y el ruido lejano de la fiesta se convirtió en un murmullo de insectos volando entre las sombras. Las calles cubiertas de fango lucían solitarias. Me quité los zapatos para no arruinarlos y caminé descalzo. Sentí el barro frío y espeso acariciando mis dedos como una lengua húmeda. Al llegar, una de las empleadas me dio un balde de agua limpia para lavarme antes de entrar.

—¡Por dios! ¿Dónde andaba metido? —dijo, asombrada. En ese momento me percaté de que estaba cubierto de barro—. Si hasta se parece al Monstruo de la Laguna Negra. Si alguien lo hubiera visto en la calle a esta hora, de seguro habría salido huyendo aterrado o le habrían disparado—, finalizó soltando una carcajada.

Luego de limpiarme subí a la habitación y tomé una ducha. Cuando terminé me acerqué a la ventana. Una suave brisa batía sobre las palmeras. El pueblo estaba en penumbras, salvo por algunas luces que parecían parpadear en la distancia. Pensé que la isla era un gigantesco monstruo que nos espiaba; especie de Saturno devorando a sus hijos, decidiendo el destino de todas las criaturas que llegábamos a sus costas para vivir o morir en sus aguas. Me acerqué a la mesa de noche donde reposaba la lámpara de gas, cuyo resplandor inundaba la habitación. Tomé la pequeña agenda de anotaciones que

usaba como diario de viaje. El miedo había desaparecido y ahora podía enfrentarme a la isla en igualdad de condiciones. Ya no temía lo que pudiera sucederme en ella. La muerte se había hecho parte de esta absurda historia. Me convertía, sin saberlo, en un elemento más del paisaje: una piedra, un grano de arena, un insecto. Qué más daba. Dentro de las páginas llenas de anotaciones sobre la geografía local de la isla, había ilustraciones de máscaras africanas dibujadas, apareció la fotografía de la muchacha como un recuerdo punzante. Volví a verla danzando esa noche bajo las estrellas y la arena, entre las sombras dantescas que avivaban el fuego como un pequeño infierno en miniatura del cual era imposible huir.

XVI

Durante varios días estuve viendo llover en la isla como nunca había visto llover en mi vida. Era un sonido monótono y gris; sin matices, cayendo a un mismo ritmo y a un mismo compás, como una música infinita elaborada solo para aletargar los sentidos de quien la escucha. Por momentos lograba hacerla a un lado; olvidarme de ella, pero luego regresaba con su repetido sonsonete. No había nada más persistente en la naturaleza que ese sonido marcando el ritmo interior del mundo. En el fondo, no alcanzaba a percibir su monstruoso tamborileo de tanto oírlo. Mis sentidos se adormecían por el constante tintineo de las gotas golpeando los cristales de la ventana; los marcos de madera se habían hinchado por la humedad y una capa de musgo comenzaba a crecer en las juntas de los ladrillos. Uno podía adivinar el crecimiento de los hongos en algún lugar del alma. Afuera todo era lluvia y viento. Pero también adentro. ¡Por dios! Las nubes parecieran no hacer otra cosa sino ordeñarse bajo un cielo gris con pelaje de lobo. En la radio anunciaron que los niveles de precipitación iban

a ser los más altos de la temporada, por lo que pedían tomar las previsiones necesarias. El agua caía sin contemplación sobre la isla. A través de la ventana, el poblado era una mancha opaca. No tenía idea de cuánto iba a durar el mal clima. Por un momento llegué a pensar que todos íbamos a terminar ahogados o, por lo menos, viviendo bajo del agua junto a los peces. A los pocos días el suelo se había transformado en una mezcla de burbujas, hierbas y barro donde jugaban los niños sin mayor preocupación que la de resbalar y ahogarse en el lodo. Las mujeres cruzaban la calle frente al pequeño hotel, cubiertas con impermeables y paraguas. En ocasiones, ráfagas de viento los arrancaban de sus manos, dejándoles solo el esqueleto de varillas de alambre entre los dedos; las telas coloridas volaban por los aires hasta desaparecer devoradas por la niebla. En esos días, el cielo tenía el color lechoso de los ojos de un ciego: manchas grises con nubes rodeadas de una película blanca y lustrosa que, a veces, cruzaban las aves perdidas, cuyas siluetas apenas podían percibirse en el paisaje blanco sobre blanco.

El dueño del hotel me había prestado una pequeña radio portátil donde escuchaba por las noches las noticias del clima y algunos programas musicales. «Tome, para que no se aburra», me dijo un día. Aún conservaba entre mis pertenencias la tarjeta arrugada con el teléfono del viejo policía del puerto, pero tampoco me atrevía a llamarlo para molestarlo con mis necesidades. Total, el policía era él. Tampoco iba a quedarme toda la vida en una isla a esperar la resolución del misterio de un grupo de jóvenes muertos hacía treinta años. De hecho, nunca me pareció un policía muy brillante y, para mí, todo aquello comenzaba a ser el recuerdo de una pesadilla de la que se desea despertar rápidamente para continuar adelante con la vida. Si no había sido capaz de resolverlo en treinta años, ¿por qué iba a hacerlo ahora? De niño, había vivido en alguna

de las islas, y sabía lo testarudos que pueden llegar a ser sus habitantes. Decidí irme con su venia o sin ella. Por la tarde, el clima despejó un poco y me pareció el tiempo perfecto para abandonar la isla. Me enteré por el viejo del hotel, sentado en la recepción, mientras se abanicaba con un periódico, que lo peor de la tormenta había pasado y, probablemente, un carguero africano anclado hacía varios días en el puerto zarparía al día siguiente a primeras horas de la mañana. Pero no quise marcharme sin avisar. Resolví acercarme a la comisaría para informar de mi partida. Antes de salir, el viejo de la recepción me alcanzó una linterna y unas botas de caucho.

—Muchos valientes han metido sus pies aquí —dijo sonriendo entre dientes—. Sé que apestan un poco, pero, créame, lo protegerán. Espero sean de su talla.

Salí apresuradamente del hotel. Quería llegar a la comisaría antes de que oscureciera. La muchacha de la limpieza se rio de mí atuyendo cuando me vio.

—Parece que va a una batalla contra los monstruos de la isla, —dijo en son de broma.

—La vida siempre es una batalla —respondí—; más aún cuando no sabemos ni siquiera a quién nos enfrentamos.

El cielo era una mancha pálida semejante a esos paisajes melancólicos de Turner envueltos por una bruma infinita que nunca cesa. Un frágil resplandor de vidrios rotos, se asomaba desde el firmamento como una herida abierta entre las nubes. Las calles anegadas estaban cubiertas de un lodo espeso, semejante al río Aqueronte de los griegos que desemboca en el temible infierno. Había leído aquella historia en una vieja enciclopedia de mi padre, siendo apenas era un niño, pero solo era un recuerdo guardado en la memoria, como tantos otros. Crucé la calle y hundí mis piernas, casi hasta las rodillas, en un barro maloliente. Caminé con esfuerzo las cuadras que me separaban de la comisaría, mientras la tarde se iba

oscureciendo. No encontré a nadie durante el recorrido. Por suerte, las botas me protegieron mejor de lo que esperaba. Al llegar a la comisaría, vi de nuevo los restos del viejo auto hundidos en el lodazal; un poco más allá, las luces encendidas del Dragón de Oro eran una sugerente invitación en medio de tanta soledad y lluvia, pero no quise entrar. Me acerqué a la comisaría y toqué la puerta con timidez, pero nadie respondió. Me quedé allí, aguardando a que el inspector apareciera. Ya me disponía a marcharme cuando me percaté de que la puerta estaba apenas entornada. Así que respiré profundo y entré. La sala estaba en penumbras. No alcanzaba a ver más allá de las sombras que dormían pesadamente en el aire, por lo que llamé varias veces, pero solo escuché el leve batir de las alas de un murciélago que cazaba insectos en el salón. Pensé en buscar papel y lápiz dentro la oficina para dejarle una nota con mis señas, por si más tarde quisiera hablar del extraño episodio que nos había unido. Encendí la pequeña linterna para orientarme y conseguir en el escritorio algo con qué escribir. En una de las gavetas me topé con una carpeta de fotografías en blanco y negro. Estuve revisándolas por un momento hasta que algo llamó mi atención: la imagen amarillenta de tres niños vestidos con el uniforme de una escuela local, recostados —con la altanería de los primeros años— sobre una inmensa piedra blanca de arenisca, indiferentes al mundo, mientras observaban impávidos el lento y pesado viaje de las nubes en el cielo, semejantes a una manada de cabras correteando por el firmamento. Lucían pensativos, masticando esas finas y delgadas hierbas que crecen en las laderas de las montañas y tienen el sabor dulzón y ácido de las uvas de playa. Volví a colocar las fotografías en su lugar. Busqué de nuevo, pero por más que revolví los objetos del cajón, olorosos a madera y humedad, no encontré nada para escribir. Ya a punto de marcharme de la comisaría escuché un sonido extraño que

no logré identificar, parecía venir desde las profundidades de la casa, a intervalos, semejando un lejano oleaje, o el llanto de un niño que despierta de una pesadilla en medio de la noche. Ahora lo oía con mayor claridad. Alguien, no sabía quién, lloraba secretamente en algún lugar de la casa. Alumbrándome con la linterna de mano caminé hacia el fondo del salón buscando el origen, hasta ver la puerta de hierro disimulada detrás de una cortina, al lado de un muro donde colgaba una colección de armas antiguas. Logré abrir el cerrojo y encontré una escalera de piedra que descendía al sótano. Bajé los escalones con cuidado. El haz de la linterna iluminó un largo corredor interior que se extendía hasta una pared cubierta de rajaduras donde la humedad había dibujado una secreta geografía de ríos y lagos tenebrosos. Crucé una serie de pequeñas celdas de ladrillos con barrotes de hierro y catres inmundos, aguantando el mal olor. La fetidez era insoportable. Mientras estaba abajo, el llanto se transformó en silencio, y en su lugar comencé a oír una voz implacable y monótona, que repetía sin cesar las mismas atormentadas palabras: «¡Es aquí! ¡Es aquí donde debes sacrificarme!». Caminé hasta el final del corredor y dirigí la luz hacia la silueta tendida en una de las últimas celdas, que apenas se movía en ese claroscuro producto de las luces y sombras. Observé con detenimiento y me di cuenta de que era una mujer madura. Su cuerpo emergió debajo del estropajo de sábanas como una oscura Venus de las catacumbas. Estaba tan asustada como yo. Mi corazón latía con fuerza. Ocultaba su rostro de la luz extendiendo sus dedos como si fueran un abanico. Nadie habría sospechado que debajo de la Comisaría, pudiera existir un infierno soterrado. Si el demonio en verdad existe, de seguro debería morar aquí. Me acerqué a la mujer e intenté hablarle. Pero ella parecía aferrada a la frase con todas las fuerzas de su soledad. «¡Es aquí!», repetía hasta el cansancio, «¡es aquí donde debes

sacrificarme!». Quedé inmóvil frente al espectáculo que se presentaba frente a mis ojos. La celda, cerrada con un viejo candado, cedió al primer golpe propinado con una barra de acero que encontré en el piso. Cuando extendí mis brazos para sacarla de allí, alcancé a ver el tatuaje sobre su hombro izquierdo y me estremecí. Aunque la tersura de la piel, ya no era la misma, reconocí las letras que se habían conservado intactas en el tiempo, iguales a las de la muchacha que danzaba esa noche junto al fuego. Pero en ese momento carecía de importancia. Había allí una mujer encerrada en una mazmorra, en condiciones deplorables, seguramente necesitada de auxilio inmediato. Cuando me disponía a cargarla para subirla a la planta principal de la casa, el potente resplandor de otra linterna cruzó las sombras iluminando la celda con una luz cruda y desnuda. Fue como si el ojo luminoso de un cíclope nos buscara en las tinieblas de un antiguo y desolado infierno. Cuando mis ojos, lentamente, se acostumbraron a la luz, vi el oscuro brillo de un revólver apuntándome.

—Es mejor que la suelte ahora, despacio, con mucho cuidado —dijo la voz pastosa—. No quisiera tener que dispararle en un lugar tanapestoso como este. Reconocí en la dicción grave y pausada, la voz amable del inspector de policía.

—¿Qué diablos hace usted acá? Ni siquiera tendría por qué estar aquí —dijo, visiblemente molesto—. Podría dispararle en este instante y acusarlo de haber violado un recinto público para robar. Saldría exonerado de inmediato y todos felices. Solo que usted tiene una carta a su favor. Conoce una parte de la historia, pero no conoce toda la historia.

Yo intentaba ganar un poco de tiempo para organizar mis ideas, pero la luz sobre mi rostro no me permitía pensar en nada. Sin embargo, tuve suficiente aplomo para responderle.

—Para su información, le recuerdo que fue usted quien me pidió que no abandonara el poblado —le dije.

—Tiene razón. Ese fue un grave error de mi parte. ¡Ya ve! El mundo no es perfecto. Nadie en realidad lo es. Solo la muerte conoce la verdadera perfección que se parece tanto al silencio. Usted me entiende, ¿verdad? —exclamó.

—¿Quién es la mujer? —me atreví a preguntar.

—Alguien que he querido olvidar todos estos años. Su nombre es lo de menos —respondió—. Tal vez un viejo recuerdo de tiempos más felices, quizás. Sin dudas, un fantasma del pasado. Ahora mismo no sabría decirlo muy bien.

Durante unos minutos nos mantuvimos en silencio.

—Es mejor que se vaya de aquí antes de que me arrepienta —fueron sus últimas palabras. No esperé a que las repitiera de nuevo. Dejé a la mujer sobre el catre que rechinó bajo su peso. Cuando crucé a su lado, la luz de la linterna apuntaba al piso, pero noté su rostro gordo y sereno de jazzista, bañado en lágrimas.

—¡Aguarde! —dijo, mientras me extendía un legajo de papeles sucios envueltos en un sobre que extrajo de una mesa—. Aquí está la historia que nadie conoce, finalizó. Ahora, por lo que más quiera, salga, de aquí.

Subí los escalones apresuradamente bajo un silencio sepulcral. Cuando abrí la puerta de hierro sentí que me liberaba para siempre de aquel mundo inhóspito, me volví para escuchar por última vez las palabras de la mujer que flotaban como una maldición y pensé que estaba destinada a repetirlas por toda la eternidad: «¡Es aquí! ¡Es aquí donde debes sacrificarme!».

De regreso en el hotel, vi a un grupo de turistas en el vestíbulo contemplando extasiados la columna de fuego que se elevaba en la noche por encima de los tejados y las torres. Los hombres gritaban y corrían apresurados entre las sombras hacia el siniestro para tratar de sofocar el incendio. El fuego era un sol negro y luminoso devorándolo todo. Observé durante un momento la escena dantesca. Luego, subí a la habitación

en silencio y acomodé mis escasas pertenencias en la maleta de cuero. Desde la ventana alcanzaba a ver mejor el incendio, pero ya había tenido suficiente por el día de hoy. La frase de la mujer rebotaba en mi cabeza como un absurdo mantra. «¡Es aquí! ¡Es aquí donde debes sacrificarme!». El fuego ardió el resto de la noche. Al día siguiente, mientras la embarcación se alejaba lentamente de la isla, todavía alcancé a ver desde la cubierta —entre el revoloteo asustado de las palomas y el sonido de lúgubres campanas— la oscura columna de humo elevándose desde la plaza junto con las primeras luces del amanecer. Pensé que a esta hora ambos serían un montón de cenizas y estarían camino al mismísimo infierno. Recostado en la baranda, mientras una brisa ligera y limpia soplaba desde el mar, pensaba de nuevo en las palabras de la mujer, mientras leía, sin mayor interés, las cartas y los documentos que iba arrojando por la borda. Siempre era mejor y más seguro no dejar rastros de nuestro paso por las islas del mundo. Luego, extraje del bolsillo, sin que ninguno de los pasajeros en cubierta se percatara, la pequeña botella con líquido inflamable y el yesquero de gruesa mecha que los marineros acostumbran a usar en alta mar, y los arrojé con fuerza al océano. Los vi hundirse en el inquieto murmullo de las olas.

XVII

Nuestras vidas estaban hechas de feroces embestidas, cabezas frontales, golpes bajos propinados a los oponentes hasta dejarlos mareados, sin aliento, dando manotadas de ahogado en el aire, con la angustia de quienes se van hundiendo en el vacío por la carencia del oxígeno. Cuando al fin recuperaban el aliento, huían atemorizados trepando por los muros del viejo colegio. Aprendimos a pelear usando nuestras cabezas, igual a sólidos arietes. Nadie en el colegio imaginaba que pudiéramos hacerlo con tanta destreza. Habíamos aprendido a luchar desde muy jóvenes para defendernos de los extraños. Veíamos los rostros de nuestros adversarios tornarse lívidos, bajo la sombría palidez de la tarde, las manchas violáceas ocasionadas por la falta de aire, como si se ahogaran en un hondo suspiro. Pero nadie fallecía en las contiendas y las heridas, tarde o temprano, cicatrizaban. Con el tiempo solo quedaba algún moretón, una cabeza rota y el vago recuerdo de una batalla campal en la soledad de las dunas que nadie quería recordar. Al final se rendían, ya sin aliento sobre la arena de la

playa. Guadalupe se encargaba de confiscar el botín de guerra: caracoles, metras, guijarros, valvas rugosas, viejas moneda de cobre con la impresión de una sirena dormida, alambres retorcidos como hebras de cabello, hilos coloridos, pañuelos sudorosos, y a veces, hasta una fotografía descolorida de la madre. En nuestra bondad los dejábamos marchar, no sin antes advertirles que, de ahora en adelante, debían guardar el debido respeto a la Tropa de las dunas como habían comenzado a llamarnos en el colegio entre los estudiantes. La noticia corrió igual a fuego sobre un campo reseco. Luego de enterarse de que habíamos derrotado a los alumnos más fuertes; los más débiles, los cuatrojos, aquellos que trataban de pasar desapercibidos en las clases del colegio, hasta ser casi invisibles, se habían animado con nuestra victoria y ahora nos buscaban para ingresar a la Tropa, hartos de tanto abuso. Nosotros preferíamos las noches sin luna para las emboscadas, y las horas luminosas del atardecer para el combate cuerpo a cuerpo, cuando las cigarras —atolondradas y a punto de reventar— estallaban con un canto angustioso, repetido hasta el cansancio; el canto monótono que la naturaleza les había destinado desde su nacimiento, cuando emergían debajo de la tierra, hasta que sucumbían en un epitafio de alas transparentes sobre el polvo desolado del verano. Su sonido era un mantra recitado hasta el cansancio por un monje desdentado, que repetía —una y otra vez— el mismo acorde bajo el sol implacable. Guadalupe amaba el canto de las cigarras. En la época de la canícula, trepaba a los árboles para atraparlas y atarlas con hilos de colores, para luego hacerlas volar, de un lado a otro, hasta que caían reventadas sobre la hierba. Veíamos sus cuerpos secarse bajo el sol, sus alas transparentes, arrastradas hacia las grutas de los hormigueros donde desaparecían para dar paso a nuevas formas de vida. «Es hermoso morir así», decía Guadalupe; cantando al final de los días, burlándose

de la muerte, entonando una última melodía que resumiera la existencia. En otras ocasiones, la habíamos visto atraparlas con una red, tomarlas con delicadeza entre sus manos y susurrarles las sílabas de una lengua inventada, incomprendible para todos nosotros: ruidos misteriosos: cloqueos de aves, borborigmos, chasquidos de lengua, ronquidos, golpes de saliva en el paladar. Luego abría las manos y nos mostraba con asombro que la cigarra permanecía allí, moviéndose entre sus dedos, reconociendo la rosada epidermis donde dormía la sangre, los tendones, los huesos; caminando con sus finas patas de alambre sobre la montaña de su mano: a veces iba saltando desde la línea del corazón a la de la vida; de la línea de la inteligencia a la línea de la cabeza y de allí a la línea del porvenir, como si fueran capaces de leer en su extensa y cálida geografía de líneas, el oscuro destino de todos nosotros.

Al día siguiente, los combatientes del día anterior, nos reuníamos en el colegio. Cruzábamos el arco de entrada, bajo la reja de hierro forjado, donde convivía una fauna habitada por sirenas, tritones, pulpos, serpientes y dioses marinos, que impedía el paso de extraños. Entrábamos al salón de clases en silencio, observándolos de reojo, tratando de evaluar el daño infligido a nuestros adversarios, quienes nos veían con odio, como si en el fondo de sus corazones acariciaran la idea de una futura revancha. Nos miraban de forma descarada, con rencor, sentados en los pupitres del fondo, donde apenas llegaba una claridad difuminada. Bajo la tenue luz era difícil ver los moretones, los arañazos, los rasguños, la cortadura sobre una ceja o el sentimiento de vergüenza que embargaba a los jóvenes corazones que añoraban venganza. Solo una nueva batalla podía restituir la honra y saborear la dulzura del desquite o, tal vez porque nadie podía predecirlo, una triste y desolada derrota. Si la isla era una porción de tierra rodeada de agua por todas partes como aprendimos en el colegio,

¿entonces, ninguno de nosotros podía escapar a su destino? No había otra salida posible, sino pelear hasta el fin, o hasta que las fuerzas desfallecieran. Roy los contemplaba impasible desde su pupitre, sumido en hondas reflexiones dentro de un laberinto del cual no se podía escapar, sino a fuerza de ingenio. Era cuestión de tiempo planificar nuevos combates y marcar en el calendario con tinta roja las batallas futuras. Queríamos mostrar nuestro compromiso con los débiles. La Tropa de las dunas se hacía invencible, a pesar de las bajas y los huesos rotos. Nuestros oponentes se burlaban del nombre, hasta que un buen día recibían un castigo ejemplar: la nariz sangrante, un diente roto colgando de las encías, la mano aplastada de un pisotón o una piedra, un ojo morado. En adelante, tenían cuidado de mencionarnos sin sentir un escalofrío recorriéndoles la parte baja de la espalda, que más parecía una manzana cortada y donde los pateábamos cuando nos faltaban el respeto. Mientras tanto asistíamos a las clases de historia y geografía donde se narraban las batallas acontecidas en las islas, y que dieron pie a nuestras luchas contra las injusticias impuestas de los adultos. En una ocasión salimos a explorar la playa desierta más allá de los mangles, y luego de internarnos por un sendero de piedras y cardos, encontramos bajo las aguas los restos de un antiguo sampán hundido en el fondo arenoso donde vivían enormes lagartos que paseaban sus duras y arrugadas escamas bajo la luz. Roy se sumergió durante unos minutos. Vimos su cuerpo desaparecer bajo la sombra de la embarcación. Mientras buceaba seguimos su rastro por el rosario de burbujas del fondo, aunque la luz espejeante de la superficie nos cegara. Ya nos preparábamos para lanzarnos al agua y tratar de rescatarlo, cuando emergió bajo un estallido de espuma, llevando entre sus manos un alfanje, cuya empuñadura, cubierta de líquenes, brillaba bajo la luz refulgente. Nos sonrió escupiendo agua por los

carrillos como un joven dios de las islas. Desde ese momento, el alfanje se convirtió en uno de los símbolos más sagrados de la Tropa. Lo llevábamos a las batallas como el mejor de los talismanes para la buena suerte. Lo enterrábamos en la arena cercana para que nos alentara a ser los más feroces guerreros durante la lucha. Roy nos exhortaba a todos con palabras: «Nadie puede saberlo, pero de ahora en adelante, somos los cruzados de un nuevo mundo por venir. Pero antes de que esto suceda, debemos recorrer un sendero lleno de espinas y tormentos para alcanzar la perfección de los guerreros».

Durante ese breve período reinaba una extraña calma como anticipo de las tempestades que estaban por llegar. Durante las horas del recreo nos reuníamos en el patio central, bajo la sombra del gigantesco baobab que en el pasado había servido de prisión para los alumnos rebeldes, pero que ahora extendía sus anchos brazos hacia la planta alta del colegio, donde estaba la terraza y el cimborrio de ladrillos que nos servía de atalaya para espiar el movimiento de los enemigos. En los días claros y sin nubes se podían contemplar, con un potente catalejo, las montañas del norte y las planicies bajas, que se inundaban durante el invierno, habitadas por recolectores de cangrejos. El mar era el gran árbol de la vida en la isla. Abría sus ramas a la noche profunda en forma de estrellas; sus frutos dibujaban una esfera en el firmamento; sus hojas y nervaduras batidas por la brisa silbaban cuando los dioses soplaban sus caracoles desde la selva inaugurando así un nuevo ciclo de transformaciones. Las fuerzas de la naturaleza indómita despertaban bajo su imperio. Pero como todo dios bárbaro que se respeta a sí mismo, nos veía en silencio dormir bajo las horas serenas de la noche, cuando el brillo inmóvil de los astros nos arropaba bajo su manto milenario.

XVIII

Uno se sentía libre entre las nubes. El aire limpio soplaba con fuerza en las alturas. Era como llenarse los pulmones de helio y reírse igual a un globo arrastrado por el viento; mejor aún, como si nos hubieran crecido enormes y relucientes alas en la espalda y pudiéramos saltar desde los acantilados para volar hacia las alturas donde vivían los dioses sempiternos que traían las lluvias y alimentos para nuestro sustento. Aquellos a quienes debíamos agradecer y honrar en las grutas secretas con ofrendas de plumas y flores. Roy llegaba antes del amanecer y me despertaba haciéndome cosquillas.

—¡Ya es hora! —murmuraba, con voz apagada para no despertar a padre, quien dormía en la habitación contigua—. ¡Date prisa! Guadalupe está afuera aguardándonos.

Me levantaba medio dormido y, aún en plena oscuridad, me vestía todavía con sueño. Bajábamos las escaleras y salíamos al patio de arena. Un coro de perros ladraba en un lugar de la noche. Desde temprano, el tenue resplandor del amanecer comenzaba a afirmarse en la línea lejana del horizonte:

manchas rosadas iban creciendo sobre un paisaje de sombras estacionado en el cielo. El viento helado soplaba con fuerza desde el sur. Cuando subimos la pendiente en dirección a la carretera, Guadalupe ya estaba allí, esperándonos con la linterna encendida, bajo una nube de insectos que giraban a su alrededor, disputándose el brillo de la luz.

—Vamos —dijo con un rápido movimiento de cabeza y se aventuró en dirección al laberinto de dunas. Avanzamos por un sendero cubierto de túmulos de arena, semejantes a lomos de camellos, donde nos hundíamos a cada momento. Al rato, vimos las luces de otras linternas parpadeando lejanas, moviéndose intranquilas como un enjambre de luciérnagas asustadas. Éramos alrededor de doce jóvenes enviándose mensajes en clave morse: señales, brillantes guiños, parpadeos intermitentes de luces cruzando las sombras de las montañas. Cuando finalmente nos reunimos en un recodo, nos saludamos con un apretón de manos, y luego marchamos hacia las extensas llanuras. Caminamos un buen trecho, hasta que nos topamos con una de las paredes verticales del acantilado, cuya sólida e irregular estructura nos protegía de los fuertes vientos del Kashkasi. El aire olía a sal. Desde la base de piedra alcanzábamos a ver el vuelo vertiginoso de cientos de aves: gaviotas, petreles, fragatas, golondrinas de mar, cormoranes, entrando y saliendo de los nidos construidos en los salientes de las rocas, alisados por el viento y el salitre, a lo largo de un tiempo remoto que nadie podía imaginar. Sentados en cuclillas entre secos matorrales, intentábamos recobrar el aliento, extenuados por la agotadora travesía. Era un espectáculo alucinante ver el vuelo rasante de los petreles bajo la incipiente luz de la mañana, las golondrinas de mar zigzagueando como flechas, las grises pardelas escupían un aceite pestilente en pleno vuelo, mientras huían despavoridas de las grandes aves. En la temporada de desove se congregaban en los acantilados

para construir sus nidos. Todas las mañanas, apenas despuntaba el sol, se congregaban en enormes bandadas para volar al mar. Cruzaban el cielo batiendo sus alas y haciendo ruidos ensordecedores que podían oírse desde muy lejos. Aprovechábamos ese momento para trepar por el acantilado como monos y robarnos la mayor cantidad de huevos que podíamos guardar en las cestas, antes de su regreso. En verdad, era una labor arriesgada. Los que sufrían de vértigo, preferían quedarse al pie de la pared, observando cómo los demás comenzaban la ascensión por el sendero vertical de la roca hacia los nidos. Guadalupe era una de las primeras en subir con una cesta atada a su espalda y un bolso de juncos donde guardaba los huevos más pequeños. Roy subía con ella para cuidarla, indicándole los nidos cercanos, los salientes más seguros. Yo iba delante de ellos, haciendo el papel de vigía; alertándolos de cualquier peligro: una piedra suelta, un afilado saliente, alguna serpiente enroscada entre las rocas. Los primeros que llegábamos podíamos contemplar el paisaje desde la cima del acantilado. Guadalupe decía que la visión extrema de la belleza era casi intolerable a los humanos, y de seguro solo podía estar destinada a los ángeles y a los dioses de las islas.

Subimos hasta las cuevas donde cientos de pichones ensayaban los rudimentos del vuelo, batiendo sus alas —todavía débiles— contra las corrientes de aire. Los pequeños nichos tostados por la canícula, donde a duras penas cabría un niño, se extendían hacia el interior de enormes cuevas adentrándose en las paredes de roca. Teníamos que expulsar el aire de los pulmones y arrastrarnos algunos metros por el estrecho pasadizo, para llegar a una galería más amplia cavada en la piedra, esculpida por los vientos a lo largo de siglos.

—Bienvenidos a la caverna de Platón —dijo Guadalupe, sonriendo—. ¡Bueno, solo si en la caverna de Platón también se puede encontrar mierda de pájaros!

Prendió la linterna que colgaba de su cintura. La luz rozó el polvo dormido. Algunos murciélagos espantados huyeron hacia la oscuridad; luego, ella subió al techo por una formación de estalactitas colgantes hacia lo que suponíamos eran los restos de alguna antigua civilización desaparecida: pinturas de aves sobre las piedras agrietadas, siluetas humanas danzantes sobre rocas renegridas, formas animalescas moldeadas sobre el contorno irregular de piedras, como si los antiguos habitantes de las islas hablaran desde el pasado remoto. La punta astillada de una lanza de hueso, un cuchillo de piedra, un arco de madera, daban constancia de la ferocidad de aquel pueblo armado para la guerra. A todos nos pareció extraño, pero había también flores y restos de almizcle petrificados, esparcidos sobre las tumbas excavadas en la roca. ¿Cuántas historias podían contar aquellos objetos desde su serena mudez? Además, ¿qué tanto podían decirnos a nosotros, que no entendíamos el pasado, ni la historia? Sin embargo, allí estaban los restos y solo podíamos sentir una especie de venerable respeto por aquellos huesos pulidos que sobresalían entre las piedras.

—Debemos darnos prisa —dijo Roy—. Las aves regresarán pronto.

Cuando retornábamos por el estrecho túnel, escuchamos el ruido de cientos de pájaros llegando en un torbellino de picos, plumas y graznidos. Eran tantas que se hizo imposible salir por el mismo lugar. Así que no tuvimos más opción, que retroceder al interior de la cueva, aunque la idea de pasar el día encerrados allí nos puso la carne de gallina. Ahora tendríamos tiempo —por lo menos hasta el atardecer, cuando las aves saldrían de nuevo a mar abierto— de recorrer las viejas galerías, unidas por estrechos pasadizos, semejantes a laberintos insondables. Caminamos a tientas, palpando las paredes húmedas, guiándonos por las rugosidades de las piedras, alumbrándonos apenas con la linterna de Guadalupe, cuya batería comenzaba a agotarse.

Al cruzar una galería, vimos un haz de luz surgiendo de un profundo agujero en el techo, y sentimos la corriente de aire que descendía por una de las paredes. La brisa descendía por una pendiente en la veta de la roca. Después cruzamos frente a una enorme piedra tallada, igual al trono de un dios, labrado con figuras inverosímiles. Sin tener conciencia de ello, habíamos descubierto sin querer un pasadizo cavado en el interior, usado para ocultarse de los conquistadores que asolaron las islas. El camino tallado en el corazón de la piedra nos condujo a una rampa en espiral hasta la base del acantilado. Cuando llegamos, estábamos en la otra cara del acantilado, justo en el límite donde comenzaban las dunas. Dimos un largo rodeo entre la maleza para llegar a donde estaban los demás, que se sorprendieron al vernos llegar desde la otra vertiente del acantilado. Preferimos no contarle a nadie nuestro hallazgo. Regresamos a casa al final de la tarde. Marchábamos sobre la arena con las cestas repletas de huevos. Guadalupe revisaba con una lupa los huevos de golondrinas atados en el bolso de juncos, que parecían piedras pulidas por el viento. Los tomaba delicadamente entre sus dedos, colocándolos contra la escasa luz para ver a través de la cáscara la vida gestándose en el interior, semejan-do una prisión que lo protegía del mundo. «Una jaula salió en busca de un pájaro», dijo Guadalupe haciéndose la checa. Los ojos se adheridos a la fina membrana como si intentara ver a través de la cámara ovoide lo que el embrión podría esperar de la vida: bajo el reino de la luz o las sombras, de la arena, de la refulgente sal, del viento marino que lo arrasaba todo. Una vez rota su prisión un día soleado, batiría las alas por vez primera, y ya no habría vuelta atrás. En pocas semanas saltaría desde los acantilados: las alas extendidas cortando el viento, el olor de la brisa marina bañando sus plumas, planeando sobre las olas espumosas para seguir instintivamente el camino de millones de aves que se lanzaban al mar, sin dudarle siquiera para,

finalmente, conocer los secretos del vuelo, o morir en el intento. La vida de las aves se reducía en esencia al vuelo. ¡Claro!, si no eras una gallina o un casuario. Lo demás era sumergirse, comer, aparearse, construir nidos y defecar. Había aves que jamás se posaban en tierra como las pardelas, porque temían a los humanos y vivían durmiendo y apareándose en las frías corrientes de las islas. Volaban de un lugar a otro, siguiendo los vientos. Guadalupe las observaba con la avidez de una joven ornitóloga. Calculaba la envergadura de las alas, la longitud y curvatura del pico, la geometría de las patas, el colorido de las plumas; para conocer, sin temor a equivocarse, si aquel punto adherido al cielo era una tijaleta o un albatros. Con el tiempo fue capaz de reconocer a las aves por el tipo de nidos construidos sobre los acantilados. Cuando cruzábamos las dunas, vimos a lo lejos la casa, como uno de esos espejismos de verano que se esfuman bajo el desolado resplandor de la arena. Corrimos al acercamos. Queríamos ser los primeros en llegar para descansar entre los árboles y tomar un baño de agua helada en el tanque del patio luego de la ardua caminata. Así que, nada más entrar, Guadalupe se dirigió al armario y acomodó con delicadeza los huevos en una caja de muñecas para mantenerlos a salvo del gato. Una hornilla de carbón rescatada del desván le sirvió de incubadora. Guadalupe se apresuró a despolvar una copia del *Codice sul volo degli uccelli* de Leonardo Da Vinci. Los siguientes días se dedicó al estudio, cuidado, alimentación, observación y elaboración de breves notas sobre los artificios del vuelo. Encerrada en ese presuntuoso mundo de la biblioteca que resguardaba una colección de los tesoros más preciados de la isla, creyó descubrir los mecanismos para la sustentación del vuelo. Tomó notas del rápido crecimiento de los embriones; la pigmentación de las cáscaras dibujaba una geografía de mundos posibles. Cada detalle, cada cambio, cada imperceptible mancha surgida alrededor de los huevos la llenaban de

temor sobre el futuro de los pichones. Sabía que en las islas siempre se está a merced del clima, pero cualquier alteración del ciclo podía arruinar el empeño emprendido alrededor del nacimiento de las frágiles aves. En ocasiones nos despertaba de madrugada para que la acompañáramos a espiar el inquieto sueño de los huevos, su fatigada respiración interior, como si la vida fuera capaz de vacilar en el último instante, el definitivo. Los latidos revelaban la frágil melodía de un canto postergado en el silencio. Guadalupe aprovechaba para cubrirlos con una manta, acostándose a su lado —haciendo un ovillo alrededor de la caja—, intentando mantener la temperatura adecuada con su propio cuerpo. A veces silbaba las más tristes melodías de marineros que morían en altamar sin conocer el verdadero sentido del amor.

—¡Mira!; Se mueven! —decía asombrada—. Puedo escuchar sus corazones latiendo en un breve suspiro; los suaves picos córneos con los que romperán su prisión para abrirse paso hacia la vida.

Guadalupe recordó algo que Roy había leído hacía un tiempo. «El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer tiene que destruir un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El Dios se llama Abraxas». Solo que ahora eran un proyecto de plumas, sangre y huesos porosos. La noche helada venía a cerrarnos los ojos. Durante esos días dormíamos en el Santuario, hasta que una mañana —la luz cobriza nos sorprendió acostados sobre las alfombras—, algunos pichones comenzaron a romper las cáscaras, mientras otros salían a duras penas de la caja de muñecas. Despertamos felices y horrorizados al mismo tiempo. Había un reguero de plumas ensangrentadas sobre el piso de mármol cuando escuchamos el débil piar de los pichones. Los gatos de los alrededores se habían congregado sobre el muro de la casa e intentaban meterse por las ventanas. Cuando los vimos, salieron huyendo con

los restos del botín en las bocas. Los que lograron sobrevivir esa mañana aprendieron a caminar sobre los restos de cáscaras desperdigados en el suelo. Los polluelos corrieron por la biblioteca detrás de Guadalupe, a la que confundieron con su madre. Al siguiente día la seguían a todas partes; trepando sobre los tomos cubiertos de polvo, picoteando las alfombras, revolviendo la biblioteca en un amasijo de plumas, mientras procuraban desesperadamente un pasaje que los condujera al mundo exterior. Guadalupe, sintiéndose responsable de los pichones, los guio hacia la terraza, donde consiguió encerrarlos en una jaula. Pero por la tarde, cuando fue a buscarlos, habían desaparecido. Estuvimos el resto del día buscándolos por toda la casa, en la playa, en el cobertizo, en las dunas cercanas, en las habitaciones, pero se habían marchado para nuestro pesar. Guadalupe lloró como la mamá gallina más desconsolada del mundo. Tomaba las plumas desperdigadas sobre la arena y las frotaba contra su cuerpo. Luego las arrojaba al viento que las llevaba lejos, tan lejos que ya no alcanzaban a verse sobre las olas que rompían más allá de la playa. Guadalupe cerró los ojos y se abandonó al dolor de lo perdido. La luz translúcida cruzaba millones de años para llegar hasta aquí y encender sus mejillas enrojecidas por el llanto. Cuando abrió los ojos, todavía bañados de lágrimas, una bandada de grullas —blancas y negras— cruzó el cielo teñido de una coloración rosácea. Guadalupe se levantó despacio, sacudiéndose las manos.

—¡Mira! —dijo apuntando con los dedos sucios al cielo, limpiándose la arena del rostro todavía húmedo—. *Las grullas de Íbico* se los llevaron —afirmó con una sonrisa de aceptación. Entonces, elevó su pequeña mano extendiéndola en un fugaz adiós hacia las aves que desaparecían entre las nubes. Cuando regresamos a casa, el viejo gato de mamá dormía sobre un suave colchón de plumas ensangrentadas. De seguro soñaba con aves.

XIX

Rescatar las obras vendidas a esa fauna de burdos coleccionistas, no era tarea fácil. Pasábamos días, a veces semanas, encerrados en el Santuario, elaborando un plan infalible para recuperarlas. Nos asignábamos tareas que cumplíamos al pie de la letra. Investigábamos a los compradores incluso antes de cruzar la puerta de la casa. Los espiábamos procurando no perder ningún detalle de sus vidas, sus gustos, sus vicios, sus manías, sus obsesiones; obteníamos las direcciones de una agenda que padre guardaba celosamente en su mesa de noche y, después de un tiempo, una vez cubierta la información, echábamos a rodar la desgracia. Elaborábamos un plan libre de fallas. En ocasiones, las ideas más simples eran las mejores; en general, nadie salía herido. Las autoridades investigaban los robos, pero casi siempre solían atribuírselos a bandas organizadas de traficantes de arte del continente. Entrábamos con sigilo a las casas cuando sus habitantes habían salido. Dormíamos a los perros, porque nunca nos pareció correcto matar animales y, luego de buscar con cuidado,

recuperábamos las obras, sin hacerle el menor daño a nadie. Era un sistema simple y efectivo; lo más importante, nadie salía herido; aunque, en ocasiones, las cosas podían salirse de control. En esos casos se hacía necesario improvisar, tomar decisiones difíciles, sobre todo para las víctimas. Cuando no había otra solución, tratábamos, en la medida de lo posible, de simular una muerte accidental: una caída aparatosa por las escaleras, una fuga de gas convertida en feroz incendio, el ahogamiento a causa de un resbalón en la bañera, o un tornillo flojo en una baranda del balcón; en situaciones más extremas, simulábamos un suicidio. En esos casos, Guadalupe se esmeraba —con sus estupendas dotes de copista— en imitar la escritura del difunto y redactar una larga y penosa carta de despedida que haría llorar a los corazones más duros. Cada vez que un comprador aparecía por casa, Benjamín lo llevaba de la mano al Santuario, y allí lo fotografiábamos —Porque ¿quién se niega a fotografiarse con niños?— con una cámara que padre le había regalado el día de su cumpleaños. Pero la verdad, no queríamos hacerle daño a la persona equivocada. En ocasiones recuperábamos una estatua en bronce del David, una escultura de Hermes Trimegisto o una Venus de ojos extraviados y sin brazos, que cargábamos entre todos para subirlos a la camioneta de Marcela, quien nos ayudaba con los objetos pesados, pues era la más fuerte del grupo. En otras ocasiones rescatábamos objetos ligeros, como una serie de grabados de Goya, donde se alternaban aprendices de brujas, mujeres en escobas, batallas campales; Guadalupe aún le decía Gallo, pero ahora era más como una broma; la impresión de una Biblia con iluminaciones de ángeles, elaborada por monjes franciscanos, una armadura del Medioevo con un pañuelo de seda incrustado en la visera del yelmo, donde todavía podía olerse el perfume de una doncella o la corona de un rey visigodo con incrustaciones de piedras preciosas,

tasadas en una inmensa fortuna. Poco a poco recuperábamos el universo que nos habían arrebatado y al cual éramos tan afectos; el único que conocíamos desde nuestra más tierna infancia y nos hacía suspirar por las noches y derramar lágrimas en la oscuridad de la alcoba. Pero una cosa era recuperar las piezas y otra, muy diferente, esconderlas en un lugar seguro. En un principio pensamos en enterrarlas en las dunas, pero los montículos eran maleables; siempre en movimiento de un lugar a otro. Corríamos el riesgo de perderlas, haciendo inútil nuestro sacrificio. También pensamos en trasladarlas a lugares inhóspitos de la selva, pero la humedad las habría arruinado en un santiamén. Entonces, tomamos la decisión de llevarlas a los acantilados, donde descubrimos una serie de cuevas que habían servido de morada a los primeros habitantes de la isla. Era una serie de galerías cavadas en la piedra, altas y ventiladas, donde, con el cuidado adecuado, podríamos mantener las obras durante un largo período. Durante días nos dedicamos a acondicionar una de las cuevas que pareció adecuada a nuestros propósitos. Nos dimos a la tarea de fabricar escobas con ramas y hojas para remover el polvo, las telarañas y las piedras del piso; las rocas más pesadas, que no podíamos cargar, fueron removidas con un sistema de palancas y poleas ideado por Guadalupe y Roy a partir de los tratados de Arquímedes. Sustrajimos de la casa unas alfombras persas que yacían enrolladas en el desván, olorosas a mohó y olvido. Eran hermosas alfombras, dignas de Alí Babá y de sus cuarenta ladrones. Pero lo más difícil fue resolver el problema de iluminación. Al principio usamos antorchas, pero nos hacían toser, además, el humo y el hollín, tarde o temprano, acabarían arruinando las piezas. Guadalupe y Roy improvisaron un sistema de espejos basculantes colocados en la entrada de la cueva, que recogía la luz natural y la hacía rebotar de un espejo a otro, iluminando el espacio de una luz tan clara y

radiante como si estuviéramos bajo la luz de un día soleado. Abrimos agujeros en la parte más débil de las paredes que sirvieron como claraboyas para la ventilación. Poco a poco, la cueva se convirtió en un lugar tan acogedor como lo fuera el *Santuario* en el pasado. Guadalupe trajo flores de las montañas cercanas y sembró enredaderas que crecieron rápidamente conquistando las galerías de piedra y llenándolas de flores blancas, cuyo aroma se esparcía por el lugar. Trajimos montones de libros que nadie extrañaría, mapas, globos terráqueos, instrumentos de astronomía, juegos de azar y hasta algunas armas antiguas, por si fuera necesario defender la cueva. Poco a poco el espacio fue adquiriendo la placidez, tranquilidad y pulcritud de un hogar cubierto de cuadros, esculturas, muebles, lámparas, en armonía con las pinturas de animales: toros, delfines, bisontes, figuras de cazadores, manos rojas y blancas como garras adosadas a las rocas; los dedos dibujados apuntaban al cielo de la cueva donde los dioses dormían un sueño eterno. Una noche, finalizado el trabajo de acondicionamiento por el que nos sentíamos tan satisfechos, Guadalupe tomó una botella de vino robada a padre y, rompiéndola contra la roca de la entrada, la bautizó con el nombre de la Fortaleza. Todos, incluso Marcela, juramos no revelar jamás el secreto de su existencia. Esa noche dormimos por primera vez en la cueva arrullados por el viento y el aleteo de los murciélagos que iban y venían como una cascada silenciosa en medio de la penumbra.

XX

El gato era un bisturí; uno de esos temperamentos felinos cuyos ancestros habían arribado a la isla junto con las primeras familias de pescadores que llegaron a las costas huyendo de la guerra y del floreciente negocio del mercado de esclavos. Algunos de ellos lograron escapar y, con el tiempo, dieron paso a una población de gatos salvajes que podían verse merodeando por la playa. A veces podíamos toparnos con ellos en las montañas más inhóspitas de la isla. Pero ninguno era como el gato tuerto del colegio. A veces parecía flotar en el aire tibio, cuando venía a visitarme, saltando entre los charcos de agua empozada en el patio. Siempre lo vi como uno de esos espíritus libres y equilibrados que un buen día saltaron a la playa desde una embarcación, para más tarde, reencarnar en una especie de ancestro germano que lo hacía ser de una puntualidad absoluta. De seguro uno de sus karmas era el tiempo. Aparecía siempre a la misma hora. No sé cómo lo hacía. Tal vez poseía una especie de reloj biológico. Unos segundos antes de que el reloj marcara las cinco de la tarde, el minino

entraba en la cabaña por una ventana y se acomodaba sobre la cama. Luego me buscaba como si de verdad pudiera verme a través de la luz cobriza, mientras intentaba concentrarme —sin mucha suerte— en el manuscrito. Avanzaba a duras penas en la historia iniciada algunos años atrás. Deseaba darle forma definitiva a los apuntes escritos en el continente. ¿Por qué no darle la forma de la isla? Vista desde el aire, la isla tenía la forma de una llave. El contorno de su austera geografía era irregular, solo no abría ninguna puerta, por lo menos ninguna conocida. El gato extendió su lomo leonado en la ventana bajo el sol de la tarde. ¿Acaso los animales podían entender el sentido del tiempo? Nunca tuve problemas con ninguno de ellos. De hecho, no tenía un especial interés en la fauna local. Pero no era muy sociable en esa época y ellos eran capaces de olerlo. Pero los gatos son insistentes, y uno —tarde o temprano— acaba por ceder. Con los felinos nunca se sabe. Un gato es extraño por naturaleza. Nadie sabe qué piensan ni a dónde van ni qué los motiva a hacer lo que hacen. Son autosuficientes y nosotros parecíamos estar aquí para servirles. Cuando menos lo piensas, están frotándose contra tu pierna y ronroneando por un poco de afecto. Pero no imploran, parecen ordenar a su manera. El gato tuerto aparecía cuando me disponía a escribir. Parecía adivinar que no consigo escribir una línea con un intruso en la habitación, así el intruso fuera tan solo un minino tuerto. En ocasiones, parecía escuchar el sonido de las teclas de la máquina de escribir, mientras me quedaba ensimismado bajo el peso o el color de una frase. Luego la leía recostado en el borde mullido de la cama para luego arrojarla al cesto de basura. Por las noches lo escuchaba jugar con las bolas arrugadas de papel en la habitación. Pero había algo cierto, nos tolerábamos mutuamente. No nos queríamos, es verdad, y hasta algunas veces, cuando lo descubría hurgando y olisqueando en mis

libretas de anotaciones, lo echaba amablemente. Habíamos aprendido a mantener una sana distancia, y eso era suficiente. Además, le gustaban las sardinas que solía llevarle por las tardes a la terraza. Durante el día desaparecía envuelto en un halo de misterio. Cuando salía a caminar por la montaña, me seguía por la catanga de arbustos espinosos y piedras afiladas. Yo aprovechaba ese tiempo muerto del día, cuando la vida parecía detenerse por un momento, para extraerle las espinas que se habían clavado en su piel durante las caminatas emprendidas por la agreste geografía de la isla. Desde las altas colinas, había visto las nubes oscuras y el chorro pestilente de ballenas navegando hacia los mares nebulosos del sur. ¡Uno, dos y tres...!, alguna vez fue un gato siamés! Pero la sarna había malogrado su piel. Ahora era un gato medio ciego, viejo y de mal carácter que se acercaba al final de sus días. Le gustaba echarse en la terraza por las mañanas a calentarse bajo el sol y robar las sardinas de los pescadores cuando llegaban a las playas cercanas a las rancherías. Pero un buen día desapareció. Fue entonces cuando comenzamos a extrañarlo como si hubiéramos perdido una parte importante de nosotros mismos; quizá, nuestra alma. La cocinera del colegio tocaba la campana por las mañanas llamándolo a gritos: «¡*Misimisimisi...*!» con un pescado fresco, pero el minino no apareció por ninguna parte. En el colegio llegaron hasta ofrecer una pequeña recompensa por cualquier información sobre su paradero, sin ningún resultado. Se recibieron llamadas falsas, y en otros casos, era un animal diferente. Yo había convivido poco con el gato. Ni siquiera tuvimos tiempo de crear lazos más profundos. Simplemente desapareció, como uno de esos enigmas de la existencia que abandonan el mundo a la suerte de sus demonios más queridos. ¡Claro! También existían los otros, aquellos que intentaban quedarse para siempre aferrados con uñas y dientes a la esfera celeste, los que pensaban:

«Nunca voy a partir de esta miserable y desolada isla». Esa misma isla donde confundían la risa con el llanto, la lluvia con el sol, la nube con el viento, la avaricia con la estupidez humana; aguardando en silencio su turno de partir lejos, muy lejos, a los confines de un nuevo mundo, diferente y extraño, para llegar a ser uno con el polvo acumulado en las laderas de sus montañas. Aunque eso ahora parecía carecer de importancia. Porque la vida solo importaba cuando ya no era vida, sino muerte y huesos pulidos por la arena de la playa; el gran cementerio universal, como lo llamaba Guadalupe; la gran carcajada de Dios que nos aniquilaría en un segundo, convirtiéndonos en ese «polvo enamorado» que cantaban los poetas. Aunque alguien, más tarde, se diera a la tarea de barrerlo debajo de la alfombra.

Los otros felinos estuvieron maullando toda la noche en los tejados cercanos. Quizá intuían que «en el cielo de los gatos, los ratones crecerían en los jardines del paraíso». A veces despertaba de madrugada y creía verlo saltando por la ventana, o en el vano de la puerta, surgiendo como una aparición repentina en mitad de un sueño, mientras se aproximaba a la cama con la lentitud de una mariposa noctámbula que aleteaba desesperada al amanecer, cuando los vientos húmedos del monzón llegaban desde el mar, golpeando ventanas, desordenando camas, arrastrándose por las habitaciones, cambiando las cosas de lugar, moviéndose como animales invisibles por toda la casa. Eran las pinceladas de un mundo que cambiaba cada segundo. Cuando regresaba a la pequeña cabaña luego de mis paseos matutinos, tenía la impresión de que habían estado aquí. Había señales de su visita por todas partes: el tapete arrugado, la tibieza de un cuerpo junto a las sábanas, o las marcas de uñas afiladas sobre el sofá. Por las noches, cuando iba dormir, me aseguraba de cerrar ventanas y puertas, y hasta los pequeños agujeros por donde pudiera colarse.

Revisaba cada palmo de la cabaña para cerciorarme de que no estaba aquí, oculto debajo la cama, o en un lugar secreto, acechándome desde las sombras, como siempre lo había hecho, antes de marcharse para siempre, sin un adiós, sin un maullido lastimero que justificara su partida. Solo, en medio de la habitación, fumaba en la oscuridad, imaginando su sombra alargada desapareciendo sigilosamente detrás de las dunas cobrizas semejantes al color leonado de los camellos. Pero al final uno siempre acaba perdonando. Y aunque estás allí, solo a un paso de abandonarlo todo, sonrías con tristeza antes de ser alcanzado por un rayo que extiende líneas resplandecientes de luz a través de las persianas.

La mañana siguiente preparé un pequeño morral con lo necesario para una larga caminata por la montaña. Su cumbre lucía imponente bajo las primeras luces del día. Una densa bruma extendió su corona blanca sobre la cúspide. Las estrellas desaparecían para dar paso a la luz tenue y cobriza tendida como un manto sobre el paisaje. El mar era una mancha azul y profunda cruzada por pájaros marinos. Las aves volaban por todas partes. El mundo era una esfera frágil que se contenía a sí misma. Solo bastaba golpear con fuerza y todo su interior se desparramaría como polvo cósmico. ¿Cuál era el camino de un ave solitaria? Ni qué pensar en San Juan. ¿Cuál era el camino al infinito? Solo esperaba que la historia no acabara siendo un aburrido juego de palabras: un birlibirloque. Crucé el sendero de arena cubierto de hierbas y me dirigí a las dunas; sus lomos ondulados: olas de arena se rompían en el aire de la mañana, la espuma amarillenta era arrastrada por un viento que hacía remolinos cuando ascendía por los aires para luego caer como una llovizna de polvo sobre mi cabeza. Los pescadores que habían salido más temprano con la luna auguraban una buena pesca de dorados y bonitos que subían a la superficie con las aguas cálidas. Desde aquí alcanzaba a

ver las linternas de los botes que pescaban a kilómetros de la costa. El mar era un manto opalescente. Pero en breve tiempo la mancha cobriza se extendería hasta el horizonte, para ser penetrada por la luz. El sol se haría más intenso, devorándolo todo. Crucé el trecho de dunas ondulantes y tomé el sendero que subía a la montaña. Mientras ascendía por un camino accidentado de yerbas espinosas, me percaté de que alguien me seguía. Parecía una mujer, sin dudas, pero a esa distancia no lograba identificarla. Me detuve a esperarla en un recodo. Apoyé el bastón y me senté sobre una roca. Cuando llegó frente a mí, se sorprendió. Reconocí a la joven profesora de Lenguas Extranjeras. Ambos reímos asustados. Yo no era bueno con los idiomas, pero lo compensaba con diligencia en otros aspectos de la vida. Solo los tontos se quejan del silencio. Me habló en un español más bien parco. Me había visto salir del colegio muy temprano y me siguió por un interés personal en la geografía de la isla. Además, se aburría solemnemente encerrada en su cabaña.

—Son muy estrictos acá con los profesores jóvenes —señaló—. Pero usted tiene suerte, porque acaba de llegar. Ya lo verá, si tiene la oportunidad de quedarse. —Me confesó su interés en conocer la isla, pero no se atrevía a aventurarse sola—. Por eso, cuando lo vi esta mañana, me llené de valor y decidí seguirlo, sin saber si sería aceptada como compañera de viaje.

—Está bien. Siempre y cuando no me retrase —respondí, mientras me dispuse a retomar el sendero hacia la cima de la montaña. El sol parecía saltar entre las piedras hendiendo el aire, la soledad del tiempo. El camino serpenteaba invisible bajo la luz. El aire cálido soplaba sobre el escaso follaje abrazado a las rocas. La temperatura iba en aumento al paso de las horas. Todo el paisaje parecía derretirse en el aire, como si nada pudiera sobrevivir más allá del infierno. Luego de un breve descanso y un trago de agua fresca, la dejé ir adelante.

Su silueta parecía flotar en el aire transparente. Pude admirar su esbelto talle, el cuello enrojecido bajo la pañoleta de colores, las piernas robustas de campesina. Si hubiera tenido un par de alas habría sido un ángel perdido en la soledad del paisaje. Llevaba un sombrero tejido, el mismo que usaban los pescadores de la región para combatir las inclemencias del clima. Subimos el resto de la pendiente esquivando follajes espinosos; un grupo de cabras pacía aferrada con sus pezuñas al desfiladero. La línea del sendero desaparecía más adelante entre grandes rocas: piedras carcomidas por el salitre, que a la víspera, no se detenía a observar las ruinas dejadas a su paso. Por lo menos en eso se parecía al paisaje. Los habitantes de la isla arrastraban en su espíritu la sal de aquello que iba destruyéndolos, minándoles el ánimo, el orgullo, la precaria salud; envenenándoles el alma, arruinándoles la vida, como aquellas fortalezas derrumbadas por el viento inclemente.

Nos detuvimos a descansar bajo una cornisa de rocas que sobresalía de la pared, a cuya sombra se había formado una piscina natural con las aguas de la última tormenta. Me incliné en uno de los bordes para lavar mi rostro. El agua estaba fresca. Observé mi propia sombra en la pared del fondo, su reflejo en el destello del agua sobre la piedra. Pensé en descansar unos minutos más, cuando vi la sombra de la mujer que cruzaba a mi lado, desnuda. Luego saltó al agua en una explosión de ondas luminosas sedientas de humedad.

—No me diga que no se va a bañar —dijo sonriendo mientras asomaba su rostro desde la superficie. En ese momento observé, sin entender muy bien por qué, las dos ges tatuadas sobre su hombro izquierdo como quemaduras sobresaliendo a ras del agua.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunté.

—Nunca lo dije —respondió, y luego sumergía con elegancia su cabeza en el agua observándome desde el fondo: los

ojos negros abiertos, entre el musgo y las diminutas burbujas que flotaban en la superficie esmaltada. Era como si me mirara desde un lugar que no parecía ser de este mundo. Allí parecía diferente, una criatura insondable de las profundidades, como si pudiera cambiar de forma a voluntad: sirena o serpiente. Si hubiera mostrado una cola de pez, me habría parecido la cosa más natural del mundo. Solo le habría pedido entonar las antiguas canciones de los marineros; pero ahora, sus piernas fuertes y torneadas sobresaliendo del agua mostraban el oscuro triángulo, mientras chapoteaba, revolviendo el fondo de la piscina donde se escondían tímidos cangrejos entre las piedras a causa de la agitación. No sé si intentaba seducirme, pero no; en esta ocasión simplemente era una mujer con deseos de divertirse y disfrutar de los placeres del cuerpo, «la humedad febril que habita en las ostras»; una mujer con ligeras formas de pez, aguardándome en un pozo de piedra como una almeja húmeda y rosada presta a engullirme en la eterna batalla de cuerpos enlazados, bisagras fundidas al final de las horas. Estuvimos jugueteando un rato en la piscina.

Cuando salí, me tendí bajo la sombra del muro de piedra. El reflejo del agua en la pared había desaparecido. La piscina lucía limpia y cristalina. Tal vez dormí un par de minutos. Mas cuando desperté y miré alrededor, había desaparecido. Realmente era extraña. Me vestí con rapidez. Luego devoré un sándwich de atún y tomé un sorbo de agua. Por lo menos no me había robado mi ropa. Llené la cantimplora y reanudé el camino. El paisaje era descarnado. No había suficientes elementos para describir la pobreza de una tierra abatida por el sol. Subí unos cien metros. La cuesta se hacía cada vez más empinada. De pronto la encontré extenuada en un recodo del camino, tratando de espantar a una bandada de aves con su sombrero. Su rostro había enrojecido. Había hecho un esfuerzo supremo para llegar hasta aquí. Sus hombros parecían

el lomo acorazado de un cangrejo. Sobre nuestras cabezas, el sol taladraba las nubes. Sentí que iba a colapsar de un momento a otro. Vací mi cantimplora sobre su cabeza.

—Debemos guarecernos antes de que sufras una insolación —le dije—. Pensé que las campesinas francesas eran más decididas.

Volteó a mirarme con un rencor cansado y resumió todo su enojo en una palabra: «*Merde!*» La arrastré hacia una inmensa grieta entre las rocas, donde se abría una pequeña cueva. La tendí sobre la arena y humedecí su rostro con el pañuelo mojado. No quería hablar. Solo se limitó a cerrar los ojos y mantenerse inmóvil. Yo traté de mantenerla fresca hasta que su temperatura bajara.

—No parece una muy buena idea hacerse acompañar por un sátiro —murmuró sonriendo—. Pero lo entiendo. He estado muy sola y usted parece buena compañía en un colegio de viejos.

Miré con detenimiento las ges tatuadas sobre la parte baja del hombro. Parecían más bien las iniciales de algún nombre tatuadas a fuerza de cuchillo; bien elaboradas, como g de gato, de grito, de garra o de guerra. Cuando la mujer se durmió, me senté a un lado. ¿Quién era ella, más allá de una mujer hermosa tendida sobre la arena? Aproveché para hurgar entre sus pertenencias: frutas a punto de pudrirse en una bolsa plástica, un delineador labial, protector solar, una pequeña guía de las islas y un libro seguramente sustraído de la biblioteca con anotaciones al margen, cuyo título me pareció extraño *El pez de los sueños*. Intenté leer un fragmento, pero mi francés era pobre, así que lo dejé. La cueva era fresca. Había guano de murciélagos por todos los rincones. Los escuchaba revolotear asustados al fondo. El suelo, cubierto de fina arena, se sentía suave y blando. No escuché ningún ruido detrás de mí, pero unos segundos más tarde, solo alcancé a ver

de reojo la sombra que se me abalanzaba como un torbellino y me golpeaba con algo contundente. La oscuridad se volvió un portento. La luz se transformó en una mancha negra y ya no supe más.

Tiempo después, recobré la conciencia. Alguien derramaba agua fría en mi cabeza. Bajo las sombras alrededor, distinguí las siluetas apoyadas contra la pared de piedra. El golpe me había dejado aturdido y no alcanzaba a entender lo sucedido. Sentí el aliento de la muerte llevándome entre sus alas hacia una estación profunda.

Cuando abrí los ojos de nuevo fue como si despertara de una pesadilla. No sabía si lo que vivía ahora era real, o si todavía me recuperaba del golpe. Pero allí, sentados en cuclillas a mi alrededor, bajo las sombras cortadas por ligeras franjas de luz, había tres niños observándome, impávidos. No decían nada, ni se movía de su sitio. Sobre el regazo de la niña vi al viejo gato del colegio que me observaba, y sentí un ligero escalofrío. La niña se acercó. Tomó mi rostro adolorido entre sus manos y luego sonrió.

—No temas —dijo—. Hemos aguardado por ti desde hace algún tiempo —expresó mientras acariciaba el pelaje del felino. El animal ronroneaba satisfecho entre sus brazos. Sus siluetas parecían flotar en el aire como mariposas envueltas en un halo de luz—. Pero lo más importante es que estás aquí. Y ahora todo va a ser diferente.

Los otros niños permanecían en silencio, mirándome con desconfianza y temor. El más grande de ellos no paraba de afilar una navaja contra las piedras.

—¡Deja de hacer eso! —ordenó la niña—. ¡Vas a asustarlo!

Luego, extrajo de su vestido un pañuelo blanco bordado con diminutas flores y lo bañó con agua de colonia. Lo colocó sobre mi cabeza. El agua me reanimó. Cuando retiró el pañuelo tenía manchas de sangre.

—No es la gran cosa. Yo misma me he hecho heridas peores —concluyó mientras secaba la sangre de mi cuello, y repetía un viejo mantra infantil que había escuchado alguna vez en la más tierna infancia: «Sana... sana, culito de rana, si no sanas hoy, sanarás mañana».

Las sombras se apiñaron en un torbellino. La cueva comenzó a girar hasta que perdí la conciencia y volví a desmayarme sobre la arena. Lo último que escuché fue la voz de la niña con lágrimas, implorando.

—¡Por Dios! ¡No te mueras! —dijo entre sollozos—. Tú eres el único que puede ayudarnos.

Entonces, confundido y mareado por el estado de *shock*, comencé de nuevo a hundirme entre las sombras de un profundo y silencioso vacío.

XXI

El mundo era un hecho por consumir, un deseo insatisfecho de los sentidos; a veces, casi siempre, una arbitrariedad del poder, un absurdo sin parangón; un sinnúmero de reglas que debían cumplirse al pie de la letra y de órdenes diversas y adversas que decidían nuestro destino, aunque no creyéramos mucho en ellas. «Con la vara que midas serás medido, con la vara que golpees serás golpeado. Nadie va a poner de nuevo la otra mejilla, pueden estar seguros», dijo mientras dibujaba una parábola con la rama de un sauce, limpia de hojas y nudos, en el aire de la cueva. El rápido movimiento de la vara hacía silbar el aire, cortado de un tajo, haciendo rechinar el silencio. Las piedras húmedas parecían respirar entre las sombras. Luego dibujó un círculo con la punta del tallo sobre la arena oscura y pegajosa como si acabara de extraerla de las profundidades del mar. «El círculo es la figura perfecta del universo», dijo mientras caminaba a su alrededor, observándolo, midiéndolo con curiosidad, de arriba a abajo, como lo haría una joven ave de rapiña antes de abalanzarse sobre

su presa. Parecía escoger las palabras que iba a dirigirle. Comenzó hablando despacio para hacerse entender por aquel desconocido que yacía tendido en el piso de la cueva. Nadie entendía nada de lo que sucedía en ese momento. Pero antes, les habló a sus hermanos:

—Me parece que han podido ser más gentiles o, por lo menos, ayudarlo a levantarse. ¿No creen? —dijo refiriéndose a nosotros. Nos miramos sorprendidos. La verdad, nunca nos había increpado de esa manera. Además, esperábamos que el hombre tendido sobre la arena se levantara por su cuenta, sin apoyo de nadie, así como Dios lo había echado al mundo, solo y en el mayor desamparo. Realmente no teníamos intención de involucrarnos con el desconocido. No queríamos tener ningún contacto, ni algún tipo de relación con el hombre que había venido a la isla a morir. No queríamos llevarle agua, ni oír el timbre de su voz, ni saber de sus miedos o sus angustias existenciales; mucho menos de su historia personal. ¿Si había sido feliz o desdichado? ¿A quién podía interesarle aquello? Nadie quería saber más allá de lo estrictamente necesario para cumplir la misión convenida. No era el primero y, seguramente, tampoco iba a ser el último. La mera verdad, a nadie le gustaba hablar con un sujeto que había sido condenado con antelación; pero si a ver vamos, ¿quién no estaba condenado de una u otra manera?, ¿quién se subía a la rueda de la fortuna y esperaba que todo funcionara a las mil maravillas? Aun la conciencia de la muerte tenía para nosotros un significado diferente que daba un sentido más profundo a todos los actos emprendidos. Tampoco gustábamos de discusiones existenciales de si «¿lo despachamos aquí o lo llevamos a otro lugar?, ¿lo hacemos sangrar un poco para que hable?, o ¿le prendemos fuego y lo dejamos arder como yesca en mitad de la noche?». La verdad, no era nuestro estilo. Había tantas opciones para desaparecer a un individuo, que la vida se veía

en aprietos para superarla. No se precisaba de mucha imaginación para acabar con un hombre. En contadas ocasiones nos dejábamos ganar por el sentimentalismo y le dábamos un trato cordial y respetuoso, como si fuera uno de los nuestros, un hermano mayor, un tío extraviado en el desierto retornando tiempo después. «Nada personal», decíamos, antes de propinarle la estocada que pondría fin a sus días sobre la tierra. Las dunas detrás de la casa eran un cementerio natural llenas de cuerpos desaparecidos. Nos esmerábamos en no dejar rastros; aunque en algunas ocasiones, los coyotes se daban a la tarea de desenterrar los huesos sobre la arena. A veces los encontrábamos por el brillo que emanaban los cuerpos en las noches heladas. Solo en casos más complejos, era mejor confiarse a la experiencia de los adultos. Ellos se habían especializado a lo largo de la historia en matarse unos a otros. En cuanto al hombre tendido sobre el piso, era mejor que se levantara por su cuenta, antes de que tomáramos la decisión de molerlo a palos de nuevo.

—Me dio la impresión de que lo golpearon muy fuerte. No fue muy cortés, ni muy caballeroso el ataque —dijo conmovida. No sabía si hablaba en serio o se burlaba de mí. Pensó que estaba en una obra de teatro del absurdo, mientras escuchaba a un grupo de niños decidir su futuro.

La sangre en la cabeza se había secado. La niña le tendió una mano fría de molusco. Luego lo empujó con suavidad hacia el muro de piedra, intentando ponerlo de pie, aunque con dificultad, todavía mareado por el golpe, mientras dirigía a sus hermanos frases que parecían no tener sentido. Ninguno entendió nada de lo que decía:

—Has llegado a nuestras vidas para perdernos. Pero nunca encontrarás el camino de regreso a casa —finalizó.

Guadalupe se puso en puntillas, examinándolo con atención, tal vez preguntándose qué demonios iba a hacer con

aquel extraño. Luego extrajo un frasco de su bolso y metió sus dedos en una pomada de grasa animal con hierbas para luego frotarla con suavidad sobre su cuero cabelludo.

—Esto va a aliviarte. Ya lo verás —murmuró—. ¡Tranquilo! ¡No te muevas! —dijo, mientras untaba la grasa sobre la herida de la cabeza. Se sentía como un conejillo de Indias próximo al sacrificio en manos de una joven e inexperta sacerdotisa de las islas.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó. Los tres niños se miraron sorprendidos, pero ninguno parecía saber de lo que hablaba.

—Tal vez se marchó. Cuando llegamos estabas solo —respondieron.

Los demás lo observaban con un frío desinterés, como una extraña aparición, mientras intentaba mantenerse de pie y sacudirse la arena de la ropa. Dedujo, por la inocencia de sus rostros y los trajes que usaban, que ninguno tendría más de doce años; aunque sus ropas lucían viejas y gastadas para su edad. Al mayor de ellos lo llamaban Roy, y era de contextura fuerte, tostada por el sol, de rasgos pronunciados como tallados a mano, y que solo podrían explicarse a través del linaje de antiguos pobladores llegados a las islas al inicio de las migraciones. La niña era un verdadero portento, un ángel nacido en cautiverio, que parecía confirmar las leyendas de pescadores sobre dioses y divinidades que florecían en las cuevas, sin dejarse ver por nadie; una *rara avis* caída del cielo en una isla desconocida; un duende alucinado correteando entre las dunas y las fuentes ocultas de agua, y a la que se debía temer, porque podía ser tan cruel como el más feroz de los animales. Una de esas diosas olvidadas de la naturaleza, llegada en estado larvario de ninfa, para ser recordada por todos, capaz de reanimar toda la vida oculta en la naturaleza e insuflarle el ánima elemental para lograr la obediencia y sumisión que

los dioses reclaman. El tercero, más parecido a un ratón de biblioteca. Lo llamaban Benjamín, usaba unos anteojos de carey y cargaba consigo un morral lleno de libros y documentos a los que se adhería como a una singular mucosa que lo proveía de vida. Era el encargado de llevar el registro de la historia de la isla en cuadernos forrados de cuero; armado con una vieja cámara fotográfica, tomaba imágenes de todo lo que podía ser fotografiado en la isla. Nada escapaba a la ferocidad de su ojo. Guadalupe y Roy se burlaban de su atuendo. Pero aun así, era el más brillante de todos, y sin él, no lograrían obtener el registro de la vida que buscaban.

—Se hace tarde —dijo—. Es mejor darse prisa.

Cuando abandonamos la cueva un manto oscuro de nubes flotaba sobre las montañas. El rugido de truenos lejanos estremecía el cielo. Salimos por un lugar diferente, más estrecho, que yacía oculto al fondo de la cueva. Algo en el paisaje de la isla era impredecible. La brisa cargada de presagios soplaba desde el mar. Descendimos la montaña bajo un feroz aguacero que azotaba la playa. Roy, Guadalupe y Benjamín marchaban adelante tomados de la mano, cuidándose de resbalar entre las piedras y el barro en los costados del sendero. El mar abajo parecía una lámina grisácea, incolora. Las aves habían desaparecido en los acantilados. Cuando cruzamos las dunas y llegamos al poblado, vimos un paisaje desolador: las primeras casas estaban sumergidas bajo una marejada llegada con el monzón. Quedamos sorprendidos del desastre. Apresuramos el paso. Recorrimos las calles con el agua a la cintura, avanzando a duras penas entre el fango revuelto de algas y lodo espeso, tratando de salvar lo poco que había quedado tras el monzón, y ahora flotaba entre las olas en medio de la calle. En ese instante vimos surgir desde los escombros —entre árboles derribados sobre casas, animales muertos, paredes rotas, muros de ladrillos deshechos— los

primeros rostros temerosos de otros niños, asomándose por las ventanas de los altos cobertizos donde se habían refugiado de la tempestad. La mayoría estaba cubierta de barro, pero al vernos, se alegraron de no ser los únicos sobrevivientes. Los más pequeños lloraban de felicidad; quizás nos veían como sus salvadores. Solo que no estábamos seguros de nuestra capacidad para salvar a nadie. Luego nos dimos cuenta de que solo había niños surgiendo de todas partes, moviéndose de un lugar a otro, tratando de acercarse a donde estábamos. No había mucho que pudiera ser salvado de la inundación. Los demás se habían refugiado en las embarcaciones del muelle, cargadas de redes donde se ahogaban los peces de la marisma. Los más pequeños habían trepado a los árboles para salvar sus vidas, y ahora asomaban sus ojos tristes entre las hojas de los guayacanes que lucían sus troncos oscuros. Solo entonces nos percatamos de que no había adultos.

—¿Dónde están sus padres? —me atreví a preguntar, asombrado. Guadalupe me miró consternada, encogiéndose de hombros.

—Nadie lo sabe. El mar es un vasto imperio. Creemos que se fueron al fondo del océano. Aunque jamás lo sabremos. Pero lo más importante es que estás aquí y confiamos en ti como si fueras nuestro nuevo padre.

Esa noche dormimos en altos cobertizos sostenidos sobre pilotes, donde se guardaban el pescado y las provisiones. El lugarapestaba, pero era mucho mejor que dormir a la intemperie, bajo la lluvia incesante. A veces en medio del sueño, cuando el silencio se tornaba una burbuja pegajosa, escuchábamos el canto de criaturas desconocidas. Los pequeños se abrazaban a los cuerpos de los mayores tratando de entrar en calor.

—¿Escuchas? Las sirenas han regresado.—Guadalupe aguzó el oído entre el fragor de los truenos que inundaban el cielo—. De seguro se encuentran en la playa y vienen por nosotros.

Revisé el cobertizo y encontré una vieja lámpara de petróleo. Cuando logré encenderla, se iluminó el desastre en que se había convertido nuestra existencia. La luz parpadeaba sobre el agua, iluminando apenas las coronas de ardentía que habían llegado arrastradas por la marejada. Los más pequeños se rendían al sueño. Guadalupe se acunó a mi lado y me observó con sus grandes ojos.

—No tengas miedo —me dijo al oído—. Te defenderemos con nuestras vidas si es necesario.

El gato no se alejaba de ella ni por un segundo; ronroneó oliendo en el aire una fragancia de peces nocturnos. Luego escuchamos el canto terriblemente hermoso viniendo de la playa. Las voces melodiosas se arrastraban deslizándose como serpientes marinas. Todos pensamos en un coro de ángeles entonando sus cantos a las puertas del paraíso para recibirnos; pero la verdad, era el infierno húmedo al que tanto temíamos, lo que nos aguardaba afuera, en medio de las sombras. Las luces parpadeantes se movían en las aguas revueltas y malolientes, para abrazarnos con la fuerza del miedo y la desesperación, como si el cadáver de una ballena velara nuestros sueños, y nos arrastrara a las profundidades. Pasamos la noche en vela, apretujados unos contra otros, temiendo lo peor. En la madrugada escuchamos el llanto de los más pequeños, que dormían hundidos en el irremediable naufragio de las pesadillas. Al amanecer, cuando la claridad se había convertido en una gasa temblorosa de nubes grises, descubrimos un ejército acorazado de cangrejos azules que había llegado a las dunas arrastrado por la marea, y ahora marchaba sobre el lodo de la playa devorando todo lo que encontraba a su paso.

XXII

Al siguiente día el poblado era un desastre de calles anegadas y malolientes donde flotaban animales muertos sobre las aguas dormidas. La niebla alrededor comenzaba a evaporarse sobre árboles que mostraban sus enormes heridas luego de la tormenta. Permanecían allí, inmóviles, como heridos de muerte, frente a la desolada visión del paisaje. Otros habían resistido la fuerza de los vientos y ahora mostraban el prodigioso verdor de la resistencia. No se alcanzaba a ver más allá de los techos de palma de los cobertizos, donde nos habíamos refugiado junto a los demás niños del desastre. Los caminos se habían convertido en inmensas lagunas de barro. Sobre las verjas de las casas aún en pie, los zamuros extendían sus alas brillantes, alisando las plumas húmedas al sol. Los niños caminaban sobre el barro buscando mariscos, conchas y almejas arrastradas por la marejada. Luego las guardaban en unas cestas de arpillera. Cuando llegamos, todos vinieron a nuestro encuentro y nos rodearon felices y asombrados.

—Nos salvamos —gritaban entre el llanto y la risa. Los más pequeños se abrazaban a mis piernas y me tendían sus delgados brazos de renacuajos al aire para que los cargara, aunque fuera por unos minutos. La presencia de un adulto les daba la sensación de seguridad y bienestar que habían perdido con la desaparición de sus padres. Algunos surgían de los escombros de casas, como si se asomaran por primera vez a un planeta, gris y desolado, muy diferente al que habían conocido. Se sentían agobiados por la dimensión del desastre que contemplaban por primera vez en toda su magnitud. La tormenta había eclosionado cuando todavía nos encontrábamos en la cueva, por lo que solo habíamos percibido su fase de declive. Las embarcaciones mayores que habían sido arrastradas por el oleaje hacia la zona del estuario, ahora yacían enterradas en la arena. Desde la playa alcanzábamos a ver sus costillares: los obenques cortados de tajo, las velas rasgadas, arrancadas de la arboladura por poderosos vientos, que ahora lucían calmos; las banderolas ondeaban al ritmo inquieto de las olas. Más tarde, cuando el sol apareció detrás de las nubes y su rojizo resplandor iluminó el cielo como una bendición, tuvimos la certeza de que una deidad sagrada nos había guiado hasta aquí, para hacernos entender que la vida buscaba siempre nuevos escenarios para renacer con mayor ímpetu. A nosotros nos tocaba luchar contra la impetuosa corriente de la vida o hundirnos en ella sin remedio. Cada uno de los pequeños rostros a mi alrededor estaba cubierto por una máscara de lodo que comenzaba a cuartearse bajo el sol. Sus frágiles vidas eran el mayor alegato contra la desesperanza. Guadalupe apretó mi mano con fuerza, hasta que sus dedos se tornaron blancos. Todos me miraban como su salvador. Tenían la ilusoria esperanza de que encontrarían alguna forma de hacer algo por ellos. Pero era falso. Yo solo era alguien dispuesto a ayudar y a mantenerlos con vida. Pero era mejor no crearse falsas expectativas.

—Todo va a estar bien —le mentí mientras contemplábamos el poblado—. Ya lo verás, la vida siempre consigue salir adelante.

Permanecimos en silencio, invadidos por el desconsuelo. Frente a la calamidad, ya no sabíamos si reír o llorar por nuestra mala suerte. Sin embargo, habíamos sobrevivido a la catástrofe, y eso era bastante. El poblado era en un campo de guerra lleno de escombros flotantes que se mecían por las calles. Pero ahora nos enfrentábamos al destino incierto. Teníamos en nuestras manos la libertad de hacer con nuestras vidas lo que quisiéramos. No sabía cuántos niños eran, ni conocía sus nombres, sus edades, sus historias personales, sus juegos favoritos, ni cuántos más podrían estar atrapados en el lodo, succionados por las arenas silenciosas, convertidas en un caldo viscoso de tierra y agua, prestos a engullirnos al menor descuido. Solo sabía que estaban aquí, ateridos, medio desnudos, llenos de miedo por el futuro. Los más grandes cargaban en sus hombros a los más pequeños, que luego se dormían en sus brazos; otros llegaban desnudos, como si surgieran de una nebulosa de hojas y lodo. Venían tomados de las manos, arrastrando sus juguetes en el barro: una muñeca sin brazos, un carro de latón sin ruedas, un barco de plástico atado a una cuerda, navegando en el fango. No se separaban de lo poco que habían logrado salvar del desastre. Pisaban con cuidado sobre el terreno, pues, temían hundirse en el lodo para siempre, donde nadie los encontraría jamás. Los adultos los atemorizaron con historias sobre las dunas. Yo intentaba consolarlos profiriendo las mismas sandeces de siempre: «No se preocupen, pronto llegará la ayuda. No hay que desesperarse». Pero era una gran mentira, y nunca he sido bueno con las mentiras. En medio del desconcierto general —mientras los niños lloraban a mí alrededor— busqué apoyo en Guadalupe, pero ella se encogió de hombros: «Tú eres el

adulto», parecía decirme con su actitud. Tomé la decisión de guiarlos hacia el estuario, donde confluían las aguas del río y el mar. Por lo menos allí la arena descansaba sobre un lecho de rocas. Fuimos en fila india con una vara larga y flexible para asegurarnos del terreno que pisábamos. Tal vez en el continente ya sabrían de nuestra desgracia y vendrían pronto a socorrernos. Pero en ese momento, cuando la soledad del paisaje abría sus fauces para devorarnos, vimos sobre el cielo cientos de cormoranes, gaviotas y petreles cruzando la costa en dirección a los acantilados. Quedamos asombrados frente al espectáculo de aves abriéndose paso en el cielo. Hasta los más pequeños contemplaban con la boca abierta la blancura de alas agitadas en el firmamento. ¿Qué instinto las obligaba a mantenerse en un patrón de vuelo? Nadie podía saberlo. Nos quedamos observando la maestría del vuelo alrededor de la playa. Pensé que tal vez la belleza y la muerte eran colocadas en esa frágil balanza donde se pesaban los infortunios de la vida, que al fin y al cabo, no eran tan diferentes de los nuestros. Cuando reanudamos la marcha, las aves habían desaparecido, y frente a nuestros ojos se abrían las aguas del río semejantes a un espejo diáfano. Permanecemos en la orilla, observando las aguas que cruzaban lentas en dirección al mar, pero a una señal de Guadalupe, el grupo se lanzó al agua como un cardumen de peces enloquecidos. Por un momento nos olvidamos de la tragedia; incluso yo, el más torpe nadador de todos los tiempos, me lancé al agua con la convicción de que en mí se lavaban todas las culpas del mundo. Regresaba de alguna forma —a través de la corriente— a mis recuerdos de infancia extraviados en el laberinto de la memoria. Todo aquello que había dejado marcas profundas, porque «la vida no es lo que uno vivió, sino lo que se recuerda y cómo se recuerda para contarlo». En esa hora apacible, cuando la vida se convertía en frágil espejismo, el mundo nos ponía a prueba.

Eran las señales de la luz inundando de destellos dorados el agua. Entonces entendí que cada inmersión representaba una especie de bautismo que nos liberaba y purificaba de toda la maldad del mundo. La búsqueda de ese camino tortuoso, lleno de trampas, que conducía al origen de la vida. ¿Pero quién nos esperaba al final del camino? ¿Quién cerraría nuestros ojos cansados cuando la llama de la vela se apagara en ese último instante? Roy me observaba con desconfianza. Yo era el único adulto en el poblado que había logrado disuadirlos de seguirme hasta aquí. Sus ojos sumergidos en el agua me observaban en silencio como si tramaran una cruel venganza. Más allá del estuario, donde el río y el mar se unían en secretos y húmedos abrazos, el brillo de las estrellas se abría paso en el cielo bajo las últimas luces del ocaso. Sus destellos sobre la corriente anunciaban la inminente llegada de las sombras.

Decidimos pasar la noche a la intemperie. Nos pareció más seguro. La temperatura era agradable y la arena aún mantenía la tibieza del sol. Además, regresar en medio de la oscuridad habría significado poner en riesgo la seguridad de los más pequeños. Desde la playa podíamos ver las luces de otras islas parpadeando en la distancia. Pero su brillo fantasmal era una ilusión de los sentidos. Antes de caer la noche y de que la oscuridad no permitiera ver más allá de algunos metros, un grupo liderado por Roy subió hacia una casa abandonada en busca de madera. Era vital encender una hoguera para calentarnos. Cuando regresaron, venían alegres y cantando a todo pulmón, asustando a las lechuzas que volaban entre las sombras con sus inmensos ojos de diamantes. Roy ayudó a arrastrar una caja de madera. Guadalupe permanecía callada a mi lado. A ratos dibujaba trazos con una vara sobre la arena. Pensé que copiaba las constelaciones en el cielo como una corona luminosa. Lucía diferente, como si las calamidades la hubieran hecho madurar más rápido de lo previsto. En ese

momento noté la cicatriz sobre su hombro. Cuando se percató de mi interés, la frotó con arena y me miró.

—Fue un presente de mi padre —dijo—. Las hizo con un hueso de ballena encontrado en la playa. En su momento fue doloroso, pero ahora no. Ahora solo es un recuerdo de hasta dónde puede llegar el amor de un padre —finalizó, extendiéndome el hueso cuya palidez parecía decirme algo. Tomó mi mano y la hizo girar para observar con detenimiento las líneas de mi palma: la línea de la vida, la del corazón, la del destino. Luego agregó, como si fuera capaz de leer toda mi vida:

—No tendrás hijos. Y tampoco serás feliz.

El grupo descargó la leña sobre la arena apilándola en un estrecho círculo. Encendieron el fuego y en cuestión de segundos las llamas iluminaron la vastedad de la playa. La brisa cargada de sal soplaba desde el mar. El fuego crepitó con un fulgor de estrellas fugaces avivado por el viento, estallando en un infierno colorido. Cuando fuimos a quemar la caja de madera, descubrimos en su interior algunas botellas de licor. Roy abrió una de ellas y brindó por Abraxas, dios del fuego que todo ilumina y todo destruye. Los más pequeños contemplaban las llamas con temor. Ninguno había sido iniciado en el reino de lo ígneo. El fuego nos hechizaba con su lengua ardiente de perro, de gato, de pájaro con plumas rojas y quemadas, el pico cubierto de cenizas, pero las cenizas eran anteriores a la tierra, al hombre, a los planetas. Las botellas pasaron de boca en boca, como si todos nos hubiéramos propuesto como fin el olvido, convertido en demonio, brincando entre lenguas de fuego tan antiguas como la humanidad. En ese momento escuchamos una risa fuerte y juvenil a nuestras espaldas, los pasos vacilantes descendiendo por el sendero de arena, bajo la sombra de las dunas. Nos asombramos con la silueta de la muchacha que surgía de la nada. Nos vimos

extrañados porque ninguno la conocía. Cantaba desde la inmensidad de la noche con una voz ronca y desgarrada como si hubiera escapado de un manicomio: «Amor mío, la noche era un dragón dormido, cuando te conocí. El movimiento de una oruga subiendo el árbol del paraíso». Pasó a nuestro lado y cruzó el fuego sin quemarse; medio desnuda, desgredada. Comenzó a danzar alrededor de la hoguera, pero las llamas solo acariciaban su sombra. La vimos desnudarse en la turbulenta noche. Los más jóvenes quedaron boquiabiertos. Nadie sabía de dónde había salido ni cómo demonios había llegado hasta aquí. Cuando volteé a mirar a Guadalupe bajo el resplandor de la playa, había desaparecido. Solo la vara de bambú permanecía enterrada bajo las constelaciones de arena como símbolo de su oscuro corazón. Un corazón que nunca alcanzaría a descifrar.

Al día siguiente despertamos tarde. Los restos de la hoguera humeaban sobre la arena. El humo desaparecía arrastrado por la brisa. Quizás todo había sido una pesadilla del licor. Vi a los niños dormidos en grupos, abrazados sobre la hierba que el viento mecía. El sol estaba alto en el cielo. Busqué instintivamente a Guadalupe y a Roy, pero no los encontré. Los niños comenzaban a desperezarse sobre la arena. Tenía la boca reseca y la extraña sensación de que todo había sido un sueño. Una de las niñas pequeñas se acercó arrastrando una vieja muñeca cubierta de barro y me preguntó: «¿Qué vamos a comer hoy?». En ese momento caí en cuenta de que teníamos un par de días sin comer. No iba a ser tarea fácil alimentar a esa muchedumbre hambrienta. Me di a la tarea de improvisar un campamento con la ayuda de los más grandes. Luego los organicé en grupos para asignarles tareas específicas. Los más pequeños irían a recoger mariscos y cangrejos a la playa; otros saldrían a pescar con redes y anzuelos. Me dediqué con el tercer grupo a buscar alimentos en las casas;

el resto salió a buscar frutas y conservas almacenadas en un depósito para casos extremos. Ya dije que no iba a ser una tarea fácil alimentarlos, pero tampoco iba a dejarlos morir de hambre. Mi estómago también se quejaba haciendo ruidos insoportables. Al mediodía, Guadalupe y Roy regresaron con una docena de aves marinas atrapadas en los acantilados. Torcimos sus pescuezos, las desplumamos y preparamos una sopa, que tenía un sabor horrible, pero era mejor que tener hambre. Por la tarde regresamos al poblado con la intención de recuperar algunos materiales que nos fueran de utilidad. Escogimos una casa, sostenida sobre pilotes de cemento, que aún se mantenía en buen estado para usarla como refugio y base de operaciones. En los escombros de la oficina del puerto encontramos una radio portátil y logramos hacerla funcionar luego de varios intentos. Por la noche, y con una buena dosis de paciencia, sintonizamos algunas emisoras del continente. Allí nos enteramos de que el ciclón, uno de los peores de la temporada, había arrasado una extensa área de la región insular. Ahora sabíamos que nadie vendría por nosotros durante un largo tiempo. Nuestra supervivencia iba a depender fundamentalmente del ingenio y del deseo de no sucumbir frente a las adversidades. Escuchamos las noticias de una guerra lejana desencadenada por una invasión. Esa noche dormimos amontonados sobre camas hechas con sacos de arena. En la oscuridad, cuando el viento ululaba sobre los montículos de arena, escuchaba los llantos muy quedos, mezclados al ruido de la estática. La voz ronca y sensual de una presentadora anunciaba el inicio de un programa de variedades musicales de antaño, donde tocaban melodías tan tristes como nuestras vidas.

XXIII

Durante días vivimos a la deriva. Éramos náufragos abandonados a su suerte por un dios cruel e inhumano. Íbamos a las playas cercanas al muelle cuando el viento se calmaba, a esperar por alguna ayuda llegada desde el continente. Lanzamos decenas de botellas al mar con mensajes de auxilio; los más jóvenes escribían poemas y cartas de amor a sus padres donde prometían portarse bien cuando regresaran. Organizamos puestos de vigía en las dunas cercanas, con la esperanza de avistar embarcaciones a las que pudiéramos hacer señales de SOS; pero el mar agitado y las condiciones del clima impedían a cualquier nave acercarse a la costa. Intentar salir a mar abierto en esas condiciones habría significado la muerte. Cada noche sintonizábamos la radio portátil para tener noticias del continente, pero nunca, durante todo ese tiempo, escuchamos hablar de las islas. Era como si no existiéramos o el ciclón hubiera borrado cualquier vestigio de nuestra existencia. Revisando los escombros de las casas que aún se mantenían en pie, dimos con un depósito de alimentos secos

oculto en un cobertizo cerca de a la plaza. Y aunque era una buena provisión de víveres, decidimos racionar los alimentos, ya que no sabíamos cuánto tiempo deberíamos esperar por la llegada de los barcos de auxilio. Los grupos iniciaban sus labores al amanecer. Trabajábamos sin descanso hasta la puesta de sol. Pescábamos cerca de los acantilados donde podíamos encontrar los peces más grandes y carnosos; robábamos los huevos de las iguanas enterrados bajo la tibia arena y nos las ingeniábamos para arrancar las conchas de moluscos adheridas a las grandes rocas; estas eran las más difíciles de sacar y nos dejaban las manos cubiertas de sangre. Usábamos piedras para romper las valvas y extraer la carne viscosa de las almejas. Cuando veíamos las nubes oscuras amontonarse en el cielo como alfombras grises y amenazantes, regresábamos corriendo al poblado a esperar que el clima se calmara y nos diera un respiro. Veíamos llover durante días interminables. Los más pequeños jugaban cercanos a las casas, indiferentes al barro y a las dificultades impuestas por el clima y las difíciles condiciones de la isla. Pero luego de vivir durante varias semanas en situaciones de extrema pobreza y lograr salir adelante en nuestra lucha contra la naturaleza, fuimos dándonos cuenta, al paso de los días, que ya no nos importaba en lo más mínimo que alguien viniera a rescatarnos. En el fondo de nuestros corazones descubrimos algo que sería crucial para nuestro futuro. Habíamos aprendido a vivir sin la presencia de los adultos: sin padres, ni maestros que rigieran nuestras vidas, nadie que regulara nuestra libertad de hacer lo que nos daba la gana y se sintiera, de algún modo, dueño de nuestras existencias. Ahora ni siquiera los pequeños querían que los adultos regresaran a la isla. Montábamos guardias todas las noches para protegernos de una posible invasión. Roy y Guadalupe lideraban las reuniones donde se tomaban las decisiones de la comunidad. Las votaciones se realizaban con

un antiguo sistema de conchas marinas, copiado de los griegos. Yo, el único adulto en la isla, había sido hecho a un lado, y ahora me veían con desconfianza. Ya no me permitían ir solo a ningún lugar. Si aún estaba con vida se debía a Guadalupe, quien siempre abogaba por mí en las reuniones donde pedían mi expulsión, y otros, quizás más temerarios, mi cabeza. Mis sugerencias eran frecuentemente rechazadas por el Consejo, y en raras ocasiones solicitaban mi ayuda para resolver problemas donde la experiencia era un factor determinante. De resto, me hacían a un lado sin contemplaciones, y hasta los más pequeños, que anteriormente se sentían seguros conmigo, me miraban con reticencia. En una de las excursiones por la isla, descubrieron un parque de armas viejas en las instalaciones de un antiguo fuerte militar devorado por la selva. Las armas, viejos fusiles máuser, aún funcionaban. Me dieron la tarea de enseñarlos a disparar y a recargar las armas con rapidez. Además los instruí en tácticas de combate y guerrilla, en lucha cuerpo a cuerpo y en técnicas de camuflaje. Aunque luego por las noches me encerraran en un cobertizo bajo llave. «Es por tu propio bien», decía Guadalupe, quien se había alejado de mí, como un viejo amor echado al olvido. «Pronto regresarás a casa», decía. Pero yo no sabía lo que significaba regresar a casa. Toda mi vida había sido un espíritu errante, una especie de vagabundo. Nunca había tenido un verdadero hogar. Cada vez me apartaba más del mundo con la convicción y la fe de los ermitaños. Dedicué parte de mi vida a escribir historias que nadie leería. En ese intervalo, entendí que el verdadero sentido de la ficción consistía en lograr mentir de tal manera, que lo que nunca sucedió, lo que nunca pasó, acabara convertido en la más atroz realidad. Un hombre cuyas raíces se aferraban al aire y viajaban con el viento fresco de la madrugada. Sin saberlo, sin percibirlo siquiera, me había convertido en un paria, en unapestado de la comunidad.

En ocasiones podía salir en uno de los grupos, pero la mayor parte del tiempo permanecía confinado en la cocina, bajo la vigilancia de los más pequeños. Seguramente temían que a la menor oportunidad pudiera envenenarlos. Pensaba en la isla como una entidad viva y misteriosa que se había vuelto en mi contra: las dunas, la selva, las montañas y el océano, solo estaban allí para tomar posesión de mi vida y devorarla lentamente. Que los dioses de los que hablaban los niños todas las noches antes de irse a dormir, tal vez existían después de todo, y estaban aquí, alrededor, como pájaros agoreros revoloteando sobre mi cabeza, decidiendo mi destino, eligiendo el camino que debería recorrer sin fatiga hasta el final de mis días. Yo, que había sido un incrédulo a perpetuidad de la idea de Dios, ahora apostaba a mi redención para salvarme de una isla que me perseguía hasta en los sueños, respirando su terso aliento de mariscos podridos. ¿Quién podía saberlo? Esa noche, uno de los niños apostado de vigía en una de las torres, tocó la campana con desesperación señalando con la bandera hacia el mar. Fue entonces cuando distinguimos entre la espesa la niebla, la oscura silueta de una embarcación que hacía sonar su sirena de buque fantasma a lo lejos. Nos estremecimos deseando que no fuera cierto, que una vez más la isla nos engañara con sus ardidés, haciéndonos ver un inmenso buque donde solo existía el sombrío resplandor de las aguas.

Todos estábamos inquietos por la presencia de la embarcación anclada en las inmediaciones del puerto, en medio de la niebla. El sonido de la sirena sobre la inmensidad del océano era el lamento de un animal herido buscando un lugar donde morir. Los más pequeños se frotaron los ojos asombrados, sin creer lo que veían. Pensamos que era una visión irreal creada por nuestro deseo de ser rescatados y que, de un momento a otro, desaparecería envuelto por la bruma. Pero cuando escuchamos el rugido de los motores y el sonido de voces lejanas

impartiendo órdenes entre las olas, supimos que era cierto. Estaban aquí, finalmente habían llegado como una de las peores plagas del continente. Toda nuestra vida, nuestra lucha de los últimos meses, todo lo que habíamos construido con nuestras manos, con nuestro sudor, con nuestro ingenio; soportando noches de insomnio y las inclemencias de un clima empeñado en destruirnos, desaparecería en un abrir y cerrar de ojos en el preciso instante en que desembarcaran y tocaran tierra. Nuestras vidas iban a cambiar para siempre. En ese momento, nos debatíamos entre ir con banderas y flores a recibirlos al muelle como si fueran los salvadores del mundo o si, por el contrario, tomaríamos las armas de nuestros antepasados y nos prepararíamos para la defensa. Roy y Guadalupe dudaban en ese último instante, cuando no se podía dudar. Entonces, como si una vieja maldición me rondara, vi los ojos temerosos y esperanzados de los más pequeños, quienes estaban a la espera de una decisión providencial para lo que estábamos a punto de enfrentar. Pensé en la frase de un viejo héroe al que nadie recordaba: «Vacilar es perderse». Así que, sin demora ni dudas, asumí la defensa de la isla —aún a riesgo de mi vida—, contra los invasores que ya descendían en botes de remos para llegar a la costa. Yo, menos que nadie, quería regresar al mundo dejado atrás, hundido en el más feroz olvido; aunque sabía también que «el olvido podía ser una forma profunda de la memoria». Ese mundo desechado como una terrible enfermedad, regresaba esta vez en la forma de un nefasto barco aproximándose a la costa. Si hubiera tenido un cañón, de seguro lo habría volado en pedazos. Como pude organicé la defensa. Impartí órdenes a los más grandes. Tomamos los viejos fusiles y nos apostamos detrás de los escombros de las casas, donde no alcanzaban a vernos. Cuando se aproximaban remando en dirección a la playa, hicimos los primeros disparos de advertencias; las balas pasaron rozando

sobre sus cabezas. Por un momento se detuvieron, asustados; tratando de adivinar de dónde venían los disparos, pero no lograban vernos en la niebla. Continuaron remando con temor, así que esta vez apuntamos al corazón del que parecía ser el jefe. Luego de la descarga y la humareda, cuando el silencio se hizo insoportable, los oímos gritar obscenidades en medio del mar. Entonces lo vimos llevarse las manos al pecho y caer de bruces sobre el agua. Su cuerpo se hundió bajo las olas. El resto de los hombres retrocedió disparando en cualquier dirección y remando con fuerza de regreso a la nave. Ni siquiera trataron de recuperar su cuerpo. Los vimos desaparecer como una oscura visión al final de la noche. Todos aplaudían nuestro triunfo. Al día siguiente el mar arrojó el cadáver a la playa. Los peces habían mordisqueado su cuerpo hasta el cansancio. Vestía un uniforme de paño azul con botones dorados y guantes de cabritilla. Pero lo que más nos impresionó fue la enorme peluca blanca llena de diminutos cangrejos entre las hebras y mechones de cabello artificial. Su rostro —que aún conservaba restos de polvo de arroz— era tan inexpresivo como la bala que le había cruzado el pecho. Lo sepultamos en las dunas, pero solo colocamos piedras con una inscripción latina: *hodie mihi cras tibi* para marcar el lugar donde lo habíamos sepultado. Guadalupe y Roy se acercaron a pedir mi ayuda:

—Lo que está por venir va a ser peor —dijeron—. No es tu guerra y no tienes responsabilidad con nosotros. Mucho menos, después de todo lo que te hemos hecho.

En el fondo eran niños, más allá de sus defectos y virtudes, y no los culpaba por los actos terribles cometidos durante sus breves vidas. Esa noche, antes de irnos a la cama, escuchábamos las noticias. Algunas de las islas cercanas habían sido ocupadas por un ejército invasor. Tarde o temprano regresarían a vengarse, y en esa ocasión, serían muchos más los que

llegarían como enjambres de avispas furiosas. Intenté dormir un poco, pero el insomnio siempre es un animal persistente. Guadalupe se acostó a mi lado. Ninguno de los dos lograba conciliar el sueño. Pensamos en el hombre muerto enterrado bajo las dunas y en lo fácil que había sido halar el gatillo para defender un pedazo de tierra que se había adueñado de nuestras vidas. Afuera escuchamos el canto de una lechuza cazando entre las sombras. Cuando finalmente logré cerrar los ojos, pensé en lo bueno que sería perderse para siempre en el inquieto laberinto de los sueños.

Al siguiente día, cuando comenzábamos las labores rutinarias, escuchamos los gritos de los más pequeños y corrimos con las armas hacia la playa. Allí encontramos el cadáver hinchado de un caballo. El oleaje lo había arrastrado a la orilla. Era un animal hermoso, de complexión robusta; más alto y fornido que cualquier otro visto. Sus patas se movían cada vez que una ola lo alcanzaba golpeándolo en los flancos. Tenía los ojos negros de un semental que ha vivido para la lucha sin tregua. Los más pequeños lo veían con admiración. Todos, sin excepción, nos preguntábamos cómo había logrado llegar hasta aquí, de dónde había venido; puesto que nunca habíamos visto caballos en la isla. Algunos pensaron que había saltado al agua desde el barco. Guadalupe se acercó al hermoso animal. Se arrodilló frente a él y le acarició la crin, donde yacían enredadas sargas de algas verdosas. Luego se puso de pie y volteó a mirarnos, circunspecta, como si estuviera a punto de revelarnos uno de los sellos ocultos del apocalipsis.

—Es el caballo de Troya —dijo con tanto aplomo y seriedad, que a todos nos pareció irrefutable—. Es la terrible señal de los tiempos por venir.

Todos las miramos consternados mientras rodeábamos al animal como en una ceremonia fúnebre. De la boca del caballo surgían diminutos cangrejos blancos y transparentes que

escalaban los belfos para luego saltar al agua cada vez que una ola golpeaba la cabeza del equino bañándola de blanca espuma.

XXIV

Cuando desperté, lo primero que vi fue la luz de una linterna taladrando mis córneas, dejándome ciego de tanto resplandor. Mis ojos eran una herida de recuerdos confusos en mi cabeza: paisajes de piedra renegridos cubiertos por una hierba rala donde el cielo, de una claridad infinita, parecía habitado por nubes malvas, cuya coloración las hacía lucir como salmones muertos. La brisa movía las cortinas de la habitación, dejando ver durante segundos, el azul cobalto del mar a veces oscurecido por el paso de una nube. El movimiento desordenado de una cabellera batida por el viento habría resultado más real, más espontáneo, aunque la luz se empeñara en desvanecer las formas del mundo, hasta casi borrarlas por completo. La blancura del aire parecía transformarse en la continuidad absoluta de la ceguera, a donde era conducido como Edipo. Avanzaba hacia una luz deslumbrante que hacía desaparecer todo. No solo la oscuridad cegaba. La luz podía ser también un martirio: un mundo blanco, incoloro, lleno de pigmentos de materia grasa, como una pintura. El ruido del ventilador

colgado del techo arrojaba bocanadas de aire tibio semejando el aliento de un dragón dormido al que se debía tener cuidado de no despertar. Tomé una bocanada de aire. Mi boca era una piedra cansada en medio de un camino que conducía al más temido de los infiernos.

—Va a estar bien —dijo el médico sujetando mi pulso con firmeza. Luego sentí un ligero pinchazo en el brazo izquierdo y un líquido ambarino y tibio inundó mis venas como un torrente de agua fresca. La sensación duró nada más unos segundos, pero fue reconfortante. Lo que me inyectó comenzaba a hacer efecto.

—No se entusiasme —dijo— solo es un calmante. Está muy deshidratado debido a la insolación. El sol golpea con fuerza inusitada en la isla en esta época del año.

Los ojos me dolían. Cada vez que intentaba abrirlos el dolor se tornaba insoportable. Aun así, como el acto reflejo de quien se sabe en una situación fuera de lo normal, traté de abrirlos lentamente, con delicadeza. Desde la cama apenas alcanzaba a ver las manos delgadas y blancas enfundadas en guantes de látex, moviéndose en el aire igual a sombras de pájaros a punto de volar hacia regiones ignotas. La habitación olía a alcohol y a esos detergentes antisépticos que borran los olores a fuerza de restregarlos todos los días. La pureza era un animal inodoro que vivía en el interior de los hospitales, pero aquello se tornaba peor cuando el paciente era uno. El médico retrocedió unos pasos. Me observó y sonrió mostrando la dentadura amarillenta, típica de los fumadores empedernidos.

—En unos días estará bien —repitió—. Tiene suerte de haber subido a la montaña acompañado. De otra forma no la estaría contando —finalizó.

La muchacha permanecía detrás, en silencio, fuera de mi ángulo de visión, hasta que adelantó unos pasos. Su silueta avanzó hacia la suave y clara luz que se derramaba en la

habitación como oro derretido. Llevaba el mismo vestido blanco de aquella mañana, pero ahora parecía más hermosa de lo que recordaba. Se aproximó a la cama y me sonrió con ternura tomándome la mano. Los recuerdos de la excursión fueron emergiendo a medida que la claridad devoraba los últimos vestigios de las sombras en la habitación.

—Le debe su vida a ella —insistió el médico—. Aunque, para ser honesto, la vida no tiene mayor importancia en las islas. Aquí cualquier animal con vida como la conocemos se seca en cuestión de horas. Nada se resiste al clima. El sol solo hace su trabajo, pero tiene un poderoso enemigo en estas tierras: las imprevisibles tormentas que aparecen en cualquier estación y son capaces de arrasarlo con todo. Es mejor no olvidarlo.

Pasé la noche en el pequeño hospital, durmiendo a trechos entre los ruidos de un muelle cercano. A ratos me despertaba el sonido de un auto cruzando la calle a oscuras. Había enormes insectos del otro lado de la ventana, bajo el resplandor de las lámparas. Las sirenas de los grandes buques anclados en la soledad del puerto anunciaban su pronta partida. Las primeras embarcaciones comenzaban su lento movimiento envueltas en un velo de niebla. Escuché a un grupo de pescadores que cruzaban la plaza a esa hora de la madrugada. Es extraño, pero a veces nos interesamos más en los detalles triviales, en lo que parecía carecer de importancia. La radio encendida esparcía la melodía de una vieja canción africana: *Awa Yo Okeyi*, repetía sin cesar la voz desgarrada por la nostalgia. En las emisoras locales solo se hablaba de la guerra. Todos se preparaban para la gran confrontación: luchar y aniquilar a un enemigo desconocido. ¿Cómo luchar contra gente a quien nunca ha visto y con quien nunca has tratado? ¿Acaso era más fácil matar a un extraño? Pero aún no sabían contra quién lucharían, ni de qué lado estarían. Hasta los pacifistas estaban obligados a tomar partido.

Entre las sombras, donde apenas llegaba una claridad difuminada, alcanzaba a ver la mesa de madera, y sobre ella, un jarrón con flores. Más allá la mujer dormía en la penumbra, recostada en un mullido sofá de cuero. Escuchaba su respiración serena que, por momentos, producía extraños sonidos que surgían, seguramente, del mundo febril de sus sueños. Luego trepaban vacilantes hasta la boca húmeda de hermosos dientes blancos. Hay algo de grotesca imperfección en las bocas; grutas tibias, de rictus inconclusos, donde la inocencia podría perderse para siempre, si la boca sonriera o acabara en esa mueca que la acercaba a las máscaras de la tragedia griega. Una boca podía ser tantas cosas al mismo tiempo. Podía ser amable y cruel, morder y lamer con la fruición de un perro, restañando las heridas como las hienas que ríen hasta en la muerte. Podía también sonreír con inocencia y ser la misma boca que besa a los niños cuando van a la escuela, o muerden la boca del amante hasta hacerlo sangrar. También podía ser la valva entreabierta y húmeda que aprisionaba el grano de arena que luego se transformaría en perla, y cuyo brillo venía de las profundidades más abyectas. La boca era un camino para la devoción o el deseo, para la oración o la blasfemia, para sonreír o padecer, y ella parecía poseer una boca carnosa de donde podía extraerse el placer que provee una fruta podrida antes de ser devorada por los gusanos; que luego, horas más tarde, la emprendería contra su propia carne, sus propios huesos, contra su propia boca enrojecida y cuarteada, ahora mascullando una frase venida del mundo de los sueños. «¿Moriste hoy?».

Me senté en la cama todavía mareado. Un vapor tibio venía desde la calle. El calor se hacía más intenso por el efecto de la inyección. Me acerqué a la muchacha y sentí que su tibio aliento lo inundaba todo. Aún tenía un ligero malestar en mis ojos, pero el dolor había desaparecido. Tropecé con la mesa y

estuve a punto de derribar el florero, pero logré pescar el jarrón antes de caer en el piso. Me senté a su lado aguardando que despertara. Siempre me gustó ver dormir a una mujer; espiar sus sueños, sus movimientos de ave atrapados entre los barrotes del deseo. El ritmo sosegado de la respiración, yendo y viniendo, igual al fuelle de un acordeón, acompasado, rítmico, como si tocara una música triste. Hay una sensación de abandono cuando se duerme al lado de un extraño, aunque este se encuentre ciego, con el cuerpo cubierto de quemaduras. Tomé un sorbo de agua para refrescar mi garganta y me acerqué a la muchacha que dormía plácidamente sobre el sofá. Estábamos tan cerca que casi respirábamos el mismo aire. De seguro olfateábamos los mismos olores que traía la brisa marina. Tomé una frazada y cubrí su cuerpo. Su respiración se parecía a la de un río subterráneo que ha viajado desde lejos cruzando las entrañas de la tierra, donde no llega el aire, ni la luz. A veces pensaba que solo estamos despiertos cuando soñamos y abandonamos el cuerpo, que parece flotar en el aire sereno, y desde donde podemos ver los restos del naufragio. De seguro, solo estamos despiertos en nuestros más profundos sueños, cuando cruzamos el estrecho pasadizo donde nadie nos aguarda. En esa hora imprecisa, cuando el paisaje se llenaba de un silencio intolerable, estábamos aquí, frente a la burbuja agonizante de la noche, a punto de estallar sobre nuestras cabezas. A través de la ventana se vislumbraban tonos violetas, manchas rojizas en el cielo, a esa hora cuando todas las sombras parecían aferrarse a la noche que se diluía en la lejanía, para dar paso a una luz incipiente, al movimiento de la vida resurgiendo una vez más, a medida que la claridad iba adueñándose de todo. Y aunque permanecíamos inmóviles, uno al lado del otro, como serenas estatuas, sentía su cuerpo tan lejano como el último de los planetas de la vía láctea; su boca pálida, obscena, apenas iluminada por los albores de la mañana, seguía siendo hermosa

cuando los primeros rayos de luz comenzaron a inundar la habitación. Me asomé a la terraza y vi las nubes formándose en el cielo, asomando sus blandos y acerados rostros. Cuando volví, la muchacha estaba en el cuarto de baño. Por un momento la escuché llorar. Las paredes eran tan delgadas que dejaban oír su llanto junto al sonido del agua del lavabo. ¿Cuánto dolor podía esconderse en el alma humana? Al regresar tenía los ojos rojos de quien ha llorado mucho en la vida. No habíamos tenido mucho tiempo de hablar en la montaña. Yo le debía mi vida, pero el valor de una vida era relativo si la vida carecía de sentido. Apenas recordaba de una manera confusa los hechos de esa mañana: el ascenso a la montaña, la piscina de agua donde habíamos descansado uno junto al otro, los destellos de luz temblando sobre el muro cuando el sol rompía la superficie, algunas palabras dichas al azar, el pequeño libro, cuyo título había olvidado por completo, la brisa seca calentando el paso de las horas, algunas cabras escalando entre las piedras amarillentas. Era todo lo que recordaba. Ni siquiera sabía su nombre. Toda mujer era un misterio, una máquina de abatir certezas. La presencia de diosas primigenias de las islas florecía en la estación lluviosa, impulsándonos a ir más allá de nuestras fuerzas, transformando nuestra debilidad en fortaleza, nuestra cobardía en coraje, para luego, un buen día llegar a casa y encontrar una nota perfumada sobre la cómoda, y algunas palabras escritas sobre la felicidad perdida y el amor que se desvanece como el humo de los días. Al final, solo quedaba un ligero perfume sobre la almohada, la ilusión de una fragancia que desaparecía con el tiempo. Los olores también se parecían al olvido que vamos construyendo como una torre con pasadizos secretos, fosos y trampas donde habita la nada: más allá del oscuro corazón de lo que se ha perdido.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunté de nuevo—. Nunca lo dije— respondió.

Más tarde, luego del desayuno y firmar los papeles que trajo una enfermera en donde me daban de alta, un carro del colegio vino a buscarnos. El chofer, un viejo de aspecto alegre al que había visto en varias oportunidades, me habló:

—La directora le desea una pronta recuperación. Debe tener más cuidado en sus excursiones —dijo con voz pausada, mirándome a través del retrovisor—. También dijo que lo vería pronto. Además, le tengo buenas noticias. El gato apareció.

Tenía un par de semanas en la isla y todavía no conocía a la directora. ¡Bueno, ya la conocería! Cruzamos la larga avenida costera cubierta de palmeras. De un lado estaba el mar, y del otro pequeñas casas coloridas agarradas al borde de la *corniche*. Nos internamos por la carretera de tierra y subimos la cuesta dejando una inmensa polvareda. Entonces vimos el colegio en lo alto de la colina. Bordeamos el muro de piedras calcáreas donde las hierbas se aferraban a la misericordia de la vida y solo conocían un poco de paz en las horas nocturnas, cuando la brisa condensaba la humedad marina. El auto se detuvo frente a la cabaña. La muchacha me ayudo a bajar. Cruzamos el jardín donde los almácigos comenzaban a brotar. Cuando abrió la puerta, vi al gato sobre la cama, ronroneando perezosamente como si estuviera esperándome. Vino a recibirnos frotándose contra nuestras piernas, como si nunca se hubiera ido, como si hubiera estado toda la vida aquí. La joven profesora se despidió, no sin antes decir que si necesitaba algo, solo debía marcar su extensión. Antes de cerrar la puerta me miró y dijo:

—Etienne. Me llamo Etienne. Y ahora que he salvado tu vida, podría decirse que soy tu dueña —finalizó, sonriendo y llevándose al gato consigo hasta el patio de cemento donde las plantas del jardín crecían bajo los árboles mecidos como sombras chinescas agitadas por el viento.

—Etienne... Etienne —sonaba a música.

Es un hermoso nombre, pensé. Tal vez hasta pueda convertirla en personaje de la novela. Ya veremos...

Me recosté un momento a descansar de la insolación y de los doctores. Los maldije en silencio pronunciando un mantra por la salud de todos ellos, cuando sentí un pequeño objeto punzante en el bolsillo del pantalón. Revisé y allí estaba el hueso de la ballena igual a una blanca lanza. Sus bordes afilados casi podrían rebanarle el cuello a cualquiera, sin distinción de credo, raza o condición social.

Coloqué el hueso sobre la mesa de noche y cerré los ojos. Mi cuerpo se iba acostumbrando a las bondades de la luz. «Si suprimes el recuerdo de la herida, suprimes el dolor. Pero nada como el dolor del amor para sentir la vida fluyendo en tus venas». Entonces, pensé en Etienne y el dolor desapareció como por arte de magia. En ese momento el gato subió de un salto a la ventana y se quedó allí, pegado al cristal, como una estatua de obsidiana negra. La tarde desaparecía bajo mis párpados extraviados.

XXV

Una noche, los niños que hacían su labor de vigías apostados en la parte alta de la montaña, encendieron la hoguera y vinieron corriendo atravesando las dunas, para alertarnos del gran número de luces que flotaban en la inmensidad del mar, alrededor de la costa. Rápidamente despertamos a los más grandes e intuimos lo peor. La invasión había comenzado. Subimos la cuesta hacia las primeras dunas. El cielo parecía un inmenso árbol lleno de estrellas; ráfagas de viento cargadas de arena nos cortaban el rostro. Cuando llegamos arriba, divisamos las luces diseminadas a lo largo de la línea costera. Eran como enormes ojos de búho en la oscuridad. Al principio pensamos podía tratarse de la ardentía, que en esta época del año emerge de las profundidades y flota a la deriva inundando el océano de brillos fantasmales. Pero al amanecer, cuando la niebla se disipó, vimos la imponente silueta del acorazado junto a un grupo de naves más pequeñas detenidos a kilómetros de la costa. Todos respiramos agotados después de subir la cuesta. Roy enfocó el catalejo y vio las naves en la

lejanía. Notó el movimiento de tropas en las cubiertas de algunas de las naves. Un puñado de soldados descendió por las escalerillas de cuerda hacia las lanchas de asalto, que en esta ocasión llevaban sólidos escudos de acero en la proa con el fin de evitar las balas de francotiradores. Cuando apenas comenzábamos a preparar la defensa de la isla, el rugido de un cañonazo nos dejó sordos, y una de las casas donde nos habíamos refugiado en los días más feroces del ciclón voló por los aires en pedazos envuelta en una oscura nube de humo. El acorazado comenzó a bombardear el poblado a intervalos. Las calles se llenaron de una densa humareda que no nos permitía ver más allá de unos metros; los escombros saltaban por todas partes bajo el fuego de la metralla. Por suerte, días antes, habíamos tenido la previsión de evacuar a los más pequeños y llevarlos a lugares seguros en las montañas. Sabíamos que esto sucedería tarde o temprano, por eso nos habíamos dado a la ardua tarea de cavar trincheras en la playa y colocar trampas como habíamos aprendido con los niños del poblado. Sin embargo, era imposible resistir una invasión de esas proporciones con el pobre armamento que poseíamos, por lo que decidimos dividir nuestras fuerzas en pequeños grupos y dirigirnos a diferentes lugares de la isla. Recogimos lo indispensable: provisiones, armamento, y abandonamos el pueblo. Roy partió con los más grandes hacia las montañas del sur. Guadalupe y Benjamín se dirigieron con los otros a las cuevas en los acantilados. Marché con el resto de ellos hasta los límites donde se unían el desierto de dunas con la selva. Allí, el conocimiento del terreno y las trampas de arena serían nuestra ventaja. Desde esa posición nos internaríamos en la selva donde habían encontrado el viejo fuerte militar. Mientras nos alejábamos del bombardeo, vimos como el poblado se convertía en un infierno dantesco; los restos de las casas ardían en medio de la noche como grandes hogueras

que iluminaban la playa. Más tarde, las tropas desembarcaron y avanzaron por el poblado disparándole a todo lo que se moviera, pero ya no quedaba nada, solo un murmullo sombras danzando sobre el fuego. El infierno desatado por los invasores había sido en vano. El grupo de Roy, quien tenía una posición privilegiada desde las altas montañas, los espiaban ocultos entre las rocas. Luego nos enviaban la información con mensajeros que cruzaban las líneas enemigas corriendo igual a chasquis. La mayoría de los soldados ni siquiera sabía contra quién combatía. Todos vestían uniformes y pesados arreos militares que no les permitían moverse con facilidad. Tomaron los restos del poblado para asentar su base de operaciones. Durante días trataron de dar con nuestro paradero, pero teníamos la ventaja de conocer el terreno y evadirlos mejor que nadie. Éramos capaces de prolongar la ocupación durante años. Si alguien les hubiera dicho que se enfrentaban a niños, habrían soltado una carcajada. Un caluroso día los vimos avanzar y cruzar el desierto de dunas, hasta acercarse a los acantilados donde se refugiaba el grupo de Guadalupe. Era un pelotón de unos veinte soldados armados. Pero antes de que se acercaran a la inmensa pared de piedra, tratamos de alejarlos de allí. Así que llamamos su atención haciendo un ruido infernal y disparando nuestros fusiles desde los límites que separaban la selva del desierto. Corrieron hacia nosotros trepando las dunas amarillentas, sin sospechar que corrían hacia su perdición. Cuando descendieron, los vimos caer en las arenas movedizas y hundirse en el mismo lugar donde los viejos habían desenterrado las ballenas. Ahora sus rostros estaban desencajados y temerosos mientras intentaban liberarse de las trampas abiertas bajo sus pies; sus ojos desorbitados, sus gritos de espanto, proferidos en una lengua que ninguno de nosotros había escuchado antes. Gritaban por ayuda con gestos obscenos e infantiles mientras iban hundiéndose. La

arena los devoraba como una inmensa boca amarillenta. En medio del terror, nos miraban asombrados, tal vez preguntándose en los últimos momentos de sus vidas, qué hacía una turba de niños allí, en cuclillas, viéndolos hundirse en la arena. Nunca supieron que éramos el enemigo. Una de las niñas pequeñas se acercó hasta el borde de la trampa, cuando ya solo alcanzábamos a ver sus cabezas intentando mantenerse erguidas, y les lanzó una vieja muñeca para que les sirviera de compañía en el viaje a las profundidades de la tierra. Luego, levantó su pequeña mano para darles el último adiós mientras desaparecían bajo un remolino polvoriento. La arena los devoraba sin dejar rastros.

Con la desaparición del pelotón, la búsqueda se intensificó. Durante unos días nos ocultamos en el antiguo fuerte militar en medio de la selva, pero sabíamos que pronto darían con él. Así que un buen día decidimos destruirlo y marcharnos. Ahora nos manteníamos en constante movimiento, mudándonos de un lugar a otro para evitar ser atrapados. Sentíamos su presencia por todas partes. Durante un tiempo dejamos de enviar mensajeros, pues, era peligroso arriesgar la vida de los pequeños. Nos convertimos en fantasmas que se movían por la intrincada selva en silencio, como monos salvajes. Bebíamos el agua acumulada de las bromelias y nos alimentábamos de pequeños animales: roedores, gusanos, aves, inmensos insectos atrapados en pleno vuelo. Y aunque cazábamos a diario, sobrevivíamos a duras penas. En ocasiones debíamos comer el alimento crudo. Algunos se enfermaron y sufrieron de fiebres, alucinaciones, pero teníamos una determinación inquebrantable, y no estábamos dispuestos a entregarnos, ni a rendirnos bajo ningún pretexto. Por las noches encendíamos pequeñas hogueras para no congelarnos, ocultándolas con hojas que no producían humo. Contábamos historias descabelladas para darnos ánimo y no sentir la soledad en

medio de la noche. Cuando dormían y el fuego se extinguía entre las piedras, pensaba en Guadalupe y Roy, cómo la estarían pasando. Una mañana, flacos y hambrientos, picados de mosquitos, llegamos a una pequeña laguna de aguas diáfanas, donde pudimos bañarnos y pescar a nuestro antojo. Allí conseguimos descansar un par de días, curar las heridas y sentir que la vida volvía a sonreírnos. Durante la huida habíamos perdido la noción del tiempo, tampoco sabíamos qué había sido de los otros. Solo rezábamos para que estuvieran bien y no hubieran sufrido las penurias vividas por nosotros. Buscábamos puntos de referencia: el árbol más alto, una estrella en el firmamento, algún sendero oculto, que nos ayudaran a ubicar nuestra posición en medio de la selva. La brújula había enloquecido y giraba sin norte dentro de su esfera metálica. Pero la selva era igual en todas partes: una pared vegetal impenetrable, viscosa: hojas y ramas respiraban un aliento de flores trepadoras que ascendían en dirección al cielo; esparciendo su perfume en los lugares más recónditos. Por las noches soñábamos con tigres que saltaban desde el fuego con cada chispa de la hoguera, salamandras arrastrando delgados insectos sobre las ramas frondosas; los aullidos de monos en las copas más altas, haciendo caer una lluvia de hojas sobre la alfombra vegetal. Durante esos días terribles nos olvidamos de los invasores. Ahora solo queríamos recuperar las esperanzas de que jamás abandonaríamos la isla. Estábamos dispuestos a resistir las calamidades y las torturas del mundo para permanecer aferrados a ella. Pero ¿quién era capaz de apostar todas sus cartas al deseo enfermizo de vivir en un lugar tan inhóspito? Observé al pequeño grupo que había venido conmigo —jóvenes a punto de entrar en la adolescencia, niños pequeños y delgados como duendes a los que había que cargar a ratos, muchachas que aún no habían tenido su primera menstruación— y me preguntaba ¿cómo habían logrado

sobrevivir a esta penosa travesía? Nuestras ropas estaban deshechas; algunos de los fusiles parecían intactos; otros se habían oxidado bajo la humedad sofocante. A veces de la boca de uno de los máuseres crecían flores desconocidas, plantas trepadoras enredadas en las culatas como diminutas flores de muerto. Lucíamos tan delgados que casi podía verse la luz a través de nuestras pieles transparentes. Luego de recuperar fuerzas, marchamos a ciegas buscando la costa, dejándonos guiar por ese sentido que atizan el miedo y la desesperación. Caminamos durante días por un sendero de bestias hasta que percibimos el aroma del mar. Todos estábamos felices de volver a ver las olas rompiendo con su blanca espuma en las playas de una costa desconocida. Nos acercamos con precaución, pero no había peligro. Sin embargo, tuvimos cuidado de no salir al descubierto. No estaba muy seguro, pero pensé que estábamos en uno de los extremos de la isla. Decidí escalar una de las vertientes del acantilado para asegurarme. Pero cuando apenas iniciaba el ascenso, de la nada apareció un mensajero apartando los matorrales. Su llegada nos sorprendió gratamente. Era joven. Su cuerpo moreno estaba cubierto de cardenales donde todavía se secaba la sangre y las manchas de barro acumuladas a lo largo del recorrido. Vino hacia nosotros temeroso, como si trajera las peores noticias del mundo; aunque con alivio de encontrarnos. Se aproximó con los ojos abiertos, tratando de alertarnos del peligro inminente. Pero en ese momento se escuchó la detonación del fusil a sus espaldas. El estampido nos dejó sordos por unos segundos. Lo vimos girar como una peonza descontrolada, aflojar las delgadas piernas de mono y tambalearse con una herida sangrienta tatuada sobre el pecho sudoroso. Luego se derrumbó como una torre de piedras a nuestros pies. Algunos niños gritaban conmocionados, pero ya era tarde para la huida o el arrepentimiento. Levantamos las manos como una

clara señal de rendición y nos arrodillamos sobre la arena. En ese momento me percaté que estaba cubierto de sangre. Miré el azul del mar irisado de olas; la playa se extendía como una línea sinuosa hasta los acantilados. Uno de los soldados se aproximó y puso su fusil contra mi rostro. Detrás de mí, escuchaba el llanto triste de los niños arrodillados sobre la arena, revueltos de espuma sucia. Era como si el mundo hubiera detenido su marcha por unos segundos para mirarnos a los ojos desde la eternidad.

XXVI

En esa época, los grandes buques repletos de turistas venían a la isla cuando el calor del verano era más intenso y las altas temperaturas hacían estragos en la población, transformándola en un tórrido infierno. Las hogueras se encendían hasta el amanecer para ahuyentar la plaga de mosquitos que llegaba de los pantanos atraída por las luces de la costa. La mayoría de los turistas deambulaban sudorosos y semidesnudos entre la población local, en medio de la noche iluminada por fuegos artificiales. Todos, sin excepción, parecían asistir a una obra de teatro colectiva. Iban y venían por todas partes, buscando dónde pasar la noche, armando tiendas de campaña en cualquier espacio libre, aquí o allá, suplicando para compartir el espacio bajo una palmera raquítica, o husmear bajo la redondez de la luna, entre los escasos autos estacionados en la playa, la basura de los vecinos. En ocasiones encontraban algo comestible: un trozo de merluza, los restos de una pizza cubiertos de arena, cualquier alimento, viejo o nuevo, al cual pudieran hincarle el diente. En la isla se habían acostumbrado

a comer las mismas porquerías de tierra firme, pero lo peor de todo eran sus enormes panzas de ballena que semejaban cloacas abiertas a la noche y al despilfarro del consumo; más tarde arrojaban sus desechos a las playas cercanas.

Ella vino desde muy lejos rodando como una moneda falsa de cabaret, arrojada a la isla desde el puente de un buque cualquiera, del que solo recordaba su nombre: Victory, o mejor, dando tumbos por la vida de un lugar a otro. Ella se sabía un talismán para la mala suerte lanzado a un pozo de agua sucia. Viajó todo el tiempo borracha desde el continente hasta las islas, y desde allí a una de ellas. Viajaba con amigos —de morro y porro, daba igual— que no eran tal, y que más tarde la abandonaron a la primera señal de que se había quedado sin dinero. «Quebrada y sin amor...», como decía la canción, dijeron sonriendo cuando la echaron del camarote. No era exactamente una buena combinación de palabras para predecir el futuro de nadie. Parecía más bien una versión de *Summertimes*, soplada al oído de un marinero borracho en algún tugurio chino del muelle. Se mezcló entre soldados y pescadores que la seguían con miradas lascivas mientras se desplazaba mareada entre las mesas del Dragón de Oro, para leerle las cartas a cualquiera por unas monedas o una cerveza fría. «Tú no tienes futuro», le decía a uno; «tu mujer te engaña», comentaba a otros. «El as de corazones será tu ruina»; «¡el opio va a matarte... si no lo hago yo antes!»; o «morirás en el mar y nunca encontrarán tu cuerpo». Y aunque ella solo pensaba en huir, en perderse con el siguiente trago, la isla la había atrapado como un inmenso papel matamoscas. No quería tener un destino, ni siquiera una esperanza, pero se estaba muriendo de nostalgia. A veces ni siquiera recordaba quién era, ni qué hacía aquí, en una isla que solo le traía los crueles recuerdos de infancia. Pero algo había aprendido: «Todas las islas son una sola isla. No importan las diferencias». Por la

mañana despertaba en un camarote sucio donde a veces la dejaban dormir, hasta que la echaban del pesquero, y aquí estaba de nuevo con el mazo de barajas en la mano y la cerveza en la otra, interpretando los sueños más tristes de los hombres más turbios, las batallas perdidas en los océanos del mundo, los tesoros hundidos en las profundidades, los deseos de conquistar territorios desconocidos y plantar cruces y banderas a fuerzas de lanzas y mandobles. Diciéndoles lo que querían oír, escuchando sus reclamos de alcoba, sus lágrimas de cocodrilo, susurrándoles versos tristes al oído: *La mer, la mer toujours recommencé*, empujándolos al profundo abismo del océano de donde no saldrían jamás. Pero la suerte no duraba para siempre. Una madrugada, sola y aburrída, se echó las cartas a sí misma y supo que la isla era su destino. Tuvo que ponerse a trabajar de fregona en un pequeño tugurio asiático del puerto por un salario miserable, para luego, por las noches, atiborrarse de lumpias, costillitas de cerdo y sopas de aleta de tiburón. «A este ritmo me convertiré en escualo para Navidad y podré marcharme de esta pocilga nadando...», le decía al viejo de ojos rasgados detrás del mostrador. El viejo chino fumaba cigarro tras cigarro como si fuera un volcán activo; sentado inmóvil detrás de la caja registradora. No entendía lo que decía y solo se limitaba a sonreír mostrando sus grandes dientes, oscurecidos por la nicotina. Guadalupe, que así se llamaba, sonreía con tristeza, sumergida en una idea zen, mientras se secaba las lágrimas para ir a sacar los cubos de basura maloliente y los restos de pescado, seguida de cerca por una docena de gatos que soñaban con el festín de vísceras, escamas, ojos y huesos, antes de que los arrojara al callejón. Ahora creía entender el verdadero sentido de la ironía. Había viajado por el mundo obteniendo un doctorado en filosofía y literatura japonesa, para finalmente acabar des-tripando peces en un tugurio asiático de mala muerte, para

luego, en su tiempo libre, alimentar a los gatos callejeros del vecindario. A veces pensaba si acaso todo no sería parte de un plan secreto, una lección extracátedra que recibía a deshoras, una clase magistral impartida por el destino sobre la humildad de la sabiduría en la ondulante corriente de la vida. De seguro, algo así le habría dicho su maestro, aunque ella misma no estuviera muy convencida. Sabía, eso sí, que a veces almuerzas en el palacio de los reyes, para más tarde cenar en la acera con los mendigos de la esquina, esa misma noche. No había diferencia. «Para entender todo, había que olvidar todo». Además, quién era ella para juzgar los intrincados senderos que escogía Buddha para enseñar las verdades más simples de la existencia humana. Podía reconocer la soberbia de una humanidad cruel y despiadada, opuesta ferozmente a la naturaleza. No existía la belleza a medias: la esbeltez del ave o de la mariposa. Solo existía la mirada pura que las hacía hermosas y sin la cual eran apuntes de biología. Todo existía desde la mirada del otro. Lo que le daba un verdadero sentido a la existencia humana era ese tramado invisible de hilos en la tela, que iban tejiendo los sueños. Penélope lo sabía y por eso tejía y destejía el tapete cada noche. Sin esa trama que nos diseñaba como conjunto éramos la nada, apenas un portentoso vacío. Recordó la historia de su maestro sobre la araña colgando de la pared renegrada del muro, siempre atada a un hilo que la sostenía como a una trapecista sin red, invisible entre las sombras de la inmensa mole de piedra; aguardando inmóvil desde tiempos remotos, la aparición de ese *otro* reservado únicamente para ella, quien cruzaría la noche de los tiempos para llegar hasta la red y ser atrapado, indefenso, en los hilos pegajosos y endurecidos por la brisa. Una mosca entre todas las moscas del mundo, que habitaba un espacio de la noche. Solo que yo —sin siquiera presentirlo, sin siquiera sospecharlo— era la oscura mosca de sus sueños. Entonces,

entre las lágrimas, el jabón burbujeante, la espuma sucia de los platos y el viejo chino de la caja registradora que siempre sonreía sin entender nada de lo que decía, pensó:

—¿Por qué contar la historia de mi vida si puedo contar la historia de todas las vidas?

XXVII

Cuando desperté, todo mi cuerpo era una herida llena de cardenales. Sentía el sabor de la sangre corriendo por mi boca como una fuente subterránea. En algún momento el dolor se hizo tan insoportable, que el más mínimo movimiento de la nave lo ampliaba haciéndome ver las estrellas. Quizá tenía un par de costillas rotas. Estaba tendido boca arriba sobre una plancha metálica. Sentía el oleaje del mar golpeando el buque. Luego de izarme como si fuera un fardo, me encerraron en una bodega, mientras navegábamos hacia un destino incierto. Solo tenía una duda, ¿por qué no habían acabado conmigo de una vez por todas? ¿Cuál había sido el destino de los niños? ¿Estarían con vida o habrían sido arrojados al mar como cebo para tiburones? Cuando nos atraparon los soldados, se tomaban turnos para golpearnos hasta el cansancio. Luego ataron a los niños y, bajo amenazas de muerte, los obligaron a subir a los botes. Los más pequeños rompieron en llanto. Vi cómo partían entre las olas hasta que desaparecieron detrás de los arrecifes. Me dejaron en la playa atado de

pies y manos. Sin duda, me habían guardado para lo peor. Yo era el único adulto y, por lo tanto, el responsable del grupo. Tenía la impresión de que los soldados discutían mi destino. Los oía bromear entre ellos en una lengua desconocida. Se reían intercambiando miradas como si apostaran a cuál le correspondería en suerte acabar conmigo. Así que no me hacía muchas ilusiones. Un oficial de rango se acercó hasta mí sonriendo, igual a una hiena que se relame antes de devorar su presa y me escupió. Luego colocó el cañón de su pistola sobre mi cabeza. Sentí el frío del arma apretado contra mi cráneo. En aquel momento el dolor, el hambre y el cansancio por la extenuante travesía desaparecieron. Siempre tuve interés en saber cómo acabaría todo, ¿cuál sería el último pensamiento, la última visión antes de sucumbir? ¿Qué alcanzaría a ver antes del disparo? ¿Hacia dónde dirigir la mirada antes de hundirme en el vacío insondable? Miré el cielo cubierto de nubes claras flotando sobre el mar azul. Era un día hermoso para un hombre que se dispone a morir. Quería fundirme con el paisaje hasta el final; detener el instante en el tiempo, como si ese segundo final me reconciliara de alguna manera con la vida. Abrí los ojos para dejar entrar toda la luz de la que era capaz, aguardando lo peor, como si estuviera a punto de sumergirme bajo un sol oscuro. Solo que del sueño se despierta con la sensación de quien regresa a un extraño territorio, poblado de seres que susurran frases absurdas. ¿Qué podía ser peor? ¿La vida... quizás? Cuando finalmente haló el gatillo, oí el ruido seco del percutor, seguido de una feroz carcajada. El oficial volteó a mirar a los soldados. Todos reían a carcajadas. «*Rien personnel!*», dijo. Entonces me golpeó con el arma y fue como si la eternidad de la noche cayera como un manto oscuro sobre mis párpados.

Cuando desperté, todo mi cuerpo era una herida llena de cardenales. Sentía el sabor de la sangre corriendo por mi boca,

como si una fuente subterránea o un surtidor manaran desde mi interior. En algún momento el dolor se hizo tan insoponible, que el más ligero movimiento de la embarcación lo amplificaba, haciéndome ver agujeros negros donde solo había una ominosa sombra que se aproximaba al final de mis días.

Permanecí tendido en el piso bajo el vaivén de las olas. Estaba mareado y sin fuerzas. Escuché la puerta metálica abrirse en la oscuridad. «¿Naciste hoy?» Alguien entró a la bodega, levantó mi cabeza y me obligó a beber. Tragué hasta casi ahogarme. Luego me quedé dormido. En medio de las sombras escuchaba el ruido imperceptible de las hélices rompiendo las aguas oscuras, el bramido del motor, oloroso a diesel, resonando debajo con un ligero temblor que recorría la cubierta. Voces lejanas de marineros soñando con una tierra prometida que nunca pisarían, el murmullo del viento arrastrando las olas desde mar adentro. Pero no alcanzaba a saber si pertenecían al mundo de las cosas reales, o de los sueños. Desde mi arribo a la isla había tenido la extraña sensación de que lo ilusorio y lo real tenían un mismo rostro acuñado en una moneda con la que el destino pagaba sus cuentas. Esa mañana, apenas desperté, sentí que había sobrevivido a una de las peores noches de mi vida. Yo era un hombre sin esperanzas, pero con un enfermizo deseo por sobrevivir. Los rayos de luz entraban por una claraboya de la bodega. Afuera alcanzaba a escuchar el graznido de gaviotas que volaban alrededor del buque. Sentí el olor de la tierra y la vegetación cercanas, como si estuviera a punto de arribar al paraíso perdido. Cuando me sacaron a cubierta quedé ciego por un momento. La isla refulgía a lo lejos como una piedra preciosa herida por la luz de la mañana. Un olor a sal inundaba mis pulmones. Vi al grupo de niños cuando los bajaban a los botes para llevarlos al muelle. No hacían más que mirarme asustados, sin atreverse a decir nada. Todos marchaban en silencio como si fueran

a un funeral. Los saludé con un ligero movimiento de cabeza, pero ninguno respondió. Lucían asustados. Algunos lloraban en silencio presintiendo un terrible destino. Tenían la extraña palidez de estatuas a las que acaban de rescatar de un museo. A lo lejos, bajo la intensa luz, donde las olas espumosas iban a morir, estaba el poblado del que habíamos huido hacía apenas unos días. Pocas casas se sostenían en pie. La cúpula de la iglesia lucía un gran agujero. La enorme cruz, destrozada por la metralla, colgaba apenas de una torre de ladrillos. Una columna oscura de humo flotaba sobre los escombros de las casas derruidas. Ahora, el poblado más bien semejava un cementerio gris y desierto en medio de una mañana que parecía no iba a terminar nunca.

XXVIII

La isla lucía diferente cada día. Al amanecer, cuando salíamos a hacer las primeras incursiones, cabalgando sobre olas solitarias de arena, amontonadas detrás del patio, teníamos la impresión de que todo había cambiado para siempre; como si el espacio al que regresábamos después de un largo y penoso viaje, fuera otro; tan diferente al que habíamos abandonado días atrás. No teníamos conciencia de ello, pero era como si el brillo del aire, la luz cobriza de los primeros rayos, los verdes del agua en los estanques y las cisternas, llenos a reventar por el paso del último ciclón, anunciaran una secreta renovación de la vida; hasta ayer inmóvil, seca, y hoy sometida a profundos cambios marcados por la corriente infinita de los días. Éramos capaces de percibir las sutiles variaciones del mundo a nuestro alrededor. Pero ya no sabíamos si era el color del cielo, la arena, o las aguas lo que había cambiado. Sentíamos algo diferente en el paisaje. Aunque, tal vez el verdadero cambio acontecía en nosotros y ahora podíamos vislumbrar formas imperceptibles en el tránsito de una

sombra, la vibración de un color, o un extraño caracol encontrado sobre la arena de la playa. Sin lugar a dudas, algo había cambiado. La muerte nos había rozado con sus alas; se había aproximado tanto a nuestras vidas, y había dejado su aliento de almendras venenosas revoloteando como un ave oscura en nuestros corazones. Dormíamos en una habitación para despertar al día siguiente en otra, como si la isla nos llevara de un lugar a otro sin saberlo. Quizás la casa frente al mar también había cambiado y sus restos solo podrían encontrarse sumergidos en las aguas. De seguro, otros habitantes del lugar la habrían reclamado para sí cuando cruzaban la carretera de tierra, entre el polvo y la nube de mosquitos que revoloteaban desde la ciénaga. Éramos viajeros a los que les era imposible detenerse; siempre de paso en todas partes. Solo aguardando por el siguiente día para emprender un nuevo viaje; huyendo sin rumbo, sin destino, como habíamos hecho desde la infancia; cruzando mares y desiertos para llegar aquí. Pero la isla añorada siempre era otra. De seguro, un dios surgido de las profundidades del océano saltaba a tierra por las noches para abrazarnos, acunándonos entre sus brazos como pichones sin plumas, llevándonos de un lugar a otro, mientras cerrábamos los ojos para abandonarnos a la suerte de su testarudo arbitrio.

Guadalupe había regresado y era incapaz de recordar cómo había llegado de nuevo a la isla después de tanto tiempo. La gente del poblado la veía escarbando en los basureros de la playa; a veces pintaba extrañas marcas sobre las rocas. Pero ya no las marcaba con la *g* del infortunio como lo había hecho en el pasado. Ahora gustaba de grabarlas con un yerro candente que usaba para marcar a los burros salvajes que huían despavoridos de solo verla.

Los pobladores se apartaban a su paso. Al hombre lo había visto muchas veces en el tugurio del chino donde trabajaba. Tenía la intención de ahorrar algún dinero para luego

marcharse. Al principio fue difícil. Le costó acostumbrarse a la suciedad del lugar y a la mirada torva de los pescadores que le ofrecían pulpos y cangrejos a cambio de una noche de lujuria. Todos la habían deseado en algún momento de sus vidas con el más fiero de los deseos. Pero ella se había hecho respetar a fuerza de estrujar testículos y de mandarlos al hospital de tierra firme con la mandíbula rota o alguna costilla fracturada.

«En veinte años pueden ocurrir muchas cosas», se decía a sí misma. La verdad, ya no recordaba cómo había llegado hasta aquí. Ni siquiera sabía si era la misma isla donde había pasado su infancia. «Todas las islas se parecen de algún modo. Todas siempre a punto de robarnos la razón». En ese tiempo usaba el cabello casi al rape, como si lo hubiera cortado con un cuchillo sin filo; fumaba unos tabacos olorosos a la dulzura del sándalo con la lumbre hacia dentro, como la enseñaron las viejas nigromantes malgaches. Había escapado de un hospicio en el continente y ahora vagaba como una insomne en busca del paraíso, pero más bien parecía haber llegado al ilusorio infierno de las calamidades. Luego de la locura de la temporada de turismo, todo volvía a la normalidad: las mismas calles sucias de siempre bajo el calor sofocante del mediodía, fuertes brisas levantando una polvareda de cenizas y el olor de un mar descompuesto que vomitaba restos de basura sobre las playas desiertas. Decidió quedarse un tiempo, mientras pensaba en lo que iba a hacer con su vida. Sin embargo, de algo estaba segura, no se quedaría para siempre. Aunque todavía cultivaba un particular gusto por el *detritus* humano y el olor de los peces descompuestos en los basurreos, detrás de la trastienda, entre gatos callejeros y la noche siempre immaculada. Aún tenía en su cabeza el recuerdo borroso de las grandes urbes donde había vivido, obligada por la mala suerte. Las barajas y los dados siempre habían jugado

en su contra. Con los años había perdido la lozanía de la juventud. Ya no se miraba al espejo. No le gustaba ni un poco su imagen. Su rostro la atemorizaba. «El espejo siempre devuelve un reflejo pasado, de lo que alguna vez fuimos, pero ya no nos pertenece. Nada ni nadie puede cambiar la carne que envejece, las manchas de la piel, los oscuros lunares surcando las manos, las ojeras pronunciadas, los párpados hundidos, la piel reseca y tostada por el sol». ¿Cuál era el verdadero camino para volver al pasado, a los juegos de la infancia en el patio, al olor irascible del mar y las horas interminables en el Santuario, cuando Roy nos leía hasta el amanecer? ¿Acaso el tiempo era también una ilusión? La más terrible de todas. Nadie podía saberlo con certeza. El único camino parecía ser la memoria: tan frágil, tan maleable, tan dispuesta a mentir, a aferrarse con uñas y dientes al recuerdo, a la fragancia del jazmín en el patio, a una moneda de cobre con la imagen de un rey enterrada en el jardín, o una caricia tardía que lograra estremecernos. Recordó a sus hermanos bautizándola por primera vez en el mar: «*In nomine Patri et Filii et Spiritus Sancti, amen*». En aquella ocasión la sumergieron en las olas bajo el cielo cubierto de nubes. Cuando la sacaron estaba casi a punto de ahogarse. «¡Aguantá!», decía Roy. «Apenas estás comenzando». Solo los recuerdos eran capaces de sobrevivir al infortunio, solo la memoria podía salvar lo que habíamos destruido. Bastaba cerrar los ojos, respirar hondo y todo regresaría de nuevo: las huellas que el viento borraba sobre las dunas volverían para mostrarnos el camino a casa. Pero ya no era la niña melancólica y silenciosa a la que tanto habíamos amado. Ya madre no la llamaría por las tardes para sentarla en su regazo, junto a los tiestos de flores, y peinar su negra cabellera. Ahora era una mujer fuerte, en plena madurez, comenzando a envejecer. La dulzura también había muerto. Un dejo de indiferencia por aquellos que la veían de reojo la había

acompañado toda la vida. Ese día que regresó a la isla, acompañada de algunos amigos que la abandonaron a su suerte, sintió que algo se había roto en su interior. Al principio fue duro. Parecía no reconocerse en el paisaje de la isla. Todo en ella le resultaba ajeno. Fue como regresar de una larga travesía para comprender que la isla estaba allí, detenida, inmóvil, como en el primer día de la creación. Era ella quien había mudado de piel, aunque todavía no fuera capaz de percibirlo. Sus recuerdos yacían enterrados bajo la arena, o se habían esfumado entre las hojas de los árboles a los que solía trepar. A pesar de todo, decidió probar suerte una vez más. Estaba quebrada. No tuvo otra opción sino conseguir trabajo en uno de los pocos lugares que había sobrevivido a las tormentas y al tiempo de la isla, el viejo Dragón de Oro.

Durante un tiempo durmió en la trastienda. Trabajó duro en la cocina sirviendo raciones de pescado a comensales siempre hambrientos. Por las noches, cuando el último de los pescadores abandonaba el lugar dando tumbos, recogía las sobras, limpiaba los restos de colillas y cervezas amontonadas en la barra como un naufragio. Al final, solo quedaban ella y el chino de la registradora que dormía en silencio. La nube azul del cigarro flotaba sobre su cabeza desnuda. Cuando terminaba de limpiar, salía a la calle y daba largos paseos por la playa solitaria, buscando sin saber el rastro de su vida entre las dunas polvorientas que viajaban como espectros sin rumbo.

Esa noche, se internó más de lo acostumbrado y vagó sin rumbo durante horas por el desierto. Cerca del amanecer vio los restos de la casa abandonada sobre las dunas. Aquellas ruinas habían sido su hogar. Dio un largo rodeo por la playa antes de acercarse. El lugar estaba devastado: las columnas mordidas por el salitre mostraban un esqueleto de hierros suplicantes a punto de venirse abajo. Llegó hasta lo que en otro tiempo había sido el jardín y recordó la zanja cavada en

la maleza con los hermanos para salir del otro lado del muro. Golpeó a la puerta con timidez, pero nadie salió a recibirla. Entonces, empujó con suavidad y entró en la penumbra de la sala. El aire olía al polvo de antiguas historias olvidadas, las alfombras despegadas estaban cubiertas de excremento seco y huesos blanquecinos de aves. Los pájaros habían colonizado el salón y anidaban en los marcos de las puertas, en los armarios, en los sillones, en las escaleras que conducían a la planta alta. Recorrió en silencio las habitaciones donde florecían el musgo y una antigua humedad de otros tiempos; las iguanas corretearon trepando las paredes hasta las molduras del techo a punto de derrumbarse; los nidos de golondrinas colgaban de las lámparas, sobre cáscaras rotas y blanquecinas regadas por el piso. Los lagartos habían hecho su trabajo. Cuando llegó al Santuario, intentó abrir la puerta, pero la halló cerrada. En ese momento comenzó a reconocerse en un pasado que le pertenecía, que también era el suyo. Escuchó el leve crujido del papel reseco y el llanto inquieto de algún pájaro que llegaba volando desde la remota infancia. Bajó a la cocina, y entre el muladar de cabras que devoraban las cortinas y el vuelo frenético de colibríes, encontró al viejo recostado entre los escombros, junto a la hornilla, al lado de la mesa donde todavía humeaba el café. Trataba de leer un periódico tan viejo como los templos mayas. Pensó en el pasado como ese polvo grisáceo que se posaba sobre las cosas; solo bastaba soplar con fuerza para recuperar lo que la memoria había extraviado. El viejo la observó a través de sus lentes de plata y alambre retorcido, mientras sostenía el periódico entre sus dedos de señorita, sin inmutarse. Luego le habló sin levantar la vista del periódico.

—¡Cómo siempre! Llegas tarde para el desayuno —le reprochó—. Ahora solo falta que aparezcan tus hermanos. ¡Ya vendrán...! ¿No? Para eso está la familia, para unirla en lazos de sangre hasta que no quede ni una sola gota de ella.

XXIX

Cuatro soldados me bajaron a empellones a uno de los botes. La embarcación se mecía con el fuerte oleaje. La brisa soplabla con ferocidad encrespando las olas y haciendo escorar al buque. El más joven e inexperto de los soldados intentó encender un cigarrillo, pero fue imposible. Un golpe de agua lo arrancó de su boca, los demás rieron. Navegamos en dirección a la isla, que se erguía como una fortaleza frente a nuestros ojos. La lancha avanzaba entre blancos torbellinos de espuma. El agua en la superficie estaba cubierta de algas como si navegáramos sobre un jardín submarino. El soldado que conducía el bote parecía no tener experiencia en estas aguas traicioneras. El bote avanzó lentamente entre los arrecifes. Pero de pronto, una torpe maniobra del timonel, asustado frente a una gran ola, viró hacia un costado, cuando otra ola nos golpeó, volcó la embarcación y nos arrojó al agua. Me hundí junto con los soldados. Por unos segundos no supe de mí. El mundo se había tornado húmedo y frío. Emergí como pude y en varias brazadas logré alcanzar la lancha que ahora

flotaba boca abajo. Vi a los cuatro soldados a escasos metros, luchando por llegar hasta el bote. Uno ni siquiera sabía nadar y chapoteaba con desesperación tratando de mantenerse a flote, pero los pesados arreos militares se lo impedían. Luchaban con todas sus fuerzas, dando manotazos entre las olas, tratando de alcanzar la superficie para tomar una bocanada de aire, pero el peso agotó sus fuerzas en un momento. Fue entonces cuando vi el rosario de burbujas ascendiendo entre las luces y sombras del agua, igual a diminutos planetas transparentes subiendo a la superficie. Sus agotados cuerpos se iban hundiendo lentamente junto a los fusiles terciados sobre las espaldas, las cantimploras y el correa, las polainas y los cascos de acero, las doradas condecoraciones y las botas pesadas, las medallas al mérito y las granadas, las cartucheras y las banderas estrelladas, entre el verdor de algas y bancos de peces que cruzaban las aguas verdosas del fondo, frente a sus ojos, que iban apagándose igual a lámparas asombradas. Vi sus sombras perderse en el silencio de las profundidades.

Luego de varios intentos logré trepar a la lancha. El mar se había calmado y el sol radiante volvió a brillar en el cielo, pero el bote comenzaba a hundirse, así que me atreví a nadar hacia los arrecifes. Me aferré a una roca que sobresalía en la superficie como una cabeza de delfín. Vi las boyas encadenadas a las banderas rojas, colocadas allí desde la construcción del antiguo puerto. Frente a la costa se habían hundido numerosas embarcaciones de todos los calados a causa de las repentinas tormentas que se formaban frente a la isla. Permanecí aferrado al saliente durante horas, pero al final tuve que arriesgarme nadando hacia la costa. Fue un largo trayecto. Tomé mis pantalones y los inflé como un chaleco salvavidas. Cerca del mediodía arribé a una playa cercana a los acantilados. Estaba a punto de colapsar. Todo mi cuerpo temblaba por el esfuerzo. Sentía espasmos musculares por efectos de la

hipotermia. Estaba acostado bajo el sol tratando de calentar mi cuerpo, hasta que me dormí sobre la arena. No recuerdo si soñé ese momento. Solo sabía que, una vez más, había sobrevivido al infierno de la isla, y necesitaba recuperar mis fuerzas para intentar salvar a los niños. Había perdido la conciencia del tiempo y del lugar donde me encontraba. Sentí que iba a enloquecer de un momento a otro y que cualquier acción emprendida ahora, estaría enmarcada dentro de un acto inútil de desesperación. No sé cuántas horas permanecí tumbado, pero cuando se hizo de noche, desperté en otro lugar. Una hoguera ardía, tibia y azul, dentro de lo que me pareció era una cueva. Las ramas arrojadas al fuego crepitaban bajo el estallido de las chispas. Sentí el olor de pescados asándose en un brasero y un perro atado a una cadena, me vigilaba con la desconfianza de Cerbero. Cuando intenté levantarme, me di cuenta de que estaba atado con una fuerte soga. Comencé a gritar pidiendo auxilio. Los moradores de la cueva fueron apareciendo como hongos desde la sombra de los muros. Era una veintena de niños desarraigados y flacos que parecían salidos de un campo de concentración. Guadalupe y Roy se aproximaron como si hubieran surgido desde las propias llamas. Antes de que pudiera hablar, Roy me golpeó en el rostro acusándome de traidor.

—No debíamos confiar en ningún maldito adulto. Te lo dije, Guada, pero tú nunca haces caso —gritó mientras aseguraba mis ataduras—. ¿Todavía crees que puedes volver a conquistarnos con la magia de tus palabras? Pero nosotros también hemos tomado provisiones para combatir tus ardides, como lo hicieron en la antigüedad —Entonces me mostró sus oídos tapados con cera—. Tus cantos de sirena, tus palabrerías vacías no podrán hacernos daño nunca más.

Guadalupe vino más tarde con pescado asado y se sentó a mi lado en silencio. Luego comenzó a alimentarme.

—Debes mantenerte fuerte para lo que está por venir —dijo sin mirarme—. ¿Cómo pudiste hacerlo? —Las llamas ensombrecían su rostro infantil, que ahora se había tornado duro—. Todos confiamos en ti, pero nos has defraudado.

Los más pequeños, a los que había cuidado durante nuestra estadía en el poblado, me observaban con miedo, sentados alrededor del fuego.

—Yo no soy el enemigo —dije—. Solo quise ayudar. Fueron ustedes quienes me trajeron aquí.

Pero ninguno parecía escucharme. Era como si no estuviera allí, atado sobre la arena; como si un fantasma le hablara al silencio, sin obtener respuesta. Solo se limitaron a mirarme mientras devoraban la comida frente a la hoguera.

—Ya han capturado a muchos de los nuestros y se los llevan al continente atados como animales —dijo Guadalupe—. Todo es tu culpa. Pero igual, preferimos morir aquí antes que abandonar la isla.

A medida que el tiempo corría, los más pequeños se iban quedando dormidos sobre las alfombras regadas en el piso de la cueva. Entre las sombras, las llamas danzaban iluminando el muro de piedra, dándole una nueva dimensión a las pinturas adosadas a la roca, deformando sus trazos, las líneas, los colores, convirtiéndolas en animales soñados por el temor de los hombres: leviatanes, krákenes, hipogrifos, anfisbenas, gorgonas, aún goteaba sangre desde sus innumerables cabezas. Toda aquella fauna fantástica parecía despertar desde las rugosidades de las piedras, animada por el fuego. La verdad, todas mis certezas parecían derrumbarse en ese momento. El miedo y el cansancio me hicieron tener visiones terribles de ese mundo apocalíptico a punto de conducirme a la locura.

—¿Qué va a pasar conmigo? —pregunté a Guadalupe. Ella me miró sin inmutarse, como si fuera un extraño para ella.

—Roy ha decidido sacrificarte para escarmiento de los invasores —expresó—. Es mejor que descanses ahora. Mañana va a ser un día muy largo, pero no para ti. Es una verdadera lástima, porque ya nos estábamos acostumbrando a tu presencia.

Pasé la noche en vela. ¿Quién puede dormir la víspera de su muerte? La hoguera se había apagado hacía un buen tiempo, pero el olor del humo persistía en el aire de la cueva. En la oscuridad, escuché los pasos de alguien aproximándose. Guardé silencio esperando lo peor. En ese instante sentí el frío de una daga en mi cuello y un leve susurro «shhhhhhhhh», como viento soplado entre las piedras. Unos segundos más tarde alguien cortó mis ligaduras. Me esforcé por saber quién me ayudaba, pero era imposible saberlo en medio de la oscuridad. Después, tomó mi mano y me guió entre los cuerpos dormidos sobre las alfombras. El perro gruñó en la penumbra, pero la mano acarició su cabeza y ya no hizo ruido. Fui conducido por una especie de laberinto hasta una entrada de la cueva. Yo apretaba su mano en la oscuridad como una señal de agradecimiento. Sentí el roce del anillo rasgándome la piel cuando la silueta retornaba a la cueva desvaneciéndose entre las sombras. Afuera, las estrellas brillaban sobre un cielo de esmalte. Comencé a descender por el acantilado en dirección a las dunas. El viento azotaba mi cuerpo con una fina arena. Las luces de un buque en medio de las sombras, cruzaban las dunas como almas. Tomé el sendero que subía a las montañas. Me pregunté cuál de los niños me habría ayudado a salvar la vida y por qué. Me hallaba solo en medio de la noche, subiendo por un camino de piedras que se desmoronaba bajo mis pies. El mismo sendero donde había encontrado a Etienne la primera vez. Subí tropezando con mi propia sombra, en esa hora imprecisa en que el cielo y mar se funden en un confuso abrazo. A lo lejos distinguí luces de numerosas antorchas moviéndose alrededor de los acantilados. Luego oí el sonido seco de un disparo. Era

como un eco siniestro arrastrado por el viento. Pensé que los soldados habían descubierto la cueva, y ahora perseguían a los niños cazándolos entre las rocas como conejos. Roy y Guadalupe estarían odiándome a esa hora y, de seguro, culpándome de sus desgracias. Pero ahora el brillo se movía como una oruga luminosa entre las dunas, en dirección a la montaña. Fue entonces cuando me di cuenta de que venía por mí. Así que apresuré la marcha. Subí la cuesta a grandes trancos. El miedo impulsaba mis pasos. Solo me detuve a descansar unos segundos para tomar un respiro y continuar la marcha. Cruce la piscina de agua verdosa con sapos croando entre las piedras. Subí corriendo los últimos metros hasta llegar a la cueva. Mi cabeza palpitó como una bomba a punto de estallar. Respiré tratando de calmarme. Mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra, comencé a tantear, con la fuerza irredimible de los condenados, las paredes húmedas, las piedras rugosas, el polvo solitario desprendido de los muros. Buscaba con desesperación aquella entrada oculta por donde habían cruzado los niños aquel día. En algún lugar de la cueva, en alguna de sus paredes, existía una entrada oculta que abría las puertas de otros mundos. Ese pasadizo me había conducido a un tiempo pasado y a un mundo de seres perdidos, deseos insatisfechos, sueños trastocados, al que corría el riego de regresar en una infinita espiral. Cuando encontré la entrada, me asaltó la duda de no saber a cuál de ambos mundos pertenecía. Una vez que cruzara, no habría vuelta atrás. Sabía que todo verdadero viaje, era un viaje al origen. Cuando cruzaba la estrecha abertura, escuché el grito de Guadalupe a mis espaldas.

—¡Ayúdanos a salir de aquí! —repitió sollozando—. No nos abandones.

Fueron las últimas palabras que escuché de sus labios mientras estiraba sus manos intentando detenerme. Solo alcancé a ver sus ojos desvaneciéndose desde el interior de la cueva.

Permanecí durante horas recostado a la pared de piedra, intentando sobreponerme a todo lo que había sucedido estos últimos días. Tuve la sensación de que regresaba de un largo viaje a un país extraño, desolado, habitado por el olvido. Cuando apenas amanecía, los balidos y cencerros de una manada de cabras que descendía por el camino de piedras, me puso en alerta. Detrás de los animales, una mujer con una vara se asustó al verme. Me sonrió con la inocencia de los montañeses. Luego se acercó y me dio de beber un poco de agua.

—¿Qué hace por aquí, señor? —me preguntó asombrada—. No se le ocurra entrar allí, señor. Dicen que esa gruta es la cueva del demonio —finalizó. Luego se despidió, no sin antes advertirme de los peligros de andar solo por estas montañas—: Tenga mucho cuidado. Nada de lo que ve aquí, es lo que parece.

Continuó su camino detrás del polvo de la manada impaciente de cabras que iba colina abajo. Todavía alcancé a escuchar el tintineo solitario de los cencerros cuando se perdían detrás del recodo. El agua me reanimó. Vi la herida superficial en mi mano donde aún se secaba la sangre y me pregunté si todo lo que había vivido estos últimos días había sucedido en realidad. Estuve un buen tiempo allí, dormitando bajo la sombra de los árboles. Al atardecer comencé a descender la montaña para evitar los riesgos de la insolación. Caminaba despacio, apoyándome con una gruesa rama que me servía de báculo. Cuando llegué a la quebrada que separaba los límites de las dunas de la montaña, comenzaba a oscurecer. El cielo se había convertido en una oscura cascada donde flotaban los astros. El viento del mar soplaba con fuerza sobre túmulos de arena. Avancé como un ciego durante horas sin saber muy bien a dónde me dirigía. Tuve miedo, después de todo lo que había vivido, de quedar atrapado entre los arenales y que me

encontraran años después. Me guie por el olor del océano, cada vez más intenso. Marchar a esa hora por la arena leonada de la playa era como abandonarse a las fuerzas de la naturaleza; dejar a la isla decidir lo qué iba a hacer conmigo. ¿Pero acaso no había sido siempre así? Cuando llegué a la playa, el mar era una bestia blanca y poderosa rugiendo sobre la arena. Alcancé a ver la cresta de las olas rompiendo sobre los acantilados. La ardentía inundaba de un fulgor fosforescente la playa. Crucé la estrecha franja de tierra y subí la cuesta en dirección al colegio. Las cabañas estaban a oscuras, salvo la garita de un vigilante que dormía recostado a una silla, bajo una nube de insectos que revoloteaban alrededor de una lámpara apostada sobre una reja de hierro. Crucé el jardín oloroso a flores y abrí la puerta de la cabaña. Mis pertenencias estaban sobre la mesa: la máquina de escribir en su caja de cuero aguardaba por mí, algunos apuntes trazados con prisa en una libreta sobre la mesa, la fotografía de la muchacha junto al fuego, que un día encontré pegada a mi puerta, sin ninguna explicación. Escribir la novela que me había propuesto, iba más allá de darle sentido al caos de mi existencia. Pero la naturaleza era ambivalente. El orden y el caos, gemelos univitelinos, dependían uno del otro para sobrevivir. Toda verdadera escritura, de alguna manera, está reñida con la razón. No se trataba solo de contar una historia, crear una atmósfera, o una estructura compleja que luego se derrumbaría como un castillo de naipes, sino, más bien, desmadejar el invisible hilo de Ariadna que conducía a un sótano vacío. Pero ¿cómo abrir la puerta si no había traído la llave conmigo? Tantas veces lo había intentado, tantas veces había chocado con la feroz realidad, que me inmovilizaba, apenas me sentaba frente a la máquina de escribir. No tenía interés en contar una historia que marchara diligentemente hacia su propia tumba. Vivir siempre era fragmentarse en lo múltiple, en lo que no podía

verse, sino como un prisma de colores entrelazados. Prefería la frágil ilusión del viaje que se rompía en mil pedazos, la idea del rompecabezas cuyas piezas iban encajando en los momentos más inesperados, y que había que armar con la paciencia y la vergüenza de los afectos. Siempre iban a faltar piezas. No quería contar una historia. Quería contar una vida: su respiración entrecortada, la chispa que encendía un gesto, una manera de ser, una forma de tomar la copa, llevarla a los labios y beberla hasta el fondo como la cicuta de Sócrates. La vida de los niños también era única en ese sentido. Tres hermanos criados a la buena de Dios, sin reglas, sin dudas, sin moral a todo lo importante. Sus vidas no se parecían a ninguna otra. Porque toda vida, incluso la más banal y rutinaria, era singular y múltiple; y su perpetua curiosidad, su movimiento constante, podía generarse a partir de la inmovilidad tónica del tiburón, colocado boca arriba, mirando las estrellas, como aquel personaje de *Malone meurt* observando al mundo desde la inmovilidad de su laberinto. El verdadero reto de la ficción respondía a un salto de garrocha de la imaginación, a la configuración de un deseo y de una atroz conciencia que fuera más allá de la mera ficción. La página en blanco siempre tendría su equivalente en la palidez de las camisas de fuerza que los locos llevan con orgullo en los manicomios. Escribir era también rozar ese territorio donde la locura y la ficción eran lo mismo. En un par de semanas comenzarían las clases y ya no dispondría de tiempo para hacer lo que más me gustaba en la vida: caminar por las montañas y nadar en el mar tempestuoso. Pensaba en la posibilidad de, un día, tomar la decisión de nadar mar afuera hasta agotarme por completo; tan alejado de la costa, que resultaría imposible regresar. La idea de la novela estaba allí, en ese mundo de seres sin rostro cuyas oscuras motivaciones parecían nacer del sinsentido del mundo. Pensé que todos habíamos enloquecido en la isla y

cualquier paso nos llevaría siempre en otra dirección. Solo la isla existía más allá de nuestras vidas. Mientras recogía la mesa, encontré el mensaje debajo de la puerta, y que no había visto al entrar. «La directora lo verá mañana a las 6:00 pm. Le ruego sea puntual». Pero ahora solo quería echarme en la cama, cerrar los ojos y dormir por los siglos de los siglos, hasta que mis huesos fueran tan solo un montón de polvo, «polvo enamorado» como dijera el poeta. La novela tendría que irse escribiendo con ese ritmo fraudulento que impone la vida, sin un verdadero rumbo, sin una verdadera materia, sin una verdadera historia, pero, al mismo tiempo, con todas ellas. Mas no había prisa, ni siquiera una dosis pertinente de duda de lo que vendría después. Al fin y al cabo, siempre había transitado senderos agrestes y solitarios donde no se veía un alma, solo vagas sombras ocultas detrás de los árboles. Avanzaba como si en el fondo creyera estar a punto de llegar a algún lugar secreto, oscuro, donde, de seguro, me encomendarían una misión. El corazón de la noche latía con la fuerza de un grito en la soledad del paisaje. El camino siempre había sido ese lugar desconocido y extraño por recorrer, ese espacio que iba de un lugar a otro y debía sortearse con gallardía e ingenio. Nunca será lo mismo ir que regresar; aunque recorriera el mismo camino una y mil veces. Los caminos cambian siempre: un árbol no estaba en el mismo lugar donde lo había visto la última vez, una roca marcada en el mapa se había esfumado como por arte de magia o la encontraba más arriba, donde había visto la enorme piedra blanca con la inscripción, siempre a la espera de un viajero que lograra descifrarla. Avanzaba por el camino con precaución. Pero era un ciego avanzando a tientas, tratando de saber dónde estaba o a dónde iba. Qué misión secreta debía cumplir en esta ocasión. A veces me detenía por un momento a escuchar los ruidos: el aleteo frenético de un pájaro, el viento perfumando

el aire entre las hojas. Pero nada lograba descifrar el misterio en que podía convertirse el camino. Recuerdas los versos del poeta: «Ítaca te regaló un hermoso viaje». «Mas ninguna otra cosa puede darte». Pero de algo estaba seguro, algo que había meditado por las noches, cuando el cansancio y el frío me arrastraban hacia ese territorio intemporal del sueño. Algo sabía de antemano, algo que había aprendido a lo largo de esta dura jornada. Estaba solo como el primero de los hombres sobre la tierra y el sendero extendía frente a mí su larga y apagada noche de brujas. Ahora sabía algo con seguridad, algo que me había tomado una vida aprender. Nadie esperaba por mí al final del camino.

XXX

Guadalupe sintió una inconmensurable lástima por aquel viejo ermitaño, quien vivía en el más puro de los olvidos. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vio, cuando era apenas una niña, que solo alcanzó a reconocerlo por los gestos adustos, los ojos grises, siempre al borde del llanto, y la incoherencia de un discurso cercano a la locura. El viejo se comunicaba con las aves y las iguanas que habían colonizado la sala y las habitaciones. «Los animales hablan», decía. «Solo debemos prestar atención». Antes de marcharnos lo habíamos visto recorriendo los cuartos, trepando los muros, con las orejas pegadas al papel tapiz, tratando de escuchar el silencioso monólogo de termitas que invadían pisos y techos como una plaga. Después de la muerte de mamá y una larga disputa con abogados por una casa donde ya no queríamos vivir, tuvimos que marcharnos al continente. Padre se quedó en la ruina y no lo vimos más. Por un momento pensó en acariciar los cabellos del viejo que se aferraba el periódico con manos temblorosas, pero padre siempre había sido ajeno a cualquier

manifestación de afecto. La verdad, lucía acabado. Trató de hablarle, pero era como intentar hablar con un fantasma que se arrastraba por las habitaciones, susurrando entre dientes un zumbido de insectos. Parecía haber perdido contacto con la realidad, pero a partir de ese primer encuentro, fue más fácil tomar la decisión de regresar a la casa y, de ser posible, aliviar sus últimos días sobre la tierra. La siguiente semana se presentó en la casa de la playa con una cuadrilla de obreros que la ayudaron con las reparaciones. Limpio y recogió la basura. Recuperó las fotos familiares. Arrancó las alfombras polvorientas donde dormían parásitos que resplandecían en las sombras. Abrió los grandes ventanales para que la luz y el aire limpio inundaran las habitaciones cerradas durante años. Al viejo parecía no importarle aquella conmoción. Al amanecer —luego de la taza de café negro—, recorría la casa extraviado en un laberinto de sombras. Una noche lo encontró desnudo, tiritando de frío en el balcón, contando las estrellas del cielo como un enjambre de luciérnagas asustadas. Lo cubrió con una gruesa manta y lo llevó de nuevo a la cama. Más tarde, cuando los gallos la despertaron, lo vio de nuevo envuelto en la manta, caminando por la playa, llevando en sus manos una lámpara encendida bajo el incesante graznido de las gaviotas que volaban sobre su cabeza desnuda. Tuvo la impresión de que el viejo poseía el don de la ubicuidad. Lo echaba de la cocina amablemente para llevarlo hasta la habitación y dejarlo acostado. Cerraba la puerta con llave, pero cuando regresaba a la cocina, el viejo estaba allí, abanicándose con el periódico y parloteando con los pájaros que se bañaban con el agua del fregadero. Al principio le pareció extraño encontrarlo por todas partes: la mirada perdida, la frazada blanca sobre los hombros semejando una toga de senador romano, arrastrando la lámpara hasta el final de sus días, como un Diógenes redivivo. Pero luego de un tiempo se dio por vencida y lo dejó

andar a sus anchas por los alrededores, donde solía perderse durante días. Con el tiempo se acostumbró a sus ausencias. Sabía que estaba en algún lugar del desierto, recogiendo flores y hablando con las lagartijas que se escondían bajo la arena cuando lo veían llegar. Solía aparecer en cualquier lugar y a cualquier hora. Aunque a veces se quedaba encerrado en su habitación durante días escuchando el viento batir las ventanas y haciendo crujir el techo donde anidaban las lechuzas. En esa época se dejó crecer una barba muy blanca y usaba un báculo de madera para espantar a las aves que lo seguían, volando a su alrededor. Comenzaron a verlo deambulando por los arenales bajo el calor del desierto. Los habitantes del poblado se asustaban tanto de su aspecto, que un día dieron parte a la policía y estuvieron a punto de lincharlo. Después entendieron que el pobre hombre era inofensivo y solo estaba mal de la cabeza. Alguien queriendo burlarse del anciano lo bautizó con el nombre de *Santo Patrón de las Islas*. En poco tiempo, el nombre comenzó a ser conocido entre los isleños y hasta algunas mujeres de las rancherías vinieron en procesión con sus recién nacidos para ser bautizados. Y aunque los pescadores de la zona lo veían con recelo cuando cruzaba el viejo las dunas por las tardes, se persignaban cada vez que lo encontraban deambulando por el desierto, acompañado por una bandada de aves que lo seguía a todas partes.

—¡Bendícenos, padrecito! —le gritaban bromeando desde las lanchas, cuando bajaban la carga de pescado entre el espumoso oleaje. Y él, convertido en un demiurgo de la luz, levantaba los dedos semeando a un profeta y los bendecía en voz baja recitando el *Cántico espiritual* y bautizándolos con una arena amarillenta, tan fina como el polvo de oro.

Una de esas tardes en que el viejo había desaparecido, uno de los obreros trajo un manojo de llaves desenterrado de los canteros cuando cavaba una zanja en el jardín para sembrar

hortalizas. Guadalupe reconoció las llaves del Santuario. La biblioteca había permanecido cerrada desde entonces, y por más que había buscado en todos los rincones de la casa, no logró dar con ellas. Roy la había enterrado justo antes de partir a un internado en el continente, de donde escapó más tarde, junto a un grupo de alumnos. Además, le daba pena romper la hermosa puerta de caoba labrada por artesanos, que se mantenía incólume desde su niñez. Guadalupe limpió con cuidado las llaves colgadas de una cadena de hierro y se dirigió a la biblioteca. Cuando apenas abrió la puerta, una bandada de abejarucos voló sobre su cabeza para luego descender en un alboroto de plumas hacia la sala y huir a través de las ventanas rotas en dirección a la playa. Guadalupe no se inmutó. Pero lo que vio adentro la hizo enmudecer. La biblioteca era una verdadera ruina. Las esculturas cubiertas de guano de aves yacían despatarradas por todas partes; cabezas de piedra parecían mirarla con asombro desde la penumbra del salón: las enciclopedias, los tratados, las obras más importantes de la humanidad, se habían transformado en una pulpa grumosa, olorosa a demonios. Allí permanecían, entre el desastre y la descomposición del mundo, los grabados de *De Bry*, la copia del astrolabio planisférico de Hiparco para determinar la posición del sol y la altura de las estrellas; las porcelanas de la China, el trono de azulejos de la Corte Celestial, las monedas del imperio, las Victorias aladas, las espadas de la conquista, los antiguos instrumentos de cirugía, las cartas de marear, los bucráneos adosados a los muros y acompañados de flores de acanto y cintas deshechas, las tumbas etruscas, la rosa de los vientos, las brújulas para perderse en el corazón del océano, los telescopios para mirar el infierno, los cofres secretos de las amantes, las manzanas de las Hespérides, el oro de Moctezuma, las lámparas del averno, los bustos señeros de los héroes miraban impasibles desde la frialdad

del mármol, con un temor impostergable al olvido. Todos estaban allí, amontonados bajo el polvo de un pasado glorioso, solo para mostrarnos la fragilidad de la belleza que, tarde o temprano, se desvanecía para dar paso al reino despiadado de las ruinas. Guadalupe caminó como una insomne por un campo de guerra. La memoria rescataba aquella cadena de oro el día de su bautizo, la caja de música con una bailarina, el caballito de lata montado por un mono, pero en el fondo, era una memoria irreal, devorada por las salamandras del tiempo. Caminó entre restos de pinturas y libros que había amado de niña, descompuestos por el salitre y la humedad. El Santuario era en un amasijo de objetos que lentamente regresaban al reino mineral. Cuando intentó acariciar el busto de un rey zulú, se deshizo entre sus dedos. Entonces, miró el gran espejo de la biblioteca cubierto de hongos, empañado por una niebla que flotaba sobre un marco dorado de arabescos. Al fondo del espejo, semejando una perfecta ilusión de los sentidos, vio reflejada las siluetas de unos niños que la observaban con ingenua devoción. La más pequeña, rodeada de sus hermanos, la miraba con una sonrisa parecida a la del gato de Cheshire; giraba entre sus dedos una moneda refulgente con el rostro de un rey ciego, cuyo pálido brillo podía apreciarse desde el borroso fondo del espejo.

XXXI

Uno solo debía abandonarse a la fuerza interior del océano. El movimiento perpetuo de las olas arrastrándose en una turbulencia de espuma como burbujas de leche blanca derramadas sobre el torbellino que gira hacia regiones ignotas, desconocidas, como si navegara sobre un paisaje blanco, desconcertante, sumergido bajo una floresta transparente, apremiante, que emerge de las profundidades en una silenciosa explosión de anémonas. ¿Qué era el océano, sino una reproducción en miniatura del universo? Así eran las noches en la isla. El carrusel sombrío de estrellas girando en el cielo, moviéndose como lámparas aferradas al firmamento. Los astros solo alcanzaban a verse mejor desde la más profunda oscuridad, cuando yacías tendido sobre la arena, en medio de la noche. Detrás de cada ensenada había una trampa que sortear, detrás de cada trampa, un enigma por descubrir. Solo que en esta ocasión no era la Esfinge de Tebas quien preguntaba. Era la isla. Y su pregunta, no tenía respuesta.

XXXII

Siempre pensé que avanzar era andar a tientas como un perro olisqueando entre el oscuro humus de la tierra, oloroso a raíces podridas, a tallos húmedos, a flores muertas; tejiendo un invisible rosario de aromas: a veces acre, otras podrido; buscando el rastro de la savia pegajosa que los producía, para tratar de orientarme en el camino del mundo que siempre parecía perdido. Pero el olfato de cualquier perro me superaba. Donde apenas percibía una ligera fragancia de heliotropos creciendo solitaria entre las piedras, el animal era capaz de embriagarse con su esencia, como si el mundo estuviera hecho de olores. Todos desarrollábamos un sentido más que otros. Pero la finalidad siempre era la misma. Descubrir un mundo más allá del cuerpo. Los sentidos estaban allí para el disfrute, pero también para aprehender nuestro verdadero lugar en la naturaleza. Ese espacio donde habíamos sido confinados en franca desventaja con otras especies. Descubríamos la ambivalencia del mundo en todo lo que buscaba —a veces sin saberlo— una respuesta al devenir de la vida, pero

ni siquiera hacíamos la pregunta correcta. Veía aquí y allá un semblante, siempre diferente de los otros; un rostro entre todos los rostros de la noche, único y múltiple, indiferente a la vida y a la muerte, cambiando con el paso de los años para ser otro, y al mismo tiempo, el mismo. Los dioses venían en parejas, a veces en triángulos incestuosos. La luz cenital dormía entre las sombras; el instante de un ave era el aire, la pausada entonación de una voz, cercana al mundo de los objetos. ¿Se trataba de eso? Aunque también existía el gesto de desprecio que la naturaleza sostenía al principio de la vida. La naturaleza no era complaciente. Existían reglas para todo lo prescindible. Ensayo y error. Los dioses habían hecho con lo humano su peor trabajo de creación, su más riesgosa forma, como esos escultores que trabajan con los desechos que arroja la cruenta marea hacia la playa: objetos encontrados al borde de la arena en una fría mañana lluviosa. Algo teníamos de materia inconclusa, de trabajo mal elaborado. En los mitos antiguos habíamos sido hechos a partir del barro primigenio, de la madera, de la fruta de algún árbol prohibido, una pantorrilla preñada, o del vientre podrido de una enorme serpiente. Tal vez las ideas justificaban nuestra propensión al mito del eterno retorno, las repetidas guerras, como en un juego de espejos, aunque tratáramos de remediarlo todo al final de la vida, cuando nos veíamos con el agua al cuello y no había otra opción sino avanzar a ciegas en medio de la oscuridad. Los bípedos humanos eran los peores. Se creían destinados a conquistar el mundo con su canto, y creían saberlo todo, pero la verdad, no sabían de nada; aunque nada parecía serles ajeno. Los que habían optado por irse a vivir con las fieras a las cuevas: los ermitaños, los iluminados, los anacoretas, los santones, los apóstatas, los herejes, los lazarillos, viviendo en toneles y encerrados en oscuras grutas en búsqueda de iluminación, hablaban con los ángeles y entonaban sus cantos en

los coros, sobre nubes pintadas de blanco en los muros de los templos; los que trepaban a las columnas y permanecían allí durante años de penitencia, montados sobre un capitel como estatuas; orgullosos de los piojos y las heridas de su cuerpo, mientras bebían el agua de la lluvia como un néctar divino; los que tenían asco del mundo y sus miserias; aquel mundo tan parecido a una ilusión; los que fornicaban bajo la sombra de los lupanares e introducían sus dedos en las llagas de los santos para comprobar la frágil membrana que separaba la realidad de la fantasía. Quienes lo alcanzaban, lo sabían. Detrás de las pesadas puertas del paraíso no existía nada. Se podía cruzar ese pasadizo en un momento. Solo bastaba descorrer el velo y abrir la puerta, romper el sello, para cruzar el umbral de esa otra dimensión; la frontera que luego desaparecía en una oscura columna de humo en medio del desierto. Sin lugar a dudas, mi vida se había transformado en el singular viaje de Heráclito, el oscuro, «nadie se bañaba dos veces en el mismo río». La paradoja de Aquiles y la tortuga, cuya meta siempre estará ceñida al azar de lo ilusorio (Zenón dixit) de todo aquello que finge el movimiento pero permanece inmóvil, y que aguarda en el silencioso prodigio de la noche los tímidos diligentes pasos de la tortuga que, de seguro, nunca conocerá a Aquiles, pero que avanza sobre la arena de la playa hacia las olas tumultuosas que vienen a su encuentro como una bendición de la vida.

XXXIII

El ruido trepidante de los autobuses llegaba a la Estación Central como el rugido de una catarata en la selva; respiraba bocanadas de humo de los camiones que descargaban mercadería en depósitos de almacenes clandestinos; los gritos obscenos y destemplados de vendedores de lotería anunciaban premios inexistentes, junto al chirrido de los neumáticos que dejaban una estela de chispas y un olor a frenos quemados sobre el andén. Y, aunque no alcanzaba a verlo del todo, pues su ceguera no lo permitía, le parecía el vestíbulo propicio para la entrada triunfal a un infierno ruidoso y alegre, que se ataviaba con sus mejores galas para recibirlo. Difícil sumergirse en ese impredecible río humano y salir incólume. Un olor de frutas podridas invadía el aire; olor a piña, a jengibre, a hierbas aromáticas, a calderos donde burbujaban pescados y cangrejos; la cabeza sangrante de un toro, cubierta de moscas colgaba de un garfio en medio del mercado, aunque nadie parecía verla; el llanto solitario de un niño perdido entre el tumulto de viajeros que hoy estaba aquí y mañana en cualquier lugar; la vieja

a su lado intentando venderle una estampa de un santo: «*O senhor Olorum, vai fortalecer sua viagem...*», decía mientras lo seguía esquivando a la multitud. Vestía una túnica colorida y un paño rojo alrededor del cabello. Más allá, sintió el aroma gratificante del café en el aire, los sacos de especias amontonados sobre el terraplén bajo el sol del mediodía, el sudor de los cargadores cruzando andenes y escaleras, haciendo equilibrio sobre la rampa de cemento, entre el torbellino humano. A su lado freían el pescado fresco traído en la mañana, pero que ahora palidecía en una lenta agonía de escamas. Las manos de la mujer, casi una niña, lo guiaban entre la multitud del mercado y el humo de los autobuses, como si una joven Eurídice cruzara el infierno del terminal, subiendo escaleras y pasillos, arrojándole unas monedas al barquero para la buena suerte; los gritos de una pelea callejera, mientras inspeccionaban el equipaje; cancerbero olisqueando entre las maletas, buscando olores insospechados, atados a las manos de un guardia; los obstáculos sorteados entre la muchedumbre, alguna irregularidad del terreno que podía hacerlos caer de bruces; la muchacha guiándolo como un ángel en medio del infierno, sonriéndole, hablándole en una lengua que hacía tanto tiempo no escuchaba, hasta dejarlo acomodado con su equipaje en el asiento F29 de un viejo autobús que lo llevaría a un pueblo de pescadores en la costa, y de allí, a la isla en donde había vivido su infancia. Tuvo que esperar durante horas en su asiento. El lugar estaba atestado de vendedoras sentadas a orillas de un río sucio y maloliente, con grandes abanicos de palma, para refrescarse del calor agobiante y ofrecer su sonrisa de dientes muy blancos, al lado de los mangos, las piñas para las niñas, la canela para la muela, el jengibre, los clavos de olor, todo por un puñado de meticales.

Ese conjunto de olores y ruidos le recordaban su infancia. Llevaba colgada al cuello la vieja cámara fotográfica como

una ironía de la ceguera. Aunque no era ciego del todo. Sus ojos nublados aún alcanzaban a ver siluetas, formas opacas, manchas que navegaban en la luz derramada igual a oro fundido. Sus ojos eran en extremo sensibles a la luz. Quizás por esa razón se acostumbró a usar lentes de sol desde que era apenas un niño. Como todo ciego, tenía el hábito de aprehender todo con los otros sentidos, y reconocerlo a través de sus manos sensibles cuando se posaban sobre objetos que no alcanzaba a distinguir. Nada en el mundo le parecía ajeno. Aprendía con suma rapidez, lo cual era una forma de compensar sus limitaciones. La mirada a veces se extraviaba indiferente al brillo de luces que anteceden a la noche, cuando todo deja de existir para dar paso al mundo de las sombras profundas, donde se sentía cómodo. Ya dentro del autobús pensó en la isla. ¿Cuánto habría cambiado todo? Aquella porción de tierra lo atraía con una fuerza que era incapaz de resistir. Ahora que la noche había caído, sus ojos se adecuaban a las sombras que habitaban el mundo. A veces tropezaba con una de ellas, pues no alcanzaba a percibir los muros que se cruzaban en su camino como interrogantes. Pero estaban allí, imperturbables, serenos, indagando lo que nadie se atrevía, a riesgo de ser considerado loco o un perturbado mental. ¿Para qué preguntar lo que de antemano sabía que no tenía respuesta? Si el mundo estaba al revés, entonces, lo ideal habría sido cambiar la pregunta. Tal vez por eso, enseñar de forma torcida era tan solo una manera de enderezarlas. Debía forzar las ideas de un nuevo mundo, cuyas reglas siempre serían diferentes; trastocar el sentido de las cosas como si en el fondo pudieran ser otras: una nube podía ser un pájaro, si los ojos que la veían estaban llenos de inocencia. El mundo de las imágenes lo llevaba a marcar una ruta imaginaria y vital en la geografía del paisaje, como una partitura interpretada por un sordo. Pero Beethoven lo había hecho. Había logrado

superar el universo silente hasta convertirlo en música. En algún punto de la historia se dejaban de percibir las diferencias. Las nubes de su más tierna infancia bien podían ser leones dormidos en las sabanas, o una manada de corderos asustados enredados entre las zarzas; el árbol que la noche cobijaba podía ser el desierto arrastrando la arena sobre la playa. Sabía que las reglas existían para no ser cumplidas. La verdadera biblia de los tiempos modernos era la transgresión de aquello que se ofrecía como verdad, sin mácula. Los isleños lo sabían: «no existían dioses hechos a la medida de los hombres». Todos debían ser conquistados a partir de la falta. La ceguera interrogaba impasible desde el mundo de sombras en el que vivía.

—¿Trajiste la llave? —se preguntaba a sí mismo. Pero sabía que la llave estaba en cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarla.

Después llegó la noche: las largas horas dando tumbos en el autobús por una carretera de tierra, al lado de una mujer que a veces parecía hablar en sueños. Más adelante, el autobús se detuvo en una gasolinera en mitad de la nada. En el restaurante solo servían sándwiches y bebidas calientes. Hacía un poco de calor, pero luego refrescó. Cuando bajó del autobús solo sintió en el viento el olor del mar.

—¡Tienen media hora para comer! —gritó el conductor, pero no tenía mucha hambre, ni dinero. Fue hasta los urinarios guiándose por las voces de los pasajeros que iban como un rebaño a satisfacer sus necesidades. Pero cuando llegó, estaban ocupados y apestaban a creolina. Su vejiga estaba a punto de estallar. Así que no pudo aguardar más. Caminó al otro lado de la carretera de tierra, guiándose con el bastón, para orinar entre los matorrales. A lo lejos se erguían las sombras de las dunas. Avanzó con precaución entre los arbustos, no fuera cosa de pisar una serpiente. Pero allí también había

otras personas que, como él, no podían esperar... Tuvo que alejarse un poco más, hasta que al fin se encontró solo. Orinó de espaldas al viento para no mearse los pantalones. El *kusi* soplabla desde la aridez de las dunas con fuerza a esa hora. Sintió que la noche lo engullía con una boca seca y desdentada. Sacudió su miembro flácido y cerró su pantalón. Los ciegos vivían siempre bajo un eterno estado de sospecha. Era como una clara intuición de lo que iba a suceder y pocas veces se equivocaba. Caminó de regreso a la gasolinera. Marchó unos minutos por la arena blanda, apoyándose con el bastón. En ese momento, se percató de que se había alejado más de lo cuenta y se encontró desorientado en medio de la nada, bajo el mismo viento que arrastraba las dunas a su alrededor como bailarinas de arena. La brisa batía con fuerza sobre la hierba. Sintió que la arena traspasaba sus ropas como agujas. Los montículos eran como furiosos animales antediluvianos liberados en el desierto. En aquel momento comenzó a oír la dulce sinfonía de la naturaleza marcando un compás que le resultaba familiar. El viento parecía cantar desde la profundidad de la noche. Caminaba guiándose por el sonido, cada vez más fuerte, del viento. Al cruzar la mole grisácea de una duna, sintió la inmensidad del mar inundando sus pulmones de infinitos olores mezclados a las escamas, a los pulpos rosados, a la esencia de la vida, junto a la primitiva noche marina que llegaba convertida en olas a lamerle los pies. El agua fría le mordía los tobillos como un cangrejo sobre el lodo grisáceo. Se quedó allí, inmóvil, respirando con fuerza, sintiendo el movimiento de las cosas eternas que había viajado desde muy lejos solo para encontrarlo en mitad de la nada.

En ese momento alcanzó a oír los gritos entre las dunas. Imaginó las luces de linternas cruzando las sombras sigilosas, llamándolo desde los montículos de arena que elevaban sus lomos en la soledad del desierto. Algunos pasajeros

resbalaban descendiendo por la pendiente a grandes trancos, siguiendo ese camino esponjoso donde se revolcaban felices bajo las estrellas. Nunca lo sabría con certeza. Porque nadie podía saberlo, ni siquiera los dioses. Pero allí estaban los solitarios, los parias, los que no encajaban en ningún lugar, los ruines de corazón, los carentes de alma, los que nunca tuvieron nada, ni siquiera a ellos mismos, los que perdieron todo, y hasta olvidaron sus nombres, los desahuciados de la tierra, los que no pertenecían a lugar alguno, y se iban antes de haber llegado, los profanadores de verdades de secretos ocultos (Assange), los filósofos, los poetas, los Bartlebys, los aventureros, cruzando el inmenso desierto cerca de la carretera, por donde nunca transitaba un alma. Solo la arena y el viento parecían cruzar esas soledades en su indetenible viaje. Solo la arena y algunos aldeanos transitaban por allí como fantasmas solitarios arrastrados por la brisa marina. La arena ondulante iba de un lugar a otro, sin nunca cerciorarse, o saber si era aire, tierra, o polvo, y en donde podría ser enterrada la humanidad entera.

Lo encontraron hundido casi hasta las rodillas. La arena lo había succionado y la marea amenazaba con ahogarlo. Por suerte, no fue más allá un susto. Lo sacaron del agua y fro-taron con toallas. El conductor le dio un trago de brandy para calentarlo. Luego regresaron al autobús para continuar el viaje. Una de las mujeres le compró un sándwich y una cer-veza que bebió hasta el fondo sentado en su butaca, mientras trataba de tranquilizarse. Durmió el resto del viaje. Cuando despertó estaba recostado en el regazo de una mujer que le sonrió. «Pronto llegaremos. No se desespere». Al amanecer llegaron al pueblo. Lo ayudaron a bajar del autobús cerca del muelle de piedra. Desayunó en el mercado, mientras aguar-daba el bote que lo llevaría a la isla. Recordó la vieja frase que Guadalupe le había dicho antes de partir: «Nunca regresan

los que se han ido». Aunque todos quisiéramos volver alguna vez al pasado para corregirlo, pero era imposible enmendar lo arruinado. Recitó entre dientes un viejo poema: «Te dices, iré a otra tierra, a otro mar. Otra ciudad encontraré mejor de lo que esta pudo ser, o anhelar...». Al principio fue duro, pero se las arregló. Tenía vergüenza de volver. Regresar era una forma de reconocer que la isla lo había vencido. ¿Pero acaso no estábamos sometidos a una derrota semejante? o ¿él era la excepción de la regla? Él, que había viajado al igual que Ulises atado al mástil de una embarcación, cruzando las grandes olas; ahora regresaba a la isla como extranjero, un paria, a quien los dioses habían abandonado a su suerte. Durante un tiempo la idea del retorno se convirtió en una obsesión. Saboreaba el viaje, incluso, antes de hacerlo. Se vio a sí mismo recorriendo las ruinas de lo que había sido un pueblo floreciente: jardines desolados de piedra y hierbas tostados por el sol, frente al mar. La sombra de viejas casas bajo la luz, ahora eran un montón de escombros y columnas oscuras, hasta que el fuego ya no tuvo nada más que consumir y las vigas se desmoronaban en dolorosos estruendos de hierro y cemento. Solo el costillar de una pared blanca, carcomida por el salitre, donde había estado la ventana desencajada y rota, por donde el mar se asomaba todas las mañanas, parecía el blanco esqueleto de un pez carbonizado. Le gustaba esa impasibilidad de la naturaleza para enfrentarse a las cosas atroces con la sabiduría y la sensatez, opuestas a los dictámenes del azar. Por un momento se sintió un profeta sin tierra, pero sin la sabiduría de los santos, incapaces de reconocer los milagros concedidos a lo largo de sus vidas. Regresar a la isla, después de tanto tiempo, era uno de esos milagros, aunque la isla era diferente a sus recuerdos. Era bueno saber que la naturaleza no dejaba nada al azar, y que solo el ensayo permanente de la vida podía darnos la impresión de habitar en la isla perfecta.

Pero qué era la perfección si no una acumulación de ensayos y errores observados a través de una mente lúcida y despierta.

Así que esa mañana subió a la cubierta del barco y se sentó en un banco bajo un toldo descolorido, desde donde podría sentir con mayor intensidad el viaje. Encendió un cigarrillo y pensó «en el mundo como un lugar extraño para esa singular aventura de la vida siempre en el filo de la navaja». Mucho de su vida estaba allí, junto al movimiento de las olas, viajando perezosas hacia el continente, coronadas por un velo de espuma, mientras permanecía ensimismado en el recuerdo borroso del paisaje marino; tratando de adivinar la silueta de embarcaciones que regresaban al puerto con sus redes repletas de peces. Unos minutos antes de zarpar, había escuchado los gritos de niños correteando que luego empezaron a jugar a ser estatuas de sal. Ninguno quería ser el primero en moverse. El mundo parecía detenerse frente a su ceguera, como si esperara el nacimiento del silencio; algo intentaba eclosionar desde el interior; hasta que una voz salida de las entrañas de la embarcación llamó a los niños rompiendo el hechizo. Bajaron corriendo por una escotilla hacia la planta inferior donde aparcaban los vehículos. Sintió curiosidad por aquel juego teatral que había compartido con sus hermanos sobre una embarcación semejante a esta: Guadalupe permanecía inmóvil, haciendo equilibrio entre las olas. Nosotros la veíamos tratando de imitarla. Los barcos que zarpaban del puerto cruzaban bufando como bestias antediluvianas. Cuando finalmente la embarcación zarpó del muelle en dirección a mar abierto, imaginó la silueta de la isla —¡la recordaba tan bien!— a medida que avanzaba hacia ella. A pesar del tiempo que había soñado con el retorno, ahora el mar le parecía un espejo intranquilo, lleno de presagios. Tuvo la serena convicción de que iba al fin del mundo y pensó si una noche en la isla, tan solo una, podría llegar a equipararse con la eternidad.

En la quietud del paisaje, toda la vida se movía alrededor: la estela de espuma bajo las hélices abriendo un camino verdoso de algas, como si estuviera a punto de arribar a un floreciente y vacío cementerio marino.

Sentado en cubierta, miraba sin ver las nubes que formaban al fondo una alfombra esponjosa, blanquecina. La temprana silueta de la isla se ensanchaba a lo lejos. Había hecho el viaje infinidad de veces con sus hermanos cuando eran apenas unos niños. Se sentía a gusto en la cubierta donde circulaban los pasajeros. Era como volver al pasado y reconocerse en los recuerdos dejados atrás, aguardando durante tanto tiempo su retorno. La luz sobre las crestas de las olas despertaba un paisaje de velas y mástiles dormidos a lo largo de la costa. Pocas cosas habían cambiado desde entonces. ¿Acaso se podía regresar al pasado escarbando en la frágil memoria, igual a un perro desenterrando un hueso? Pero el hueso se había convertido en polvo. Imaginaba cada rincón, cada escondrijo de la costa desde aquí hasta el Canal, donde las corrientes eran fuertes y podían engullir a una embarcación al menor descuido. Cuando era joven y despreocupado, escapaba de casa con sus hermanos y nadaban de una isla a otra, aprovechando las corrientes. A Guadalupe la subían a una vieja tripa de caucho que le servía de salvavidas, pero luego de un tiempo, la obligamos a nadar, para que perdiera el miedo a las corrientes. Después lo hacía sin ayuda y era la más osada de todos. Pensó en otros recuerdos para nada agradables. Solo regresaba para satisfacer un deseo: devolver la cortesía que nadie había tenido con él cuando se despidió de la isla para siempre. Esa mañana se sintió despierto, lleno de vida, como aquellos que se creen destinados a una gran misión: salvar al mundo de sí mismos. Pero el viento y el mar picado lo obligaron a buscar refugio en la cabina. Además, las gaviotas ya habían picoteado a una señora que

intentó espantarlas con un paraguas. Buscó un lugar adentro y se sentó en medio de una pareja de ancianos. Durante un breve tiempo fingió prestarles atención, hasta que se durmió. Cuando despertó, la isla era una inmensa mole de piedra. Las nubes se habían disipado. Imaginó los acantilados renegridos cubiertos de guano de aves marinas que habían anidado allí desde tiempos inmemoriales. Cuando arribó al puerto pensó que nada había cambiado en la isla. Todos los recuerdos estaban allí, a la espera de echar a andar sus agujas sobre la arena: las embarcaciones hundidas en la rada, la imponente estructura de las grúas elevaban sus brazos desnudos al cielo como a la espera de un milagro que las salvara del olvido y les restituyera su antiguo esplendor. Un joven pescador lo llevó en una carreta a la parte alta de la isla. Subieron el camino de arena que los condujo a una calle de árboles. Bajó de la carreta acalorado y sudoroso, arrastrando su maleta descolorida, y con paso firme cruzó el patio hacia las cabañas desiertas. La radiación inundaba todo. Tocó el timbre, pero nadie abrió. Insistió pulsándolo con firmeza, pero solo escuchó el maullido de un gato entre las sombras. Intentó espiar por una ventana, pero no pudo distinguir nada. Luego fue a sentarse bajo los árboles del patio, que lo protegieron de la intensidad de los rayos del sol. A ratos el calor se atenuaba por una fresca brisa proveniente del mar. Permaneció sentado aguardando que apareciera alguien. Sin embargo, tuvo la extraña sensación de ser espiado desde una de las torres. Imaginó ver la silueta de un niño en la ventana, detrás de la cortina bañada por un sol que hería las piedras. Quiso ser cortés. Levantó la mano apurando un saludo hacia lo alto de la torre, cubierta de enredaderas tostadas, pero no había nadie. Sabía que la luz era capaz de crear crueles espejismos. Había aprendido que la ceguera era eso; ver siempre más allá de las formas simples del mundo; intuir siempre lo que yacía oculto más allá de las

sombras; pero en la naturaleza nada era simple. No solo existía lo que podía palpase con las manos. La claridad fatigada del verano. Sus ondas eran cuerdas de alambre tensadas por la brisa, que parecía pulsarlas entre sus dedos hasta hacerlas sangrar.

Dejó la maleta sobre un banco de hierro y se dirigió a la casa principal, cruzando el jardín abandonado donde maleza crecía. Tocó la puerta durante algunos minutos, mientras secaba su rostro con un pañuelo blanco oloroso a colonia. La luz derramaba un brillo de oro derretido sobre los árboles del patio. Las cigarras comenzaron a cantar en el bochorno del calor. En ese momento escuchó pasos aproximándose sobre la alfombra. Respiró aliviado cuando la puerta se abrió. Reconoció entre las sombras del vestíbulo a la niña que lo abrazó en el sopor del mediodía, como si el antiguo mecanismo de un afecto postergado hubiera echado a andar atropelladamente a su llegada. Le pareció que ella no había cambiado desde entonces.

—Pasa, Benjamín —le susurró al oído, sin soltar su mano—. Sabía que no nos fallarías. Todos esperábamos por ti. Ahora podemos comenzar una vez más.

Antes de entrar a la sala en penumbras, tomó la cámara y la fotografió entre el círculo de sombras que la envolvían con un aire discreto.

—Esta es para el recuerdo o el olvido —dijo sonriendo y entró a la vieja casa. Guadalupe lo guio como Antígona lo había hecho con su padre ciego, mientras sus ojos se acostumbraban a las sombras.

—Será mejor que te cambies —dijo—. No estimamos mucho a los adultos por aquí. Pero eso ya lo sabes... ¿verdad?.

Cuando entraron al Santuario y cruzaron los arcos de ojiva, en dirección a los eternos ventanales decorados con motivos góticos, bajo la luz hiriente del verano, solo se percibía la

sombra de los niños que iban tomados de las manos cuando cruzaban el vestíbulo rayado por las sombras.

XXXIV

La primera vez que vio al forastero lo encontró en la terraza, junto a los tiestos resecos de las flores, mirando en dirección al mar, cuyos tonos rojizos cambiaban en la lejana línea del horizonte. Estaba en la sala, cosiendo unas medias rotas de su padre, cuando la luz de la tarde proyectó la enorme sombra del hombre a través de la ventana. Ya lo había visto en otras ocasiones cruzando el desierto de dunas como alma en pena, rondando la casa, pero sin atreverse a acercarse. Al principio lo confundió con su padre, aunque lucía más corpulento. En las islas, el proceso de envejecimiento es mucho más rápido y severo que en cualquier otro lugar. Aquí se envejecía por fuera y por dentro. Los niños, apenas han dejado la leche materna y el calostro, comienzan a arrugarse. El aire seco y el salitre contribuyen en buena manera a ello. Pero la aridez del paisaje, habitado por cabras que pastan entre los cardos, determinaba el prematuro envejecimiento de sus habitantes. El espíritu también envejecía con ellos. Cada cierto tiempo aparecían entre las dunas forasteros que habían perdido el rumbo

de sus vidas. Se sentaban afuera, en la glorieta del jardín, bajo el calor sofocante del verano, a contemplar la mancha azulosa del océano. Ella les ofrecía agua fresca y alimentos. Se quedaban unos días, dormían en el cobertizo junto a las bestias y luego partían al desierto. Nunca más volvía a verlos. Tal vez las dunas los devoraban. Pero este último era diferente. No hablaba con nadie, no pedía nada, no quería nada. Solo se sentaba en la terraza a ver caer el sol por las tardes. Alguna vez quiso hablarle, saber quién era, qué hacía aquí, de dónde venía; preguntarle cualquier cosa solo para matar el tiempo, pero el hombre ignoraba sus preguntas, o tal vez, no había respuesta para ellas. Era más bien de temperamento taciturno, como si la vida le hubiera enseñado que no existían respuestas para las verdaderas preguntas de la existencia humana. Lo veía hundirse contra el paisaje de rocas marinas como si flotara en la luz reverberante de un espejismo. La segunda vez lo encontró en el jardín, revolviendo un caldero burbujeante de calamares; los moluscos exudaban tinta oscura con la que se podría escribir el nombre de la noche. Todos los recuerdos de su infancia despertaron en aquel momento. Por la mañana lo encontró rondando el patio, cerca del cobertizo de los animales, lanzando piedras al estanque de aguas verdosas donde dormitaban los sapos. Cuando se asomó por la ventana de la cocina, lo vio alimentando con fruta a los loros, mientras miraba los aparejos de pescar tiburones, como si los conociera de toda la vida. Salió de la casa con el viejo fusil para espantarlo, pero el hombre se había marchado y su sombra ominosa desaparecía detrás de las dunas. Fue en esos días cuando tomó la decisión de seguirlo. Lo vio cruzar la playa hacia el pueblo, donde el sendero se convierte en un laberinto de calles maltrechas, largas escaleras de madera y un arroyo de aguas sucias donde vivían los pescadores pobres. La vida parecía una bala perdida, atada a la pata de un conejo. Los

siguientes días se enteró por los vecinos, que el hombre había salido de prisión hacía apenas un mes y se vino a las islas a probar fortuna. En las mañanas frecuentaba un club de lucha libre, pero en las tardes se iba a la plaza a leer novelitas de amor, hasta que el sol desaparecía detrás de las casas. Entonces, lo veía regresar por las calles, sonriente, llevando del talle a una muchacha que, de seguro, se había enamorado de sus ojos tristes, sus poemas cursis y su innegable talento para el dibujo. En poco tiempo fue reconocido como un consumado retratista. Algunas familias adineradas de la isla lo contrataron para que dibujara a sus seres queridos; y lo hacía tan bien, que los retratos parecían darle una nueva y vigorosa vida que creían haber perdido cuando colgaban de los marcos dorados. Los viudos prominentes del pueblo se acostumbraron, en la soledad de sus habitaciones, a dormir con los retratos de sus difuntas esposas, y hasta las consultaban sobre inversiones a corto plazo y debacles financieras. «¡Amores pasajeros... pa qué los quiero!». Comenzó a tener gran demanda entre las jóvenes del pueblo que pagaban por sus servicios. A veces escuchaba —dentro la habitación que le servía de estudio— el llanto de niñas enamoradas del espíritu de un artista que las hacía lucir más hermosas de lo que en realidad eran; más vivas, más inteligentes, más alegres, más humanas, como si los retratos tuvieran la asombrosa capacidad de borrar las imperfecciones que la naturaleza había cometido. Todo iba a pedir de boca, hasta que un buen día, una de las jóvenes apareció muerta en su alcoba abrazada a su amado retrato. A los días aparecieron otras, como si se hubiera desatado una epidemia de amor narcisista. No podían soportar la belleza que el retrato les confería. Todas las familias del pueblo comenzaron a poner en duda su nefasto arte. Lo acusaron de embaucador y lo encerraron en la cárcel, pero nunca se pudo probar que tuviera relación con las muertes. De allí en adelante, la fama

comenzó a declinar. Ya nadie llamaba para el retrato de un pariente: una abuela, un recién nacido. Incluso, recogieron todas sus obras y las quemaron en un acto público, solo para demostrar que sus dibujos eran un artilugio del demonio. Fue en esos días cuando comenzó a dibujar a la gente más pobre del pueblo. Aquellos no tenían ni siquiera como pagarle, o pagaban con peces, langostas y hasta con pulpos escurridizos que chorreaban tinta por todas partes. Los retrataba con la dignidad y el aplomo de que eran capaces. Hacían largas filas, trajeados con sus ropas raídas de domingo: sus corbatas coloridas, los zapatos cubiertos de polvo, sus barbas a medio rasurar, los sombreros descoloridos por el sol, los ojos serenos, grises, ciegos por el reflejo de la luz sobre las aguas. También dibujó a mujeres silenciosas, rostros de matronas severos, manos arrugadas, cestas de peces sobre las cabezas a punto de saltar bajo el brillo de relucientes escamas. Fue tal la conmoción causada en el pueblo y las largas filas para retratarse, que las autoridades, temiendo una revuelta popular, le prohibieron dibujar a cualquier habitante de la isla, a riesgo de ser encarcelado. Sin embargo, a él no parecieron importarles mayormente las restricciones, siempre y cuando lo dejaran ejercer su oficio en santa paz. De ahí en adelante, se dedicó a dibujar animales; incluso, dibujó monstruos inexistentes, seres que solo habitaban en su imaginación. Algunos le recordaban las obras leídas a sus hermanos muchos años atrás en el Santuario: los dibujos de Leonardo, Brueghel, Durero, Holbein; así como las historias de Herodoto de Halicarnaso, de Plinio el viejo, de Isidoro de Sevilla, de Bartholomeus Anglicus y tantos otros. Muchos pensaron que estaba loco. Los pobladores lo veían cruzar las calles del muelle bajo el sol tórrido con un montón de sacos de arpillera, cartones, cuadernos llenos de ilustraciones bestiales emergidas de las nubes, los basureros, las manchas de humedad dibujadas sobre muros, que

más bien parecían aullarle a la luna en las noches serenas del puerto. «Un hombre sin un verdadero rostro», decían los más cercanos, «un don nadie»; alguien que había estado una docena de veces en prisión y ahora bebía del último sorbo que la vida obsequiaba. Guadalupe estaba segura de reconocerlo. Lo recordaba de otra época, cuando trabajaba en la fábrica de pescado como vigilante nocturno y gastaba su tiempo libre en hacer ilustraciones de los personajes más sórdidos de la isla. Aún conservaba sus dibujos hechos a carboncillo. En una ocasión, durante las fiestas populares, lo siguió hasta la plaza. Lo vio cruzar bajo la sombra de las palmeras, entre una muchedumbre que saltaba a su alrededor. Recordó que de niños él salía a defenderla de los más grandes en las riñas del colegio. Cuando desaparecía entre la multitud que desbordaba la calle, alcanzó a gritarle.

—¿Eres tú, Roy? —dijo gritándole al aire de la noche, pero el hombre se había desvanecido como un fantasma. Lo buscó entre el tumulto que danzaba en la plaza, como poseído por el espíritu de bacantes furiosas, pero ninguno de los rostros a su alrededor se parecía al de él.

—Soy yo —dijo la voz, pero no alcanzó a ver de dónde provenía. Era una voz extraña, marcada por los excesos de la vida y sus penurias; primordial en acentos y pausas, musical en sus tonos y timbres.

—Mejor no te acerques —exclamó—. No quisiera lastimarte. Eso sería imperdonable. Pero dada las circunstancias, lo haré, de ser necesario —finalizó.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó asombrada—. Te fuiste hace tantos años de la isla que pensamos habías muerto. Pero reconocí tus ilustraciones de animales en el puerto. Supe que no podían ser de otro, porque uno puede cambiar para el horror de los demás, pero las cartas que trazan el destino siempre serán las mismas. Eso de encender

hogueras en la playa siempre funciona para jóvenes incautos. Pero nadie esperaba la aparición de la muchacha. ¿No es cierto? Ni siquiera tú, que decías conocerla tan bien. Todos acudieron como mariposas desesperadas al deslumbrante llamado de la luz; hasta los más precavidos acabaron volando ciegos alrededor del resplandor de las llamas, hasta que sus alas se fueron quemando bajo la hoguera.

—Deberías volver a casa —dijo casi en tono de súplica—. ¡Papá se alegrará tanto de verte! ¡¿Sabes?! Se está poniendo viejo y extraña las peleas contigo. Tú eras el único que podía vencerlo. No pasa un día sin decir tu nombre. Por las tardes se asoma a la carretera esperando que regreses algún día; que el día menos pensado aparezcas y todo vuelva a ser como antes. El mundo ha cambiado mucho desde tu partida. Al principio te buscamos por toda la isla; hasta llegamos a pensar lo peor: que habías sucumbido bajo las dunas. Luego supimos por pescadores que te habías marchado al continente.

Hablamos durante horas sin parar. Mejor dicho: ella hablaba. Yo me limitaba a escucharla y a fumar en silencio. Luego de un tiempo de deambular bajo las estrellas, casi sin darnos cuenta, llegamos a las inmediaciones de la casa. Su sombra se elevaba encima del paisaje de dunas.

—Debes entrar a saludar a papá y hacer las paces —me rogó en su afán de hermana menor—. Se va a morir de la alegría —insistió. Yo, francamente, tenía mis dudas.

—Entonces, vamos a matarlo —respondí sonriendo.

Entré con Guadalupe al Santuario después de tantos años. No sabía si era una buena decisión, pero la idea de ver a mi padre me produjo cierta curiosidad, no voy a negarlo. Cuando cruzamos la puerta noté que la casa se conservaba igual que en mis recuerdos; tal vez más deteriorada por las inclemencias de un clima que hacía estragos en todo. Mis ojos demoraban en acostumbrarse a las sombras. Guadalupe extendió su mano

para guiarme por los amplios corredores en penumbras. Los objetos comenzaban a resultar familiares: el reloj *tempus fuguit* de la sala, donde nos escondimos tantas veces, entre cadenas, poleas, resortes y contrapesos; cada hora daba una campanada que nos dejaba sordos durante días. El espejo de azogue que padre había comprado en un circo. Por las tardes nos sentábamos frente al espejo a mirar nuestra imagen deformada y monstruosa. Detrás de cada objeto existía un espíritu lánguido, a la espera de ser sacudido por el sueño de los justos. Yo intentaba —tal vez sin saberlo— ser el artífice de ese renacimiento. Mi memoria despertaba a un pasado dichoso e infeliz que había compartido y sufrido con ellos. Los recuerdos de la niñez flotaban en el aire sereno de la biblioteca. Solo debía cruzar el umbral para dar marcha hacia los primeros años: el nacimiento, la matriz, el óvulo fecundado. El Santuario estaba repleto de libros y obras de arte, algunas de ellas de un gusto tan exótico como si hubieran sido traídas de otro mundo. Quizás el tiempo se había olvidado de nosotros, de la casa, de la biblioteca, de los cuadros, los mapas amontonados en los armarios que alguna vez sirvieron de guía a las bandadas de aves. Desde cualquier vitrina saltaba una miniatura de oro que hería los ojos, un jarrón de la China, un cofre con incrustaciones de piedras, una escultura de La Piedad, o una lanza zulú. Volví a ver las viejas monedas volcadas sobre el tablero de damas chinas. De allí pasamos a otra habitación olorosa a incienso, donde una imagen de la diosa Kali nos recibía blandiendo sus miles de brazos ocultos en la penumbra. En ese momento divisé la entrañable silueta sentada en la terraza y supe por qué lo había odiado tanto durante todos estos años. Nuestros odios y afectos eran recíprocos. Estaba de espaldas, contemplando la noche estrellada en una silla de ruedas.

—¡Mira quién está aquí! —gritó Guadalupe—. ¡El hijo pródigo ha vuelto a casa!

Pero padre no se inmutó. Ni siquiera volteó a mirarnos. No parecía importarle en lo más mínimo que estuviéramos allí; ensimismado como estaba en su laberinto personal. Nos fuimos acercando sin hacer el menor ruido para darle la sorpresa de su vida. Pero cuando giramos la silla, descubrimos asombrados una calavera vestida de gala con un crisantemo en la solapa. Los huesos parecían desencajados, unidos por tendones y nervios, aguardaban en aquella hora póstuma algún tipo de redención. Detrás de nosotros, sentado en la penumbra, padre nos espiaba oculto bajo las sombras.

—Es difícil sorprender a un anciano que lo ha visto todo —masculló—. Permítanme presentarles a un viejo amigo. Es una lástima que no pueda hablar. Fue como un hijo para mí. En sus mejores tiempos era locuaz y deslenguado, pero como pueden ver, ya no lo es más. En fin, la muerte nos cambia a todos. Y lo que ayer nos parecía tan divertido, hoy no lo es más. ¿Tendrían la gentileza de ayudar a este pobre anciano? —dijo padre empujándolo de la silla. La calavera se derrumbó sobre el piso de ladrillos.

—Como pueden ver, pesa más de lo que puede cargar este viejo. En otros tiempos lo habría cargado con una mano —dijo aspirando el cigarrillo.

Recogimos los restos y los acomodamos en la silla de ruedas. Luego lo llevamos hasta la terraza, donde una hermosa vista del océano se confundía con la noche, y desde allí lo arrojamos al mar. Lo vimos desaparecer entre el oleaje, con un ruido ensordecedor. Lo saludamos como a un hermano caído en desgracia; capitán de una nave hundida —aunque esta fuera una silla de ruedas—. Luego le pintamos una puñeta del tamaño de la luna para que no volviera nunca al mundo de los vivos y se quedara vagando sin rumbo por el fondo de los mares. Arrojado al agua sin la menor contemplación. Padre ni siquiera nos habría permitido que lo enterráramos en

homenaje a sus afectos pasados. Su castigo era el de pudrirse bajo el mar y servir de alimento a la colonia de peces y cangrejos del lecho marino. Ese ejército acorazado de grandes tenazas tenía más derecho que cualquier otra criatura. Esa fue su orden. No debía quedar ni siquiera un hueso roído por las arañas de mar. Más tarde, al filo de la madrugada, padre se retiró a su habitación, Roy quiso acercarse, pero padre lo rechazó enérgicamente. «Tú ya ni siquiera existes para mí», dijo. «No debiste haberlo traído nunca», me reprochó. Detrás de su sombra, envuelta por la bruma, vimos el espectro de mamá iluminando la noche. La sombra seguía cada uno de sus pasos por el corredor donde desapareció, bajo la luna que se diluía como un inmenso cráter al amanecer. Entonces, escuchamos el eco de su amarga risa, cada vez más fuerte, golpeando los muros, trepando las paredes, ocultándose en los umbrales, hasta convertirse en una feroz carcajada, que oída de lejos, semejava el llanto de un hombre que se sabe inmensamente solo.

Los días se hacían cada vez más cortos, como si el tiempo fuera un cuchillo en manos de un experto carnicero, que acertaba las horas, los minutos, los segundos. Despertamos una mañana, sin fuerzas, extenuados por el tortuoso camino que habíamos transitado para llegar hasta aquí; atontados por un paisaje de dunas achatadas y un rumor de olas que llegaba dulce y lejano como una bendición desde la playa. ¿Acaso podíamos pedir más de la vida? Aún con ojos cerrados, acostados sobre las camas tibias, olorosas a lavanda, reconocimos el aroma de la casa que creíamos perdido: la puerta de caoba labrada a mano del Santuario esperaba por nuestro arribo, las almohadas mullidas, la tersura de las sábanas limpias anunciaban nuestro regreso a casa. Habíamos vuelto a la isla después de tanto tiempo. Sin la necesidad de disparar un tiro ni arrojar una lanza o una luz de bengala en la noche

ni encender una hoguera para que fuera vista desde lejos. La fragancia invisible de la sal marina confirmaba nuestro retorno; un ligero brillo en el aire nos invitaba a caminar por las dunas, siguiendo el rumbo de las estrellas. Pero ahora, antes de acostarnos, tomábamos la previsión de atarnos fuertemente a las camas con correas de cuero y nudos de marinero para que ningún dios o demonio surgido del agua, del aire o de la tierra, volviera a raptarnos a su antojo y arrebatarnos nuestro hogar. Habíamos decidido pasar el resto de nuestras vidas en la isla y la defenderíamos con la vida si fuera necesario. Nadie volvería de nuevo a robarnos nuestro lugar en el mundo: sus paisajes desolados, las montañas cubiertas de hierba seca que ondulaban bajo la brisa, sus doradas playas de arena donde desovaban tortugas marinas que llegaban con la marea baja para luego marchar por las playas de arena, corriendo el riesgo de ser devoradas por feroces aves que no perderían la oportunidad de saciar su hambre a picotazos.

Inmensidad de las dunas arrastradas por vientos turbulentos que viajaban por toda la isla; feroces tormentas de arena cernidas por el intempestivo torbellino de los días.

XXXV

Todo iba y venía desde la más remota infancia. Pero ¿acaso todo relato no es en esencia un hecho colectivo? No importaba en definitiva quién contara la historia, ni a quién se la contara. De alguna manera era la misma historia que habían repetido los ancianos de la tribu frente al fuego desde tiempos inmemoriales. Pero ninguno de nosotros la recordaba, y como bien sabíamos, cuando no se poseen recuerdos, no hay más remedio que inventarlos. Todo venía desde una sucesión de signos, vasos comunicantes, girando en una rotación constante desde un eje imaginario, yendo y viniendo de un lugar a otro, de un mundo al siguiente. Solo sabíamos que los giros nunca se detendrían, por más mareados que estuviéramos, hasta agotarse por completo. La piedra lanzada al cielo de tiza era un oscuro meteorito cruzando el aire, aferrada al trazo de tiza blanca del avión dibujado sobre la arena del patio, como polvo de estrellas. Ella saltaba como rana, como sapo tuerto, brincaba en una pierna, apuntando y arrojando la pequeña piedra lisa —con la precisión de una experta— a la

cuadrícula del cielo, para luego verla caer irremediablemente en el infierno. La lengua apretada entre los dientes antes de lanzarla con la precisión de una experta; las gotas de sudor bajando desde la frente hacia las cejas. Hasta llegar comisura de los labios donde las sorbía; diminutas gotas formando charquitos en las mejillas, en el mentón, en el cuello enrojecido por el sol, para luego correr exaltados como demonios. Después jugábamos cuarenta matas; corríamos hasta perder el aliento y sentir cómo el corazón se nos salía del pecho, como a esas liebres enloquecidas acosadas por una jauría de perros cazadores; seguramente era la liebre de alguna antigua fábula, agrandando con sus largas patas la madriguera cavada bajo el árbol de la existencia. Vivir era también ir cavando nuestra propia tumba junto a las raíces profundas de los árboles, donde nos sentíamos seguros. Mientras duraba el juego, nos escondíamos en las intersecciones de los ángulos; la forma cerrada del muro abriéndose como una hipotenusa olorosa a argamasa, cuya fragancia se hacía más intensa y penetrante cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. Nadie, ni siquiera Roy, en quien tanto confiábamos, había prometido mostrarnos lo que había del otro lado del muro, donde crecían hongos lechosos junto a las coronas de helechos que se aferraban a la humedad de las piedras, tratando de sobrevivir al infernal calor de la isla. En una oportunidad, siendo todavía una niña, Guadalupe se internó en el jardín y mordisqueó un enorme y pálido hongo que parecía decir «cómeme», creciendo entre los almácigos y el desorden de enredaderas salvajes. La llevaron de urgencia a la medicatura del pueblo, donde le lavaron el estómago. Estuvo días bajo observación médica, pero el mal ya estaba hecho. Cuando regresó a casa permaneció una semana en cama, y a partir de allí, todo cambió, ya nunca fue la misma. Su percepción del mundo parecía haberse alterado. De ser una niña temperamental que

buscaba la forma de salirse siempre con la suya, se convirtió en una niña silenciosa y meditabunda. Parecía haber madurado antes de tiempo. Todos pensamos en el efecto tardío de los hongos alucinógenos. Durante días permaneció encerrada en su habitación leyendo una obra que todos en la casa considerábamos extraña. Padre la guardaba en su armario personal, bajo llave, el *Tratado de los sueños* de Artemidoro de Daldis. Tal vez buscaba información sobre lo que sospechó podía ser una pesadilla colectiva. Viviríamos en una isla para siempre y no envejeceríamos nunca. También descubrimos que se encerraba durante horas a leer poesía. Le interesaba cómo esa reflexión del espíritu humano conseguía verterse en palabras, cuyas profundas resonancias nos hacían partícipes de la naturaleza humana. Algo, más allá del lenguaje, percutía en el espíritu: sonidos, imágenes, más allá de nuestra conciencia. «Hay un sentido en las cosas que va más allá de las palabras... pero también hay un sentido en las palabras que va más allá de las cosas». La conciencia de la belleza podía surgir en los lugares más inhóspitos. Solo debíamos cavar un agujero más profundo y aparecería la raíz que demoraba en aferrarse a la superficie para mostrar sus flores venenosas. La casa, el Santuario, las dunas, todo lo que ello significaba era nuestro mundo amado, nuestro universo más confiable. Ninguno quería alejarse de allí. Cruzar el jardín y meternos en la madriguera era una forma de hacernos uno con la humedad secreta del universo, y donde cada paso que dábamos en la isla conducía de forma irremediable al abismo. El vértigo de la caída nos atraía como un imán, pero ninguno quería ser el primero en arriesgarse. Aquel espacio tan cercano y ajeno a la vez, solo podía ser apreciado desde una visión retorcida. A veces lográbamos ver un rayo de luz, un resplandor entre las grietas del muro. Pero lo que alcanzábamos a ver no era nada alentador. Sabíamos que tarde o temprano tendríamos que

abandonar el Santuario, por las buenas o por las malas. No se puede vivir en una isla para siempre. Y por más que corriéramos hasta el cansancio para alejarnos de ella, navegáramos mares tormentosos o viajáramos a las antípodas, luego de un tiempo, que ya no inmensurable, regresaríamos de nuevo a la isla solo para saber quiénes éramos, de dónde veníamos, y cuál sería nuestro destino. Nuestra férrea curiosidad infantil vencería cualquier obstáculo. Más allá del jardín al que llegábamos por el sendero de arena, estaba la playa; más allá de la playa, el mar; más allá del mar, las islas de la Luna dibujadas en la distancia como la tierra prometida, a la que no teníamos acceso. Llegar hasta ese lugar era una quimera, su paisaje brumoso, cubierto de volcanes marinos parecía extinguirse en el horizonte, tan lejos del Santuario. Cada vez que mirábamos por los grandes ventanales, creíamos ver siluetas fantásticas, casi humanas, moviéndose con torpeza por la playa.

—Son las sirenas —decía Roy, temeroso, pero sabíamos que simplemente trataba de asustarnos. Eran hojas y ramas secas rasguñando las dunas cuando el viento navegaba entre los árboles; semejante a chispas, fuegos fatuos, estrellas que iluminaban el océano en un fugaz parpadeo. Volvíamos a casa para refugiarnos en la biblioteca. Creíamos que «solo los libros podían salvarnos del infierno tan temido». Pero ¿quién quería salvarse? El infierno siempre eran los otros. El encierro donde vivíamos era la plena conciencia de nuestro fracaso. Habíamos convertido nuestras vidas en ficción, y éramos incapaces de reconocer los límites impuestos por la realidad. El salvavidas arrojado para salvarnos, nada más nos ayudaba a hundirnos más; pero también ayudaba a que no perdiéramos el rumbo en medio de la tormenta. Cuando más parecíamos flaquear, inventábamos historias para sobrevivir al tedio infinito de los días. Padre y madre se habían marchado hacía algún tiempo, dejando vagos recuerdos de sus pasos.

Sus espectros sin relieve recorrían la soledad de las dunas hacia los reinos donde habitaban el barro y el salitre. Solo la vieja cocinera permanecía fiel y vigilante a la dura realidad de nuestras andanzas.

—¡Hoy pelean el diablo y la diabla! —decía, cuando veía el cielo cruzado por la lluvia, mientras el sol brillante y tibio alumbraba la playa. Luego reía a carcajadas con su boca sucia, donde dormía un cabo encendido de tabaco; su rostro, cubierto de lunares y arrugas, era áspero. Durante la temporada de lluvia, la playa se convertía en una pasta viscosa; En esos días húmedos, la vieja nos dejaba salir a jugar al jardín.

«La lluvia lava las penas», decía riendo, y «¡lo que no mata..., fortalece!». Salíamos a bañarnos bajo el aguacero que azotaba la playa con su látigo húmedo, dejándonos la piel llena de cardenales. Guadalupe golpeaba un tambor imaginario que imitaba el bramido de los truenos, invocando a las aves que cruzaban el cielo con rapidez, huyendo de la tormenta. Pero ninguna atendía a su llamado, ni siquiera los petreles batiendo sus enormes alas contra el impetuoso viento. A lo lejos, las embarcaciones luchaban contra grandes olas, casi a punto de zozobrar. Más adelante, los niños de los alrededores se nos juntaban en una cofradía de peleas salvajes sobre el barro. Éramos capaces de hundirnos en el mar de lodo y convertirlo en una especie de campo de batalla donde convivían formas diversas de vida. Las luchas continuaban hasta el atardecer, cuando exhaustos, bajo la luz de las linternas, regresábamos a casa a tomar un baño de agua tibia y a comer un plato de almejas que tenía el sabor de la tierra fresca, y nos recordaba el sabor de las medusas cuando las besábamos en la boca. En el fragor de la lucha, nos metíamos al agua y atrapábamos ostras de carnes rosadas que se deshacían entre los dedos junto a la acidez del limón. Aquel sabor dulce y áspero era muy parecido al del *dugong*, como era conocido entre

los pescadores experimentados. El animal habitaba las cálidas corrientes del estuario. Lo habíamos visto nadando en la superficie con la lentitud de un rey que recorre sus dominios, entre el mar y el río de aguas tranquilas. En ocasiones encontramos a un pescador ahogado, en las aguas profundas: el cuerpo mordisqueado flotaba junto al vaivén de las olas. Los animales se quedaban girando alrededor del cadáver como si jugaran con un tronco. Otros, más más osados, se subían a los botes para cazarlos con arpones. Por las tardes, los veíamos cruzar el estuario junto a sus crías. Parecían sirenas insomnes ascendiendo de las profundidades, donde la vida era verde y silenciosa. Los espiábamos cuando salían a comer la hierba tierna de la orilla. En las noches claras de luna, alcanzábamos a ver sus siluetas inmóviles, y era como si los ojos de un gigante dormido extendieran su pálido brillo sobre la serena superficie del estuario.

XXXVI

En cierta ocasión, cuando Guadalupe salió a caminar por la playa, encontré su diario debajo de las sábanas. Leí entre sus apuntes y dibujos sobre *El tratado de los sueños*, un soneto escrito de su puño y letra. Nunca supe si ella, en su ferviente admiración por la poesía, lo había escrito o lo había copiado de alguno de los libros del Santuario. Lo reproduzco como curiosidad para los lectores. Aunque, tal vez, ni siquiera le pertenezca.

Viajeros

El viajero que llega ya ha partido
desde un punto lejano, equidistante
donde trenes nocturnos van errantes
vagando en la noche que es olvido.

Los vagones repletos se han dormido
entre ruidos inquietos, trepidantes
donde sueñan los tímidos amantes
con la flor que es ceniza y es olvido.

Presintiendo la luz de la mañana
un gallo negro anuncia el firmamento
con su canto cortado por el frío.

Sabe que toda muerte es desafío
que todo viaje nada más es viento
que todo canto, tan solo un lamento.

XXXVII

Había avanzado el día cuando despertamos. Las sombras de los árboles del patio proyectadas dentro la habitación comenzaban a desaparecer dejando ligeras manchas sobre el polvo de ladrillos, que era un resplandor anaranjado en medio de la mañana. La intensa radiación solar nos hacía doler los ojos. La luz era como una sombra blanca disuelta en la materia de la vida, hasta dejarla convertida en una especie de espejismo incoloro. Bajo su espectro, nada existía, nada era real; solo trazos uniformes de luz mostrados al mundo sensible de la vida. Todo en ella era presencia soterrada arrastrándose entre las piedras. El mundo visible desaparecía afuera, cuando los torbellinos se elevaban arrastrados por el viento sobre llanuras polvorientas. Bajamos las escaleras como lo habíamos hecho a lo largo de nuestras cortas vidas, para asistir al obcecado ritual del desayuno, rodeados de un ejército de esculturas que parecían ocultarse en la penumbra. Pero en el inmenso comedor que había pertenecido al pasado glorioso de nuestros ancestros, solo encontramos la mesa vacía,

junto a los candelabros formando grumos grasientos sobre el mantel blanco, donde la memoria dormía el sueño del olvido. Durante un tiempo, que se nos hizo eterno, nos sentamos en silencio —como habíamos aprendido a fuerza de castigos y de largas noches de irnos a la cama sin cenar—, a esperar que aparecieran de un momento a otro. Aguardábamos oír el sonido de la puerta de la habitación abriéndose y que aparecieran, como siempre lo habían hecho, perfumados, alegres y glamorosos: trajeados con la ropa del domingo que solían vestir en ocasiones especiales para combatir el furioso sol que por estos meses calentaba el aire de la isla. Pero nadie apareció. Nadie descendió los escalones gastados por el salitre y la resequedad de la madera que le daban una coloración blanquecina a toda la casa. Por unos segundos creímos oler el aroma dulzón del tabaco de papá flotando en el aire, confundido con las viandas y la fina cubertería de plata, junto a las ollas de fierro, donde el moho coronaba un reino de hongos y esporas aterciopelados. Pero no los íbamos a esperar toda la vida. A una señal de Guadalupe subimos los escalones a trancos para obligarlos a salir de su habitación. Golpeamos a la puerta con sus pesadas aldabas de bronce que simulaban la cabeza decapitada de un águila imperial y esperamos un poco más. Pero nadie abrió la puerta. Entonces, volvimos a la carga, golpeándola, esta vez con la fuerza y el atrevimiento de ángeles condenados al olvido, pero nadie salió a recibirnos. Así que temimos la peor de nuestras desgracias. Cuando finalmente logramos abrirla, encontramos la enorme cama de sábanas mustias cubierta de polvo, el mullido colchón de plumas blancas con las cuatro columnas sosteniendo el mosquitero, las pantuflas en el borde de la alfombra, y el espejo donde habían envejecido a lo largo de una vida de sinsabores; el ancla de hierro que papá había arrastrado hasta la casa, para demostrarnos que no se iría nunca más. Los buscamos

por todas las habitaciones gritando sus nombres de pila, y luego maldiciéndolos a gritos, revolviendo armarios y salones en penumbras donde se acumulaban las reliquias frente al espejo y donde las sombras dormían su idilio de tinieblas. Revisamos lugares secretos de la isla donde pensamos que habían ido a ocultarse por alguna razón desconocida, pero habían desaparecido, y con ellos la felicidad de nuestra existencia. Ahora lo sabíamos con certeza. Habían huido de nuestras vidas como pájaros que abandonan el nido. Ni siquiera escribieron una nota de despedida, una esquila, una carta de consuelo, que nos ayudara a reconciliarnos con su miserable huida. Durante un tiempo las señales estuvieron ahí, pero solo ahora comenzaban a tener sentido. Un buen día desaparecieron intempestivamente, sin ninguna razón, aunque nadie los viera marcharse. En un primer momento, salimos a buscarlos por los alrededores de la casa, en el cobertizo, en los sótanos. Luego, recorrimos el pueblo gritando sus nombres al viento. Otros niños salieron de sus casas para unirse a nuestra búsqueda en un cortejo fúnebre. Aún no sabíamos que los adultos del pueblo también habían desaparecido. Recorrimos las dunas ahora convertidas en un mar de lodo hasta donde alcanzaba la vista, pero nunca los encontramos. Solo había huellas frescas sobre el barro, perdiéndose en dirección a las arenas que bordeaban la costa. A partir de ese momento, los más pequeños se revolcaban llorando desconsoladamente; otros, con ojos temerosos se preguntaban cómo había podido suceder aquello. Nada más ayer jugaban en el regazo de sus padres, para ahora encontrarse perdidos frente a un hecho que iba a cambiar sus vidas para siempre. El mundo conocido comenzaba a hundirse bajo los pies. La soledad nos aterraba a todos. La isla se había convertido en nuestro contrincante más feroz. Esa noche soñé que atropellaba la sombra inerme de niños aferrados a mis piernas, como animales desesperados,

mientras me hundía gritando en el desierto insondable. La arena se metía en mi boca obligándome a callar. La noche era un espejismo de luces violetas. Guadalupe podía predecir el tiempo con solo mirar el cielo; las nubes apretujadas arriba, alargadas como obeliscos sobre el patio de hierbas; las lluvias llegadas del mar velaban toda inquietud, impidiendo la navegación y arriesgando cualquier arribo a la isla. La nube de calina subía como una tromba. Los niños adquirían ese aire impreciso de la madera quemada en invierno, junto a huesos de animales. Un río de lodo descendía de las montañas, como si en vez de agua, arrastrara el humo de todos los incendios. A lo lejos, las islas tenían el brillo de lámparas encendidas en el horizonte. Nos acercábamos temerosos al agua cuando elevaba su caudal más allá de lo predecible y olas de barro saltaban por todas partes. Guardábamos en secreto la esperanza de ver pasar los cadáveres de nuestros enemigos, pero los cadáveres que veíamos pasar —flotando en las aguas turbulentas— eran los nuestros. Apenas alcanzábamos a verlos durante el segundo que demoraban en hundirse en la corriente antes de ser engullidos. Parecían decir «adiós... adiós...» o «piedad... piedad...». A veces nos asaltaba la duda de si realmente los habíamos conocido en el pasado, en otros tiempos, en otras batallas; siempre forcejeando contra nosotros, dándonos caza, como a animales desconocidos, seres que nunca se habían visto, ni se habían encontrado en un hotel destartado de carretera para cruzarse como jinetes sin cabeza frente al ritual de los cuerpos desnudos, prestos para el combate.

Todos se habían marchado al fin del mundo, sin siquiera detenerse a pensar en nosotros: los hijos de la tierra, los que no teníamos nada, ni siquiera una huerta donde sembrar las penas. Habíamos quedado sumidos en el peor de los abandonos y las desesperanzas. De no haber sido por la vieja, quien cuidaba de nosotros, habríamos muerto. Por las tardes, luego de las

jornadas de pesca, devorábamos los crustáceos que habíamos recogido con las redes en el estuario. Nos sentábamos en la playa —a mirar cómo las olas arrastraban coronas de algas, cabezas de gorgonas y maderos podridos— y encendíamos un buen fuego para cocinar en una olla de barro los mejillones recolectados en los arrecifes, para luego, en medio del frío, soñar que un día regresarían, pulcros e inmaculados, vestidos con sus mejores galas, paseando por la playa como si nada hubiera sucedido, como si solo se hubieran ausentado unos minutos para dar un breve paseo por las dunas que se llenaban de sombras al atardecer. Veíamos la sombrilla de raso de mamá arrastrada por el viento, dando giros a lo largo de la playa, llevando enredada en sus encajes como una música de contradanza, mientras las voces detrás de las dunas iban desapareciendo en el antiguo sendero de arena. Más tarde, esas voces se transformaron en un grupo de niños provenientes de poblados lejanos. Habían demorado días en cruzar los pantanos para llegar a la costa, y unos días más para arribar al poblado.

—¿Están solos? —nos atrevimos a preguntar— ¿Y los adultos?

—Desaparecieron —fue su respuesta—. Una mañana despertamos y ya no estaban. Desde entonces, los hemos buscado por toda la isla, sin suerte. Seguimos las huellas por el mar de dunas donde se esfumaron. Fue entonces que vimos el brillo de la hoguera y nos acercamos a echar un vistazo. Llegamos a pensar que éramos los únicos sobrevivientes luego del paso del ciclón.

Cuando se dieron cuenta de que éramos un grupo de niños perdidos e indefensos como ellos, respiraron aliviados.

—¿Y los adultos del poblado? —se arriesgaron a preguntar.

—Desaparecieron —respondió Guadalupe surgiendo desde las sombras esculpidas por el fuego—. El Dios inmisericorde de las dunas los devoró a todos.

XXXVIII

Etienne vino en la noche. Estuve revisando el manuscrito mientras intentaba recuperarme de los estragos de la insolación, cuando sentí la dulce esencia de su perfume flotando en el jardín, cerca de la ventana. La memoria es pródiga y puede reconocer el más insignificante de los olores, pero la memoria también se parecía al olvido. El clavo oxidado de donde colgaba la fotografía amarillenta, cubierta por la pátina de la vida, de cualquier vida que se apagara en un instante, era un *deja vú*. Escuché su *toc toc* de ave que anuncia su llegada, y no sé por qué me vino a la cabeza aquel escrito de San Juan: «Las condiciones del pájaro solitario», que había aprendido a recitar como un mantra en las aulas del seminario: *La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.*

Venía paladeando los versos, repitiéndolos lentamente como una oración, hasta que abrí la puerta y el pájaro solitario echó a volar —con todo y jaula dorada— por la habitación,

yéndose al mismísimo infierno, porque Etienne saltó frente a mí empuñando dos botellas de vino y estampándome un profundo beso que me hizo estremecer de tal manera, que estuve a punto de romper las botellas.

—Mi modesta contribución a tu infortunio —dijo, y pasó con discreción a la sala para luego tenderse en el sofá.

—Mi casa es tu casa —le respondí. Cerré la puerta y fingí tragarme la llave como esos lobos malos de las historietas.

—Puedes sentarte donde quieras —dije en son de broma—. Pero cuando te echas en el sofá de esa manera, pareciera que imploras por una dosis doble de psicoanálisis y alcohol; aunque aquí, querida, nos hemos reunido para embriagarnos hasta perder la razón y hacer el amor con la desesperación de lobos en celo. Solamente así, alcanzaremos la plena conciencia de lo solos que podemos estar en el mundo.

Etienne me sonrió en un gesto de burla:

—¡Vaya...vaya! Tenía la impresión de haber escuchado los argumentos más insólitos para llevarme a la cama, pero este supera con creces muchos de ellos —dijo sonriendo—. Por lo menos eres original. El sexo como reafirmación de la soledad. Al menos puedo decir que tu punto de vista es bizarro. Pero antes de iniciar cualquier forma de acercamiento, quería llevarte a un lugar especial, cerca de aquí, y del que nadie, de seguro te ha hablado.

Preparamos una ligera refección: un par de sándwiches de atún, ensalada rusa y un par de botellas de vino, y salimos a hacer un picnic nocturno en una de las cuevas de los alrededores. Tomé la lámpara y el equipo básico para acampar. Luego, descendimos las escalinatas de piedra hacia la playa. El viento silbaba una antigua melodía entre las hojas; la hierba del camino nos hacía cosquillas en los pies. Pero la luna era como un corazón rojizo que debía ser sacrificado antes del amanecer. Los aldeanos de la isla llaman en swahili a esta

luna *mwezi wa damu*, luna de sangre. Caminamos descalzos por la arena siguiendo la línea de la playa, hasta que las luces de las cabañas en la colina se convirtieron en puntos luminosos. Etienne iba adelante. Podía contemplar el movimiento del cuerpo bajo la luz de la linterna. La noche había encendido cientos de luces en la bóveda celeste. El cielo era poco para el artilingio de cometas, asteroides, meteoritos, estrellas fugaces, galaxias, soles, agujeros negros, supernovas, planetas y constelaciones moviéndose sobre nuestras cabezas a velocidades que ni siquiera éramos capaces de imaginar; millones de formas en una danza silenciosa y expansiva que eran imposibles percibir en la bóveda celeste. No sabíamos si todo aquel brillo en el cielo ya había muerto, o si eran estrellas agonizantes, enanas blancas, surgiendo como serpientes luminosas; formas geométricas en el firmamento, mandalas de astros que aglutinaban la diversidad de la vida y muerte que convivía en el sereno vacío del universo. Había un lenguaje secreto en las estrellas que nunca entenderíamos: explosiones silenciosas, soles en rotación, estrellas suicidas, agujeros negros, donde todo desaparecía y era eterno. Toda esa materia resplandeciente encima de nosotros tenía que significar algo. Acaso existía en el espacio, un orden semejante al principio de Heisenberg; un caos imposible a la espera de una inteligencia superior que lo descifrara. Era agradable tenderse sobre la arena a mirar el cielo y saberse parte de ello. Un grano de arena también contenía al universo. Tuve la impresión de que éramos moléculas flotando en el aire de la noche, escuchando el silencioso parloteo de las estrellas. Cuando llegamos a la pared de piedra, vimos la entrada de la cueva y el estrecho pasadizo que comunicaba con una galería donde estaban los restos fosilizados de animales marinos, utensilios de barro se fundían sobre los muros, extraños dibujos sobre rocas desnudas. Etienne me llevó de la mano hasta una de

las paredes del fondo y me mostró, bajo la luz de la linterna, una serie de pinturas elaboradas por los primeros habitantes de la isla: manadas de caballos sobre los muros, toros bufando en las oquedades de la roca, antílopes saltando en los meandros de piedras calcinadas, bestias desconocidas levantaban nubes de polvo, lunas y soles tomados de las manos, caminando hacia el cenit; pero lo más impresionante, fue la cantidad de manos marcadas con pinturas roja y blanca sobre la roca, como si hubieran estado allí, aguardándonos, desde el inicio de los tiempos. Siempre había tenido curiosidad por entender el porqué de ese deseo humano de trascendencia, de dejar siempre una marca visible de nuestro paso por la tierra; una señal para todos los que vendrían luego. ¿Acaso teníamos conciencia de ello? Era como dejar mensajes a quienes no conoceríamos nunca. Una simple huella que no podía ser borrada por el tiempo. Solo para afirmar: «yo estuve aquí» o «en la oscuridad de estas piedras, yace mi existencia. Esta fue y será mi mano hasta el fin de los tiempos». Una huella visible para los que llegaríamos después empujando el carro de la vida. Permanecemos en silencio, admirando la esmerada precisión de líneas, las formas de un mundo que permanecían ocultas a nuestra inteligencia, más allá de la durabilidad de las rocas. La linterna alumbraba la escena de un animal que era Dios, un color ocre trepaba sobre las grietas de la pared hacia el techo. Etienne tomó mi mano y me condujo de nuevo hasta la salida de la cueva. Solo pensé que no habíamos cambiado mucho desde entonces.

—¿De verdad son antiguas? —pregunté—. ¿No las habrá pintado algún hippie excéntrico de la localidad? —dije en broma, pero a ella pareció no hacerle ninguna gracia.

—No has entendido nada —dijo mirándome decepcionada—. Pensé que eras un escritor con algo de sensibilidad. Pero veo que me equivoqué. Existe una especie de comunión en

estas obras que trasciende, incluso, al gesto artístico, la propia pintura y el lugar donde fueron halladas, como las formas más rudimentarias de expresión. No eran escenas de caza, sino más bien escenas del rito de la vida. Esperaban más de las bestias y sus corazones palpitantes, que correteaban asustadas por la pradera. Sabían que los dioses de las islas estaban allí, observándolos, apostando desde el cielo, donde a veces se ocultaban. Antes de que fuera tensado el primer arco, de afilarse la primera lanza de piedra, sabían del prodigio de la sangre, de su gusto. Derramarla en vano era una ofensa. Cada animal del bosque, de las praderas, era sagrado y ofrendado al sol al amanecer, cuando sentían acercarse los pasos vacilantes del nuevo día. La chispa de la vida renacía cada día de sus cenizas. La memoria de los muertos era nuestra memoria. Permanecía sobre la tierra aguardando la renovación de lo que desaparecía, para regresar, una y otra vez, en el ciclo infinito de la vida. Entendían la naturaleza de una forma diferente, porque se sabían parte de ella, de su aliento vital, unido a todas las cosas de la tierra. La vida era la cadena infinita que nos unía a todo. El espíritu de los antepasados nunca se iría. Estaba aquí, convertido en nube de polvo arrastrada por el viento del desierto. Aún alcanzaba a verse el tizne de las antorchas que ayudó a iluminar las paredes. ¿Cuántos pintores habrían ilustrado la cueva? Cada uno con su ayudante provisto de ramas secas sumergidas en aceite para alimentar el fuego. Cada uno conocía la línea y las proporciones del mundo; los colores extraídos del polvo de la tierra, de los minerales, de las flores, del jaspe, de las plantas. Podían notarse las diferencias entre unos y otros: los más diestros y los torpes; los que apenas se iniciaban en el tallado de la piedra para adecuar su forma a la magia de la pintura. Luego del ritual donde cazadores ataviados con plumas y pieles de animales caían en el trance de un profundo sueño, la caza ya no era la misma. Las bestias se comportaban de forma diferente.

La magia se adueñaba de animales, de insectos, de peces, para que el ciclo de las transformaciones nunca se detuviera. Las manadas apacibles de vacas, los caballos infatigables, que corrían asustados por las llanuras, ya les pertenecían, sin saberlo, sin siquiera haber iniciado la cacería. El sueño era una de las piedras fundamentales de lo humano. Pero tú, escritorcito de porquería, pareces no entenderlo. ¿O sí? Parece que no se le puede pedir mucho a un joven profesor que solo piensa en el sexo como proyección de la muerte. Deberías abrir tus ojos cerrados. Estamos solos frente a la noche y el mundo comienza a hundirse bajo nuestros pies. Todo se desmorona a pedazos, y lo peor es que no podemos impedirlo.

Permanecí en silencio sin interrumpirla. Me sentí como un verdadero idiota. Cuando finalizó, pensé que iba a golpearme. Pero sonrío y me dijo:

—¡Por dios! ¡Perdóname! Sé que carezco del más elemental sentido del humor.

—No pasa nada —respondí—. No es la primera vez que una mujer hermosa me insulta.

Iba a comenzar a armar la tienda de campaña, cuando Etienne insinuó que prefería dormir a la intemperie, bajo las estrellas, como lo habían hecho los primeros habitantes de la isla durante cientos de años. Solo espero que no llueva. Encendí la fogata y colgué la linterna de una rama. La brisa fresca y cargada de humedad venía desde el mar. El rugido de las olas era como un tropel espléndido de animales correteando por la playa, estremeciendo la arena; cangrejos atemorizados huían a esconderse en sus agujeros. La noche era una constelación de ojos que nos espiaban durante el sueño. Cada vez que los cerrábamos, una estrella del cielo vigilaba. Hablamos mucho esa noche. Tomamos vino y, al final, estábamos un poco aturdidos por el licor, como si la bebida tuviera algo más que fermento de uvas.

—¿Le pusiste algo al vino —pregunté—. Me siento como un adolescente drogado —Ella sonrió.

—¿Quieres ver más de cerca las estrellas? —me dijo subiéndose a horcadas sobre mi pecho. Yo sonreí nervioso sin saber qué responder. En ese momento, extrajo de su bolso un pequeño papel blanco y lo colocó en mi lengua con un beso. Antes de que pudiera decir algo, el papel se había derretido en mi boca dejando un extraño sabor. Iba a decirle algo, pero me contuve. Ella parecía feliz. Sus grandes ojos me miraron divertidos.

—Esto no estaba en mis planes —susurré tímidamente.

—Por eso va a ser mejor —respondió—. Es mejor no planificar tanto. Hacerse la idea de lo impredecible. Porque lo siguiente que va a suceder es que saldrás disparado como un cohete humano por la playa iluminando la noche. ¡Va a ser divertido! ¡Ya lo verás!

Así que, aquí estaba yo, sin saber lo que iba a pasar, aguardando temeroso dentro el bolso de dormir lo que iba a sucederme de un momento a otro. Sentía un ligero escozor en la lengua, como si un alacrán me hubiera picado o me hubiera besado una sirena.

—¡Cálmate! Todo va a estar bien. ¡Ya lo verás! —dijo—. Va a ser una experiencia que no olvidarás. Pierden el sentido de la vida aquellos que la planifican y no dejan espacio para el asombro o el azar de lo imprevisible; los administradores que se esclavizan al tiempo, como si este fuera bisutería de mercaderes a quienes solo interesa el dinero nunca entenderán que la vida es arena que regresa al círculo infinito del tiempo donde puede sostenerse en un puño de la mano. Perdieron su capacidad de revelar visiones, porque en el sueño, en sus secretos intersticios, sobrevive la certeza de todo lo que está por venir como premonición de *la gran eclosión*. Es terrible, pero también es un alivio tener conciencia del tiempo, saberse

finito, perecedero como toda criatura del universo: el gusano y la estrella, el pájaro y el reptil.

Tendido sobre la arena, aquella sensación me invadía como un ejército avanzando sobre mi cuerpo, haciendo resonar sus armas. En el fondo, resultaba familiar como las canciones que inventan los niños en los patios de las escuelas, donde un viento suave roza las piedras, sacando chispas, produciendo sonidos de trombas marinas, como si alguien, tal vez un dios benevolente de la isla, soplara su cuerno de caza entre los árboles. Encima de mí, Etienne era como un animal deforme que sorbía mi vida bajo su aliento tibio.

—¡Calma! ¡No te resistas! ¡Déjate llevar! Yo cuidaré de ti —fue lo último que escuché antes de abandonarme a los efectos del alucinógeno.

Esa noche solo tuve ojos para el fuego y sus formas de animal luminoso abriéndose paso desde la oscuridad como la lengua de una salamandra que buscara calmar su sed, abandonada a las llamas, apresuradas en consumirlo todo, recogiendo el rocío de la hierba en la más inhóspita de las intemperies; sutiles velos de humo aparecían entre las sombras. Sentí mi cuerpo liviano. Era una hoja arrastrada por las olas sobre el ojo de Poseidón en medio de la noche. Miles de estrellas iluminaban el firmamento en perenne parpadeo. Cerré los ojos, pero las estrellas continuaban allí, en el interior de mis párpados: pequeños puntos de sangre transitaban mi cuerpo, irradiando un calor que podía ser sofocante. Etienne estaba allí, encima de mí, pero ahora era tan liviana como un cangrejo de seda con enormes tijeras que cortaban la tierra con sus tenazas. Me abandonaba al vértigo. Mi cuerpo era una burbuja elevada sobre paredes de piedra hacia las lejanas estrellas: antiguos cazadores me tendían las manos como si pudieran arrastrarme a través del tiempo a los rituales sangrientos de la cacería. Escuché gritos en la oscuridad y grité

con ellos, asustando a las grandes manadas hacia trampas donde los aguardaba la muerte. Olí la tierra y la sangre del mamut barritando asustado bajo el brillo de las lanzas, hasta que el rostro de los cazadores se borró en un polvo cósmico y las estrellas desesperadas emergieron inmensas, cayendo como estalactitas desde el cielo. Subí a la morada de los dioses, pero solo encontré lombrices retorcidas en medio del paraíso. Luego caí en un pozo del que no lograba salir. Cada vez que intentaba trepar sobre las piedras resbaladizas, unas manos húmedas me halaban hacia el fondo. Cuando finalmente desfallecía y me hundía exhausto, vi una de las viejas sirenas —no sé a cuál de ellas— contemplándome en silencio desde las profundidades con ojos asombrados, donde no existía la compasión ni el odio ni el arrepentimiento.

«Déjenlo ir. No nos pertenece», alcancé a escuchar el murmullo de su voz, casi infantil, clamando por mi salvación. Fue entonces cuando logré trepar las piedras húmedas y salir del pozo donde había sido arrojado.

El graznido de gaviotas sobre mi cabeza me despertó. Apenas amanecía. El viento se había disipado y una extraña calma reinaba sobre el mar. Un olor a sal flotaba en el aire pegajoso. Alcancé a escuchar las olas rompiendo en la playa. Regresaba exhausto, como alguien que, sin saberlo, había emprendido un largo viaje a las catacumbas del mundo. Mis sentidos comenzaban a despertar bajo las primeras luces del alba. Pero no quería abrir los ojos luego de aquella extraña noche. Quería permanecer allí, sobre la arena, igual a una ostra a la que le han extraído la carne y solo resta una concha reseca blanqueada por el sol. Tanteé con mis dedos sobre la hierba aplastada buscando el cuerpo de Etienne, que dormía a un lado en la bolsa de dormir, pero no la encontré. Se me ocurrió que tal vez se estaría bañando entre las olas, antes de regresar. Cuando abrí los ojos, sucios de arena y legañas,

como si emergiera de una pesadilla, vi a los tres niños velando mi sueño bajo un respetuoso silencio; sentados en cuclillas a mí alrededor, esperando que despertara. Roy revolvía con una lanza de bambú los restos de la hoguera que habíamos encendido la noche anterior y ahora solo eran una herida de leños humeantes sobre la arena. Guadalupe me observaba sonriendo con sus grandes ojos, cuando de forma intempestiva y sin mediar palabras, Roy se abalanzó sobre mí dirigiendo su afilada lanza a mi cuello.

—Deberíamos matarlo de una buena vez —dijo acercando el filo del arma a mi garganta. Sentí la aguzada punta contra mi piel, a punto de rasgarla. Pero en ese instante Guadalupe intervino.

—¡No! —dijo con firmeza apartando la lanza de mi cuello. Ahora lo necesitamos más que nunca. Solo él puede ayudarnos a construir el arca para escapar de aquí. Además, quién va a contar nuestra historia. Me temo que nada más él puede hacerlo, aunque esté irremediabilmente perdido para el mundo. Mientras hablaban, busqué a Etienne por todas partes, pero había desaparecido. El resplandor del sol en la arena comenzó a ser insoportable. Los tres me observaban como a un reptil que se retorció atrapado en una singular tumba de arena.

—No tengas miedo —dijo—. Hemos venido a salvarte.

XXXIX

Es fácil escribir, lo difícil es desollar al dragón. Cortarlo de arriba abajo en pequeños trozos. Quitarle la dura piel escamada. Reducirlo a la ligera fantasía de los sueños. Rebanar sus cuartos traseros. Pelar la cebolla de la historia en tiras delgadas y parejas, dejarla reposar con especias hasta que se ablanden. Luego secarlas para que absorban el punto requerido de aceite, y después el fuego haga su parte cocinándolas en justicia. Por supuesto, esta actividad tenía un grado sumo de dificultad. No era tarea fácil conseguir dragones en estos días. Los pocos que restaban con vida, aún podían encontrarse en libros de dudosa reputación, o en cuentos de princesas orientales que huían de cazadores furtivos. En ocasiones se ocultaban en los sótanos de monasterios medievales, detrás de paredes de piedra; quizás disfrazados de turistas asiáticos que sonreían mientras hacían reverencias frente a todo; incluso, frente a la refulgente llamarada que los abrasaba durante unos segundos, los suficientes para consumirse en edificantes cenizas para la posteridad. Como todas las bestias imaginarias, se resistían a desaparecer del todo; por lo que surgían desde otras latitudes disfrazados

de dragones de la prosperidad durante las celebraciones del Año Nuevo Lunar chino en las islas, que este año correspondería al tigre de agua, quien caza bajo la bóveda de estrellas, entre explosiones de pólvora y el colorido de los fuegos artificiales. Nadie esperaría encontrar su condena a muerte oculta en una galleta de la fortuna. Porque, al fin y al cabo, ¿de quién depende la suerte?

Pues, ni modo... de la muerte.

La comunidad del Dragón de Oro acostumbraba a celebrar el inicio del año lunar chino. Era en esa ocasión que veíamos al viejo de la caja registradora animarse y abrir sus ojos tristes y apagados para sonreírle a todos. Al principio, la gente del pueblo veía con suspicacia y animadversión la celebración de una tradición pagana en la isla pero, con el paso de los años, se acostumbraron a la presencia silenciosa de una comunidad laboriosa que se había incorporado al desarrollo económico de la isla, como la de los africanos, o los árabes. En los días anteriores a la celebración, el viejo Cheng viajaba al continente en un sampán a comprar los barriles de pólvora, las coloridas telas de los trajes, el papel brillante, el confeti, las tiras de paja de arroz para confeccionar los sombreros, los pinceles y las oscuras tintas, las galletas de la buena suerte, los abanicos coloridos; para más tarde, obsequiarlos a las matronas africanas sentadas como estatuas a la entrada de las tiendas, con delantales y afilados cuchillos de destazar bonitos, jureles y barracudas sonrientes, que mostraban sus dientes afilados bajo el sol del mediodía. El viejo supervisaba personalmente los preparativos para la fiesta del Año Nuevo Chino, así como las refecciones que serían servidas a todos los habitantes del pueblo: las sopas *wonton*, el arroz imperial, los cartílagos de aletas de tiburón, los pequeños y escurridizos pulpos que lanzaban un oscuro chorro de tinta antes de ser devorados vivos, las croquetas de camarones, los fideos de arroz, las salsas de ostras, y los exuberantes artilugios de papel maché y fuegos artificiales que esa

misma noche competirían con los brillantes astros del firmamento. Toda la comunidad asiática de los alrededores asistía a la celebración. El viejo Cheng, como todos los años, presidía la ceremonia disfrazado de gran dragón imperial, protector de las islas, seguido por una turba de jóvenes de ojos rasgados que danzaban con el cuerpo del dragón celestial, saltando de un lado a otro, haciendo acrobacias y maromas, y atropellando a cualquiera que se cruzara en su camino. El dragón arrojaba un fuego que iluminaba la noche y asombraba a todos los niños que asistíamos asustados a la celebración. «¡No es cierto! ¡No existen los dragones!», decía un Benjamín temeroso mientras lo fotografiaba brincando por las calles del poblado envuelto en una nube de pólvora. Era hermoso verlo corretear por el aire ataviado de telas coloridas, como si volara, como si pudiera despegar de la tierra y flotar entre las claras nubes del verano. Lo veíamos cruzar la plaza entre la multitud, danzando frente a las casas, donde los más pequeños gritaban asustados, lanzando petardos y triquitraques que hacían un ruido ensordecedor. Todos corríamos detrás del dragón alado que escupía fuego, brincando y vociferando obscenidades a las viejas matronas. Pero nadie nos escuchaba, debido a los gritos de la multitud que se congregaba en la plaza. Cuando lo traían de regreso a la tierra, luego de su recorrido por el poblado y de la lluvia de fuegos artificiales, todo volvía al silencio. Lo dejaban colgado, igual a una serpiente marina, entre los tendedores de ropa y alambres de púas. Allí permanecía a la intemperie, cerca de la entrada del Dragón de Oro. Pero ninguno de nosotros se atrevía a acercarse. Lo veíamos de lejos, como si durmiera después de un largo viaje al infierno de la noche. Los más devotos, en un respetuoso y singular ritual, encendían varillas de incienso que esparcían olores de sándalo y canela para la buena suerte de todos. Nos gustaba la fiesta de los chinos, y cada año la esperábamos con el anhelo de ver al dragón cobrar vida una vez más, mientras incendiaba el cielo de la isla. El viejo Cheng

era bueno con nosotros. Nos regalaba caramelos de jengibre y *ginseng* y hasta unos sombreros tejidos con paja de arroz, que usábamos los domingos cuando íbamos a pescar al estuario. Pero lo mejor de la celebración era que esa noche podíamos quedarnos hasta tarde en la calle y escuchar —bajo el improvisado resplandor de las antorchas—, las historias fantásticas de animales extraordinarios que el viejo contaba en largas sesiones nocturnas. Esa madrugada, cuando regresábamos a casa por el sendero de la playa, pensamos que la belleza de aquella noche había sido la cosa más fugaz del mundo, y que todo lo hermoso y bueno se había hecho para perecer. Quizás a eso podríamos llamar el dragón de la felicidad, siempre tan breve y tan esquivo; felicidad que hallábamos en las cosas más insólitas del mundo. Apenas nos metíamos en la cama —todavía excitados por el aliento de fuego del dragón, sus garras rasguñando la arena bajo sus alas membranosas—, sentíamos que la enorme bestia se había adentrado en nuestros corazones; su sabiduría ahora habitaba en nosotros. En algún momento del amanecer, mientras intentábamos dormir, sentíamos que podía estar aquí, rondando la habitación como un animal invisible; vigilándonos desde las sombras, aguardando a que cerráramos los ojos para aparecer como un viento divino que abría las ventanas en la penumbra. Esa mañana cuando despertamos, vimos las cortinas blancas chamuscadas por el fuego y un rastro de pálidas escamas bajo las sábanas mustias. Guadalupe se asomó al balcón y vio, a través del cristal empañado por el rocío de la mañana, la delgada silueta del viejo Cheng caminando en la soledad de los arenales como un sonámbulo. Llevaba en sus manos la cabeza decapitada del dragón. El cuerpo alargado de la serpiente —flotando entre las hierbas y la arena arrastrada por el viento— lo seguía de cerca, como un enorme y colorido gusano sobre las dunas amarillentas.

XL

Y aunque en el verano las noches siempre eran una fiesta, la isla también podía ser un lugar para el mayor infortunio. Salíamos a divertirnos apenas comenzaba a ocultarse el sol. En ese momento, los últimos rayos de luz se convertían en manchas violetas colgando del firmamento como cuerdas que iban desapareciendo en el horizonte para abrir paso al reino vacilante de las sombras. La verdadera oscuridad llegaría después, cuando los restos de luz se sumergieran en la línea del ocaso, separando al mar del cielo, para convertirlo en un profundo y creciente agujero por donde comenzaba a asomarse la piel aterciopelada de la noche. Era una brisa cargada de presagios la que soplaba desde el mar, revolviendo los árboles del jardín, donde se erguía la sombra del muro; los *ylang ylang* endulzaban el aire extendiendo sus flores de pétalos alargados y amarillentos hacia el cielo, donde comenzaban a brillar las primeras estrellas. Esa noche teníamos pases de cortesía para cenar en la Mansión de Hades o en el Casino Royal, donde los millonarios del continente venían a

apostar cuantiosas sumas de dinero. En ocasiones, la garantía podía ser una tela apócrifa de un pintor hosco y pendenciero, a quien los amantes del arte conocían como *Caravaggio*, quien, de seguro, la habría cambiado siglos atrás por una pintada de vino en algún tugurio mugriento del camino, antes de caer mortalmente herido, acuchillado en una vía solitaria. También podía ser una antigua xilografía maya del dios Tohil, impresa con la sangre de conquistadores sobre la corteza de un amate. Nos sentíamos como los ángeles guardianes de todas y cada una de las reliquias del Santuario, y de que todos aquellos tesoros se mantuvieran incólumes bajo nuestra vigilancia. Nos daba igual si eran verdaderas o copias falsas; nos daba igual quién las comprara. Para nosotros era imperativo recuperarlas a como diera lugar. Ese era nuestro trabajo, mantener el equilibrio entre la vida trashumante y la belleza. Para nosotros era cuestión de honor recobrar aquellas piezas, así como castigar duramente cualquier intento de expoliación del patrimonio. Durante días estuvimos espiondo a la pareja de ancianos que llegó a casa en una oportunidad para reunirse con padre y, luego de un breve regateo, compraron una antigua caja de música con la figura de una bailarina. Era una de las piezas favoritas de Guadalupe. A veces pasaba horas recostada al sofá escuchando sus delicadas notas musicales. Cuando iban de salida, el par de viejos se detuvo por unos minutos a vernos. Tal vez se preguntaban qué hacían unos jóvenes tan adorables en una isla tan proclive al vicio. Seguimos sus pasos durante días por tabernas ruidosas de aguardiente barato, cercanas a los muelles donde se cocían las mejores marmitas de langostas del litoral. Los vimos ir tambaleándose de bar en bar, de trago en trago, de borrachera en borrachera, danzando como eternos enamorados que habían venido a la isla a divertirse. Más tarde, los vimos cruzar la calle de los hoteles en dirección a la Mansión de Hades,

donde se alojaban. Algo habíamos aprendido: «No se debía confrontar a una pareja de leones en su propia jaula, a menos que tengas una especial vocación para el suicidio». Así que decidimos tomar previsiones y esperar la mejor oportunidad para saldar cuentas. La paciencia bien podía ser una virtud. Mientras tanto, aguardábamos en el vestíbulo, donde nos confundíamos con apostadores profesionales sentados en mullidos sofás. Habíamos aprendido a pasar desapercibidos en las recepciones donde no nos habían invitado. Aunque a veces, en contadas ocasiones, lográbamos tener a la buena fortuna rendida a nuestros pies como un perro. Pero esta vez no estábamos aquí por el juego. Tampoco teníamos prisa en llegar al desenlace de lo que iba a suceder. Disfrutábamos la espera. Nos demorábamos pensando en los detalles, planificando cómo lo haríamos; cómo entraríamos a la habitación para encontrarlos dormidos como niños sobre la cama imperial; ajenos, inocentes a cualquier señal de peligro. Fueron los tiempos de mayor auge del pueblo. El dinero corría a manos llenas. Los bares y las casas de juego vivían repletos de turistas y jugadores profesionales venidos del continente. A esa hora las calles estaban atestadas de turistas que iban de un lugar a otro buscando alojamiento en hoteles de mala muerte, o en cualquier casa donde tuvieran a bien rentarles una habitación por algunos días. Muchos dormían en sus carros; otros deambulaban como sombras insomnes, tambaleándose, en busca de hielo y limón para sus margaritas. El pueblo no se daba abasto para recibir a la oleada humana que cada temporada se embarcaba en busca de paz y sosiego. El turismo en la isla se había convertido en una plaga. Los jóvenes acampaban en las playas del desembarcadero y hacían fiestas hasta altas horas de la noche que molestaban a los vecinos. En la madrugada, cuando llegaban los primeros pescadores a descargar sus aparejos, conseguían el lugar cubierto de latas y

botellas de cerveza junto a los restos de leños humeantes. De nuestra cuenta, íbamos de un lado a otro, demorándonos con cualquier pretexto, haciendo un poco de tiempo aquí y allá, pensando en una excusa que se ajustara a nuestra demora: por ejemplo, un neumático liso que casi nos saca de la carretera hacia un claro del bosque donde brillaba una luna que no habíamos advertido hasta entonces. Intentábamos echar a andar el maldito auto, pero el impacto con una enorme piedra en la zanja lo había dejado inservible. Uno también debería aprender: «La mala suerte nunca llega sola», una serie de pequeños acontecimientos siempre la acompañaban. Bastaba esperar los hechos que lo confirmaban. «Uno llega como una niebla pasajera, como si nunca hubiera estado aquí, en la sala de espera del tránsito infinito hacia ninguna parte». Subimos a la carretera para buscar ayuda, pero la soledad del lugar no auguraba nada bueno. No tuvimos otra opción que echarnos a andar de esmoquin y taller por un corredor agreste de árboles espinosos bajo la noche, mientras una pareja de búhos merodeaba desde el hueco de un tronco. A mitad de camino fuimos despojándonos del exceso de ropas: porque el calor, porque «en el mar la vida es más sabrosa»; la chaqueta del esmoquin quedó colgada de un cactus que sembraba la sombra de un enterrador, mientras el taller fue a parar a un arbusto espinoso que acabó ataviado de lentejuelas. El cielo cubierto de estrellas era un enjambre luminoso sobre nuestras cabezas. Sentimos la dulce fragancia de los eucaliptos mientras contábamos los minutos, la exactitud de las máquinas de relojería que mostraban el tiempo y molían los días, las semanas, los meses, las estaciones; más allá del antiguo sistema de trenes que había existido en la isla en otros tiempos, y que ahora era un montón de chatarra y fierros viejos a lo largo de la costa desierta. Las alimañas se habían apoderado del lugar. Allí prosperaban pescando cangrejos de duro caparazón y peces

que saltaban en la superficie. Alimentar a las aves siempre fue un hábito triste heredado de la infancia, cuando su madre lo llevaba a la plaza a alimentar a las palomas. «Las ratas del aire», las llamaba mamá. Mientras otros las cazaban para comerlas, él las buscaba para protegerlas y alimentarlas. Todo fuera por olvidarnos de la gentil invitación a esa nefasta cena a la que no queríamos asistir.

Sin embargo, por esas extrañas circunstancias de la vida, intentando escapar de la dichosa cena, nos acercamos tanto al lugar, que resultó imposible escabullirnos. Además, ya nos habían visto. Guadalupe llegó unos minutos después, cambió su ropa y ahora conversaba animadamente con un grupo de marineros que se peleaban por retratarse a su lado, aunque ella se reía dejándolos creer que estaban en posesión de algo. El viejo Hades estaba en la terraza, con una descomunal resaca, sentado sobre un retrete de oro de ley que le servía de trono en mitad de la recepción. De una manera insospechada, se parecía a nuestro padre; pero al contrario de él, era bueno para los negocios. Cuando reparó en nuestra presencia, hizo señas para acercarnos.

—¿Pero qué les ha sucedido? —preguntó sonriendo.

—Tuvimos un pequeño accidente camino a la recepción —respondí.

—Ve a cambiarte. Sabes dónde están los trajes. Por suerte hay de todas las tallas. Allá encontrarás lo que haga falta. Luego me ofreció un trago por formalidad, aunque sabía de antemano que lo rechazaría cortésmente.

—Sabes que no tomo cuando estoy de servicio —respondí.

—Tú siempre estás de servicio —dijo con sorna—. Por eso me gustaba más tu padre. Por lo menos uno podía emborracharse con él —Antes de subir a la habitación, el viejo Hades me arrojó una moneda antigua con el rostro de un emperador que atrapé en el aire—. ¿La recuerdas? Ustedes la ganaron con

el primer trabajo que hicieron para mí. Mientras conversábamos, Roy había subido a la terraza desde donde dominaba todo el lugar a través de un espejo colgado del techo como una inmensa flor cristalina. La moneda no nos traía buenos recuerdos. En ocasiones, despertaba a medianoche asustada por el sonido de las sirenas anunciando un inminente ataque aéreo. Recordaba el primer día que pisó la isla, la primera piedra que arrojó al agua siendo aún una niña y el primer juramento que hicimos. «Pasara lo que pasara, jamás abandonaríamos la isla». Pero la vida se iba adecuando a situaciones inimaginables: cuestión de método, dirían los más desafortunados hijos de la guerra. Con el tiempo suficiente se podía terminar amando el cuchitril donde tantas veces sirvió sopas de *wonton* y fideos de arroz a comensales grasientos, quienes devoraban tazones de arroz bajo la luz de las lámparas y la veían con desprecio llamándola *gaijin*, como si la condición de extranjero fuera una ofensa atroz que debiera ser castigada con la muerte. Nadie tenía derecho de juzgarla. En más de una ocasión tuvo que defenderse a golpes, o con un cuchillo de cocina, frente a un borracho que pretendía propasarse. Pero para su desgracia, se estaba haciendo vieja para los menesteres de la carne, herida de tanta terquedad y deseo. Pero por un azar que los dioses ordenan a su manera, las pesadas puertas se abrieron, y desde el interior de las sombras emergió un enorme galgo negro que venía hacia nosotros moviendo la cola, arrojando espuma por los bellos, empujándonos amablemente, como lo haría Cerbero, a entrar al otro mundo, el de las llamas eternas. Por cierto, deben pagar una enorme cuenta de gas en el Hades. En el vestíbulo había un cuadro de C.S., *Jacob luchando con el ángel*. Pensó ¿por qué demonios alguien lucharía con un ángel? ¿Qué cosa tan terrible puede haber hecho un ángel para que un simple mortal lo enfrente? Tal vez Jacob nunca supo que luchaba contra un ángel.

De haberlo sabido, seguramente se habría arrepentido de enfrentarse a un emisario divino. Debió ser como luchar contra una inmensa gallina. El rey del gallinero lo habrían llamado en aquel tiempo. Una gallina como las del colegio, saltando entre el polvo con el cuello roto, mientras el agua hervía en el caldero. Veríamos las patas emergiendo como tallos torcidos entre las burbujas, el vapor y las plumas que flotaban en la superficie. Por lo menos no se parecían en nada a las gallinas de Faulkner que se ejercitaban en los pantanos luchando contra cocodrilos. Caminaba por un sendero estrecho cuando percibió el olor del mar, tan cercano que podía sentir los movimientos desesperados de los peces en nuestras bocas. Había un salón destartado, apenas alumbrado por una bombilla trémula, pero alguien tocaba con placer un *blues*. Un viejo negro aferrado a la armónica arrastraba un dulce y gorjeante trino de cuervos heridos; una cadencia sincopada para la danza de los solitarios, los que bailaban solos en la oscuridad con la noche; alcanzando notas perfectas y desgarradas que habrían hecho llorar al mismo Dios, quien bebía aguardiente barato en el infierno de la isla. La cena estaba servida y sería inelegante y de mala educación hacer esperar a los comensales. Solo debíamos esperar no acabar siendo el aperitivo. «*Bon appétit!*».

La mañana siguiente cuando despertamos, la vida se había vuelto un tanto confusa. Guadalupe me observaba desde la cama con sus grandes ojos de lechuza. Nos levantamos temprano. Cuando bajábamos la escalera hacia el amplio corredor del lobby para abandonar la Mansión, escuchamos los gritos desesperados de una mucama que corría enloquecida escaleras abajo. Debo confesar que, tuvimos la curiosidad de acercarnos a la habitación. A través de la puerta entornada pudimos ver los cuerpos de la pareja de ancianos tendidos sobre la cama imperial. El brazo del viejo todavía la rodeaba

del talle, frente al espejo; el vestido blanco de flores pálidas absorbía la sangre. Había signos de lucha por toda la habitación: las lámparas rotas, las manchas en las sábanas revueltas, sillas despatarradas. De seguro, nadie les habría dicho antes del crimen: «Por favor, me permite, mi casa es tu casa, te ofrezco mi corazón como una ofrenda de paz». No solo de sangre vive el hombre. Yo miraba de reojo a Guadalupe, quien se había petrificado con la escena. Cerró los ojos, ocultándolos con sus manos, como si supiera lo que estaba pensando en ese momento: la culpa sin sosiego acompañaba nuestras vidas, nuestra vocación por el martirio. Matar sin mediación, ni misericordia, solo para rescatar una joya, un brazalete, una moneda con un rostro familiar al que éramos afectos. A fin de cuentas, todo por lo que habíamos luchado era solo eso: objetos inertes, extraños, hermosos, que en ocasiones servían para algo, pero en la mayoría de los casos no servían para nada. Cuando cruzamos frente a los cuerpos tendidos sobre las sábanas, todavía se abrazaban felices, como si estuvieran a punto de despertar. Los ojos fríos e inexpresivos de Guadalupe miraban en otra dirección, tal vez la vergüenza de quien trata de ocultar una verdad irrefutable. Mentirse a sí misma sobre lo qué había sucedido siempre era la peor forma de decir la verdad. Sus ojos no se atrevían a mirarme. Bajamos las escaleras y fuimos al mostrador. Pero el viejo Hades le hizo una seña al empleado de la recepción para dejarnos partir sin pagar la cuenta.

—Esta va por la casa —nos gritó desde el bar—. Regresen cuando quieran. Mi casa es su casa.

Cuando salimos a la calle o al infierno, que en esencia eran lo mismo, una bocanada tibia de sol nos golpeó el rostro. La luz reverberaba sobre la arena. Los gritos de las vendedoras de la plaza animaban el aire festivo del domingo. Guadalupe abrió su sombrilla de encaje de flores. Caminamos tomados

de la mano entre la multitud de turistas que se agolpaban en el muelle, tratando de abandonar la isla. Cruzamos el camino de tierra en dirección a las dunas, como una pareja de lo más respetable. La tomé del talle y sentí, oculta entre sus diminutos pechos lascivos, la pequeña caja de música, tibia y protegida bajo el mullido algodón del corpiño. Las joyas en su interior parecían latir desde su oscuro corazón infantil. Cuando la mostró contra la luz dorada de la mañana, una solitaria bailarina de oro danzó alrededor de la caja, haciendo girar sus piernas blancas de alabastro. Su triste y melancólica música nos hizo derramar lágrimas, que aproveché para secar con mi pañuelo de flores.

—Todos vamos a ir al infierno por nuestros pecados —dijo Guadalupe.

—Es posible —respondí—. Solo que ellos llegaran primero.

Guadalupe cubría su rostro con la sombrilla para evitar que el polvo del desierto nublara sus ojos húmedos y corriéramos el riesgo de perdernos entre las dunas. La melodía de la caja nos acompañó durante todo el viaje.

XLI

Ese amanecer escuchamos los gritos perforando el aire de la mañana cuando apenas despertábamos. Los más pequeños, que habían salido de madrugada a recoger uvas de playa y pescar sardinas en el muelle de la bahía, regresaron corriendo asustados, con el corazón en la boca. Hablaban atropelladamente, interrumpiéndose unos a otros. Nadie parecía entender nada. Cuando finalmente se calmaron, contaron que habían visto a un grupo de adultos cruzando el desierto de dunas. Les pareció extraño y se acercaron a espiar; para el asombro de todos, alcanzaron a reconocer a sus progenitores y a los de todos aquellos que habían sido abandonados en el poblado aquella mañana. Nadie podía creerlo. Los habían visto reunidos en las lomas amarillentas, caminando aletargados, como si no supieran a dónde iban, ni qué rumbo debían tomar. ¿Quién lo diría? Después de tanto tiempo parecían haber regresado por sus retoños. Luego de la noticia, nos vestimos. Tomamos las lanzas por precaución y corrimos hacia las dunas para comprobar la historia que habían contado.

Los más pequeños gritaban haciéndoles señas, pero ninguno de ellos parecía oír sus llamados. Marchaban como perdidos por un desierto de olvido en el que vivían. Habitaban en otra dimensión, oculta a nuestros ojos. En sus moradas reinaba la noche. Sus trajes, manoseados por el hábito de la arena, aún conservaban cierta dignidad, a pesar del estado deplorable en que se encontraban. Las dunas los habían devorado cuando intentaban huir de la tormenta, y ahora eran expulsados cual amarga plaga. Parecían tallos venenosos, que debieron ser arrancados de raíz y arrojados al fuego. Cuando los alcanzamos, vimos sus cuerpos envueltos en oscuros paños mortuorios, pavoneándose de una vida que no tenían, pero que tampoco sabían extintas. Estaban cubiertos de un antiguo polvo, más antiguo que el reino de los minerales, aunados a los males y privilegios que reclamaban, aún después de muertos. Guadalupe trató de acercarse a padre quien marchaba entre los primeros del cortejo. Intentamos tomarlo de la mano como en otros tiempos, abrazarlo, sentir su calor, pero todo en ellos era invierno. Sus corazones eran pesados bloques de hielo. Queríamos saber cuánto de humanidad quedaba en ellos. ¿Cómo era la muerte? ¿A qué se parecía? No era fácil saber si aquellas formas de apariencia humana sobrevivirían a las catástrofes del mundo o si, por el contrario, acabarían claudicando entre los escombros de la isla. Cuando escalamos las dunas, divisamos sus graves figuras reflejadas en el horizonte, pero no parecían humanas, sino más bien formas fantasmales que un buen día despertaron de la muerte, tocaron extrañados a la puerta y comenzaron a poblar la casa de gestos vacíos, ruidos, historias, olores, extravíos, recuerdos, parecidos a los restos de la vida. «Aquí sembraron un laurel cuyo aroma salía de la cocina a la hora del almuerzo, más allá una *mangifera indica*, del otro lado un azahar de la India esparcía su fragancia por todos los rincones de la casa».

Benjamín arrancaba sus diminutas y olorosas flores blancas y las guardaba en los bolsillos durante semanas. Aquel día, todos lloramos de felicidad. Los más pequeños no entendían lo que sucedía. Nuestros padres nos rogaban con lágrimas en los ojos que los siguiéramos al infierno debajo de las dunas y abandonáramos la casa y el poblado, para irnos con ellos a sus moradas bajo tierra. Así, sin más ni más. Pero había algo en sus ruegos que no logró convencernos. Aquellas voces sonaban falsas, irreales, como si se hubieran acostumbrado a vivir de la mentira. Parecían vendedores intentando estafarnos con sus historias; como si quisieran vendernos el cielo y el infierno a plazos, en cómodas cuotas. Los escuchamos esgrimir razones sobre las ventajas de vivir bajo los arenales. Pero cuando se dieron cuenta de que no íbamos a acompañarlos, enloquecieron, tornándose agresivos, maldiciéndonos por toda la eternidad. Madre caminaba sola detrás del cortejo, observándonos en silencio con ojos llorosos y un pañuelo que alguna vez fue blanco. Toda la arena del mundo no habría bastado para contener sus lágrimas. Después los vimos alejarse como cuervos siniestros bajo los arenales. Guadalupe sollozando, estuvo a punto de correr a su encuentro, pero Roy la detuvo sujetándola con fuerza. La última visión que tuvimos cuando desaparecían entre las dunas —el gran reloj de vida y muerte que medía nuestros pasos por el mundo—, fueron las pequeñas manos arrugadas de monos viejos, asomando la punta de sus dedos delgados y uñas alargadas, semejantes a flores embalsamadas bajo la luz del cielo, como extremidades escamosas de sabios lagartos que cavaban en los túmulos de arena su epitafio de polvo, su largo y definitivo adiós.

XLII

Llegamos al poblado cerca del mediodía. Guadalupe se había adelantado guiando la caravana de niños que iba sumándose al grupo a medida que nos aproximábamos al mar. Podíamos sentir el viento húmedo y salobre del océano azotando las hierbas altas, dobladas a nuestro paso con ligera reverencia, como si nos dieran la bienvenida. Hacía calor y el agua parecía hervir en los pozos de piedra. Habíamos dado un rodeo para llegar al camino de arena que descendía serpenteando hacia el poblado. Un arca, se dice fácil —porque el mundo de las palabras siempre es ilusorio—, pero construirla solo con la ayuda de niños, era una tarea casi imposible. Se requería, además de audacia, una buena dosis de estupidez. Pero los proyectos de los hombres siempre habían sido eso: retos imposibles, metas descabelladas, como poner a girar la rueda del mundo en sentido inverso, o extraer savia de las piedras. Aún no sabíamos cómo íbamos a hacerla, pero teníamos a nuestro favor el ingenio, mucha madera y un registro de planos de embarcaciones abandonadas en el puerto, que eran susceptibles

de ser usados como fuente de inspiración para lo que nos proponíamos. Guadalupe encontró en la oficina del puerto, destruida por la marejada, un sobre lacrado con una copia del plano de una embarcación del siglo XVI, sustraída de una enciclopedia con ilustraciones de los océanos del mundo, donde podían verse las tierras exuberantes de la selva americana, más allá de la región de los hiperbóreos. En aquellas regiones existían seres extraños, cuyos rostros, sobresaliendo del pecho, derramaban gruesas lágrimas que contribuían a formar el nacimiento de los grandes ríos. La historia los consideraba letales arqueros. Guadalupe deletreó aquel nombre escrito sobre un pergamino amarillento: «*e-w-a-i-p-a-n-o-m-a*». Recordó aquellos seres legendarios, aberraciones con ojos en el torso, de los que hablara Raleigh, cuando galeones europeos cruzaron la mar océano hacia tierras ignotas, para encontrarse navegando en el sopor de un río de inmensas aguas tranquilas al que el loco Aguirre bautizó como Marañón. Entonces, entendimos que: «el arca no podía ser una embarcación más en la historia de la navegación, sino una desesperada metáfora de los cielos clamando por nuestra salvación», aunque la salvación parecía ocultarse en algún lugar abrupto del paraíso. Solo debíamos buscar bien. A veces creíamos encontrarlo en los lejanos reflejos de la ciudad dorada que todos anhelábamos, pero cuando estábamos a punto de alcanzarla y desembarcar en las orillas pantanosas, se desvanecía como humo frente a nuestros ojos. Durante un buen tiempo soñamos con el arca. Nos abocamos a su diseño con el esfuerzo e ingenio puestos en las empresas inútiles, aunado a nuestro incipiente conocimiento de ingeniería naval. Nos dimos a la tarea de preparar un plan para abordar su construcción; conseguir los materiales que usaríamos, levantar una forja y un taller donde trabajaríamos hasta el cansancio para darle forma definitiva a nuestro sueño. Antes de iniciar la ardua tarea, me reuní

con Guadalupe y le pregunté «¿por qué quieres construir un arca?». Entonces, me miró asombrada: «Dios me ha hablado en sueños y me ha ordenado construirla», respondió. «Y no vamos a defraudarlo. Además, el mundo va a ser cubierto por las aguas más pronto de lo que imaginas», concluyó. Ya me había embarcado, en el pasado, en labores vanas, pero construir un arca estaba más allá de cualquiera de ellas. Dimos inicio al trabajo aserrando y cortando grandes planchas de madera de otras embarcaciones ancladas en el muelle. Medimos, serruchamos, clavamos y lijamos aquí y allá; martillamos los grandes clavos sobre el lomo de las cuadernas embadurnadas con brea. Avanzamos con lentitud durante días que se convirtieron en semanas, y semanas que se transformaron en meses, armando una estructura lo suficientemente sólida para resistir el embate de las aguas; aunque el resultado se pareciera más bien a un enorme trirreme, fuera de moda y como a punto de resquebrajarse. Una nave de locos armada de torres y chimeneas, puentes y claraboyas, mástiles y velas. Logramos fundir la quilla a partir de un montón de calderos de fierro que almacenaban en sus entrañas las almas de tantos animales muertos que todavía alcanzaba a sentirse su olor en el aire fresco. Rellenamos las juntas de las cuadernas con paja seca y las untamos con brea en la unión de las tablas para hacerlas inmunes al agua y a la corrosión de la sal. Luego martillamos los clavos más gruesos que sostenían el esqueleto del casco. Guadalupe ayudaba a dirigir el trabajo, organizando a los niños que arrastraban enormes planchas por la playa; señalaba las fallas encontradas en su elaboración, animando al grupo, inyectándoles el vigor necesario para culminar la preciada meta. Hasta Roy, quien era uno de los más fuertes, se sometía a sus implacables designios. Al final de la tarde, cuando terminábamos la jornada, que emprendíamos todos los días con las primeras luces del alba, nos tendíamos bajo

la sombra de las palmeras a observar con asombro el crecimiento de su abigarrada estructura contra el poniente, como una bestia aletargada que respiraba humo por sus orificios. Veíamos los andamios torcidos coronados de redes y garfios bajo la luz de las primeras estrellas, las cuerdas y poleas —tan útiles para subir los instrumentos— colgando como sogas de ahorcado. Poco a poco, como si se tratara de la visión alucinada de un navegante, vimos surgir la silueta del arca desde la improvisada fragua que habíamos construido en la playa. El casco con ventanas mirando hacia el amanecer, la cubierta de madera pulida lijada por los vientos. Estábamos a punto de convertirnos, muy a nuestro pesar y desde el fondo de nuestros corazones, en viejos y experimentados marineros. Vivíamos en el vientre de una ballena que respiraba lágrimas de sal por las noches. Jonás era nuestro hermano de sangre. Una mañana que despertamos más temprano de lo usual, vimos asombrados, envuelta en la espesa niebla que traía el viento del amanecer, la silueta irreal del arca elevándose en una nube etérea cerca de la playa, como si danzara pesadamente en el aire. Todos llorábamos de felicidad ese día. Cuando finalizamos el trabajo y nos disponíamos a marcharnos, Guadalupe se levantó frente a nosotros y nos miró con ojos alucinados.

—Ahora solo faltan los animales —dijo visiblemente emocionada. Más tarde, quiso enviar a grupos de niños, los más osados, a los puntos cardinales de la isla, con el fin de capturar a las diversas especies la que habitaban, para así dar inicio a la larga travesía; pero por más que lo intentaron, no consiguieron atrapar nada, salvo unas aves salvaje extraviadas en los pantanos, pero nadie logró identificar si eran hembras o machos. El grupo encontró algunos burros, cabras, gatos salvajes y aves, que eran iguales a los criados en el poblado, por lo que no valía la pena traerlos. Además, todos estábamos hambrientos y era mejor comerlos antes que arriesgarnos a

desfallecer de hambre. Cuando los más grandes preguntaron a Guadalupe de dónde iban a sacar a los animales. Ella respondió sin dilación: «*Voluntatem dei*». Pero Dios nunca proveyó. Durante un tiempo esperamos su llegada; que un buen día aparecieran con su algarabía de domingo, sus rugidos exasperantes, sus temibles alaridos. Los imaginábamos como un ejército de criaturas iracundas cruzando las dunas, hundiendo sus pezuñas en la arena, enarbolando plumas y púas por doquier, garras, colmillos, humores y venenos, picos estilizados y espuelas como navajas, comandados por el deseo de salvarse de la inminente catástrofe, pero nunca aparecieron. Todos los días, al final de la tarde, nos sentábamos en la entrada del pueblo a aguardar que aparecieran por el camino, levantando una inmensa polvareda. Pero ese ejército animalesco no aparecía por ningún lado. Guadalupe se desesperaba. «¡Señor! —decía— ¿para qué un arca sin animales?». Pero nadie parecía darse por aludido con la demora. «¡Ya llegarán!», decían los ilusos. Habíamos colocado vigías en las montañas cercanas, pero todas las tardes bajaban sin novedades. A cualquiera que hubiera llegado en esa ocasión, lo habríamos recibido como a un héroe nacional, y lo habríamos tratado con la dignidad, el respeto y la gratitud correspondientes a un huésped de honor. Hasta le habríamos otorgado las llaves del poblado y condecorado con la Orden de la Virgen marina. Todos los días nos asomábamos al camino de arena a la espera de ver algún movimiento por el sendero que serpenteaba desde las dunas. Solo la luz gris y cansada del invierno nos permitía observar el rostro de las tormentas lejanas. Por las tardes nos sentábamos durante horas a esperar que algún animal viniera desde lejos a solicitar cobijo en el arca, pero solamente el viento húmedo de lluvia contenida en nubes grises pasaba a visitarnos soplando sobre las casas. Los niños de otra isla cercana trajeron un par de ratones, un cangrejo, algunos pájaros con

sus huevos a punto de eclosionar y capullos de mariposa que tuvimos cuidado de guardar en la bodega donde almacenábamos los alimentos. Después, se fueron gritando improperios y obscenidades a las aves que volaban nerviosas alrededor de sus cabezas rapadas. Vimos sus sombras alargadas semejanado una partitura de cebras que corrían asustadas por las dunas, justo en el momento cuando el sol ocultaba su pulpa amarillenta sobre el pasto quemado.

Entonces lo entendimos. Nadie vendría. Los escasos animales de la isla habían huido a las montañas. Los más ingenuos seguían a la espera de una señal de los cielos. Soñábamos no solo con llenar el arca de animales, sino con la llegada de un mesías en el momento menos pensado, que nos salvara del fracaso de nuestras vidas. Alguien que apareciera un buen día, tal vez un profeta, un pastor o un loco, dirigiendo un rebaño de monstruos. Veríamos a lo lejos su corpulenta sombra cuando cruzara las imponentes dunas bajo el sol. Vendría descalzo, cubierto de pieles de animales, como si se hubiera perdido en el camino de yerbas amontonadas a la orilla de la carretera. Solo que esta vez no tendría necesidad de cargar a sus espaldas una cruz, recibir latigazos o llamarse Jesús, Buda, Mahoma o Quetzalcóatl. Simplemente necesitábamos a alguien —mejor un desconocido, un don nadie, que no impresionara a nadie con sus palabras— que llegara un buen día después de cruzar el desierto al amanecer, que era la mejor hora para admirar las estrellas y planetas en la bóveda celeste. ¿Acaso no sería mejor si llegara en silencio, envuelto entre las sombras protectoras y pidiera con la humildad de los santos un poco de agua y un cobertizo donde pasar la noche? Al día siguiente, cuando despuntaran las primeras luces y le lleváramos un trozo de pan con una taza de café, encontraríamos la cama vacía de los anacoretas, y bajo el cobertor, unas monedas de cobre atadas en un sucio pañuelo de algodón, doblado sobre el colchón de paja. Más

tarde, cuando abriéramos la puerta, veríamos las huellas frescas del desconocido desapareciendo en las dunas, dejando el rastro borroso de la infinidad de bestias que lo acompañaban. Toda la noche escuchamos a los coyotes aullar nerviosos. Al fondo, el arca resplandecía en las tinieblas. El aire intranquilo parecía a punto de zozobrar en la cálida noche. Nadie parecía tener un momento de paz. La vida era esa lenta espiral que el tiempo convertía en historia, pero la realidad era aún más compleja. La realidad era más bien esa granada explotando en silencio frente a nuestros ojos. ¿Por dónde comenzar a reparar lo que se había roto? ¿Cómo recoger los fragmentos de la existencia? Nosotros que habíamos sido toda la vida un fiasco en matemáticas, ahora nos tocaba despejar la ecuación de la vida. Era un aire frío el que iba y venía entre las olas a nuestro encuentro. Alcanzar la seguridad de la tierra siempre fue el anhelo máspreciado de los marineros. Pero aquello a lo que llamábamos Tierra firme ya no era un lugar seguro para nadie.

Durante días Guadalupe mantuvo un grave mutismo. Se sentaba en la playa durante horas bajo el intenso sol a pensar en cómo despejaría la ecuación de un arca sin animales en una isla donde no los encontraría. Admiraba el oscuro casco construido con las ruinas de otras embarcaciones: las torres balanceándose con el suave viento marino, las galerías con claraboyas por donde entraba la luz y donde flotaba un aire sereno y limpio. Allí estaba, contra el reflejo informe de los días, el arca construida a lo largo de años de trabajo, como el mayor monumento a la inutilidad de la especie humana. Sentía pena de haber construido algo tan grande y con tanto esfuerzo para nada. Eso la deprimía. Huía de todos, y creo que llegó a odiarnos en esos días. Pero una mañana clara y radiante, la vimos entrar al arca con un enorme bolso de cuero. Llevaba en su rostro la determinación de los posesos. Cerró las puertas de un golpe tras de sí, asegurándola con cerrojos y

cadenas. Allí permaneció encerrada por más de una semana. Nosotros subíamos al puente de madera y nos acercábamos a las pesadas puertas dejándole cestas de peces cocidos, panes y frutas, para que no fuera a morir de hambre. Cuando estábamos allí, dejando nuestros humildes presentes, escuchábamos su respiración jadeante y endemoniada, mientras cantaba detrás de los muros, hablando con las sombras, riéndose de sí misma y de su vano afán religioso. Levantábamos a los más pequeños para que figonearan por las claraboyas y saber qué estaba haciendo allí, encerrada con sus demonios, pero adentro reinaba la más profunda oscuridad. Un buen día, nos acercamos con la cesta de comida, pegamos los oídos a la puerta y ya no escuchamos nada. Pensamos que había muerto, y cuando nos disponíamos a derribar la puerta a martillazos, escuchamos el ruido del cerrojo liberado. Fue entonces que la vimos salir tambaleándose, cubierta de polvo, cubriéndose los ojos del sol con las manos, perdida bajo la refulgente luz, y cruzar el puente con pasos vacilantes para dirigirse al poblado. Lucía más delgada, su cabellera, que en el pasado fuera motivo de admiración, se había convertido en estropajo de virutas y telarañas. Y aunque ninguno sabía su edad, ahora parecía una verdadera anciana. Sus ropas cubiertas de pintura se habían deshecho en jirones. Sin embargo, sus ojos mantenían el brillo nefasto de la inocencia y una sonrisa de beatitud que solo eran capaces de alcanzar los santos ermitaños y los ángeles. No se detuvo a conversar con nadie. Parecía una orate escapada de un hospicio. Tal vez el arca había acabado con la poca sensatez que le quedaba. Cuando llegó a casa fue directo a su habitación y se tendió en la cama donde durmió profundamente. Me quedé velando su sueño durante días.

—Ya despertará —dijo Roy—, y tendrá que contarnos lo que ha hecho encerrada durante tanto tiempo en el arca; las desgracias de su historia en la embarcación.

Al día siguiente regresamos a la nave y nos aventuramos a entrar para descubrir lo que había sucedido allí adentro. Subimos por la plancha de madera que crujió bajo nuestro peso y abrimos la puerta. Cruzamos el puente y entramos en los corredores de la nave con el temor de los incrédulos. Adentro reinaban las sombras más profundas. Tuvimos que encender las linternas. Los salones vacíos y olorosos a brea estaban en penumbras. Pero lo que encontramos nos dejó atónitos, sin palabras para expresar el aterrador mundo revelado frente a nuestros ojos. Guadalupe se había esmerado en pintar sobre las paredes y el techo del arca la fauna más fantástica de seres que habían poblado la tierra y la imaginación de los hombres. Allí estaban reunidos en floreciente promiscuidad, animales del aire, del agua, del fuego y de la tierra. La silueta de un Dios híbrido, dibujada en el techo, precedía a un ejército de animales proteicos y multiformes. Todo el interior del arca se había convertido en un zoológico de bestias coloridas y deformes. No existía un espacio, un lugar, un resquicio, un escondrijo, un umbral, una puerta, una ventana, una rendija, de donde no saltara un animal frente a nuestros ojos. Entre las sombras, todos parecían cobrar una vida que el rígido mundo de la razón les había arrebatado. Sentíamos cercano a nuestros rostros el aleteo de aves y los murciélagos que cruzaban los inmensos salones como una exhalación; desde pequeños colibríes, todavía olorosos a tinta y pintura fresca, hasta temibles hipogrifos que nos observaban con sus garras de águila prendidas del techo. Todas las bestias imaginarias y reales que habían poblado la tierra a lo largo de la historia estaban allí, reunidas en una siniestra cofradía; moviéndose de un espacio a otro, de una sombra a otra, en una secuencia infinita que parecía no iba a acabar nunca. Saltaban desde una pared al techo, del techo a un muro, del muro a una puerta, de la puerta a una cornisa y de la cornisa a un umbral sombrío donde se

ocultaban bajo el parpadeo de lámparas, y el brillo de escamas de lagartos copulando entre ellos, unidos en amalgama de abrazos, jadeos, maullidos, gorjeos, gritos y siseos, como si de pronto todos hablaran la lengua de los deseos insatisfechos. Los animales pintados sobre las paredes parecían cobrar una nueva vida en la penumbra. Los magníficos órix de largos y afilados cuernos donde se posaban las urracas, la gigantesca ballena pintada en los muros bajo el mar silente de burbujas, los leones de la sabana dormidos bajo el sol, los enormes cocodrilos del Nilo bostezando las almas de sus muertos, los jaguares amazónicos saltando sobre los yacarés, los lobos de los bosques persiguiendo a los alces, los osos de largas garras, los hambrientos coyotes del desierto, los invisibles okapis ocultos en las selvas del Congo, las ranas venenosas de los bosques húmedos, las rayadas cebras galopando sobre la hierbas altas, en una confusión de líneas oscuras, los perezosos gorilas de las montañas comiendo las hojas de los arbustos, los trilobites fosilizados sobre rocas antiguas, los dragones chinos que volaban en el aire inquieto de la noche, las serpientes marinas dormidas en las profundidades, los calamares de Humboldt, los escarabajos acorazados como tanques alados, los oscuros hormigueros semejantes a una noche estrellada, los gusanos de luz reptando sobre las ramas, los perros de la pradera gritando en la soledad del paisaje, las sirenas de los cuentos de hadas, los lobos de las fábulas, los burros flautistas, los zorros comedores de uvas, la sabiduría de los búhos, los cuervos malhumorados de Poe, los centauros de Aquiles, los chacales de Kafka; todos ellos reunidos a nuestro alrededor, como a punto de saltar y devorarnos la razón, para luego condenarnos al infierno de la locura. Por un momento los vimos allí, reunidos en una terrible confusión de alas, colmillos, garras y cuernos, picos de navaja, como un oscuro tribunal que despertaba para juzgar nuestras acciones. Pero unos segundos más tarde,

cuando la claridad comenzó a filtrarse por las claraboyas en refulgentes haces de luz, los vimos retroceder asustados: saltar, volar, reptar, trepar y arrastrarse cada uno hacia su respectivo lugar en las paredes, de donde habían emergido como una feroz pesadilla, para volver a ser lo que siempre habían sido: pinturas inanimadas, dibujos al carbón, bocetos incipientes, tintas oscuras, colores extraídos de rocas y vegetales, trazos indóciles sobre el casco del arca, elaborados por la mente febril de una niña, cuyo temor a la oscuridad la había hecho imaginarse las visiones más terribles del mundo. Guadalupe durmió durante una semana. Cuando despertó, no recordaba nada de lo que había sucedido. Tomamos la decisión de clausurar las puertas del arca con cadenas de acero para no permitir que los animales pudieran escaparse de nuevo y apropiarse de nuestras vidas. Por las noches escuchábamos los rugidos lejanos cuando recorrían los salones, intentando fugarse por alguna hendidura; pero preferíamos pensar que era el sonido del viento marino soplando sobre las maderas retorcidas de la nave. Los pequeños rezaban en la oscuridad abrazados a las almohadas. Después de un tiempo, los ruidos cesaron y todo regresó a la normalidad. Guadalupe recuperó su cordura. La historia del arca fue borrada de los anales de nuestra historia como por arte de magia. Por las noches nos sentábamos frente a la hoguera, todavía con la esperanza de verlos aparecer. Pero en esa ocasión, si alguien hubiera llegado, de seguro lo habríamos juzgado, sentenciado y crucificado para nuestro pesar. Por las noches, los más pequeños dormían frente a al fuego bajo una nube de insectos atraídos por el resplandor de las llamas. Cada vez que alguien revolvía los troncos con el azadón, el fuego dibujaba extraños animales que iluminaban por unos segundos las sombras nocturnas.

XLIII

El arca era inmensa por las noches. La oscuridad siempre es otro espacio, otra forma de mirar al mundo, también otra forma de habitar en las cosas. A veces un cuadrado o una circunferencia olvidados entre las dunas, un compás de arena, medía el paso indetenible del tiempo que no esperaba por nada, ni por nadie. El arca era como una estrella apagada en mitad del desierto, una vasta geografía de hierros recorrida una noche tibia de verano, cuando el viento soplaba un polvo que se pegaba a los párpados y nos hacía llorar. Debíamos usar aceite y algodón para suavizar la piel de los párpados y poder eliminar los restos de arena que dejaba la noche estrellada debajo de las ojeras, cada día más pronunciadas. Pero los ojos infantiles eran diferentes: ojos profundos y despiertos, ávidos y deseosos de descubrir el mundo. Ojos auscultando el interior de las cosas; aquellas que valían la pena de ser vistas con la pureza del corazón. Estábamos creciendo sin saberlo. El arca había sido una inmensa construcción de maderas y fierros viejos para los ojos infantiles. Los pequeños la veían

asombrados, sin entender del todo su significado. Fue en ella que pudimos avanzar con los brazos abiertos, buscando un punto de apoyo, muros donde recostarnos. La noche respiraba un aire de boñigas de cabras. Aún en tierra, su olor llegaba como un viento de flores marchitas. Cualquier viajero llegado en aquellos días a la isla habría sentido su fustigante aroma a corona de muertos junto al olor del mar y de las fibras de coco que encendíamos durante la noche para ahuyentar la plaga de los pantanos. El insomnio nos mantenía despiertos. Aquella extraña y singular construcción en la que habíamos puesto nuestro mayor empeño, se deterioraba poco a poco, hasta casi convertirse en una masa informe de tablas, hierros retorcidos, aparejos, lonas descoloridas, que nunca verían el mar, ni atravesaría la blancura de las olas, pero aun así, en el estado deplorable en que se hallaba, todavía era capaz de infundirnos un temeroso respeto. Aquella deteriorada estructura con la que soñamos algún día surcar los océanos y navegar los mares lejanos, nunca tuvo una posibilidad real de mantenerse a flote. De habernos embarcado en aquella aventura suicida, habríamos naufragado a la primera embestida de las olas. Sabíamos, por los viejos manuales de navegación encontrados en las oficinas del puerto, que toda embarcación posee una condición en su quilla: «Navegar como pez que corta el agua, o hundirse para siempre en el silencio de las profundidades». A partir de la comprensión de estas reglas, la mayoría optó por no cruzar frente a la silueta fantasmal, recortada contra el poniente, cada vez que regresábamos al poblado. Todos la veíamos ahora como un sueño inalcanzable; la inmensa y torpe Torre de Babel erigida para el fracaso de los ideales humanos. Los más jóvenes jugaban a las escondidas en las penumbras de sus galerías olorosas a moho, o se introducían por algún agujero del casco que había comenzado a pudrirse con el paso del tiempo, buscando entre las maderas abombadas, conchas de

nautilos, almejas, botutos, o esos diminutos cangrejos usados como cebo para atrapar a los peces grandes. Nunca tuvimos una verdadera opción de navegar en aquel armatoste, y allí estaban sus restos como prueba. Pero una noche, antes de irnos a la cama, escuchamos un canto triste y solitario que venía desde la playa. «Son las sirenas», dijeron, asustados; pero todos reconocimos la voz de Guadalupe, quien se ausentaba por las noches para cantar las historias de ondinas. La sentíamos llegar de madrugada, aterida de frío, y meterse debajo de la frazada, temblando como pez agonizante hasta quedarse dormida. Pero nadie hizo mención a sus desapariciones nocturnas que, en ocasiones, se prolongaban hasta el amanecer. Hasta que una noche, en que la bruma se había disipado en la playa, Roy se acercó al arca con una antorcha para prenderle fuego. Vimos arder la enorme hoguera como si un ojo terrible y brillante iluminara al mundo. El casco retorcido alimentaba refulgentes llamas que elevaban sus lenguas al cielo. Corrimos a la playa para ver el espectacular incendio. Poco a poco, la enorme estructura se iba desmoronando para convertirse en el lomo chamuscado de un gigantesco escarabajo. Guadalupe ni siquiera se inmutó frente al esplendor de las llamas. Sabía que cada una de las ilustraciones dibujadas en las paredes del arca estaba encerrada en su cabeza, como dormida bajo un lago inmóvil; y que bastaría una leve perturbación de las aguas para hacerlas despertar de nuevo. Solo debía cerrar los ojos para volver a soñarlas, y que todo ese ejército de bestias salvajes, animales cavernosos, insólitas aves, híbridos nocturnos, figuras simiescas, que simbolizaban el temor de los hombres, cantaran dulcemente, bramaran en las sabanas, rugieran en los bosques, regresaran, una vez más, surgiendo desde la noche de los tiempos, a su secreto conjuro. Al siguiente día, el enorme casco ennegrecido aún humeaba sobre la playa. Una manada de cabras apareció y se acercó a

los restos del arca, olisqueando entre las cenizas para devorar los líquenes y las florecientes coronas de sargazos, que crecían como hongos en la humedad de las tablas salvadas del voraz incendio. Cuando acabaron de alimentarse, vimos sus siluetas alargadas, los cuernos endemoniados de lunas menguantes, trepando sobre montículos de arena en dirección al desierto, donde desaparecieron. Guadalupe las vio alejarse y comenzó a recitar entre dientes el soneto de aquel antiguo bardo: «Una cabra sin ojos cruza el viento...»

XLIV

Permaneces escribiendo el manuscrito y, sin embargo, no necesitas estar sentado frente a la máquina para hacerlo. Te detienes durante días a tomar un respiro. Haces una pausa para oxigenar tu cerebro y así tener una nueva perspectiva de la historia, mientras intentas dar forma a nuevas ideas que te ayuden a avanzar. Pero eso no significa que el manuscrito se detenga. Sigue girando en tu cabeza a cualquier hora y en cualquier momento, como un astro que orbita a tu alrededor, observándote; una enfermedad incurable extendiendo su ponzoña por tu cuerpo. Ya no eres capaz de pensar en otra cosa que no sea la historia de los niños. Pareces verlos más a menudo de lo que quisieras, surgiendo de todas partes, saltando desde el fondo de la página en blanco donde parecen vivir, sacándose los mocos en los umbrales de la vieja casa, donde apenas llega una claridad difuminada; soplándote obscenidades al oído cuando pareces quedarte dormido, revolviendo tu pelo, riéndose en tus propias narices cuando pierdes el rumbo de lo escrito, de lo que has avanzado hasta

ahora, como si jugaras a las escondidas contigo mismo. Desde el principio, cuando se te ocurrió la idea de escribir sobre ellos, de incorporarlos a la historia de la isla, sabías que sería difícil. En ocasiones, crees reconocer sus voces en el patio del colegio, pero cuando te asomas a la ventana, solo ves el jardín vacío donde el gato flaco yace tendido sobre la hierba, bajo el sol. Parecieran marchar detrás de ti, mofándose de tu imposibilidad de aprehenderlos, siguiéndote a todas partes, pero cuando volteas a verlos ya han desaparecido detrás de un muro. No hay nada más allá de las ondas largas y profundas del mar, que por las tardes se envuelven en graznidos de aves bajo la despiadada luz. Pero el manuscrito es implacable, siempre está allí, aguardando tu decisión (si acaso uno decide algo) de dar el siguiente paso, el otro... el próximo... uno más... como un niño que ensaya con torpeza sus primeros pasos en el mundo. En cualquiera de las actividades que has emprendido desde tu llegada, el manuscrito ha estado presente, acechándote, a pesar de ti mismo. Nadie puede detener un caballo fuera de control en medio de la noche. Tal vez un muro de piedras podría hacerlo, pero la escritura sorteja los obstáculos, los muros imaginarios siempre presentes en la ficción. Tal vez por eso prefieres no tener mayor conciencia de la escritura. En ocasiones, solo te dejas arrastrar por el viento inclemente como una hoja. Vas de un lugar a otro, de una noche a la siguiente, de un risco a la llanura, del mar a la playa, como si tú también estuvieras dentro de la historia, no solo escribiéndola, sino viviéndola en cada uno de los pasos dados en ese deleznable terreno de la ficción. Crees reconocerte en el mundo de sensaciones que la isla convoca. Aunque no te interesa en lo más mínimo, te sorprende el tiempo que ha transcurrido desde tu llegada. Han pasado apenas un par de semanas y tienes la sensación de que ha sido toda una vida. Pero tu vida se niega a alcanzar cierta armonía con el resto de

la isla. Tu vida se ha negado desde el principio a comprender lo que ha sucedido. La historia se ha ido convirtiendo al paso de los días, en una obsesión personal, como si ella fuera quien decidiera lo que va a suceder. La idea de no terminarla nunca, te obsesiona. Si fallecieras en este preciso momento, de seguro seguirías escribiendo desde el más allá, semejando ese juego infinito de palimpsestos: textos que se ocultan debajo de otros textos ocultos y de otros y de otros como una secuencia infinita, cuyos trazos aparecen y desaparecen desdibujados en las sombras humeantes de una oscura pizarra. Hay momentos cuando te despiertas a medianoche y encuentras indicios de su presencia. Sabes que han estado aquí, espionando tus sueños. Las huellas de sus pies, sucios de arena y humedad, caminando por la habitación, seguramente, en procura del gato, o el afilado hueso de la ballena sobre la cómoda. En la oscuridad, han abierto la llave oxidada del grifo, que gotea inmisericorde su ruido apagado entre sombras. ¿Pero de verdad han estado aquí observándote desde una dimensión alterna, desde ese otro espacio que pareciera flotar como un manto turbio de nubes sobre la isla? ¿Será acaso esta una de las manifestaciones de la insolación que parecieran haber freído tu cabeza? Pero lo que en un principio te pareció extraño e, incluso, llegó a causarte temor, se ha convertido en una cruel rutina de gestos repetidos a lo largo del día. Tomas apuntes de todo lo que pudiera ayudarte a recordar: los colores del mar, las diferentes aves, el tamaño y brillo de los peces, las tormentas de arena arrastradas por el viento en gigantescos remolinos y la extraña lengua en boca de los pescadores, y los viejos africanos que suben la carga en los barcos del muelle. A veces piensas que has comenzado a hablarla en sueños. Te preguntas si acaso ellos también escriben el manuscrito a su manera, dejando pistas que debes aprender a reconocer en el silencio de las horas vacías, en las señales que has construido

para perderte dentro del foso oscuro donde nadan salamandras. Esas marcas descubiertas sin ayuda de nadie, hechas solo para ti, como referencias cruzadas sobre un espejo para ser leídas al revés y así, finalmente, conseguir avanzar en la historia. Pero la sensación de avanzar en el mundo de las palabras hacia algún lugar te hace dudar. Sabes que el mundo que invocas, arrastrado por tu lengua insomne, también es irreal; porque la paradoja es que jamás podrás —ni en un millón de años— alcanzar las infinitas posibilidades de la historia que te has empeñado en contar, por más ímpetu que has puesto en ella. Sabes, como dijo el viejo tuerto a quien tanto admiras, que: «Nadie escribe lo que quiere, sino lo que puede». Y que toda obra solo se reduce a recoger los restos del naufragio: la visión desolada de un mundo en fragmentación. Por eso una de las caras de la moneda jamás podrá ver la otra. Imaginas la visión distópica de la historia reducida al polvo; el espejo al que recurres para rescatar los restos de un mundo en disolución. Nada de esta historia parece encajar en ningún lugar. ¿Acaso el todo no es en verdad la suma de las partes? Observarte en los fragmentos de un espejo solo mostrará una parte de tu rostro que cambia con el paso de los días. Quizás esto te podría dar una idea de lo que está en juego, porque toda obra reducida a copiar y a imitar los parámetros del mundo «real», sin operar una verdadera transformación en el espíritu del mundo, está condenada de antemano al fracaso. Tal vez, por esa razón, cada vez que regresas al manuscrito eres *otro*, como si la escritura pudiera transformarte en alguien diferente, alguien que solo debe seguir el rastro de la herida que no consigues borrar de ningún modo. Piensas en todo lo que has escrito hasta ahora y sabes que es imposible escapar de esa Torre de Babel, donde vives metido. Vives sumergido en un mundo de palabras, de vocablos inútiles que nada dicen y nada significan. Pero, de igual modo, continúas

empeñado en avanzar hacia el final inexistente de la historia que tú mismo desconoces. Extraña paradoja la de una lengua que pretende ser representación del mundo, pero al mismo tiempo se aleja cada vez más de la realidad. Has visto de nuevo, bajo la luz de las lámparas, la fotografía fantasmal de los niños sentados en el patio bajo el sol del verano, pero nada dice que sean reales. «¿Cuántos años tendrían ahora?». Tienes la impresión de que todo ha sido dispuesto en la isla con la única intención de hacerte enloquecer. En apenas unas semanas comenzarán los cursos del nuevo año escolar y regresarás a la realidad de enfrentarte una vez más a los otros; el cruel sistema de enseñanza de los viejos profesores vestidos de blanco, saludando la bandera en los días de guardar y haciendo burlas a tus espaldas. Sabes que tu vida volverá a cambiar de nuevo, para bien o para mal. ¿Quién puede saberlo? Todavía ni siquiera te has reunido con la directora, y ver si, finalmente, vas a comenzar a dictar la cátedra de literatura en el colegio de una isla ubicada en el fin del mundo, alejada de la gracia de dios. Una isla de la que no sabes nada, más allá de su salvaje belleza, sus aguas cristalinas y sus terribles tormentas que te han obligado a encerrarte en la cabaña durante días. Estás aquí por mero azar del destino, pero eso ya no importa, porque tienes algo más en mente. Acabar el manuscrito a como dé lugar. Eso sería lo único que podría salvarte. Por esa razón, de ahora en adelante, cada vez que abras la puerta y la cabaña se inunde con la cálida luz del verano, el manuscrito estará allí, reposando sobre la mesa, aguardándote junto a la ventana, entre partículas de polvo que flotan suspendidas en el aire de la sala; sus páginas ansiosas te esperan desde el inicio de los tiempos. No tienes nada que perder, ni nada que ganar con su escritura. No quieres demostrarle nada a nadie y, sin embargo, te resulta tan vital como una bocanada de aire cuando sientes que la angustia te ahoga. La historia

siempre será una niebla lejana. Ni siquiera sabes por qué continúas, o insistes en terminarlo, como si en ello se te fuera la vida. Tal vez solo quieres, en definitiva, saber cómo acabará todo. Su único fin será mostrarte la inutilidad de venir a una isla a escribir una historia donde todos parecen estar muertos. Tú mismo te has convertido en un fantasma que deambula por soledad de la isla. Quisieras huir lejos para encontrar tu verdadero lugar en el mundo, pero es imposible abandonarla hasta haber cumplido la misión que te ha sido encomendada, aún sin saberlo, cualquiera que esta fuera. Escuchas el rugido de la tormenta cuando te quedas dormido sobre la blanca palidez de la hoja y el viento sopla con infinita tristeza. Sabes que el mar no detendrá su asombrosa marcha entre tinieblas. Pero tú tampoco detendrás la escritura de una historia que supera con creces tus aspiraciones. Marchas como un ciego por un laberinto de palabras, mientras cierras los ojos, sonriendo como el tonto que eres y sueña bajo el manto de un cielo tibio donde te quedas dormido bajo el eterno reloj de las olas.

XLV

La oscuridad se parecía a Guadalupe, sus ojos cenicientos mudando de color a lo largo del día. Por las mañanas, claros y transparentes, casi ambarinos; pero cuando llegaba la noche y nos cobijaba bajo su capa agujereada, por donde se colaba el brillo de una estrella lejana, sabíamos que habían mudado de nuevo, y ahora eran capaces de cambiar el color del mundo, tan lejano y distante. Aprendíamos los secretos ocultos entre las sombras de la casa, su respiración vacilante de animal vivo. Allí adentro, los objetos sencillos se transformaban en la oscuridad y ahora lucían formas amenazantes que parecían espiarnos desde los rincones. El árbol del patio se convertía en una bruja, con su escoba de hojas secas, caminando por el techo; buscando una grieta por donde colarse para enloquecernos y hacer de nuestras vidas un martirio. Por las noches corríamos asustados en las habitaciones, escondiéndonos debajo de las camas, agazapados en la penumbra de los armarios, entre cuchillos y tridentes, ocultos en corredores sombríos donde no llegaba la luz. Luego nos escondíamos en el

pozo. Bajábamos por la cuerda del brocal hasta el fondo, donde nos hundíamos hasta las rodillas en un barro frío y pegajoso, lleno de sanguijuelas; sin un grito, sin un sollozo, como si supiéramos que el llanto solo iba a empeorar las cosas. Allí permanecíamos sin hacer ruido, hasta que todo parecía volver a la engañosa paz de los sepulcros. Huir podía ser una forma de enfrentar los temores, exorcizarlos a la fuerza. Nos apretujábamos unos contra otros, como prisioneros en una estrecha celda donde era imposible moverse. Algunos murmuraban frases en las sombras. «¿Naciste hoy?» o «tú también podrías ser un verde lagarto»; palabras al azar, flotando a la deriva en la soledad de ese espacio, donde nos ocultábamos del mundo. Los demás se aferraban a la barcaza de los sueños, tratando de mantenerse a flote en medio de la tempestad. Durante esas noches, Guadalupe recorría los salones con una lámpara semejante al viejo Diógenes; espantando alimañas y murciélagos que parecían dormir en los techos. Roy portaba en sus manos un candelabro, que elevaba sobre las cabezas de todos los que estábamos allí, a la espera de saber qué sucedería con nuestras vidas. El brillo de las llamas dibujaba un eterno parpadeo de tinieblas. Guadalupe, Roy y los niños más grandes venían vestidos con arreos militares, mientras leían, pasando de mano en mano, una antigua carta a todos los que allí estábamos: «El velo se ha rasgado: ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas...». Pero nadie quería retornar al mundo de las sombras. Preferíamos la luz incierta de las cosas del mundo, el parpadeo de las tormentas eléctricas extendiendo su luminosa geografía en el firmamento, la fuga de las sombras en esa hora incierta que antecede al amanecer e inundaba la vida de un cálido resplandor. Todas las mañanas oteábamos el horizonte buscando la oscura silueta de embarcaciones, pero no hallábamos nada; solo el mar extendido como una lámina de acero pulida hasta donde alcanzaba

la vista. Subíamos a los acantilados a recoger huevos para el desayuno y nos sentábamos durante horas sobre las rocas a observar a las aves alimentándose frenéticamente en la playa. ¿Cuánto tiempo debíamos aguardar a que llegaran? Nadie lo sabía. Era extraño preguntar por el tiempo, porque la isla abolía cualquier noción de temporalidad. Los días corrían interminables frente a nuestros ojos. La espera nos devoraba por dentro, hasta dejarnos como cascarones vacíos; sin embargo, teníamos el presentimiento que todo cambiaría en el preciso instante cuando viéramos ondear la bandera de un buque extranjero aproximándose con su estela blanca de espuma, rompiendo la quietud de las aguas. Nos sabíamos condenados de antemano a repetir la historia, y nada podía modificar nuestro destino. Mientras aguardábamos, yacíamos acodados sobre las dunas observando el movimiento eterno y fugaz de las olas rompiendo sus blancas crestas en la orilla. Más allá, el vuelo solitario de un alcatraz que se movía planeando perezosamente entre las grandes nubes, a la espera de un pez que emergiera a la superficie, para abalanzarse como un rayo de plumas sobre las aguas profundas.

XLVI

La enorme cabeza infantil que se asomó entre las dunas llevaba un casco de guerra abollado, encontrado en la arena junto a un cráneo, como si la oruga de un tanque le hubiera pasado por encima; bajo la correa del cinturón, apretujada contra su pierna, podían verse una pistola y una daga afilada por ambas caras. Caminaba con paso marcial, haciendo su recorrido por los montículos de arena; dando órdenes a diestra y siniestra a todos aquellos que se cruzaban a su paso. Eran órdenes enérgicas que se cumplían de inmediato. En las montañas cercanas habían colocado vigías que montaban guardia con linternas en puntos estratégicos, desde donde se divisaba una amplia extensión de la playa. Cada vez que uno de ellos apuntaba el haz de luz sobre el muro de los acantilados, debíamos resguardarnos con rapidez, y estar preparados para cualquier eventualidad que pudiera presentarse. Pero cuando la espesa niebla cubría la playa, era difícil observar el brillo de las luces entre la bruma blanquecina. Estábamos tendidos sobre la arena bajo la noche melancólica que

enroscaba su armadura de insectos sobre la hierba. Permanecíamos en silencio, mientras una ligera brisa soplaba con fuerza desde el mar. Poco a poco llegaban jóvenes combatientes. Algunos venían de Mtsamboro, otros de las costas de Mbouzy. Cruzaban las trincheras, nos saludaban con cierta desconfianza, y luego se dirigían a la fortaleza para recibir órdenes. La mayoría de las veces no sabíamos siquiera quiénes eran aquellos que cruzaban frente a nuestros ojos. Jamás los habíamos visto. Tampoco sabíamos de dónde venían, ni su verdadero propósito al enrolarse como combatientes. Pero estaban aquí para luchar a nuestro lado, y eso era suficiente para aceptarlos. Más tarde, cuando la niebla se disipó, veíamos sus siluetas cruzar las dunas en dirección a los acantilados. Algunos traían armas rudimentarias, que podían esconderse debajo de las axilas para ser usadas en el combate cuerpo a cuerpo con la rapidez de ágiles matarifes; otros llegaban desde las islas cercanas y desembarcaban en las playas para seguir nuestro rastro por matorrales e intrincados senderos de cabras que subían las montañas; los más osados se aventuraron a venir desde el continente en pequeños esquifes, sorteando las corrientes de la isla. Nos preparábamos para una guerra que sabíamos próxima. Muchos trajeron los viejos fusiles de sus bisabuelos que habían luchado en las guerras de independencia de las islas, y ahora, desempolvadas, probaban su puntería disparándole a las lagartijas. La muerte podía ser una sorpresa. Nadie vería llegar su aleteo de mariposa sino cuando ya fuera demasiado tarde y tocara a las puertas del destino. Guadalupe y Roy se dieron a la tarea de fabricar cuchillos y puñales, mandobles y espadas en la vieja forja construida en el cobertizo. Sabíamos que los invasores, tarde o temprano, regresarían, y debíamos estar preparados para darles el recibimiento merecido. La mujer negra que nos cuidó durante todos esos años, era una sacerdotisa yoruba, especialista en las

artes del fuego, y ahora dirigía con eficacia el templado de las armas blancas que requerían de un cuidado especial, hasta probar que su filo era capaz de cortar las alas de una libélula en pleno vuelo. Los fuelles resoplaban su aliento de dragón entre el humo de carbones encendidos. Toda la noche la pasábamos en vela, oyendo el estallido de los martillos que despedían un brillo de estrellas desde el lomo de los yunques. El amanecer nos encontraba dándole forma a una lanza de hierro, o a la afilada punta de una flecha que luego volaría a clavarse en el corazón del enemigo. Un escudo de piel, cubierto de madera, semejante al de algunos pueblos bárbaros, llevaba grabada la imagen de una sirena sobre un carro de ágiles delfines; debajo, junto a los correajes de cuero, la antigua inscripción del altar encontrada durante una excursión en la montaña. No entendíamos su significado, pero presentíamos, tenían una importancia vital. Guadalupe coordinaba las operaciones. Su diligente cabeza de Medusa se había convertido en fuente de inspiración para todos. En algún momento de la noche, frente al fuego, recordó, casi sin querer, aquel texto apócrifo que tanto la había hecho reír, cuando Roy se sentaba por las noches a recitar como un actor las historias descabelladas del mundo. Ya no sabíamos si de verdad estaba leyendo la *Batracomiomaquia*, o la estaba inventando en ese instante. Pero las historias regresaban, porque no se habían ido nunca. Estábamos agrupados bajo el espíritu de la isla, asumiendo la guerra como un juego; el juego más peligroso de la historia. Íbamos a una contienda en donde seríamos sacrificados como ovejas que empeñaban sus corazones a la causa de los lobos. Cada uno intentando sobresalir en los ejercicios militares que dirigían los mayores. Todas las mañanas muy temprano, bajo la dirección de Roy, nos ejercitábamos en el manejo de todo tipo de viejos armamentos; desde arcabuces de mecha y pedernal, que hacían un ruido

espantoso, hasta el lanzamiento de cuchillos y jabalinas sobre blancos en movimiento. Algunos llevábamos hondas usadas para cazar pájaros, pero que podían ser disparadas desde lejos. No sabíamos cuándo vendrían, pero nos manteníamos siempre alertas y mejor preparados que nunca. Los más pequeños tenían la responsabilidad de administrar los primeros auxilios, recoger a los heridos y llevarlos a las cuevas; también les tocaba esparcir fragmentos de vidrio molido mezclados con arena y excrementos por la playa, cerca del desembarcadero, con el fin de causar heridas e infecciones a la mayor cantidad de ellos cuando desembarcaran. Reunimos montañas de piedras afiladas como provisión para los tiradores. Preparamos trampas de arena, profundos pozos de donde nadie podría escapar. Otros subieron a lo alto del acantilado para observar el horizonte y vigilar el mar que lucía liso como un espejo lejano. Por las noches dormíamos con un ojo abierto y otro cerrado, pensando en todo lo que podría suceder. El miedo se apoderaba de nuestros corazones. Rezábamos las oraciones que nos habían enseñado antes de irnos a la cama, donde maldecíamos a los enemigos y les deseábamos las peores calamidades. Amén. Soñábamos con una guerra cruel que aún no llegaba, pero que podíamos olerla en el aire. Cuando nos aburríamos, luego de cumplir con todas las labores encomendadas, Guadalupe nos reunía en las cuevas de la Fortaleza, para jugar durante horas a las escondidas, cuarenta matas o policías y ladrones. Luego se subía sobre una roca para, desde allí, contarnos las historias de los primeros habitantes de las islas, su batalla contra las inclemencias del clima adverso. Sus palabras tenían la intención de elevar la moral de la tropa dispuesta a defender la isla. Nos sabíamos a punto de iniciar una terrible espiral que giraría como peonza anunciando las desgracias. Nos alistábamos a organizar una férrea defensa contra los invasores que pretendían apoderarse de la isla. Y

aunque muchos pensaran que era un territorio yermo, desolado y sin valor, para nosotros era el paraíso con el que habíamos soñado toda la vida. Roy nos había hecho jurar con una marca de sangre de nuestro pulgar sobre la piel de una cabra, que defenderíamos la isla con nuestras vidas, si fuera necesario. Y aunque durante ese tiempo preferíamos mantener oculto el nombre de la isla, por las noches lo pronunciábamos muy quedo, como un susurro, o un secreto atesorado en el fondo de nuestros corazones. Además, nadie podía decir su nombre si no estaba dispuesto a morir por ella. Esa mañana «de pronto se presentaron unos animales de espaldas como yunques, de garras corvas, de marcha oblicua, de pies torcidos, de bocas como tijeras, de piel crustácea, de consistencia ósea, de lomos anchos y relucientes, patizambos, de prolongados labios, que miraban por el pecho y tenían ocho pies y dos cabezas». Pero ¿cómo combatir contra lo que solo existía en nuestros sueños? A veces sentíamos que la isla era una entidad viva que respiraba nuestro aire y se alimentaba de sus hijos, como Saturno. Temíamos a la guerra, pero temíamos más perder la tierra que nos había acogido. Era extraña nuestra relación con la isla y sus elementos; cada piedra poseía un espíritu indoblegable; cada grano de arena, un diminuto brillo danzando en la brisa. La negra Miriam también nos enseñó a fabricar enormes y rudimentarias catapultas de madera que llevamos hasta las montañas cercanas para lanzar grandes piedras bañadas con brea que incendiarían la noche cuando vinieran los invasores. Cada mañana mirábamos el mar pensando que tal vez hoy sería el día que los dioses habían escogido para desatar el infierno al que tanto temíamos. Pero el tiempo transcurría y ninguna embarcación surgía en el horizonte. Los invasores demoraban una eternidad en aparecer. Nos dábamos a la tarea de fortalecer las defensas y guardar provisiones y agua dulce en las cuevas de las montañas. Cada

día al despertar y luego de atender las necesidades de los pequeños, desayunábamos y dedicábamos el resto de la jornada a recorrer la isla y realizar prácticas militares que nos mantenían en alerta. Los niños nos miraban consternados mientras jugaban en la playa, sin entender la verdadera dimensión de lo que estaba a punto de suceder. La palabra guerra se había convertido en algo trivial que gritaban cuando corrían por la playa asustando a las gaviotas y persiguiéndose unos a otros. Por la tarde nos relajábamos. Aprovechábamos las horas serenas para pescar en el estuario y atrapar a las aves que, durante tanto tiempo, nos sirvieron de sustento. Por la noche, cuando nos íbamos a la cama y arropábamos a los más pequeños, pensábamos en la posibilidad de que, tal vez, no vinieran nunca. Envejeceríamos en la isla, aguardando verlos llegar por la noche, como un puñado de estrellas oculto en el firmamento. Pero no dejábamos de pensar que, en algún momento, vendrían surcando las olas, con espadas y escudos, fusiles de asalto, enormes cañones que herían de lejos como las flechas de Apolo, porque así lo habían previsto los dioses de las islas, y nada iba a impedirlo. La vida tenía un componente de tragedia griega en el inevitable destino, aunque el nuestro fuera resistir hasta el final de los días, jugarnos la última carta apretada entre los dedos y lanzarla confiándonos a los dioses. Lo demás era esperar que la suerte cambiara y nos mostrara un rostro más sereno, más humano. El día menos pensado veríamos surgir en la línea del horizonte las banderolas ondeando sobre las aguas oscuras, sus siluetas amenazantes al amanecer, igual a una parvada de cuervos que se acercaban a la isla en procura de un cadáver inerte sobre la playa: las vísceras al viento, los huesos despellejados al sol; sin proferir un reclamo, o un ligero gruñido de insatisfacción. Todas las noches nos acostábamos en la playa en silencio, a mirar las estrellas y a esperar. Antes de rendirnos a los dioses del sueño, girábamos

la pequeña rueda de la fortuna (apostando un cuchillo, una concha de nácar, una baratija) que usaba Miriam para leer el futuro. Pero la aguja oxidada permanecía intranquila como una sombra silenciosa que dormía sobre la hierba curvada por el viento nocturno.

XLVII

Ahora soñaba con el día en que comenzaría a impartir clases en el vetusto colegio de una isla en el fin del mundo; y le pareció extraño ver a los niños del poblado sentados frente a él, sonriendo, con la timidez que siempre acompaña a la pobreza, como si de verdad estuvieran prestando atención a sus palabras, aunque tuvieran sus cabezas puestas en una lagartija que corría por el patio haciendo crujir la hojarasca, o la delgada mantis arbórea sembrando un tierno tallo de junco en el jardín bajo el sol de la mañana. Con seguridad sus mentes se hallaban distraídas en otro lugar, menos en este. Quizás, el mar opalescente, azul y distante, visto desde la ventana. Entraban al salón peleando entre ellos, haciendo alboroto, intentando adueñarse de cualquier rincón cedido a la fuerza, cuya serena sencillez parecía provenir de un mundo impersonal, carente de sentido de pertenencia: ese mundo donde la educación y las normas eran lo importante. Pero los que llegaban aquí eran ruidosos, salvajes e inseguros, como navajas abiertas y afiladas, capaces de cortar en cualquier dirección; mejor no

tropezarse con ellos en los pasillos, ni en los bebederos de agua; aunque en esos casos, lo más sano era escabullirse rápidamente cuando aparecían con el aire taciturno y retador de la adolescencia que se burla de todo y cree que el mundo le pertenece o está allí solo para servirles. La mayoría huía asustada cuando los veían acercarse al patio cubierto de sombras, mientras las nubes arriba competían en blancura. Los viejos profesores vestidos de lino blanco y corbata paseaban por los pasillos del piso superior en actitud vigilante, aunque eran quienes más disfrutaban cuando se iniciaba cualquier reyerta. Incluso, algunos llegaban a apostar su salario en las peleas. A los profesores más jóvenes nos tocaba vigilar el patio central, atentos a cualquier conato de indisciplina. El viejo colegio cercado de muros y rejas de hierro parecía más bien una prisión para jóvenes. Por supuesto, nosotros éramos los carceleros. Cuando sonaba la primera campanada de la mañana nos reuníamos para izar la flamante bandera de las islas con un triángulo verde en el asta, donde descansaban una media luna junto a cuatro estrellas que representaban las islas, mientras sus franjas descoloridas ondeaban en el viento. Recitábamos el himno con la mano derecha en el corazón. Hacíamos fila en medio del patio para luego dirigirnos a las aulas. Una vez en el salón, donde había mapas cagados de mariposas, pasaba la lista con los nombres. Aunque ahora era un colegio más bien en ruinas, seguramente, había visto mejores tiempos en el pasado. Cualquier inteligencia despierta y sensible habría notado, de inmediato, el grado de segregación reinante entre los alumnos, lo cual parecía no importarle a nadie. Los niños franceses, blancos, rollizos como ratas de cañería, siempre eran los primeros de la fila en el comedor, en los deportes, en los cuadros de honor. Luego venían los árabes, silenciosos, de ojos profundos y, por último, los africanos, quienes asistían a la escuela a regañadientes, obligados por sus padres. Aunque

ellos, probablemente, preferían salir en los botes a pescar con los adultos, que perder el tiempo en un colegio donde no aprenderían nada que les fuera de utilidad para la dura vida de las islas. A pesar de esto, me imaginaba instruyéndolos, sacando lo mejor de ellos, brindándoles algunas herramientas para una vida consciente, llena de logros, blablablá..., pero cuando me percaté de los castigos que impartían los viejos profesores, sentí repulsión por ese sistema anacrónico y despiadado, que solo servía para mantener los privilegios de un grupo de colonizadores que sospechaban una amenaza latente en el resto de la población. Sus posiciones y beneficios iban desapareciendo por los sumideros de la isla, pero, aún heridos de muerte, intentaban mantener un estatus inexistente. Poco se podía hacer para modificar las viejas estructuras de un colegio que, poco a poco, se había convertido en una verdadera ruina. Lo poco que pudiera, de seguro sumaría las semillas de una naciente conciencia de los más desasistidos. Los aguardaba en mitad del salón de clases, con un libro abierto en la mano; tan lejos del mundo real y tan cerca del infortunio. Aprovechaba entonces de leerles versos de Vallejo que escogía para la ocasión: «No se antojen señores esta noche», «a reñir con sus sombras y su llanto». Los alumnos se quedaban en silencio durante unos segundos, luego se miraban confundidos, risueños, como si no alcanzaran a comprender de qué demonios iba la clase, ni el significado de la frase de un poeta peruano. Pero aún no sabían que las palabras, las más sencillas, las más puras, las más radiantes, abrían canales secretos, extraños pasadizos a otros mundos, como las puertas de entrada a una nueva dimensión de la lengua y de todas las cosas que podían ser nombradas con ella; y donde cada palabra, cada sonido, cada timbre, adquiriría un singular registro, un nuevo significado: «Un árbol podía convertirse en todos los árboles del mundo». Había que despertar el alma de los

jóvenes a como diera lugar, encender el fuego, la pasión que parecía dormida bajo la tormenta de sus pequeños corazones. En algún momento, retornábamos al aprendizaje formal de los versos: separar palabras que sonaban como lluvia, a humedad, a limo, a noche, a encierro; buscarlas en el diccionario, oír la rima, contar las sílabas, las estrofas, así como ahora contaban los minutos restantes para el gong de la campana que los liberaría del yugo escolar. Siempre era mejor ir a pescar al estuario con los mayores, quienes tenían más experiencia; aprender a reparar las redes, amarrar un anzuelo para tiburones, o reconocer un cardumen de bonitos brillando bajo la sedosa luz de la superficie, calafatear una embarcación el fin de semana con la brea que refulgía bajo el sol como un diamante de ébano; reparar los motores que tosían una humareda pestilente, pescar cangrejos en el muelle y escuchar por las noches, bajo el golpe de los batá y el tañido de las koras, las historias de los viejos pescadores frente al fuego, hasta quedarse dormidos sobre la arena. Y al día siguiente, ayudar a la abuela a moler los granos con la pesada piedra del mortero, hacer tareas escolares y nadar como peces furibundos hasta los arrecifes, para ver a los grandes trasatlánticos cubiertos de luces, recortados contra las manchas de nubes al atardecer, a punto de marcharse a tierras lejanas que jamás conoceríamos; aunque la tierra fuera la misma en todas partes: redondeada en los polos y achatada en el Ecuador. Todos los pobladores de la isla habían escuchado alguna vez en sus vidas de la rebelión que a inicios del siglo XX había fraguado un grupo de niños en defensa de la isla. Incluso, años después, algunos periodistas europeos llegaron al lugar para investigar la historia que parecía más una novela de ficción que un hecho real y, aunque conservaba la fotografía amarillenta de los niños, sustraída de la biblioteca, seguía dudando de su autenticidad. Después de todo, la realidad era tan solo uno de los rostros

aparentes de la ficción, quizá el más doloroso, el menos amable de todos.

Las voces de los niños siempre estaban allí, enredadas junto al viento de la isla, atadas con fuertes nudos a una soga que destilaba agua igual al duro y cruel cilicio de un viejo penitente atormentado que me seguía a todas partes. Las escuchaba todo el día. En las mañanas, apenas abría los ojos, estaban allí, junto al ruido burbujeante de la cafetera cuando hervía el café que me reconfortaba con la vida cada día; por las tardes, cuando regresaba cansado y sediento de las caminatas por la áridas montañas repletas de espinas; incluso, en las noches, cuando todos dormían, y solo era capaz de escuchar el silencio cayendo como un manto sereno sobre la quietud de las cosas. Los oía llegar desde la distancia, cruzar las playas cercanas, conversando entre ellos, y subir corriendo los escalones de piedra hasta la terraza, mientras el viento soplabla en ráfagas excitantes. Aprendí con los días a reconocer sus voces, sus secretos, sus risas, sus silencios, en la soledad de la noche. En ocasiones, cuando me sentaba a corregir el manuscrito, sabía que estaban allí, en algún lugar oculto de la cabaña, observándome, tal vez burlándose de mí. Eran tan reales como mis obsesiones. Pero algo había aprendido en la isla: «La realidad estaba hecha de la misma materia que los sueños». Uno la estrujaba un poco entre los dedos y desaparecía en una nube amarillenta de polvo que hacía llorar. Esa noche, cuando llegaron, Guadalupe venía al frente, un poco más atrás, Roy y Benjamín con el resto del grupo. Subieron los escalones de piedra corriendo hasta la terraza. Se sentaron entre las sombras con el tablero de madera y las semillas a jugar mancala; los otros niños de la comunidad lo llamaban *awale*, mientras jugaban y acariciaban al gato que los acompañaba en sus correrías nocturnas. Después jugaron *mbube* que era una palabra zulú para designar a los leones cazando

en los pastizales. En ocasiones me dejaba seducir por el juego para transformarme en un niño más participando de esa reunión de sombras que habían llegado hasta aquí arrastradas por remolinos de arena, lejos de las dunas donde podían perderse los más experimentados viajeros. Hice el manuscrito a un lado para acercarme. La noche era una cúpula donde nos guarecíamos del mundo. Al principio, me observaron con desconfianza, como si cada encuentro fuera el primero; como si nunca me hubieran visto. Seguramente se preguntaban qué hacía allí jugando con ellos, por qué aún no había abandonado la isla. Pero luego de un tiempo, se aburrieron, sonrieron y olvidaron que estaba allí como uno más de ellos. Los pequeños en la penumbra mostraban sus dientes blancos y lustrosos de coco cuando sonreían. Los más grandes jugaban chaquete bajo el calor sofocante de la noche, lanzando los dados contra la sombra inquieta del muro, por donde aparecía el brillo de las primeras estrellas.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? ¿Cuántas lunas habían pasado para finalmente defendernos del abuso de los mayores, quienes se sentían destinados a reinar eternamente dentro de la rígida estructura del viejo colegio que se desmoronaba a pedazos, igual a sus ideas? ¿Cuánto sufrimiento el de los jóvenes que aceptaban en silencio el tortuoso destino impuesto por los profesores; aquellos extraños que lo decidían todo? No podíamos hacer más que calmarlos y esperar la oportunidad. En algún momento de la historia teníamos que tomar las riendas de nuestras vidas y galopar decididamente contra de los molinos de viento, atropellando todo lo que opusiera resistencia. Debían entender, de una buena vez, que todas aquellas estructuras erigidas a lo largo de siglos, se derrumbarían a nuestro paso. Estábamos en los albores de una lucha desigual, y solo podíamos contar con nuestra obcecada perseverancia y el ingenio de la juventud

para derrotarlos una vez más, como lo habíamos hecho en el pasado. Algunos dormían en la penumbra abrazados a sus sueños de redención. ¿Cuántas sombras habían andado por la playa en una veloz carrera entre el bramido de las armas y los tambores de guerra? Desde la última derrota en la batalla de las dunas, se cuidaban de molestar a los débiles en nuestra presencia, y hasta se portaban amablemente con ellos. Pero sabíamos que fingían, y tarde o temprano volverían a ser lo que siempre habían sido: opresores. Yo sabía que ninguno de ellos iba a enderezarse con poesía. La poesía era un árbol de ramas frondosas que, la mayoría de las veces, daba amargos frutos. Nos reuníamos en un modesto salón, pintado de blanco, con una pizarra negra como el cuervo de Poe. Se podía dibujar sobre ella, sin problemas. Deslizar la tiza sobre su oscuro y brillante plumaje. Recordaba los libros que había amado. Me acercaba sin temor a lo desconocido, abandonándome a una idea desesperada. Esa era la orden a cumplir de ahora en adelante por el resto de mi vida. Comenzaba a pulsar dulcemente las cuerdas de un instrumento, cuyo tañido me transportaba lejos, muy lejos, hacia tierras ignotas. Todos se reunían a conversar, pero no alcanzaba a ver sus rostros. Solo podía imaginar la sombra de sus ojos perdidos en la niebla. Por lo menos ahora tenían conciencia de lo aburrido que podía ser una clase de literatura. En ocasiones, un ligero ronquido en la penumbra del salón me sustraía de mis cavilaciones; la lágrima de un bostezo en el bochorno de la tarde, bajo las aspas del ventilador, cuyo ruido parecía repetirse infinitamente como un abejorro atrapado en una botella de vidrio. Ahora soñaba con ese día lejano, cuando —cada vez que intentaba dar un paso en dirección a su encuentro— sentía que me alejaba cada vez más... y más... del mundo. En pocas semanas los alumnos regresarían y, de seguro, iba a sentirme perdido, sin fuerzas para girar una vez más la vasta rueda de la fortuna.

Ellos parecían vivir en un mundo paralelo que debía conquistar con palabras. Pero ¿cuáles eran las palabras adecuadas? ¿Cuáles eran las frases que me permitirían romper el cerco, las puertas de la prisión, en donde me encontraba solo y aislado del mundo? Pensé en las antiguas fábulas de Esopo y supe que, cualquier intento por enseñar lo que sabía, no podía ser enseñado, pasaba por ser una paradoja cruel del destino. Los niños comenzaban a pertenecerme, de algún modo. Éramos los mosqueteros de una isla: «*Un pour tous et tous pour un*». El manuscrito me alejaba del mundo real. Me sentía al borde de un acantilado. Abajo, el oleaje era una pausa fecunda. A medida que los días transcurrían, indiferentes, ilusorios, uno detrás otro, iguales en su más pura esencia, uniformes, reconocibles entre sí, al mismo tiempo eran el ondulante río de Heráclito. Ahora tenía la certeza de que me alejaba cada vez más del destino que la isla había previsto para mí.

XLVIII

Despertó perdido en el fragor de la tormenta en medio de la oscuridad. El ladrido de un chacal, o quizás de un perro, lo sacó de la cama, obligándolo a espiar durante unos segundos por la ventana. Pero no vio otra cosa que no fuera el rostro iracundo del monzón soplando sobre el muro de dunas. Hacía mal tiempo afuera. Una franja de la carretera se había desmoronado levantando tolvánas de arena que el viento arrastraba por las calles. Pero aún no llovía. A través de la penumbra, sintió la tibia respiración de Etienne (¿o acaso era el gato?), tendida a su lado bajo el brillo de los relámpagos, cuyo resplandor se filtraba por las persianas. Su cuerpo parecía cortado en líneas horizontales, creando un damero donde dormía el deseo. Tenía el sueño intranquilo y atormentado de los ángeles. En ocasiones hablaba dormida en francés, pero no alcanzaba a entenderla. Otras veces, despertaba de madrugada y la veía dormir. Escuchaba su respiración pedregosa, el cabello oscuro y sedoso cayendo desordenado sobre las sábanas blancas. Adoraba su olor: el dulce aroma

que emanaba de su tibio cuerpo desmayado sobre la cama. Se habían desnudado con la lentitud de orugas, como si la rueda de la fortuna se hubiera detenido solo para ellos. El viento era un murmullo sobre las palmeras, pero ya no escuchaba, porque el silencio se había apoderado de los ruidos de la noche. Aún le dolían sus ojos por el efecto de la radiación solar. El médico había diagnosticado insolación severa. «Pudo haberse quedado ciego», dijo. «Unas horas más y habrían tenido que comprarle un perro guía para que lo condujera por la isla». Es fácil extraviarse en estos parajes, perder la noción del tiempo. Al principio, el sol parece inofensivo, pero luego de unas horas, se mete bajo los poros y la sangre comienza a hervir en el interior como si se estuviera friendo en un infierno que lo quema a uno por dentro. ¿Cuánto tiempo había pasado desde el episodio de la montaña? Ya no lo recordaba. Tal vez unos días, una semana. ¿Cuánto tiempo más podía aguantar para asumir la decisión de irse o quedarse? «Existen personas que nunca se acostumbran a las duras condiciones de la isla. ¡Créame! Usted no es el primero, ni el último que muere de una insolación por estos lugares. El año pasado encontramos a uno de los profesores vagando sin rumbo por las montañas. Por días estuvo alimentándose con la pulpa de los cardos y leche de cabras salvajes, pero nunca recuperó el juicio. Tuvieron que llevarlo con una camisa de fuerza al continente y, al día de hoy, aún no se recupera. Tal vez no lo haga nunca. A veces pienso que la isla es una herida que no cicatriza», decía mientras abría mis párpados para colocar las gotas de un líquido incoloro sobre mis ojos irritados. Intenté dormir de nuevo, pero el insomnio era una condición persistente en mi vida. En ocasiones caminaba por la casa en un estado total de indefensión, como si fuera otro. Al siguiente día no recordaba nada de lo sucedido, como si la incapacidad para conciliar el sueño barriera cualquier recuerdo de mi cabeza. Sabía que la

condición de mi insomnio se debía a una alteración de los ciclos circadianos. Un insomne es un individuo que duerme despierto. Me levanté de la cama y fui hasta la ventana. Pude sentir el olor de la lluvia en la humedad del aire. Pero aún no comenzaba a llover. El viento del monzón soplaba sobre los árboles arrancando puñados de hojas que volaban frente a mis ojos. El mar era una lámina lisa y oscura iluminada por relámpagos. Al rato, cuando volví a la cama, la encontré vacía. Busqué a Etienne en la habitación, pero no la encontré. La verdad es que era una mujer extraña. Solía desaparecer en los momentos más inesperados. En ese breve tiempo que construyen el afecto y la complicidad, me había acostumbrado a verla entrar y salir de la cabaña a cualquier hora y; aunque los viejos profesores murmuraban a mis espaldas, yo me limitaba a encogerme de hombros y a guardar un silencio sepulcral; que por demás, era una forma sutil y elegante de insinuarles que nuestras vidas no eran de su incumbencia.

Fui a la cocina a preparar un té, y en ese preciso instante, vi las puertas de la terraza abiertas y al viento como un incómodo intruso, hurgando entre los libros amontonados en la sala. Cuando me asomé de nuevo, alcancé a verla corriendo entre las sombras de la playa. Grité con fuerza, pero el viento que soplaba en dirección contraria, apagaba el sonido de mi voz. Rápidamente tomé la linterna, una chaqueta impermeable y salí cuando la lluvia comenzaba a golpear con un fuerte tintineo de monedas sobre la ventana. Grité de nuevo, pero un violento golpe de viento respondió al unísono. Bajé hacia la playa decidido a seguirla. El aire frío agitaba las sombras. Las olas estrellaban su blancura con un rugido de espuma sobre las piedras. La lluvia no permitía ver más allá de algunos metros. Fui hasta el final de la playa. La marea había subido más de lo acostumbrado. La tormenta llegaba con un poder inusitado. Estaba empapado. El agua fría me daba a las

rodillas. Llegué hasta la oscura pared vertical del acantilado por donde descendía una cascada blanca. Entonces vi la entrada que Etienne me había mostrado días antes. Pensé que estaba loca si era capaz de venir una noche como esta a visitar la cueva. Me resguardé en la entrada a esperar que el viento y la lluvia amainaran. Del interior surgía un ligero resplandor que bañaba la pared de piedra. Cuando llegué hasta donde ardía el fuego, vi a los niños sentados frente a la hoguera, calentándose. Roy revolvía los rescoldos con un azadón de hierro avivando el fuego en la oscuridad.

—¡Llegas tarde de nuevo! Así no vas a ganarte nunca nuestra confianza —dijo Guadalupe.

Sus rostros infantiles me observaron por unos segundos, pero luego volvieron a lo que hacían: unos secaban la pólvora de los arcabuces, mientras otros afilaban cuchillos de caza contra las piedras. Vi el pequeño arsenal y los barriles de pólvora recostados contra el muro donde las pinturas brillaban, trémulas pareciendo cobrar vida desde la antigüedad de la piedra.

—Mañana va a ser el gran día —dijo abrazándome en silencio. Tenía la ropa mojada. Los otros niños se burlaron en la oscuridad coreando «¡Lupita tiene novio...! ¡Lupita tiene novio...!», y hasta Benjamín, en son de broma, nos apuntó con su cámara fotográfica, encgueciéndonos con el destello de la pólvora que iluminó durante escasos segundos el interior de la cueva.

XLIX

ROY: Hoy soñé con un gran pez cubierto de espinas devorando todo lo que encontraba a su paso. Era un enorme leviatán cuyo apetito no podía ser saciado con nada. Saltaba fuera del agua y hundía las embarcaciones de pescadores que encontraba a su paso. Luego desapareció en la profundidad del océano. El mar volvió a su calmada respiración de espejo donde se reflejaban las nubes quebradizas del cielo.

GUADALUPE: Hoy soñé con todos los habitantes de la isla que han muerto a lo largo del tiempo. Era un enorme ejército de hombres y mujeres, cansados, sedientos, marchando por las dunas, entre la hierba amarillenta, en busca del descanso eterno que no encontrarían nunca. Aún llevaban en sus cabezas los sombreros de junco, y en el hombro, sus viejas espingardas de chispa. Las cestas estaban llenas con los restos de flores marchitas del desierto; aquellas que florecían una vez al año. Vestían los uniformes descoloridos y rotos de todas las guerras donde lucharon y que habían arrojado al más puro olvido. Ni siquiera eran capaces de recordar cuántos muertos

cargaban sobre sus hombros. Algunos llevaban arpones de hierro y redes de pesca cubiertas de algas verdinegras. Pasaban junto a nosotros sin vernos, como si no existiéramos, como si ellos no existieran. Olían a una antigua humedad de ropas podridas, enterradas bajo las raíces de la tierra. Venían de un tiempo tan distante y lejano, que ninguno poseía un atisbo de recuerdos de lo que fueron alguna vez. A través de su vestimenta deshecha por el viento, como banderas agitadas sobre el polvo, se alcanzaba a ver sus huesos resplandecientes.

BENJAMÍN: Si pudiera fotografiar las visiones que me han atormentado en la isla, de seguro enloquecería. Las mejores imágenes son las que aún no he tomado y logran escapar al ojo de la cámara, pero no al humano. Algunas se quedan prendidas a la retina durante años. Allí encontrarás la imagen de la isla y sus desolados fantasmas, solo para comprobar una vez más, que los sueños y las terribles visiones que surgen de ella, pueden ser más reales, incluso, que nosotros mismos. Cuando el último de nosotros haya partido y la tierra sea un cascote oxidado y sin vida, abandonado a su suerte, la isla continuará aquí, para recordarnos que fuimos hechos a su imagen y semejanza por los siglos de los siglos.

ROY: Si pudiera empezar de nuevo la historia de la isla, sería diferente. La habría comenzado a contar desde su nacimiento; desde que surgiera del fondo marino bajo una inmensa explosión volcánica arrojando lava, cenizas, flujo piroplástico, piedras y desechos sobre el mar durante semanas. La enorme presión de la caldera interior habría empujado la corteza terrestre a lo largo de miles de años hasta hacerla emerger sobre la superficie como el vientre fecundo de una ballena. Al principio, solo fue un promontorio sin importancia, cubierto de piedras grises y oscuras, donde venían a anidar las aves marinas; explosiones posteriores hicieron brotar montañas de roca fundida, llanuras, ríos de fuego, que fueron

dándole forma definitiva a su orografía. Después llegaron animales desde el continente; flotaban sobre troncos y ramas arrastradas por las corrientes ricas en nutrientes y plancton. Cuando arribaron los primeros hombres, la isla era un paraíso floreciente. Pero, como todo paraíso, guardaba un infierno oculto en su interior.

GUADALUPE: Prefiero no hablar de la isla; sería como hablar de mí misma. Los antiguos dioses que la habitaban nos moldearon a su imagen y semejanza. Amasaron la tierra negra de cenizas para darle forma a nuestros cuerpos, exprimieron la espesa lava de las profundidades para hacer nuestra sangre y colocaron ojos de lechuza en nuestros rostros para que pudiéramos ver en la oscuridad más profunda. Aprendimos a leer en el cielo sus señales prodigiosas. Surgimos del mar al igual que peces y reptiles. Navegamos durante años en busca de la tierra que nos habían prometido, más allá de los hiperbóreos, más allá de donde el océano se convertía en una enorme cascada que caía eternamente por el precipicio de la noche. Pero luego, todo nos fue arrebatado. Las islas se fueron poblando de extraños seres que no sabían de dónde venían, ni a dónde iban. Aprendimos a vivir con lo poco que nos daban el mar y la tierra. Con el tiempo los dioses nos olvidaron, y nosotros a ellos. Antes de marcharse en sus carros de fuego, dejaron la antigua inscripción tallada sobre la roca que hoy yace oculta entre la hierba alta y los peñascos donde silba el viento. Algunos de los habitantes la conocen como la antigua canción de las islas y la cantan a sus hijos para que no todo sea olvido.

BENJAMÍN: A veces me gustaba pegar el oído al blando suelo y escuchar lo que la tierra tiene que decirme. El murmullo de la materia orgánica, oscura, olorosa a humus, que vive en sus entrañas, sujeta las raíces de los árboles que se mueven debajo de la tierra como un tranvía subterráneo que

viaja muy lejos, a lugares secretos y desconocidos. Tomaba la cámara fotográfica e intentaba registrar todas las imágenes de las que era capaz. Construía un inventario visual de la isla, sin saberlo. Fotografiaba la existencia de los objetos y, a veces sin querer, su reflejo, su radiografía interior. En ocasiones, el mar adquiría la serenidad de un espejo, donde se podían pescar nubes esponjosas de algodón, que viajaban impulsadas por el viento. La isla era también un reflejo del mar. A veces me extraviaba en esa doble imagen de las cosas. Si fuera capaz de armar un rompecabezas con las imágenes que he tomado de la isla: cada piedra, cada árbol, cada hormiga, cada gusano, cada espiga, cada gaviota, cada estrella de mar, cada grano de arena, cada escama, cada pez saltando del agua, cada escarabajo, cada coraza, cada cabra; cada habitante de la isla por minúsculo que fuera, de seguro, podría construirla de nuevo. Una isla hecha a mi imagen y semejanza que daba la sensación de un mundo detenido, fragmentado en miles de pedazos, que debía recoger con la paciencia de un monje y armarlo, una y otra vez, en un ejercicio infinito de la memoria, para que la isla nunca desapareciera. A veces, cuando estoy solo, pienso que la inexistencia de los objetos los hace más reales. Estoy rodeado de fantasmas por todas partes. Aparecen como halos de luz en la penumbra. Cruzan la carretera por las tardes envueltos en nubes de polvo que el viento arrastra; pero es difícil saberlo. Una imagen puede quedarse con nosotros toda la vida; pegada a los ojos bajo una venda, como si nuestra existencia dependiera de ella. No existirían los recuerdos sin esa porción de olvido que nos hace dudar de la vida cada vez que acuden presurosos a nuestro encuentro, buscando entre los restos de la memoria aquello que no existió jamás.

volucrique simillima somno

L

En esa ocasión intentaron reanimarlo con sales minerales. Cuando despertó, lo primero que vio fue a Etienne, bañada en lágrimas, sosteniendo sus manos inflamadas. Acababa de sufrir un *shock* anafiláctico a causa de un enjambre de abejas que lo había atacado en la montaña. Caminaba distraído, pensando que en pocos días comenzaría a trabajar y, con ello, decirle adiós al manuscrito y a sus paseos por la montaña. Cuando cruzó el sendero cubierto por una espesa maleza, escuchó el zumbido de cientos de abejas elevándose como una nube oscura encima de su cabeza. Intentó huir pero, en cuestión de segundos, sintió el primer aguijonazo en el cuello y con ello se desató uno de los ataques más brutales que había recibido desde su llegada a la isla. Luego sintió otro y otro y otro más, como si le arrojaran diminutos dardos a la piel. En un momento el enjambre estuvo a su alrededor, atacándolo. Por suerte, había un pozo de agua cercano donde se lanzó sin pensarlo. De no haberlo hecho, a estas alturas estaría muerto y los chacales de la montaña se estarían dando un festín con sus restos.

—Déjenlo reposar un par de días y podrá regresar a casa —dijo. Luego tomó la cámara fotográfica y le hizo varios disparos.

—No se preocupe. No son para el registro médico —expresó—. Son para mis hijos que coleccionan fotografías de monstruos, y usted, mi querido amigo, ha quedado como uno de ellos —afirmó riendo a carcajadas—. Hay personas que tienen mala suerte en la isla. Tuve que inyectarle una buena dosis de adrenalina para que reaccionara. Por un momento pensé que se estaba despidiendo de este mundo.

—Yo no soy bueno para las despedidas, doctor —le expresé.

—¡Sí... ya veo que no lo es! —Bien por usted. La vida siempre se aferra a lo imposible. Hasta que desiste. Tal vez usted no ha llegado todavía al umbral de quiebre, donde cualquiera se abandona a la suerte del mundo.

—Ya lo sabrá en su momento —agregó guiñándole un ojo. Luego se dirigió a Etienne—: Sería bueno hacerle un chequeo en tierra firme. De lo contrario, podría tener una recaída. La apitoxina producida por las obreras de la colonia es residual y tiende a permanecer en el organismo durante un tiempo. Así que, dado que fue picado en múltiples ocasiones, podría recaer de nuevo o tener una reacción alérgica. Lo importante ahora es estar atento a su evolución y tener una dosis de adrenalina en casa para cualquier eventualidad.

Etienne regresó con él a la cabaña y estuvo acompañándolo varios días. Algunos profesores fueron a visitarlo. Se sentaban en el sofá de la sala a tomar una taza de té y a conversar del mal tiempo en la isla y de la mala suerte de toparse con un enjambre de abejas en la montaña. La cocinera le envió una torta y un remedio casero para untarse en la piel, que olía a demonios, pero lo ayudó a aliviarse. Era raro asomarse al espejo y encontrar su rostro hinchado como una sandía. Comenzaba a desinflamarse con lentitud. Las diminutas marcas

de picadas en sus brazos y abdomen desaparecieron al paso de los días, mientras su rostro volvía a la normalidad. Ya Etienne no se burlaba llamándolo mi «monstruo melifluo». Regresaba de nuevo a la normalidad. Poco a poco, el veneno iba desapareciendo de su organismo hasta que, finalmente, sintió que toda aquella pesadilla había quedado atrás. Por otro lado, comenzó a retomar el apacible ritmo de su vida en la isla.

Al día siguiente, temprano en la mañana, recibió una llamada de la profesora que lo había buscado en el viejo muelle semanas atrás.

—Le advertí que la isla era peligrosa. Pero usted no parece tomárselo en serio —lo reprendió como si fuera un niño—. Espero que esté bien. La directora desea verlo mañana al final de la tarde —dijo con sorna—. ¿Cree que podrá mantenerse con vida hasta entonces? —finalizó y colgó el conmutador.

LI

Al amanecer, las embarcaciones de la Armada imperial se habían detenido sobre las aguas oleosas de la costa. A esa hora, el mar era un espejo sereno surgiendo desde las sombras, donde podían pescarse las nubes que cruzaban perezosas el firmamento en dirección al continente. Observó con la curiosidad de quien jamás se había embarcado en una nave de guerra, la costa accidentada elevándose sobre de la línea del mar, que surgía como una mancha ocre en el horizonte. Tomó los binoculares del oficial apostado a su lado —un joven recién egresado de la Academia Naval que lucía nervioso y diligente— y observó en la lejanía una bandada de zamuros en la playa perseguida por un perro. Pero no vio un alma alrededor. Era como si la isla, erguida en la bruma de la mañana, estuviera vacía. El periódico donde había trabajado toda su vida le asignó la pauta de escribir un reportaje sobre una eventual invasión a la isla por la Armada continental. Se embarcó con las tropas en tierra firme y navegó por un mar que no siempre resultaba amable. La verdad, nunca le gustó el agua. Desde

su llegada al acorazado no había hecho otra cosa que vomitar cuando la nave escoraba entre las olas espumosas. Ahora lucía pálido y mareado. Los marineros se tropezaban con él en cubierta, solo para burlarse de su desgracia. Pero a los pocos días de navegación se sintió mejor. Esa mañana tomó el desayuno con los oficiales a cargo de la operación, quienes le comentaron a grandes rasgos su plan de invasión. Sería una operación rápida, como una intervención quirúrgica, sin mayores traumas. Los escuchaba con aburrido interés, mientras tomaba un café negro, pero cuando volvió al puente, tuvo un mal presentimiento. Él lo llamaba bromeando los idus de marzo en honor a aquel adivino que le predijo a César su fatal destino. Su estómago revuelto lo obligó de nuevo a asomarse por la borda para vomitar el desayuno. Ahora miraba pálido, casi sin aliento, a los peces surgiendo de las profundidades para disputarse los restos que flotaban en la superficie. Estaban listos para subir a los botes de asalto y dar inicio a la primera fase de la invasión de la isla, cuando notó pequeños puntos brillantes como diminutos soles surgiendo de la montaña que se elevaban en el firmamento. Cuando se percató de lo que enfrentaban, no dio crédito a sus ojos, pero ya era demasiado tarde para remediarlo. Los diminutos puntos en el cielo se habían convertido en enormes piedras envueltas en llamas y combustible que caían por doquier como una lluvia de meteoritos candentes que golpeaban la nave y ocasionaban innumerables incendios que se regaban como pólvora por la embarcación, sorprendiendo a todos. Vio pasar a los soldados corriendo desordenadamente por la cubierta, envueltos en llamas y lanzándose al mar para salvar sus vidas; otros, menos afortunados, yacían calcinados en el infierno iniciado por las llamas. Ninguno de los oficiales a bordo se había preparado para el horror de ver a sus hombres heridos y quemados antes de iniciarse el combate. El incendio adquirió proporciones

dramáticas cuando el fuego alcanzó el parque de municiones, suscitándose una gran explosión y una reacción en cadena que sacudió por los aires la embarcación, dejando al descubierto la enorme maquinaria bélica que ocultaba en sus entrañas: motores, engranajes, cigüeñales, bielas, correas, pistones, cañones de acero; toda aquella maquinaria, que los hombres habían creado desde el inicio de los tiempos para homenajear a la muerte, haciendo un ruido descomunal. Quienes pensaron en la operación como una acción rápida y quirúrgica por tomar la isla, se habían equivocado. El desembarco se convirtió en un caos endemoniado de soldados disparándose unos a otros y acuchillándose con las bayonetas sin el menor gesto de compasión. Entre el miedo y la locura reinantes en el acorazado, ya nadie sabía quién era el enemigo ni dónde se encontraba ni qué hacían allí, del otro lado del mundo, tan lejos de sus hogares, para invadir una diminuta isla que ni siquiera aparecía en los mapas. En medio de la catástrofe y de las llamas se elevaba un infierno desmesurado y cruel que hacía desconfiar a los sobrevivientes de cualquier cabeza que se asomara desde los escombros, o de quien diera la orden de desembarcar en una isla donde ya nadie quería aventurarse. «El sueño de la razón genera monstruos» y despierta a la bestia que mora en cada uno. Nadie parecía resistirse al fuego de la locura. Ya no peleábamos en medio de las sombras del desierto contra los más grandes del colegio; ya no veíamos a nuestros adversarios a los ojos para saber si eran tan humanos como nosotros, sino que preferíamos mirar las nubes enrojecidas por el fuego encendido como una lámpara en mitad del océano, convertida en una grandiosa antorcha que elevaba sus llamas al cielo nocturno. Guadalupe y Roy recordaron aquella pequeña obra del Bosco, *La nave de los locos*, que habían admirado en una enciclopedia de pintura flamenca de su padre. Un grupo de hombres y mujeres navegando sin rumbo,

usando una cuchara como timón. Adónde podían dirigirse si no a Locagonia. Desde las trincheras donde permanecíamos acostados, veíamos arder el acorazado a lo lejos, igual al cerillo de un vago arrojado a una gasolinera. El rugido de las explosiones se fue apagando hasta convertirse en un terrible silencio, pero nadie quería escuchar aquello. Una extensión del mar ardía como un infierno lejano. Las aves volaron en una lluvia de cenizas. Fue entonces cuando, desde las otras embarcaciones, comenzaron a disparar sus cañones, pero era difícil acertar a causa del caos en que se había convertido el desembarco.

La primera explosión arrojó al periodista al agua, cerca de los botes de asalto. Logró subirse a uno y se ovilló en su interior. Escuchaba los gritos de soldados muriendo bajo las llamas sobre el agua, junto al humo ceniciento que impedía ver lo que ocurría a su alrededor. Como pudo, desató las cuerdas y alejó el bote del incendio. La corriente lo fue arrastrando lentamente hacia la costa. Al final de la tarde las olas lo empujaron a la playa. Vio el acorazado a lo lejos, todavía envuelto por una densa humareda que trepaba el aire como una oscura serpiente de mar. Cuando llegó a la orilla, se vio rodeado de niños, adolescentes flacos, desgarrados, con ropas desarrapadas de mendigos. Todos lo miraban con desconfianza, como si fuera el enemigo. Frente a él, una muchacha, casi una niña, de cabellos negros, alborotados por el viento, blandía amenazante una lanza de hierro frente a sus ojos.

Ataron sus manos con fuerza; vendaron sus ojos y lo obligaron a marchar por un estrecho sendero que sintió blando entre las dunas, como si caminara sobre grumos de harina. Más adelante, el camino se tornó accidentado. Subieron con cuidado por una pendiente, haciendo equilibrio entre las rugosidades de las rocas cubiertas de hierbas y arbustos espinosos, con los que se hería la piel a cada paso. Alguien le alcanzó

una cantimplora y bebió casi hasta ahogarse. Luego de un momento, todo cambió. Ya no sentía el sol sobre sus hombros ni el calor agobiante ni las piedras cada vez más calientes a medida que avanzaba el día; sino más bien la fría humedad de un espacio cerrado. Hasta el aire tenía un olor diferente. Lo sentaron sobre una alfombra que olía a podrido. Cuando le quitaron la venda, solo vio manchas flotando frente a sus ojos. Escuchó voces infantiles por todas partes. Cuando sus ojos lograron acostumbrarse a las sombras, se percató de que estaba en una cueva. Alguien raspaba un cerillo contra la pared para tratar de encender una hoguera. Luego de varios intentos infructuosos lo consiguió: las pequeñas llamas brotaron iluminando las paredes irregulares del lugar. Quiso hablar con alguien, hacerse escuchar, pero nadie le prestaba mayor atención. «Soy periodista —dijo— No un maldito soldado». Pero era como si no existiera, como si fuera el mudo e invisible testigo de un mundo en colapso, a punto de derrumbarse. Al rato se calmó y guardó silencio. Uno de los niños pequeños se acercó con un plato de pescado y comenzó a alimentarlo en silencio. Le dio un poco de agua. Luego desapareció entre las llamas de la hoguera que parecían temblar sobre el muro de la cueva. En ese momento, a través del resplandor de las llamas, vio las pinturas de animales adosadas a las paredes desperezándose torpemente sobre la piedra. Bajo la luz trémula parecían cobrar vida y moverse en todas direcciones. Debajo de las pinturas alcanzó a ver a otro hombre atado, al igual que él, preparado para enfrentar el incierto camino de la muerte. Ambos se miraron sin mediar palabras. Pensó en lo absurdo de su situación. Era en contra de niños y adolescentes que habían venido los soldados a combatir desde el continente. No podía ser cierto. Pidió hablar con un adulto y todos echaron a reír. Algunos niños que pasaron a su lado lo escupieron con desprecio, pero nadie lo lastimó. Otro

se acercó con una cámara fotográfica y le hizo varios disparos, sin darle explicación. «Para la posteridad», dijo. De pronto, un grupo salió de las sombras y se acercó a la hoguera. Fue cuando vio a la mujer negra con ojos desorbitados, sentada entre amuletos y dijes, con un báculo cuyo pomo era el cráneo de un conejo, leyendo el futuro de los habitantes de la isla. «¡Tú morirás mañana!», le dijo mirándolo a los ojos. «Los ángeles vendrán por ti al amanecer», insistió. «Vacilar es perderse», murmuraba en voz baja, como si buscara entre las cenizas de la hoguera, que revoloteaban alrededor como una plaga de insectos, un camino secreto que parecía imposible. «Vacilar es perderse» repetía una y otra vez, como un sereno mantra contra el infortunio.

En ese momento, oímos los gritos desaforados de los niños viniendo desde afuera.

—¡Están desembarcando en la playa! ¡Están desembarcando! —alertaban con todas sus fuerzas. Las voces retumbaban contra las paredes de piedra cubiertas de moho. Todos corrieron hacia una de las entradas de la cueva y vieron, desde la parte alta del acantilado, los botes repletos de soldados desembarcando bajo una lluvia de piedras y perdigones. Algunos niños bajaban rápidamente hacia las dunas con el fin de reforzar las líneas de defensa y la posición privilegiada que teníamos en la playa, pero cada vez aparecían más soldados y, por mucho que intentábamos mantenerlos a raya, no nos dábamos abasto para detenerlos. Eran una plaga infinita de acorazadas langostas, cernida sobre nuestras defensas y sobre la isla, como una terrible maldición o una señal de los dioses que no nos favorecía y, por más que lográbamos derribar a muchos de ellos, otros llegaban de inmediato para ocupar su lugar. Al principio, los soldados no dispararon pensando que con su sola presencia emprenderíamos la huida; pero luego de ver a muchos de ellos heridos sobre la playa, comenzaron a dispararnos y a cazarnos

como conejos al descampado. Tuvimos que abandonar las trincheras y retroceder hacia las montañas más cercanas para escapar de los disparos. Sobre el campo de dunas quedó un reguero de cuerpos heridos y maltrechos. Las montañas de piedra que ayudaron a darle forma al acantilado a lo largo de siglos se convirtieron en una fortaleza inexpugnable. Nos retiramos en desbandada hacia las cuevas de los acantilados. Los más grandes permanecieron en la retaguardia para defender las últimas posiciones y darles tiempo a los más jóvenes de ponerse a salvo. Habíamos tenido la previsión de apostar francotiradores en las oquedades de las rocas, así como la de colocar trampas y bombas incendiarias que hacíamos estallar cada vez que los soldados trataban de subir por el camino de arbustos espinosos. Los que lo intentaron sufrieron graves quemaduras. Los veíamos descender la cuesta gritando como teas humanas envueltas por las llamas. Después, ninguno se atrevió a aproximarse a la base de la montaña. Desde nuestras posiciones, alcanzábamos a ver a los soldados rescatando a sus heridos en improvisadas camillas, haciendo disparos ocasionales, sin mayor puntería, a lo alto del acantilado donde estaban las cuevas, mientras regresaban por el sendero de la playa. Por la tarde tuvimos una especie de tregua no acordada. Se limitaban a espiarnos con binoculares desde las dunas y a mantenerse a una prudente distancia donde no los alcanzaban nuestras armas rudimentarias. Los mayores se turnaban la guardia, pues, temían ser sorprendidos en medio de la madrugada. Por la noche vimos infinidad de fogatas ardiendo sobre las dunas hasta el amanecer, junto a los campamentos armados en la parte alta de la playa. Resistíamos a duras penas dentro de las cuevas, puesto que habían bloqueado nuestro suministro de alimento, así como cualquier eventual apoyo que pudiéramos recibir. Sin embargo, y a pesar del bloqueo, nos escabullíamos de madrugada en grupos pequeños, para

descender sigilosamente con cuerdas por el borde ennegrecido del acantilado para extraer todo lo que el mar pudiera brindarnos cada noche: algas comestibles, pequeños peces, cangrejos dormidos sobre las piedras y algunos moluscos, que asábamos y devorábamos en un santiamén. Y aunque repartíamos pequeñas raciones, nunca alcanzaba para todos. Siempre era poco, pero era mejor que morir de hambre. Muchos niños enfermaron. Pero la falta de alimentos avivaba el espíritu de lucha. La isla nos había brindado las mayores lecciones para resistir las adversidades. Guadalupe recordó esa noche la historia del rey Leónidas y sus trescientos espartanos resistiendo la acometida de un ejército cien veces mayor en las Termópilas. Era una historia heroica y Guadalupe sabía contarla muy bien frente al fuego. El periodista la escuchaba extasiado. Era como si todos estuvieran allí, entre las sombras trémulas de la cueva: portando enormes escudos oblongos, afiladas lanzas de bronce, espadas desgarrando la carne; los yelmos endurecidos por el fuego; cada uno junto al otro, resistiendo el embate de cientos, de miles de hombres en la oscuridad; golpeando una y otra vez sobre el océano de cuerpos que llegaba en oleadas interminables, hermanados en la muerte y en una lucha que parecía no tener fin. Era como si la isla decidiera de antemano quién viviría y quién fallecería. Quién despertaría para ver el siguiente amanecer y quién sucumbiría a las sombras y al olvido más negros de la noche. Cuando Guadalupe terminó de narrar, estábamos conmovidos; hasta el hombre atado en una esquina de la cueva estaba bañado en lágrimas. Tal vez nuestros enemigos también tenían corazón. Guadalupe se acercó y, en un gesto misericordioso, para asombro de los que allí estábamos, lo liberó.

—Puedes irte cuando quieras —dijo—. No todos deben morir encerrados en cavernas como ratas. Tal vez puedas contar nuestra historia.

Al amanecer, lo liberamos junto a un grupo de niños enfermos. Marchaban igual a un pelotón de pálidos fantasmas, portando una bandera blanca. Bajaron lentamente por el sendero de piedras, y ya estaban a punto de llegar al borde de las dunas que los llevaría a la playa, cuando escuchamos el estruendo cerrado de disparos. Vimos al hombre llevarse las manos al pecho, girar sobre sí mismo, mientras la bandera caía de sus manos, envolviéndolo como una blanca mortaja derramada en el suelo y que el viento agitaba. Quedó tendido sobre la arena y no se movió. Los niños asustados corrieron a esconderse entre las rocas. Hubo un intercambio de disparos y después un silencio grave, pesado, como de animal muerto. En ese momento entendimos que ninguno de nosotros saldría vivo de la isla. Así que debíamos infligir tanto daño a los enemigos que no tuvieran otra opción, sino marcharse de la isla. No existía otra posibilidad. Por la tarde disparaban sus cañones contra los acantilados, pero las rocas monolíticas resistían bastante bien la embestida de disparos. La guerra llegó a un punto muerto. No podían acercarse sin el temor a recibir un balazo o una pedrada en la cabeza. Se cuidaban de mantener una distancia prudente de nuestras armas arcaicas, pero muy eficientes en nuestras manos. Sus tácticas parecían apostar a rendirnos por cansancio y hambre; pero ellos en realidad no sabían a quiénes enfrentaban. No tenían la más remota idea de nuestras convicciones y amor por la isla. Acostumbrados a invadir y diezmear países, no podían siquiera imaginar la férrea resistencia de un grupo de niños atrincherados en el corazón de la montaña como una actual y recóndita Masada. Sin lugar dudas, era el único lugar donde podíamos mantenernos a salvo. «El clima va a cambiar», dijo Guadalupe oliendo el aire. Ese día, al final de la tarde, sentimos cómo descendía la presión atmosférica y vimos dibujarse en el horizonte enormes nubes oscuras y pedregosas

que se aproximaban a la isla. Nos mantuvimos más alertas que nunca. La tormenta podía ser una bendición o una maldición. Los más jóvenes, asustados, vieron el cielo oscurecerse en cuestión de minutos y un viento húmedo de tormenta comenzó a soplar desde el sur, encrespando las olas de una espuma sucia y grasienta. Los soldados atrincherados en las dunas se guarecieron en las tiendas de campaña que no habían sido hechas para resistir un temporal de estas dimensiones. Los barcos hicieron sonar sus silbatos como aullidos lejanos en medio de la noche. Guadalupe gritó en medio del ciclón: «Es el kamikaze». Entonces se desató el desastre.

«¿Qué ves aún en las tinieblas del pasado y en el abismo del tiempo?». Nos asomamos a la entrada de la cueva cuando el mar comenzaba a rugir entre las sombras de la playa, y la tormenta eléctrica trajo consigo un delta luminoso que extendió sus brazos como llamaradas en el cielo. Guadalupe quedó hipnotizada mirando el paisaje de manchas cenicientas y brillantes hasta donde alcanzaba la vista, mientras la lluvia le azotaba el rostro. «El infierno está vacío y todos los demonios se hallan aquí», dijo. Cerró los ojos y levantó los brazos a la tempestad como si aguardara que uno de los dioses iracundo la llevara entre sus brazos hacia la noche, mas no sabíamos si estaba alegre o triste, cautelosa o ansiosa, agitada o serena. No sabíamos si lloraba o era la lluvia helada humedeciendo su rostro fatigado, hasta que Roy la haló de nuevo hacia la cueva, secándola con una toalla. Esa noche dormimos más unidos que nunca, como si la fatalidad hubiera estrechado nuestros lazos de hermandad. Escuchamos el rugido de la tormenta toda la noche. El viento metiéndose por los entresijos de la cueva hacía danzar las llamas de la hoguera que permaneció encendida toda la noche. Los pequeños dormían abrazados entre ellos. Algunos sollozaban en la sombra hasta que volvían a dormirse. Guadalupe vio las siluetas animalescas

moverse por la rugosidad de los muros como una vibración de trémulas sombras. Las formas saltaban, reptaban, nadaban, se arrastraban, de una pared a otra, de una piedra a la siguiente, como si buscaran llegar a la entrada de la cueva para liberarse del yugo impuesto por la piedra.

Al amanecer, la tormenta continuó su camino hacia el interior de la isla, convirtiéndose, más tarde, en lluvia tropical que inundó la parte baja, ahora convertida en una ensenada fangosa. Cuando nos asomamos, el sol estaba alto en el cielo y una bruma pegajosa se posaba como un manto tibio sobre el lugar. El calor comenzaba a evaporar la humedad. Buscamos con el catalejo la silueta de las embarcaciones a lo largo y ancho del océano, pero habían desaparecido sin dejar rastro, ni siquiera una mancha de aceite que pudiera delatar su destino. Sobre la playa cubierta de algas, cangrejos y desechos del fondo marino, pudimos ver los restos de las tiendas de campaña bajo el sol, algunos utensilios de cocina abollados contra las rocas, fusiles de asalto con sus bayonetas caladas y un quepis de general abandonado meciéndose en las aguas mansas del estuario. Nos dimos a la tarea de recuperar el armamento que pudimos encontrar desperdigado entre las dunas, las cajas de municiones enterradas, las ametralladoras, las raciones de galletas enmohecidas, decenas de uniformes con la insignia de una maltrecha águila imperial y un estuche con navajas de afeitar relucientes mangos de carey, en sus bacías de plata de ley que conservaban intactas el aroma del perfume, junto a la brocha y la espuma, todavía olorosas a Jean Marie Farina. Recogimos los pertrechos que el mar había arrojado a la playa, cuando de pronto, escuchamos los gritos de los niños que regresaban corriendo asustados, como si huyeran de una maldición. Sin perder tiempo, tomamos las armas y corrimos al encuentro de cualquiera que estuviera allí, para someterlo o aniquilarlo, de ser necesario. Pero cuando cruzamos las dunas

del otro lado de la playa y trepamos con rapidez los montículos de arena, dispuestos al combate con lo que fuera, vimos con un asombro casi reverencial, la gigantesca estatua de una mujer envuelta en una toga verdosa plástica, cubierta de algas y desechos marinos, como si hubiera emergido de las profundidades del turbio océano unos minutos antes. De seguro había caído de una de las embarcaciones y el ciclón la había arrastrado a la costa. Lucía en su cabeza una corona, adornada con halos puntiagudos como navajas de afeitar. Su rostro ceñudo miraba a ninguna parte; su brazo derecho, cubierto por una pátina esmeralda de infortunios, se elevaba hacia el cielo portando una antorcha, cuya luz se había apagado hacía tanto tiempo, que ya nadie recordaba el verdadero significado de aquella imponente imagen. Alrededor de sus pies habían vuelto a asegurar los eslabones de la cadena de un trasatlántico hundido, para que no pudiera escapar. Nadie sabía cómo había llegado hasta aquí, arrastrada por las tormentas y ciclones de todos los mares del planeta, o quizás era un presente abandonado por los invasores en su retirada, obligados a huir de la inesperada catástrofe. En ese momento, sus enormes pies descalzos comenzaron a hundirse en el barro blando y grisáceo, prediciendo con su actitud prepotente la caída de los imperios y reyes del mundo, cuyas glorias pasadas no los salvarían de hundirse, una vez más, en el más rotundo de los fracasos. Su sombra de bestia sanguinaria, inacabada, inconclusa, parecía hecha a la medida de las más crueles pesadillas. Con todo, su imponente figura parecía implorar, desde el manto de su soledad, por la clemencia de las llamas. Su apariencia, es verdad, no era ya tan temible. Los más grandes cargaron sobre sus hombros bultos de leña y maderos que el mar había arrojado a la playa luego de la tormenta. Al final de la tarde, cuando apenas oscurecía, le prendimos fuego. Las llamas ascendieron por sus pies hacia el resto del cuerpo,

y desde allí, al brazo extendido con la antorcha y la cabeza coronada de sueños imperiales. Sus ojos saltaron desde las órbitas como asteroides ciegos. La estatua ardía como yesca cuando aparecían las primeras estrellas en el firmamento. Toda la noche danzamos como posesos, tomados de la mano, a su alrededor, mientras oíamos los gritos y alaridos de los demonios rubios que pugnaban desesperadamente por salir de su interior.

LII

Era como si la isla se empeñara en hacernos daño; doblegarnos a su antojo, moldear nuestro carácter, colocar obstáculos a nuestro alrededor para poder dirigirnos al lugar deseado, donde estaríamos completamente a su merced. No había otra explicación. Éramos el experimento de fuerzas ocultas y desconocidas, más allá de toda comprensión; conejillos de Indias en manos del destino que movía los hilos secretos de nuestra existencia hacia lugares inexplorados; testarudas *matriosbkas* decapitando a sus hijas. Era extraño, pero cualquier paso que diéramos, podía conducirnos a situaciones desesperadas, tal vez, al desastre. Estábamos atrapados en una isla que jugaba con nuestras vidas a su antojo. Hasta que un buen día, sin querer, sin darnos cuenta, abríamos una puerta, cruzábamos un umbral y regresábamos de nuevo al Santuario, a la Fortaleza del acantilado para repetir lo vivido. Nos movíamos igual a pinturas de animales que se arrastraban por las paredes, semejando un ejército de bestias antediluvianas, que intentaban huir, sin posibilidad alguna. Volvíamos, una y otra vez,

para rescatar algo importante; algo que habíamos olvidado del pasado: la fotografía de los niños, la colección de monedas sobre el tablero, un alfanje enterrado en la arena bajo la luna. ¿Acaso la vida no era más una caja de incertidumbres en un cofre de repeticiones? La isla tenía el poder de alterarlo. Solo ella se mantenía incólume: las mismas palmeras bajo el sol movidas por la brisa, las rancherías abandonadas, sumergidas en aguas cenagosas, el poblado inundado de cangrejos que se movían bajo la luz pálida de las estrellas, la muchacha danzando frente al fuego, como si estuviera condenada a repetir su danza de muerte y desolación hasta el cansancio. Nada de lo que sucedía nos pertenecía, porque no eran nuestros recuerdos, ni nuestros sueños. Todo, sin excepción, le pertenecía a la isla; incluso el último aliento de nuestras vidas, la última mirada, el último adiós serían para ella. «La clave de un acertijo siempre será otro acertijo». Todas las batallas ganadas o perdidas no eran más que niebla cayendo sobre la isla moribunda frente al mar. Habíamos defendido sus costas y montañas, sus playas de fina arena, sus selvas misteriosas. Habíamos luchado hasta la extenuación, pero nada parecía ser suficiente. La isla nos devoraba. Luego arrojaba los restos en la playa, para que las aves limpiaran los huesos. Nada sobrevivía a sus designios. Quizás los dioses y demonios que moraban sobre las piedras desde hacía siglos, un buen día se desprenderían: mitad hombre, mitad bestia, y se sentarían en cuclillas para arrojar sus caracoles y leer, en la azarosa disposición de las conchas, nuestro sino, el destino que habían decidido de antemano en sueños.

Etienne me despertó esa madrugada tapando mi boca con su mano. En medio de la oscuridad, sus palabras eran un bálsamo.

—Algo sucede afuera —murmuró preocupada, abrazada a las sombras. Guardamos silencio, mientras escuchábamos los

pasos de un grupo de personas que se dirigían al colegio a esa hora tratando de no hacer ruido.

—Tal vez no sea nada —dijo—. Pero los he visto hacer lo mismo en el pasado. ¡Es extraño...! ¿No te parece?

Nos levantamos y los espiamos a través de la persiana, hasta que entraron al colegio. Después cerraron el portón. Durante unos minutos nos quedamos pensando en el porqué de una reunión a tan altas horas de la noche. Nos vestimos y decidimos investigar. Cuando salimos, un viento frío que soplabá entre los árboles, nos golpeó el rostro. Sobre la garita del vigilante, iluminada por una lámpara, había cientos de insectos de alas chamuscadas, moviéndose sobre el piso de piedra. Una lechuza aleteó huyendo de los reflectores. Entramos por la puerta de la cocina intentando hacer el menor ruido posible. Luego de cruzar el largo y estrecho corredor, subimos al primer piso tomados de la mano. Entonces vimos alrededor del patio una docena de antorchas agitadas por el viento, brillando en la oscuridad. Bajo el trémulo resplandor de las llamas, alcanzamos a reconocer a los viejos profesores, reunidos entre las sombras, con oscuras togas. Algunos fumaban kif. Hicieron un círculo en el patio, como si esperaran por alguien. Aguardamos unos minutos ocultos detrás de las balaustradas, a que algo sucediera. Los viejos se demoraban preparando sus cigarros, conversando entre ellos. Estábamos a punto de regresar a la cabaña, cuando, desde el corredor, envuelto entre las sombras, escuchamos el llanto de una niña que se resistía. Al poco tiempo, apareció por el pasillo una de las profesoras arrastrándola hasta el patio, donde los viejos aguardaban ansiosos. Estuvimos observándolos cuando rodearon a la niña acostada en el piso de cemento; atemorizada. Antes de que sucediera alguna tragedia, o algo peor, grité para amedrentarlos. Tomé la lanza de hierro que decoraba una pared y, rápidamente, bajé a enfrentarlos. Se quedaron

sorprendidos. Ninguno se movió de su sitio. Pero luego de unos minutos uno de ellos intentó acercarse.

—No es lo que usted cree —dijo mientras avanzaba con su antorcha hacia donde estaba. Levanté la hoja de la lanza que brilló resplandeciente y siniestra bajo el fuego, y se detuvo temeroso. Lo empujé con el mango para obligarlo a retroceder. El viejo profesor que había conversado conmigo semanas atrás en el refectorio se acercó.

—Usted no entiende. Solo necesitamos un poco de sangre de una virgen para los dioses de la isla —dijo—. No vamos a lastimarla.

Permanecí delante de ella como un escudo protector amenazándolos con la lanza, mientras Etienne rescataba a la niña, retirándola del círculo de ancianos. En ese instante, bajo las luces del patio, alcancé a ver su rostro delgado y moreno, el tatuaje en el hombro izquierdo, y supe que era ella, Guadalupe había regresado. De nuevo estaba aquí. De seguro sus hermanos también. Ninguno de los viejos trató de detenernos. Cruzamos el patio apresuradamente y abandonamos el colegio. Caminamos hacia la cabaña envuelta por las sombras. Nadie parecía seguirnos. Cerré la puerta con llave. Etienne preparó café para ayudarnos a combatir el sueño. Guadalupe se quedó en la cama, abrazada al gato. Minutos más tarde escuchamos cientos pasos por la calzada de grava. Cuando nos asomamos, vimos las refulgentes antorchas rodeando la casa. La sombra de los ancianos afuera se movía como una procesión fantasmal de aves nocturnas. Todos venían armados.

—¡No entienden! ¡La necesitamos! —gritaban—. Sin ella estamos perdidos.

Uno de los viejos se acercó y arrojó la antorcha contra la cabaña, prendiéndole fuego para obligarnos a salir. Sentimos el humo entrando por todas partes. El lugar se convirtió rápidamente en un infierno. Nos ahogábamos como peces a los

que les falta agua. Guadalupe rompió los cristales de la ventana que daba a la terraza y por allí nos escabullimos con agilidad felina. Antes de huir, recogí el manuscrito y lo guardé en mi bolso. Bajamos con rapidez los escalones de piedra que conducían a la playa. Luego corrimos para perdernos entre las sombras. Cuando nos alejábamos, vimos el fuego abrasando la cabaña entera. Las llamas elevaban lenguas rojizas que lo consumían todo. Seguimos a Guadalupe. Cruzamos la carretera hacia el desierto y, desde allí, nos dirigimos a los acantilados. Apenas llegamos a la Fortaleza, observamos docenas de antorchas parpadeando sobre las dunas como un siniestro pesebre.

—¿Dónde están los otros? —me atreví a preguntar.

—No vinieron —respondió. Esta vez tendremos que luchar solos.

—Pero aquí estamos a salvo —murmuró—. Las cuevas tienen pasadizos secretos —dijo, pero no entendí muy bien a qué se refería.

Cuando cruzamos el estrecho corredor de piedras, bajo la luz de la linterna que Guadalupe había traído de la cabaña, vimos con sorpresa y horror los remolinos de polvo y arena girando en una danza infinita. Toda nuestra vida en la isla estaba reflejada sobre las paredes. Nuestra historia esculpida sobre piedras desde el nacimiento, aguardaba junto al polvo de las rocas. Pero ya no eran pinturas de animales adosadas a los muros, sino cientos de siluetas humanas moviéndose de un lugar a otro, de una sombra a otra, de una penumbra a otra, de un destello a otro, de una llamarada a otra, de una piedra a otra; encendiendo la chispa de la vida y apagándola como el pedernal de un antiguo Dios. Todos los rostros eran un solo rostro. Todas las vidas una sola vida, buscando desesperadamente huir de la isla. Allí estaba la pintura para contar nuestras vidas y miserias desde el inicio de los tiempos; desde

que vinimos al mundo y entramos por primera vez al Santuario y leímos el primer libro de letras doradas sobre papel de arroz y vimos el primer mapa que nos mostró las verdaderas dimensiones del mundo y el primer ángel que señaló la infinita inmensidad del cielo y la primera hacha que cortó el primer cuello y la primera rueda constelada que rodó colina abajo echando chispas en la primera noche y el primer amor que nos rompió el corazón y el primer beso que nos redimió de tanto infortunio y la primera caricia que nos estremeció y el primer abrazo que nos dejó sin aliento y el primer paso que nos hizo emprender un camino que no se ha detenido nunca y los primeros dioses que lanzaron los primeros dados sobre la isla y las primeras mañanas y el primer mar y los primeros barcos y los primeros caballos galopando en la primera noche de una guerra que no se detendría nunca. Eso vimos allí, sobre los muros de piedra y fuego cuando entraban los viejos al asalto en busca de la sangre de una virgen que era más valiosa que todo el oro del mundo. Etienne intentó detenerlos mientras yo huía con Guadalupe trepando sobre las piedras resbaladizas del acantilado, hasta que llegamos a la cima y ya no hubo lugar a dónde ir, sino el oscuro y espumoso oleaje rompiendo contra las rocas, abajo. Los viejos subieron por la estrecha rampa de piedras que iba hasta la cima. Cruzaron frente al trono tallado por los antiguos habitantes, apoyados en sus bastones. Algunos iban armados. Cuando vimos el brillo de las antorchas dibujado sobre las paredes, presentimos que lo peor estaba por venir. Los viejos se detuvieron unos segundos en la estrecha bóveda, cuando nos vieron retroceder hacia el borde del acantilado.

—No se atreverán —masculló uno de los ancianos, levantando su revolver hacia nosotros.

Nos pegamos a los salientes de las rocas donde no podían alcanzarnos. Pero ya no había hacia dónde escapar. Nos

miramos a los ojos con el mayor amor y terror contenidos en el mundo. Detrás, la bruma de la madrugada era un manto blanco sobre las montañas. Nada se movía en el aire a esa hora, como si apenas aguardáramos un milagro, que no iba a suceder nunca. La oscuridad se elevaba sobre las ruinas de un mundo gris y solitario, semejante a una desolada y triste sinfonía. El viento frío desordenaba sus cabellos. En ese instante, apretó con fuerza mi mano y me sonrió con la pureza que solo podía atribuírsele a un ángel.

—¿Confías en mí? —preguntó mirándome a los ojos—. No tengas miedo. Ellos jamás podrán alcanzarnos. No tengas miedo —repitió una vez más—. Esta vez Altazor viene con nosotros —me susurró al oído cuando saltábamos al vacío como piedras desnudas en medio de la niebla.

Textos Apócrifos

Nota

Los siguientes textos fueron enviados, quizás por error, desde el poblado costero de Quissanga, en Mozambique, por un tal Hassim Bittar al Departamento de Libros y Manuscritos Antiguos de la Biblioteca Nacional de Portugal. Los mismos parecieran complementar una serie de extrañas y singulares historias que alguna vez investigué sobre las Islas Comoras. Ninguno de los textos a continuación fue fechado, o numerado. Por lo que he respetado el orden aleatorio que posee cada fragmento como parte de un corpus mayor. Venían atados con una cinta en el interior de un viejo diario de anotaciones. Los he incorporado como un apéndice a la historia de los niños, a todas luces, incompleta. Pero ¿cuál historia está completa? Dentro del sobre había una vieja fotografía amarillenta. Cuando la observé detalladamente con la lupa, aún podía verse la oscura mancha de sangre sobre la superficie lisa y blanca de la piedra.

S.N.*

Por la mañana, luego de desayunar, bajé con Etienne a la playa. El sol apenas había asomado su rostro tibio en el horizonte y ya sentíamos el calor abrasador de la isla. Tenía la sensación de que hoy iba a ser un día muy especial. Nos bañamos largamente y nadamos hasta las boyas de seguridad, cercana a los arrecifes. El mar estaba tranquilo. Sobre nuestras cabezas aleteaban decenas de gaviotas y alcatraces. Luego regresamos nadando lentamente, dejándonos arrastrar por las olas blancas y espumosas hacia la playa. Nos tendimos sobre la arena a descansar. Etienne usaba un diminuto bikini que resaltaba su figura. La blancura de su cuerpo había desaparecido y ahora lucía un bronceado resaltado por el aceite de coco y especias que las mujeres del poblado vendían a los turistas. Posó sus labios en los míos y me dijo:

—Cierra los ojos. Te voy a dar un regalo para la buena suerte. Te dolerá un poco —finalizó—. Pero no me importa.

* S.N.: sin numeración.

Entonces extrajo el hueso blanco de la ballena olvidado sobre la cómoda y me hizo dos incisiones en el hombro izquierdo. Cuando miré, mi sangre todavía goteaba sobre la arena.

—Es un talismán para la buena suerte. Ahora en verdad me perteneces —dijo sonriendo—. Hoy es el gran día —finalizó Etienne.

Estuvimos un rato acostados sobre la arena tibia, mirando las nubes cruzar el cielo en dirección al continente. Jugábamos a encontrar formas, siluetas, diseños inusuales, entre los cúmulos cambiantes que se movían perezosamente arriba.

—Deberíamos ser como las nubes y poder cambiar de forma a nuestro antojo —dije. Luego pregunté ¿por qué el nombre de Etienne? Ella se quedó pensativa.

—Mi padre quería un hijo varón. Y ya ves... nací yo. A veces pienso que en una vida pasada fui un hombre, quizás un guerrero. —Había cerrado los ojos y masticaba una hierba seca—. Sería siempre diferente e impredecible, y nunca sabrían qué esperar de mí.

—Pero ya somos así —respondí sin abrir los ojos—. Nunca sabemos lo que puede esperarse de lo humano. En ocasiones, el mayor sacrificio; y en otras, el más cruel egoísmo. Pareciera que vamos de un punto a otro, movidos por resortes y poleas que van más allá de nosotros mismos y que no podemos controlar.

Al mediodía subimos a la cabaña y almorzamos un enorme pargo rojizo con una ensalada fresca. Saqué de mi vieja maleta de cuero un traje arrugado que intenté alisar con mis manos. Etienne buscó un secador de pelo y me ayudó a alisarlo.

—Debes estar presentable para la reunión. No me gustaría que te despidieran antes de haber comenzado.

Pasamos la tarde tirados en la cama haciendo el amor y durmiendo a ratos. Luego tomé un baño y me afeité. Mi piel se había bronceado durante las últimas semanas en la isla. Me miré al espejo y sentí que, de alguna manera, era feliz con

lo poco que tenía. Cuando salí del baño, Etienne se había marchado dejándome una breve esquila sobre la almohada: «Suerte con la bruja», decía. «La necesitarás». Me vestí despacio. Usé el perfume de Etienne y me dirigí al colegio. Cuando llegué, la secretaria se había marchado. Me senté un rato en un sillón del vestíbulo, aguardando a que me llamaran, pero nadie apareció. La tarde se disolvía en un ligero resplandor de lagartos. Pasado un tiempo me atreví a tocar a la puerta, sin ningún resultado. Entonces la abrí y entré. La luz de la oficina estaba apagada, pero sobre la mesa del escritorio había una nota: «Regreso pronto. Siéntase como en casa». Era un espacio modesto con muebles de cuero gastados y una mesa central donde se deshojaban margaritas blancas en un florero de vidrio lleno hasta el borde de agua turbia. Sobre la mesa vi la fotografía de los niños que había encontrado semanas atrás. A un lado, el mueble de la biblioteca, lleno de libros y mapas, ocupaba una pared cubierta de papel tapiz enmohecido y roto en los bordes. La luz de la tarde entraba por una ventana desde donde podía verse todo el colegio y sus alrededores. Comenzaba a anochecer. Cuando la oficina se fue a quedando a oscuras, escuché el pestillo de la puerta y el ruido de pasos ligeros sobre la alfombra. La sombra de una mujer diminuta pasó a mi lado palmeándome el hombro con una de sus manos, donde había un gran anillo.

—Disculpe la demora —dijo—, pero tenía otros asuntos que resolver.

—¿Desea que encienda la luz? —pregunté.

—No. Está bien así. Me gusta la oscuridad —finalizó. Luego nos quedamos en silencio.

—La plaza es suya —dijo—. Si todavía le interesa. Me gusta lo que ha escrito. Veo que los niños lo han guiado muy bien hasta aquí. Guadalupe solo habla maravillas de usted. Ahora debe continuar hasta el final sin mirar atrás, como si no

existiera nada más importante para todos nosotros. De alguna manera estamos en sus manos. Solo debíamos saber que era el indicado —agregó—. Pero los niños ya han decidido en consenso. Así que, sea usted bienvenido a la isla.

Escuché los pasos furtivos alejándose en la penumbra, como si intentara asirse al polvo que flotaba entre las sombras de la oficina. Oí el sonido de la puerta a mi espalda y su voz suave y apagada me susurró una frase, antes de cerrarla:

—Ahora nos perteneces —concluyó mientras giraba el cerrojo.

Me quedé allí sin entender. Sus palabras me confundieron aún más. Tal vez, en el fondo, no había nada qué entender, y era mejor dejarse arrastrar por las circunstancias como una ligera hoja. Había aprendido algo importante. Lo mejor era no oponer resistencia a los cambios inesperados que traía la vida. Me senté en el sillón de cuero y estiré las piernas sobre el escritorio de caoba negra. Afuera, el brillo rabioso de una luna nueva cruzó la ventana y se posó en el espejo. Mi rostro también había cambiado desde mi llegada a la isla. Tal vez «yo era otro», como había dicho el joven Rimbaud. Encendí un cigarrillo en el silencio de las horas y vi los tentáculos azules del enorme pulpo humeante trepando en la penumbra de la habitación. Luego desaparecían subiendo hasta las ramas altas de los árboles, como las estrellas perdidas de una galaxia desconocida, sin registro aparente.

S.N.

Cuando finalmente volvió en sí, se encontró atado con una soga a uno de los salientes del arrecife. Lo último que recordaba era el mundo frío de burbujas y peces rodeando su cuerpo, casi como una caricia, luego de la caída. La corriente lo había arrastrado mar adentro. Por suerte, su cabeza había quedado por encima de la línea del agua, salvándolo de morir ahogado. La cuerda atada contra las rocas tenía un nudo marinero que demoró en desatar. El dolor se hacía insoporrible. Cuando tocó su pierna, sintió la fractura abierta debajo de su rodilla. No era para menos luego de semejante caída. Instintivamente, buscó a Guadalupe entre las rocas del arrecife, pero no estaba. Solo ella habría podido traerlo hasta aquí después del salto temerario. Trató de subir sobre una piedra, cortante y resbaladiza, pero no era tarea fácil con una pierna rota. Finalmente, después de un gran esfuerzo, consiguió trepar a la roca. Se sentó intentando mantener el equilibrio. Cuando rompió el pantalón deshilachado, vio el fragmento astillado del hueso sobresaliendo de su pierna. El agua lavaba

la sangre. Su pierna ahora lucía como un pescado muerto. ¿Cuánto tiempo había permanecido en el agua? Sintió que la pierna comenzaba a hincharse y tornarse lívida. Miró hacia la costa haciendo una visera con sus manos, pero no alcanzó a distinguirla en la bruma de la mañana. En esa dirección deberían estar la isla, la montaña, el colegio y los viejos que los habían obligado a saltar desde el acantilado. Pensó en Etienne, en lo que habría sucedido con ella. ¿Habría logrado sobrevivir al ataque de los ancianos y sus restos reposarían en el interior de la cueva? Estuvo todo el día bajo el sol, junto a las boyas y banderas rojas que flotaban como advertencia a las embarcaciones. El hambre lo obligó a arrancar con sus manos algunas conchas marinas, pegadas a las rocas, hasta que sus dedos sangraron. Su pierna empeoraba. La lividez alcanzaba su rodilla. Al tocar su extremidad no sintió nada. Era como si la pierna le perteneciera a otro. Pasó todo el día tendido sobre las piedras pensando en lo que habría sucedido con Guadalupe.

A la caída de la tarde vio la sombra del pesquero que cruzaba entre los arrecifes. Se levantó como pudo y agitó su camisa blanca en el aire tranquilo de la tarde como una bandera en medio de la nada. Los hombres del barco se aproximaron haciendo sonar la sirena. Bajaron un pequeño bote inflable y fueron a rescatarlo en medio de las olas que parecían oro bruñido al atardecer. Cuando lo subieron a bordo, deliraba consumido por la fiebre. Solo pidió que lo dejaran en la isla. «Tienen que llevarme a la isla», repetía una y otra vez, pero los marineros no entendían a qué isla se refería. La más cercana estaba a cientos de millas náuticas. De hecho, algunos marineros se preguntaron cómo había logrado llegar hasta aquí, y lo afortunado que había sido de que lo encontraran en los arrecifes. Lo acostaron sobre las redes de cubierta cuando apenas anochecía y el sol se hundía en el horizonte. Por la

noche lo cubrieron con una lona descolorida y le dieron a beber un té amargo y tibio que le provocó vómitos. Estuvo delirando toda la noche bajo las estrellas, entre el olor del pescado almacenado en la bodega y la ligera brisa que impulsaba al barco entre las enormes olas que se formaban a lo largo del Canal. A ratos descubría la lona para mirar cientos de estrellas en el firmamento. «La noche es el reflejo de lo que somos. La oscuridad que llevamos dentro como el corazón de un cuervo». Recordó la frase árabe:

«La noche tiene las alas relucientes de un cuervo».

Al amanecer se sintió un poco mejor, como si regresara de un largo y penoso viaje a los lugares más inhóspitos. El graznido de las gaviotas, volando alrededor de la embarcación, lo despertó en esa hora imprecisa cuando luces y sombra se disputaban la transición del día. La luz era una tregua entre ambos. Las colinas achatadas y brumosas de la costa africana se revelaban como manchas oscuras, sin forma, en la lejanía del paisaje. Alguien le acercó un pocillo desportillado de café que le supo a gloria. La verdadera luz del día comenzaba a gravitar sobre todas las cosas: las olas de acero, líquidas, azules y oscuras, se tornaban del color de las esmeraldas cuando las alcanzaba un rayo de luz que ascendía en una espiral en el cielo.

—¿A dónde vamos? —preguntó consternado por el dolor intenso que no lo abandonaba. La herida en la pierna le impedía pensar.

—Quissanga —respondió uno de los pescadores con una sonrisa, mientras señalaba hacia la costa brumosa que venía a su encuentro como una bendición.

Cuando entraron al puerto, entre cientos de embarcaciones pobres y maltrechas ancladas al muelle, estaba la camioneta de la ambulancia con la cruz roja en el techo aguardándolo, rodeada por un grupo de curiosos que lo saludaban en portugués.

—*Tudo bem com o senhor?* —decían.

—*Deus te abençoe meu filho. O senhor é um santo* —repetían tocándolo como si no fuera real, sino una aparición fantasmal del mar, un dios de las aguas serenas del océano.

Los camilleros se apresuraron a sacarlo de la embarcación, mientras él agradecía a los marineros: «*Obrigado*», repetía «*muito obrigado*», cuando lo izaban sobre el mar de cabezas en una procesión interminable que avanzaba bajo la hiriente luz de la mañana. Pero ya no sentía la pierna; era como si el dolor se hubiera esfumado. Ahora no sentía nada. Una mujer se acercó y le mojó los labios con ron: «*coitadinho*», dijo con lágrimas en los ojos. Cuando lo estaban metiendo a la ambulancia, alcanzó a reconocer a una de las niñas de la isla, entre los adultos que se amontonaban en el muelle, impidiendo el trabajo de los camilleros.

—¿Dónde está Guadalupe? —preguntó elevando su voz sobre el ruido de la multitud que lo rodeaba, empujándolos, haciéndolos perder el equilibrio, mientras lo llevaban sobre los hombros como a un santo.

—En el fondo del mar —gritó sonriendo, mostrando sus dientes blancos—. Las sirenas se la llevaron a vivir a las profundidades.

Apenas alcanzó a escucharla cuando ya se perdía en el tráfago de curiosos agolpados empujándose de un lado a otro, entre tenderetes de pulpos y cajas de pescado salado amontonadas sobre el muelle de madera, que exhalaba un tufo a demonios del mar. Lo acostaron en la camilla. Uno de los enfermeros se acercó con una jeringa de líquido ámbar en la mano, sonriéndole:

—*Cést pour la douleur!* —dijo, con un gracioso acento que intentaba ser francés, mientras buscaba una vía.

Luego del pinchazo sintió un líquido tibio corriendo por las venas como si viajara por una silenciosa autopista llena

de luces. Su organismo recibió la dosis de morfina como una bendición. Ahora nada dolía. Se sintió flotar en la camilla como en una alfombra voladora que lo llevaba por los aires de la ciudad a un palacio. Sonrió. «He debido partirme la pierna antes», pensó.

—Respire hondo —dijo el enfermero, cuando las luces de la carretera se apagaban y todo se volvía negro.

S.N.

Una noche en que Guadalupe estaba de buen humor, se sentó a nuestro lado junto a la fogata y nos contó una de las historias más breves del mundo. El fuego iluminaba su rostro mientras hablaba:

Cuento antropófago

No sé tú... pero yo te quiero comer.

Caníbal

Todos echamos a reír de su ocurrencia. Luego contó esta historia:

Iba camino de las montañas, cuando una piedra en el zapato comenzó a molestarlo. Irritado, se quitó el calzado y arrojó la piedra colina abajo. Esa tarde, al regresar, vio los restos del poblado sepultados bajo el alud.

Volvimos a reír por su ocurrencia. Después nos quedamos en silencio, viendo cómo las llamas danzaban entre las sombras, elevando su rojiza columna en el aire poblado de insectos. Fue entonces cuando escuchamos los pasos furtivos del viento arrastrándose en las dunas como un animal jadeante que cavara en la oscuridad su propia tumba.

S.N.

Despertó en una habitación limpia y acogedora de un pequeño hospital en un pueblo costero de nombre Quissanga, como había dicho uno de las enfermeros. No estaba solo en la habitación. Otros pacientes dormían acostados en catres, envueltos en sábanas blancas, que más bien parecían lechosas mortajas, apenas iluminadas por la luz de la mañana. Aún estaba bajo los efectos de la anestesia. Los últimos recuerdos se agolpaban en su cabeza sin orden ni concierto, como si hubiera perdido el sentido del tiempo. Observaba los objetos de la habitación —una lámpara, una mesa de noche, un vaso de agua limpia y transparente, la pintura de un Cristo negro flotaba en la pared azul— desde otra dimensión que no le permitía percibir cómo era en realidad el mundo alrededor. Llevó una de sus manos hasta la pierna y solo encontró el espacio vacío. Un poco más arriba, acarició el muñón vendado que subía hasta la rótula. Entonces «¿por qué demonios dolía tanto?» Alguna vez leyó en una revista médica que los miembros amputados permanecían un tiempo dando la sensación

de que aún estaban allí, como un acto reflejo del inconsciente. Sentía una terrible comezón en la pierna, pero la pierna no estaba. Solo el hueso astillado y blanco surgiendo de la carne magra.

Más tarde apareció el médico. Tomó su temperatura y la presión arterial, luego revisó el vendaje.

—El riesgo de septicemia era muy alto —dijo como si hablara consigo mismo, justificándose—. La infección había avanzado demasiado. Pero véale el lado bueno, aún está vivo y ahora rodará por la vida como una piedra —finalizó guiñándole un ojo. Al rato se marchó y la habitación volvió a la tranquilidad.

—¡Mala suerte! —dijo uno de los pacientes mostrándole uno de sus brazos amputados—. Yo era pianista en un club nocturno —y los dos se echaron a reír casi hasta las lágrimas—. Estoy bromeando, por supuesto —dijo—. No se puede hacer otra cosa con las desgracias. Si uno no es capaz de reírse de sí mismo, entonces está doblemente jodido.

Uno de los pacientes fue hasta su cama y le trajo un plato de frutas. Le contó que su nombre era Hassim y se dedicaba a la traducción de textos antiguos. Parecía un poco chiflado, pero quién no lo estaba en estos días. Luego sacó una pequeña botella de ron africano de sus pertenencias y brindaron por la fatalidad y la ambición que mueve a los hombres en el mundo.

—A la salud de su pierna —dijeron riendo—. La vamos a extrañar. Sobre todo usted. Menos mal que no era futbolista. Luego regresó a su cama donde volvió a embeberse en sus escritos.

Por la noche soñó con Etienne. Iban caminando por la montaña cuando encontraron la enorme piedra blanca con la forma de un altar y la inscripción grabada en la parte superior. Etienne comentó que estaba escrita en una lengua olvidada

hacía ya mucho tiempo. Ninguno de los habitantes de la isla recordaba su significado. O tal vez lo sabían, pero no querían revelarlo. A veces debes ser un iniciado para entender las cosas que se ocultan a la razón. Se tendieron un rato sobre la enorme piedra a mirar las estrellas. Un búho cruzó aleteando en la noche, despertándolo. Ahora sentía el dolor irradiando desde la rodilla hasta la parte baja del vientre. Un ligero viento hacía danzar las cortinas de la habitación. Intentaba descifrar el canto del mar, la música arrastrada por la noche. Algunos enfermos, abrazados a sus almohadas, roncaban, hablando entre sueños cosas disparatadas que no alcanzaba a entender. Los otros dormían aplastados por sus sueños de redención. Le habría gustado salir del hospital y regresar a la isla. Esa porción de tierra lejana le había otorgado el mejor presente. Le había dado la verdadera conciencia de una soledad que jamás encontraría en el mundo. Regresaría a la isla caminando sobre las aguas como un profeta, de ser necesario. ¿Qué sería de sus fantasmas sin ella? ¿Podrían sobrevivir a sus designios? ¿O perecerían como peces arrojados por la marea sobre la playa? Una isla no es una porción de tierra, sino una porción del espíritu de sus habitantes. Solo allí eran capaces de fundirse en el paisaje hostil que les permitía vivir en el límite soportable de la existencia. Regresaría —una vez más— y viviría de nuevo lo que la isla le había otorgado. Todos esperaban regresar una noche entre las olas cubiertas de ardentía y encender el fuego de una gran hoguera en la playa que iluminara al mundo; su intenso brillo guiaría a las almas perdidas con una luz tan fuerte que ninguna podría perderse. Y allí, una vez más, cercanos a la casa donde se yerguen las sombras desde tiempos inmemoriales sobre las dunas con forma de camello, vería de nuevo la silueta fantasmal de la muchacha descendiendo por el sendero de arena, bajo las estrellas, para danzar alrededor de un fuego que nadie podrá apagar nunca.

S.N.

«Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro: el verano se adelantó». He regresado al lugar donde todo dio inicio, y donde todo, de seguro, finalizará. Solo que ahora es una isla habitada por fantasmas. Sin embargo, busco su rastro entre las piedras calcinadas, en el polvo que deja la lluvia pasajera sobre el paisaje. He vuelto a ver la piedra con la antigua inscripción que nadie ha logrado descifrar jamás, para seguir su rastro. A veces la isla tiembla como si el lejano Karthala estuviera a punto de hacer erupción. Tarde o temprano, la isla desaparecerá como todas las cosas del mundo. Desapareceré junto a ella. Nos fundiremos entre las piedras quemadas y las cenizas volcánicas. Y al final, seremos solo uno. Pero, mientras aguardo, me sumerjo en sus aguas buscando su rastro. En el último momento, la veré acercarse igual a un pez curioso y asustado frente al cebo. Ejecutará su antigua danza girando a mi alrededor, cada vez más cerca, hasta casi rozarme. Sentiré sus diminutos dientes de pez rasgando mi carne, devorándome despacio, casi amorosamente. Entonces sabré que está allí,

alimentándose con mi cuerpo; luchando en medio del festín por una porción de carne hecha jirones. Durante esos segundos que dure el encuentro, nos miraremos —una vez más— en la noche profunda y sentiremos la triste plenitud del amor como una llama inextinguible que ningún océano puede apagar. En ese instante, entenderé que solo soy una ofrenda de la isla a la diosa hambrienta y silenciosa de las profundidades. Me dejaré seducir por su canto en la noche invisible de los mares y, al final, solo oiré gruñidos de bestia marina devorando mis restos. Después, todo será silencio creciendo como una inmensa flor que exhala, al final de sus días, su aroma putrefacto en el inmenso vacío del mundo.

Epílogo

Regresé a las Comoras muchos años después, luego de un largo y agotador viaje desde el continente africano, para cumplir con la última voluntad de mi padre: esparcir sus cenizas alrededor de la tumba de su compañera en una de las montañas de la isla. Viajé con Guadalupe, mi hija menor, a la capital, Moroni, ciudad calurosa de calles estrechas y vacías, poblada de gente pobre y un inmenso volcán activo: el Karthala. Guadalupe era una niña delgada, de ojos vivaces, interesada en todo, cuya curiosidad a veces la metía en problemas. Cuando supo del viaje a la isla para visitar la tumba de una de sus abuelas, se empeñó tanto en acompañarme, que no tuve corazón para negarme. A mis otros hijos les importaba poco. Habían escuchado tantas veces la historia de la isla que, cuando me disponía a contarla, huían despavoridos. «¡Otra vez, papá!». «No te cansas de contar siempre la misma historia», reclamaban sonriendo. Guadalupe se sentaba en mis piernas durante la cena para escucharme, embelesada, narrar de nuevo la historia, hasta quedarse dormida. Había aprendido unas palabras en swahili y estaba lista para usarlas.

Viajamos en una embarcación de carga que recorría las islas para llevar provisiones, una vez por semana. Pregunté, más por curiosidad y por ver la reacción de los cargadores, por el nombre de la isla a la que íbamos, pero ninguno me dio respuesta. Todos, sin excepción, se referían a ella como «La isla». Guadalupe fue a sentarse debajo de un toldo descolorido. Intentaba descubrir en la lejanía la silueta de la mole volcánica cubierta por un velo de nubes detrás de la intensa luz. El horizonte era un fugaz espejismo de sol y agua. Solo disponíamos de un par de días para cumplir la voluntad de mi padre. Llegamos al muelle abandonado al final de la tarde y buscamos una posada donde alojarnos. La dueña, una negra corpulenta y risueña, nos recibió con la reticencia característica de los isleños, pero enseguida hizo migas con Guadalupe. La posada funcionaba también como una rústica galería de arte. La dueña había coleccionado a lo largo de años un centenar de máscaras africanas de diversos pueblos, armas blancas: lanzas masai, cuchillos congolese, hachas y espadas de Eritrea; finamente labradas, descansaban en exhibidores de madera, toscamente decorados con telas coloridas. Sobre un trono confeccionado con plumas y pieles, dormía la ceñuda corona de un rey. Guadalupe estaba conmovida. Se acercó donde estaban las armas y dijo: «*kisu*» que era la palabra swahili para designar los afilados cuchillos. La dueña sonrió y le mostró una daga labrada con la figura de un antiguo rey. Luego de la cena, nos fuimos a dormir. Preparé un bolso con frutas y abundante agua y acomodé en el fondo la pequeña caja de madera con las cenizas de mi padre. Esa noche tuve un sueño intranquilo. Guadalupe dormía abrazada a la almohada. Una lechuza en el jardín cantó una melodía fúnebre. Despertamos temprano y salimos antes del amanecer. Todavía brillaban las estrellas cuando tomamos el camino de las dunas hacia la montaña. El mar era una lámina oscura

y brillante. Comenzamos el ascenso cuando el sol apenas surgía como un aro de fuego en el horizonte. Guadalupe se detuvo a tomar algunas fotografías. Una manada de cabras pastaba entre la escasa hierba, aferrada con sus pezuñas a los bordes de la montaña. Luego apresuró el paso como si conociera el camino a la cumbre, como si ya hubiera estado allí con anterioridad. Más adelante, paramos bajo una formación calcárea que semejava una bóveda, para comer frutas y beber un poco de agua. El sol comenzaba a calentar. Caminamos un par de horas trepando sobre las rocas, teniendo cuidado con las espinas de los cactus y las serpientes escondidas en las oquedades de las rocas. Cuando, finalmente, llegamos la cumbre, respiramos aliviados, casi felices. Guadalupe se soltó el cabello que llevaba atado con una cinta roja. El viento silbaba entre las hierbas. Nos acercamos a la tumba bajo la sombra de un gran árbol que inclinaba sus ramas bajo la brisa, como si hiciera una reverencia frente al paisaje. Guadalupe recogió un puñado flores blancas entre la hierba para hacer un ramo, que luego amarró con la cinta. El nombre en la lápida, blanqueado por el sol y la intemperie, se había borrado con los años, aunque sabíamos bien lo que allí estaba escrito:



Etienne Poitiers

1890-1933

Mort dans la paix de Dieu

Ahora se había convertido en una tumba anónima. A nadie le importaba quién estaba allí, ni de quién eran los huesos bajo la tierra reseca donde había un hormiguero. Cada uno tomó un puñado de cenizas y lo vertió sobre el suelo

amarillento. El viento lo arrastró por todas partes. Sacudí la caja hasta vaciarla y luego la guardé en el morral. Guadalupe decoró la tumba a su manera, distribuyendo las flores sobre la blancura de la cruz, limpiando el polvo acumulado a lo largo de años. Estuvimos un rato allí, en silencio. No recuerdo si alguno dijo una oración, porque no es fácil hablar con los muertos. Uno se siente un poco tonto. Desde donde estábamos podíamos ver la embarcación anclada en el muelle como un lejano sueño. Teníamos tiempo de sobra. El barco partiría al anochecer. Guadalupe, aburrida, danzó alrededor de la tumba y descubrió, sin querer, entre la maleza, un camino que descendía por la vertiente seca de un arroyo. La verdad, no tenía fuerzas para contradecirla. La seguí de mala gana en silencio, mientras parecía hablar con el viento, hasta que llegamos a un recodo de la montaña, cubierto de esqueletos blanquecinos de aves. Allí, frente a nuestros ojos, estaba la enorme piedra blanca, semejante a un lecho de nubes. A un costado, la inscripción grabada en una lengua desconocida, tan antigua como el miedo de los hombres. Guadalupe trepó sobre la roca mientras desataba del pañuelo la daga con la figura negra del rey. Recorrió la inscripción con el filo, sacando chispas de la roca. Después se acostó sobre ella, mirando la vastedad del cielo donde un puñado de aves volaba girando sobre la cumbre. El cielo era de un azul profundo, limpio de nubes.

—¿Sabes qué dice la inscripción? —me atreví a preguntar casi con un temor reverencial. Ella afirmó con un movimiento de cabeza, mientras ponía la daga en mis manos, apretándolas, sin tener el valor de verme a los ojos, como si sintiera pena por mí, pero al mismo tiempo, me suplicara no albergar dudas, no desfallecer en el último momento que íbamos a enfrentar juntos. Yo era Abraham, sacrificando el legado de su sangre, pero esta vez no habría un ángel que viniera a

detenerme. Acercó sus labios a mi oído y dijo muy despacio, casi como si susurrara:

—¡Es aquí! —dijo con la serenidad de las diosas niñas que ya no temen a nada. ¡Es aquí donde debes sacrificarme!

Más tarde, cuando desperté, aún la sangre goteaba sobre la piedra en un largo y oscuro hilo dibujando sobre la superficie rugosa de la roca, el terrible sendero de mi desgracia. Escuché la sirena del barco como el lejano graznido de un ave agorera, apresurándose a partir del muelle bajo las primeras estrellas. Y era como el terrible canto de aquellos que lo han perdido todo. Me tendí sobre la enorme roca, al lado del cuerpo inerte, buscando en la fría claridad del anochecer alguna señal de los cielos. Su pequeño y rojo corazón era una ofrenda a los dioses de la isla. La sangre había comenzado a secarse en mis manos. Sirio brillaba arriba en todo su esplendor, alumbrando la oscura mancha sobre la piedra del altar. Cerré los ojos y lloré amargamente abrazado a su cuerpo. Nadie nos separaría nunca. El viento de la noche comenzó a soplar, arrastrando sombras irregulares sobre la hierba. Ahora sabía algo con seguridad. Jamás abandonaría la isla.

Ahora voy a cerrar los ojos y a descansar de este largo y penoso viaje. Tal vez mañana, cuando despunte el nuevo día, Guadalupe esté aquí de nuevo, aguardándome en medio de la blancura de la piedra, dispuesta a perdonarme.

«Solo venimos a soñar...»

EJIDO, MÉRIDA, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2020.

Coda

Muchos años después de la erupción volcánica que arrasó con las islas del archipiélago, un grupo de geólogos localizó, entre los restos de una de ellas, una serie de cuevas en la parte alta de los acantilados. Dentro, encontraron los restos de una veintena de niños, enterrados en vasijas de arcilla. Los huesos tenían cortes profundos en el esternón y sus costillas habían sido fracturadas para facilitar la extracción del corazón. Se cree que era parte de un antiguo ritual religioso de los antiguos habitantes de las islas, y que aún se practica secretamente en algunos poblados. Entre los objetos inventariados había una decena de cacharros, cuchillos rústicos, viejos fusiles de pedernal, flechas con punta de hueso, un alfanje oxidado, enseres líticos, hondas de cuero y una inmensa olla de barro con los restos petrificados de un pez al que conocen con el nombre de salema (*Sarpa salpa*), o pez de los sueños, en cuya cabeza se concentran los componentes de unas fitotoxinas relacionadas con su alimentación; en especial, un alga invasora denominada *Caulerpa taxifolia*, cuyo consumo produce alucinaciones

más potentes que las del LSD. Algunos historiadores señalan que los pueblos que habitaban las islas ya lo conocían y llegaron a usarlo como una especie de puente entre los dioses y los hombres. En la actualidad, pescadores artesanales de la costa oriental africana, así como pescadores malgaches que navegan las aguas del canal de Mozambique, lo consumen en un ritual de iniciación llamado *Ibada ya kuanzisha*, debido a las visiones premonitorias que produce su ingesta. Aún no se han estudiado las propiedades de sus componentes, ni sus efectos; pero los pobladores de las islas la han usado desde tiempos inmemoriales para mirar el corazón de los dioses que habitan las profundidades. Cada miles de años surgen nuevas islas, mientras otras desaparecen en el océano. Ninguna permanece para siempre, porque nada permanece para siempre.

Mientras catalogaban vasijas y cacharros, uno de los hombres extrajo de los restos amontonados sobre cubierta un afilado y pulido hueso de ballena que brilló como una navaja bajo la luz del mediodía.

—Si alguna vez viajas a Jozor Al Kamar, pregunta por la vieja Guadalupe —dijo mientras me obsequiaba el hueso afilado del cetáceo—. Ella te revelará el verdadero nombre de la isla. Ese que nadie puede pronunciar, solo Dios. Cuando navegábamos de vuelta al continente, entre los restos humeantes de la costa, vimos la tormenta aproximándose como una cortina grisácea desde el suroeste. Los instrumentos de navegación enloquecieron de nuevo. En ese momento, en medio de la brisa encrespada por un oleaje de blanca espuma, escuchamos el canto más hermoso del mundo surgiendo de las profundidades. Su melodía llegaba acompañada de feroces rayos y truenos que nos hicieron temer lo peor.

—*Sereias...! Sereias...!* —gritaron los marineros asustados, mientras tomaban los arpones de hierro para defenderse. Un frío temor se apoderó de la tripulación. Intuimos que algo

terrible iba suceder de un momento a otro. Apreté el afilado hueso de ballena entre mis dedos hasta hacerlos sangrar. Entonces, todo cambió: el mar se tornaba un espejo turbio cubierto de medusas. Aquellas formas redondeadas, viscosas y transparentes, semejaban un ejército de corazones muertos flotando a la deriva entre las olas, cuando cruzaban frente a nuestros ojos como una sombría procesión. Permanecimos en silencio aguardando lo peor. Hacia el horizonte, en medio de la vaga claridad creada por la niebla, una nueva isla surgía lenta, inconmensurable, adusta, de entre las ruinas del viejo mundo, pero ninguno de nosotros alcanzaba verla.

Índice

Nota del autor	13
I	17
II	29
III	39
IV	45
V	53
VI	55
VII	61
VIII	73
IX	91
X	99
XI	103
XII	107
XIII	113
XIV	119
XV	129
XVI	141
XVII	149

XVIII	155
XIX	163
XX	167
XXI	179
XXII	187
XXIII	195
XXIV	203
XXV	211
XXVI	219
XXVII	225
XXVIII	229
XXIX	235
XXX	247
XXXI	253
XXXII	255
XXXIII	259
XXXIV	271
XXXV	281
XXXVI	287
XXXVII	289
XXXVIII	295
XXXIX	305
XL	309
XLI	319

XLII	323
XLIII	335
XLIV	339
XLV	345
XLVI	349
XLVII	357
XLVIII	365
XLIX	369
L	373
LI	377
LII	391
TEXTOS APÓCRIFOS	399
Nota	401
S.N.	403
S.N.	407
S.N.	413
S.N.	415
S.N.	419
Epílogo	421
Coda	427

El pez de los sueños

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en los talleres de la Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

El pez de los sueños se ambienta en una desconocida isla del archipiélago de Las Comoras en el océano Índico. «A veces, alejarse es la mejor forma de acercarse a las cosas». En esa isla sin nombre, y sin tiempo, tres niños viven en una biblioteca llamada El Santuario. Desde allí, igual a las antiguas parcas, tejen historias desde tiempos inmemoriales. Novela fragmentaria, a modo de un caleidoscopio que se repite una y otra vez bajo una intensa luz que aniquila todo; novela fantástica, El pez de los sueños es también una profunda reflexión sobre el oficio del escritor en estos tiempos. «Uno escribe lo que puede, y no lo que quiere», decía el maestro Borges. A la manera de un estuario, en esta obra confluyen voces narrativas y poéticas que dialogan entre sí. El autor logra plasmar con una poderosa imaginación, pocas veces vista, los vasos comunicantes entre la ficción y el mito, aquello que solo puede unirse en la plena libertad del sueño. Por eso, los antiguos lo invocaban como un territorio sagrado.

WILFREDO MACHADO (Barquisimeto, Lara, 1956), es narrador, poeta y editor. Ha publicado *Contracuerpo* (Fundarte, 1988); *Libro de animales* (Monte Ávila Editores, 1994; Alfadil, 2003); *Poética del humo* (Fundación para la Cultura Urbana, 2003); *Diario de la gentepájaro* (El perro y la rana, 2008, 2009); *Corazones sombríos y otras historias bizarras* (Monte Ávila Editores, 2015); *La noche de Prometeo* [historieta] (El perro y la rana, 2015, 2020) y *El rey de los pobres* [poesía] (Fundecem, 2017). Algunos de sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, búlgaro, hebreo y bahasa melayu. El pez de los sueños es su segunda novela.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

